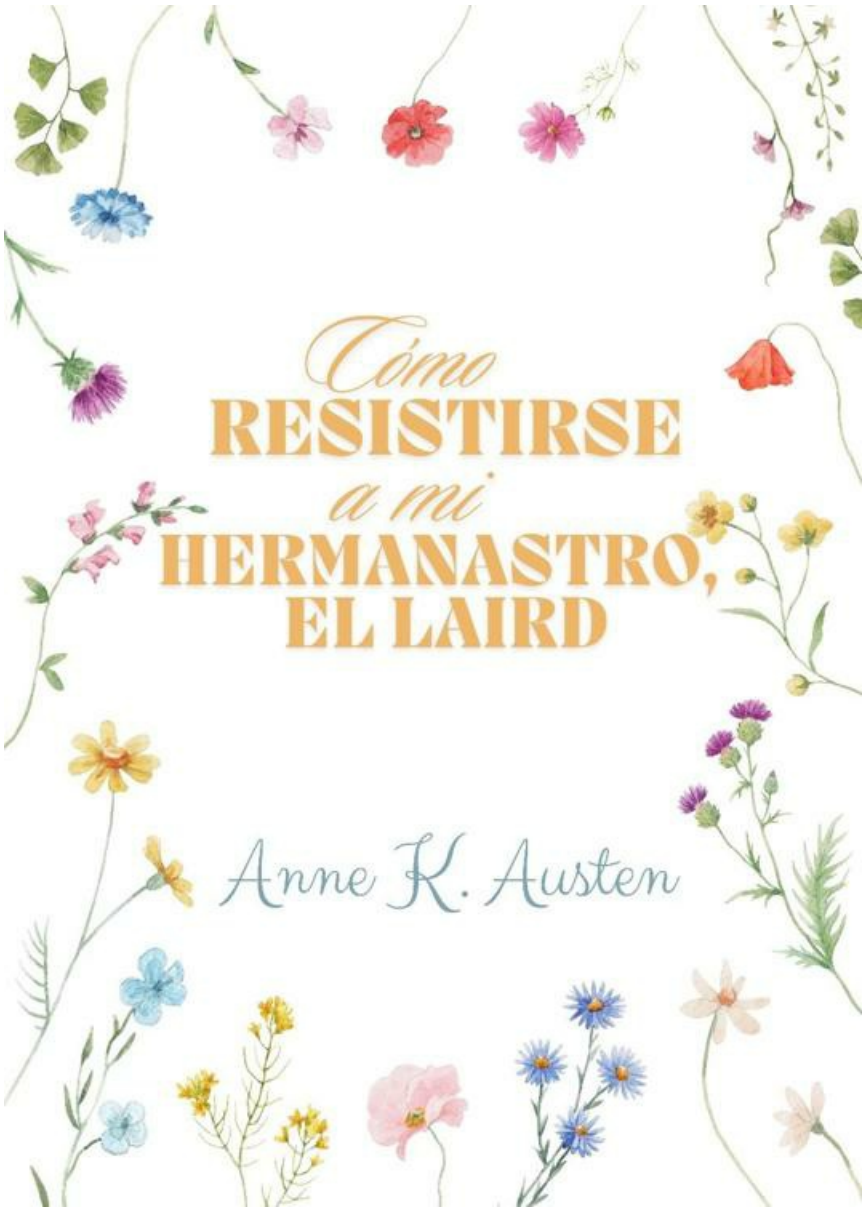


Cómo RESISTIRSE a mi HERMANASTRO, EL LAIRD

Anne K. Austen


Cómo
RESISTIRSE
a mi
HERMANASTRO,
EL LAIRD
Anne K. Austen

Título: Cómo resistirse a mi hermanastro, el Laird

© Anne K. Austen

ISBN: 9798334485341

Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen

Maquetación y composición: Anne K. Austen

Corrección: Sara Nogales

@annekausten

booksbyannekausten.com

annekausten@gmail.com

https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Contenido

Cronología Histórica de Escocia
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía

Otras novelas de la autora

Cronología Histórica de Escocia

(1250-1745)

1250-1300

- 1250-1286: Reinado de Alejandro III. Durante su reinado, Escocia mantuvo una relativa paz y estabilidad económica.
- 1271: La condesa Marjorie de Carrick se casa con Robert de Brus, VI señor de Annandale. Serían los padres de Robert Bruce, el futuro rey de Escocia.
- ➔ 1286: Muerte de Alejandro III, lo que lleva a una crisis sucesoria.
- 1297 - 1305: William Wallace surge como líder durante las Guerras de Independencia de Escocia contra Eduardo I de Inglaterra.

1300-1400

- 1306-1329: Reinado de Roberto I (Robert Bruce).
- 1314: Batalla de Bannockburn, una victoria decisiva para los escoceses liderados por Robert Bruce contra los ingleses.
- 1320: Declaración de Arbroath, un documento que afirmaba la independencia de Escocia.

1400-1500

- 1488-1513: Reinado de Jacobo IV.
- 1513: Batalla de Flodden, una derrota devastadora para los escoceses contra los ingleses.

1500-1600

- 1513-1542: Reinado de Jacobo V.
- 1539-1540: En este período, hubo varias escaramuzas y conflictos menores entre Escocia e Inglaterra, como parte de las tensiones crecientes que eventualmente llevarían a las Guerras del Rough Wooing.
- 1542: Batalla de Solway Moss, una derrota significativa para los escoceses contra las fuerzas inglesas.
- 1542-1567: Reinado de María I, también conocida como María, Reina de Escocia.
- 1542-43: María I es coronada reina siendo una bebé.
- 1544: Durante las Guerras del Rough Wooing, Inglaterra lleva a cabo una serie de incursiones destructivas en Escocia, incluyendo el saqueo de Edimburgo, conocido como el «Incendio de Edimburgo».
- 1543-1567: Durante su minoría de edad, Escocia fue gobernada por varios regentes, incluyendo a James Hamilton, 2.º conde de Arran, y más tarde por su madre, María de

Guisa, hasta su muerte en 1560. Después de su muerte, su medio hermano, James Stewart, 1. ° conde de Moray, asumió la regencia hasta su asesinato en 1570.

- 1560: Reforma Protestante Escocesa y el fin del control de la Iglesia Católica.

- 1567-1625: Reinado de Jacobo VI.
- 1567: Jacobo VI se convierte en Rey de Escocia a la temprana edad de un año, tras la abdicación de su madre, María I de Escocia
- 1567: Muerte de Lord Darnley, el segundo esposo de María, Reina de Escocia, y padre de Jacobo VI.
- 1587: Ejecución de María, Reina de Escocia. Tras 19 años de cautiverio en Inglaterra.
- 1603: Tras la muerte de Isabel I, Jacobo VI de Escocia se convierte también en Jacobo I de Inglaterra.

1600-1700

- 1603: Primera proscripción del clan MacGregor, una medida legal que prohibió el uso del nombre MacGregor y les desterraba de sus tierras, condenándoles a la proscripción.
- 1639-1651: Guerra Civil de los Tres Reinos, una serie de conflictos armados y maniobras políticas que ocurrieron en Escocia, Inglaterra e Irlanda. Estos conflictos vieron enfrentamientos entre los realistas, que apoyaban al rey, y los parlamentarios, que buscaban mayor control sobre el gobierno.
- 1649-1660: Interregno, un período sin monarca, durante el cual Oliver Cromwell lideró como Lord Protector de la Commonwealth, tras decapitar a Carlos I de Inglaterra y Escocia.
- 1653-54: Oliver Cromwell establece el Protectorado.
- 1654: Batalla de Dalnaspidal, donde las fuerzas de Cromwell se enfrentaron a los realistas escoceses.
- 1660-1685: Restauración de la monarquía con Carlos II como rey.
- 1689-1702: Reinado de Guillermo III y María II.
- 1689: Batalla de Killiecrankie, donde los jacobitas obtuvieron una victoria pírrica contra las fuerzas gubernamentales.

1700-1745

- 1707: Acto de Unión, que unió a Escocia e Inglaterra en el Reino de Gran Bretaña.
- 1714-1727: Reinado de Jorge I, de la casa de Hannover, también rey de Inglaterra.
- 1715: Primer levantamiento jacobita.
- 1727-1760: Reinado de Jorge II, también de la casa de Hannover y rey de Inglaterra.
- 1745: Segundo levantamiento jacobita.
- 1746: Batalla de Culloden, la última batalla librada en suelo británico, donde las fuerzas jacobitas fueron derrotadas por las fuerzas gubernamentales.

A todas las Esco-fans

Prólogo



Si alguna vez te has preguntado qué se siente al ser catapultada directamente al corazón de tus novelas románticas históricas favoritas, permíteme que te lleve de la mano en una aventura que desafía la razón y el tiempo.

Olvídate de la típica narrativa de damiselas y caballeros; aquí, la línea entre lector y personaje se desvanece más rápido que la niebla en las Highlands.

Imagina, por un momento, ser una ávida lectora del siglo XXI con una vida ordinaria, con más penas que glorias en el lado amoroso y sin familia real con la que desahogarte, y un amor extraordinario por las historias románticas en Escocia.

Una noche, mientras devoras las últimas páginas de un apasionante relato escocés, un golpe de sueño te arrastra... y despiertas no en tu cama, sino en el interior del mismísimo mundo que estabas explorando, convertida en Sheena, la intrigante villana de la trama.

Pero no todo es tan mágico como suena.

Al abrir los ojos, descubres que estás prometida a Angus MacDougall, un patán de primera

que cree que eructar es un signo de aprecio.

Lo primero que haces, impulsada por un ferviente deseo de independencia (y por la urgencia de mantener tu dignidad), es romper ese compromiso, desafiando no solo a tu repulsivo prometido, sino también a tu propia madre de ficción, una villana con planes que involucran tu desdicha para deshacerse del protagonista de la historia, el verdadero heredero del Laird de los MacRae, Caelan.

Tu llegada desata cambios inesperados: al poco de romper tu compromiso, te encuentras en medio de un asedio al castillo MacRae, una complicación que ni siquiera estaba en el libro original, después de la muerte de tus padres ficticios, cosa que sí estaba en el libro.

En el siglo XXI, rara vez eres consciente de los peligros que acechan cada segundo del día; aquí, en cambio, es un hecho notable. Especialmente cuando el castillo donde vives está siendo sitiado por el ex prometido egocéntrico y bárbaro que no sabe aceptar un no.

Sí, debe ser una aventura increíble si eres la protagonista y te rescata el tipo de metro noventa con músculos de acero y mirada quema bragas, que te llevará a la cama después de salvarte.

Sin embargo, yo, desde que me zambullí en la trama de esta novela resulta que soy la villana. Esa que le hace la vida imposible al héroe, Caelan MacRae, y ese es de los que no perdonan.

No hay final bonito para mí, ni vendrá mi impresionante protagonista a rescatarme... ¡porque me odia!

Y para colmo, mi personaje, Sheena MacRae se aseguró de enviarlo bien lejos para librarse de él. Así que, aquí estoy... en la cuerda floja y no es tan divertido vivirlo como leerlo.

Mi entrada en el libro fue caótica. Una auténtica locura porque no tuve tiempo para pensar qué demonios había pasado y qué se supone que hago ahí. ¿Estoy soñando? ¿Me he muerto y esto es el cielo?

Seguro que sí, que tanto leer sobre novelas de escoceses y desear vivir una aventura así, el karma me ha castigado con esta nueva vida.

El caso es que nadie en este castillo parece apreciar a Sheena y estoy esperando que me empujen por una almena de un momento a otro, solo su intachable honor, amor por su clan y odio a todo aquel que parezca ser favorecido por los ingleses, como mi ex prometido, los mantiene luchando a mi lado y obedeciendo a regañadientes mis consejos para racionar la comida.

El laird y padre de Caelan ha muerto y mi supuesta madre, y su segunda esposa también, en una emboscada organizada y perpetrada gracias a un traidor dentro del castillo, pero no sé quién es porque no llegué a terminar el libro.

Eso le hizo creer a Angus MacDougall que podría matar dos pájaros de un tiro y quedarse

con el castillo de Glenrae y conmigo, pero no esperaba que yo mostrara firmeza ni que el clan me siguiera en esta resistencia contra él.

Por lo tanto, aquí estoy, manejando una defensa desesperada, con un montón de guerreros escoceses gruñones que todavía no deciden si me odian o me respetan.

Y cada día que pasa, me encuentro deseando más que Caelan regrese, no porque sueñe con un rescate romántico, sino porque necesitamos otra espada y, seamos honestos, él sabe cómo usarla.

Hoy, sin embargo, el aire dentro del castillo está más cargado que de costumbre. Angus ha enviado un mensaje con una nueva amenaza, y necesito evaluarlo con mi «equipo» de confianza, que consiste en el viejo y gruñón Hamish, que parece disfrutar recordándome que no soy más que una niña en sus ojos; Torin, el jefe de la guardia de los MacRae, y Alana, mi única amiga aquí, cuya habilidad para escaquearse es tan impresionante como su sarcasmo.

—¿Entonces, ¿cuál es el plan, Sheena? ¿Vamos a rendirnos hoy o esperamos a morir de hambre? —pregunta Alana, mientras desenrolla el pergamino con el mensaje de Angus.

—Por supuesto que no nos rendiremos —respondo con una sonrisa torcida—. Pero me gusta tu optimismo, Alana. Siempre tan refrescante.

Hamish gruñe mientras examina el pergamino que Alana le pasa.

—Este Angus es un necio si piensa que puede asustarnos con palabras. —Su voz es como el crujir de hojas secas bajo los pies—. Nosotros, los MacRae, nunca nos rendimos.

«Ya, pero yo no soy una MacRae y no me apetece morirme».

A veces, pienso en mi vida en el siglo XXI, tan diferente, tan segura...

Aquí, cada susurro y cada sombra podría ser un enemigo, cada decisión que tomo podría ser la diferencia entre la vida y la muerte para todos nosotros.

Añoro los días de calma, la seguridad de un mundo sin guerras constantes a las puertas de casa. Añoro incluso las cosas más mundanas, como un buen café o la comodidad de mis jeans favoritos, que definitivamente serían más prácticos para correr por estos pasillos de piedra.

De repente, la puerta del salón se abre de golpe y, aunque nadie ha anunciado su llegada, algo en el fondo de mi alma, una mezcla de alivio y terror, me dice que el hombre alto y formidable que aparece seguido de un grupo de guerreros con cara de pocos amigos es el mismísimo Caelan MacRae.

Caelan avanza con la seguridad que le confiere su estatura, su cabello dorado, largo y ondulado, que le da aires de surfista australiano, dejando al descubierto una mandíbula tensa que denota preocupación y furia.

Su mirada no se despega de mí, y mis ojos se clavan en los suyos, esos pozos grises y

profundos que me miran con desdén, y no puedo descifrar si ha venido a rescatarme o a matarme.

Capítulo 1



Justo cuando pensaba que el día no podía ponerse peor, ahí está él, Caelan MacRae, regresando al castillo con ese paso que parece que va partiendo la tierra a su paso y la mirada tan gélida que podría congelar el infierno.

En el gran salón, bajo las vigas de madera oscurecidas por el humo de la enorme chimenea, Caelan está parado con esa presencia que es como un faro... no, no, es como un roble, fuerte y tan inamovible como la propia montaña.

Su mirada se fija en mí y puedo jurar que hay un brillo de desprecio en esos ojos grises que deberían estar prohibidos por ser demasiado atractivos.

Su amigo, Blair, que al parecer no es un admirador de mi encanto, se cruza de brazos y su expresión es la del típico hombre que ha encontrado una rata en su cerveza al mirarme.

Hamish corre hacia él, casi tropezando con su propia espada.

—¡Muchacho, benditos los ojos que te ven! ¿Cómo has conseguido entrar?

Caelan ni parpadea.

—Por el pasadizo secreto que une la torre norte con las colinas de Glenfinnan —dice, sin apartar su mirada gélida de mí.

—Espera, ¿qué? —Me cruzo de brazos, frunciendo el ceño—. ¿Me estás diciendo que había una manera de salir de aquí todo este tiempo?

—Es un pasadizo de emergencia, conocido solo por los lairds de Glenrae, usado únicamente en tiempos de necesidad extrema. No es un paseo por el campo. —Su explicación es fría, calculada, con el claro objetivo de enfatizar su posición como laird ahora.

—Claro, el Club Secreto del Pasadizo —replico, rodando los ojos—. Maravilloso saberlo ahora.

Caelan ignora el comentario sarcástico, o tal vez decide que no vale la pena responder. Se dirige a Hamish, tomando el mando de la situación con naturalidad.

—Necesitamos asegurar todos los accesos al castillo, incluido el pasadizo. Angus no tardará en descubrirlo si no lo ha hecho ya. Prepárate para un asalto por esa vía.

—Sí, mi señor —responde con una reverencia apresurada, aceptando el liderazgo implícito de Caelan como el nuevo Laird del clan MacRae.

Las noticias sobre el ataque y la muerte de su padre han alcanzado sus oídos y ha regresado para eso, para tomar su legítimo puesto y echarme a patadas.

Casi como en la novela, solo que en la historia original Sheena se casaba con Angus…

«Pobrecita».

Mientras la sombra de la noche comienza a caer sobre el castillo, Caelan añade con una severidad que raspa el aire frío del salón,

—Al anochecer, les espera una sorpresa a esos MacDougall.

Blair, con los brazos cruzados y una sonrisa torcida que destila desprecio, lanza una pregunta venenosa que corta el aire del gran salón como un cuchillo:

—¿Por qué no se la entregas y ya está? Tu padre le hizo una promesa y esa mujer le pertenece. —Su tono es mordaz y su mirada hacia mí arde.

Caelan, cuyo semblante permanece imperturbable ante la provocación, responde con firmeza:

—Angus quiere el castillo, no a ella.

Blair insiste, claramente disfrutando del juego de palabras:

—Pues a mí me parece que todo esto se debe a su orgullo herido tras el rechazo de esa

mujer.

Caelan lo mira fijamente, con una mezcla de irritación y desdén apenas contenida:

—Entonces debería estar agradecido por librarse de ella.

—Qué encantador —murmuro entre dientes.

Hay un breve destello en sus ojos, una chispa que podría ser diversión o la antesala de una tormenta. No, no tormenta, más bien el crujido del hielo antes de romperse.

—No te confundas, Sheena. Nada me haría más feliz que verte fuera de mis tierras. Pero hasta que Angus esté derrotado, eres responsabilidad mía.

Suspiro, teatralmente.

—Qué suerte la mía… Y déjame decirte que considero que no es necesario que me mires como si quisieras decapitarme.

Él casi sonríe. Casi.

—Solo intento mantenerte viva, no feliz y… solo por ahora. Tu presencia es tolerada porque es necesaria, pero no indispensable.

—Ah, y ahí va, rompiendo mi corazón otra vez —digo, poniendo una mano sobre mi pecho en un gesto dramático.

Caelan inclina la cabeza, como si evaluara si mi sarcasmo es simplemente un escudo o un arma afilada.

—Si prefieres, puedo dejarte a tu suerte y ver cómo te las arreglas —dice con tono seco y desafiante.

—Oh, por favor, Caelan, tu charla sobre supervivencia es lo único que me mantiene en vilo noche tras noche. No me prives de tus dulces palabras de precaución; podría morir de desesperación.

Él ni se molesta en mirarme, como si yo fuera parte del mobiliario, o peor, una de esas molestas moscas de verano.

—Ella sigue hablando, ¿no es así? —le oigo murmurar a su amigo, Blair, cuyo intelecto parece compararse con el de una silla, aunque ofendería a la silla.

—Y tú sigues respirando, qué milagro tan triste para todos nosotros —replico con una sonrisa radiante. Blair frunce el ceño, claramente confundido unos segundos antes de comprender el insulto.

Caelan finalmente se gira hacia mí, sus ojos grises no muestran ni un ápice de humor.

—¿Alguna vez piensas antes de hablar? —pregunta con esa voz que resuena con autoridad y un toque de irritación que parece reservar solo para mí.

—Oh, todo el tiempo, pero mi lengua se mueve antes. —Cruzo los brazos y lo miro fijamente, desafiante.

Su mirada se endurece un poco, pero en sus ojos, esa chispa de antes se aviva, revelando no solo irritación sino, quizás, un gramo de respeto reticente.

—Necesito a cada persona capaz de manejar una espada o disparar flechas en las almenas —me dice con tono de mando—. Intentarán avanzar hacia el castillo y necesitamos estar preparados para repeler su avance.

Su mirada se clava en mí con una intensidad inusual, como si estuviera viendo algo más allá de la fachada sarcástica que me gusta mostrar al mundo.

—Necesito que revises el arsenal. Necesitamos saber exactamente con qué contamos para defender el castillo. ¿Qué armas y proyectiles nos quedan?

Suspiro, llevándome una mano a la frente como si pudiera palpar el peso de la responsabilidad que cae de repente sobre mí.

—Voy a revisarlo ahora mismo, pero te adelanto que la situación es desesperada. Hemos usado la mayoría de nuestras flechas. Estoy casi segura de que no nos quedan suficientes para una defensa completa.

—Entonces piensa en algo. ¿Hay algo en el castillo que podamos usar como proyectiles? ¿Algún material, algo que pueda arder? Necesitamos mantenerlos a raya.

—Podemos usar el aceite y el alquitrán. Hay barriles almacenados para el invierno que podríamos convertir en bombas incendiarias. No es ideal, pero podría darnos la ventaja que necesitamos.

Caelan asiente, una chispa de algo que podría ser alivio o quizás admiración brillando brevemente en sus ojos.

—Hazlo. Y Sheena... —hace una pausa, y por un momento su voz baja a un tono casi confidencial—, necesito que reúnas a los mejores hombres al frente. Tú conoces a la gente aquí mejor que nadie en estos momentos.

Asiento, sintiendo por primera vez desde que esta locura comenzó que alguien sabe lo que se hace, aunque mi alivio es efímero porque pongo mi vida en la persona que más me odia y menos le importaría verme muerta.

«C'est la vie».



Al caer la noche, el aire se carga de tensión. Desde las almenas del castillo, observo cómo se dibuja un movimiento inesperado detrás del campamento MacDougall. Unas figuras armadas emergen de las sombras, lanzándose contra ellos con una ferocidad que corta el aliento. Los MacDougall, sorprendidos, apenas tienen tiempo de reaccionar.

A nuestro alrededor, el castillo bulle de actividad. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos unidos por un objetivo común.

Con la ayuda de Caelan, he logrado organizar un grupo formidable. Sobre las almenas, lanzamos barriles de aceite y alquitrán convertidos en bombas incendiarias sobre los atacantes que intentan abordarnos.

Las llamas iluminan la noche, creando sombras danzantes que pintan un cuadro tanto heroico como desesperado.

Caelan está en el grueso de la acción, su voz resuena con órdenes claras y precisas, cada comando es un golpe dirigido a mantener a raya a nuestros enemigos. Su presencia es imponente; un líder nato cuya autoridad nadie cuestiona en este momento de crisis.

«Lo que es lógico teniendo en cuenta que es el héroe de esta historia».

En mi posición, cargo y disparo con la precisión he podido aprender en un mes de asedio constante. Cada flecha que suelto lleva consigo un pedazo de mi obstinación y, aunque nadie lo menciona en los libros, también un pedazo de mis dedos, cada vez más magullados y doloridos.

Disparar un arco no es solo cuestión de puntería y visión; es resistencia y dolor, el ardor en los músculos y la piel desgastada por la cuerda tensa.

—¡Disparad! —grito, mi voz se eleva sobre el caos, sorprendentemente firme y llena de una autoridad que no sabía que tenía, pero es lo que tiene luchar o morir.

En este mes, he pasado de ser una figura que despierta recelos a alguien a quien respetan y siguen, *«más o menos»*.

Mi corazón late con la adrenalina del momento, pero también con el peso de la responsabilidad que he asumido cuidando de estas personas.

La lucha es cruda y visceral. El sonido de acero contra acero, los gritos de los hombres y el crujir de la madera en llamas llenan el aire. El castillo es un hervidero de actividad; todos, desde el más joven hasta el más viejo, aportan a la defensa de nuestro hogar.

—¡Sheena, detrás de ti! —me advierte Blair. Su grito me salva de un atacante que había logrado escalar silenciosamente la muralla.

Giro sobre mis talones, arco en mano, y en un movimiento fluido que sorprende incluso al hombre que intentaba apuñalarme, suelto la flecha. Impacta con precisión, y el hombre cae hacia atrás, un grito sofocado en sus labios.

Contengo el aliento. No sabía que era capaz de algo así. De quitar la vida a una persona mirándole a los ojos, pero… es solo un extra ¿no? Y él… iba a matarme…

Blair y yo intercambiamos una mirada breve. Por un segundo, su expresión es menos de desdén y más de reconocimiento. Es la primera vez que parece verme como algo más que una carga o una amenaza interna.

—Gracias —digo, mi voz apenas audible sobre el estruendo de la batalla.

—No hay tiempo para gracias. Sigue alerta —responde él, su tono igual de áspero que cuando llegó.

A lo largo de la noche, nuestra cooperación se vuelve más fluida. Blair, a pesar de sus reservas, comienza a dirigirme con menos hostilidad y más como a una compañera de armas. Cada movimiento que hago es calculado, cada flecha disparada con la desesperación de quien sabe que no hay otra opción que ganar o morir.

Al alba, cuando los últimos de los atacantes se dispersan y el silencio cae pesadamente sobre Glenrae, me permito un momento para respirar. Blair se acerca, mirando hacia el horizonte donde los primeros rayos del sol comienzan a aclarar la oscuridad.

La tensión de la noche empieza a disiparse poco a poco, aunque el cansancio y el peso de nuestras acciones se cuelan profundamente en mis huesos. Mientras observo a Blair recorrer el perímetro, no puedo evitar notar su presencia constante cerca de mí.

—¿Me estás siguiendo? —pregunto, arqueando una ceja con una media sonrisa que no logra ocultar el cansancio.

—Por supuesto que no. Sigo órdenes, y esas son las de mantenerte con vida, por ahora —responde él, con una seriedad que roza lo cómico dada nuestra situación.

—Pues pareces un acosador —replico, no puedo evitarlo. Mi lengua tiene vida propia.

Blair se detiene, sus ojos se abren ligeramente más de lo normal y mueve la cabeza con incredulidad.

—¿Un acosador?

—¡¡Sheena!! Tu prometido ha sido capturado. ¡Ven! Tu hermano te reclama —me grita Alana desde lo alto de una escalera de caracol.

—Trata de no insultar a nadie por el camino —me advierte Blair, intentando mantener la seriedad, pero una chispa de humor brilla en sus ojos.

—Sin promesas —murmuro, sin embargo, esta vez con una sonrisa que siento genuina, a pesar del agotamiento y el dolor que nos rodea.

Capítulo 2



El patio del castillo de Glenrae se extiende amplio y austero ante mí, sus piedras grises bañadas por el resplandor pálido del alba que se filtra a través de las altas torres. Las murallas, robustas y sombrías, se alzan como guardianes silenciosos de los secretos que han visto pasar los siglos.

En el centro, un espacio abierto rodeado por un pasillo cubierto conduce hacia las principales estancias del castillo, donde las decisiones que han determinado el destino de muchas vidas se han tomado bajo techos de madera oscura y entre paredes frías y sombrías.

«Unas buenas, grandes y hermosas ventanas harían mucha diferencia, pero entiendo que esos orificios pequeños hacen más impenetrables los castillos».

Al acercarme, veo a Caelan en medio de una escena que parece sacada de las páginas más violentas de una novela de acción. Sostiene a Angus por el cuello de la camisa y su rostro parece una máscara de furia contenida.

Angus, con los ojos desorbitados, lucha inútilmente contra el agarre de hierro de Caelan. La tensión en el aire es notable, cargada con la desesperación de un hombre acorralado y el miedo que infunde Caelan MacRae.

—¿Es por ella que querías tomar mi castillo? —grita con ira, cada palabra como un golpe —. Pues ve y tómala. Es tuya por completo, pero fuera de mis tierras y lejos de mi clan.

Angus, recuperando algo de su compostura, se levanta temblorosamente y me mira con una mezcla de deseo y derrota. Sus ojos recorren mi figura, evaluando, calculando, como si pudiera reescribir el final de su fiasco a través de la posesión.

—¿Crees que puedes regalarme como si fuera un jarrón decorativo? —le reprocho, aunque mi corazón late con fuerza en mi pecho. La provocación es mi armadura, y no permitiré que me vean vulnerable, ni siquiera ahora.

—No es un regalo, es un exilio y un castigo. Él te quiere, tú lo repudias. Él es un bastardo y tú... —hace una pausa, como midiendo sus palabras— no te quiero cerca.

—No voy a irme con él. ¿Piensas que un asedio agrega valor a su propuesta?

Antes de que Caelan pueda replicar, Hamish y otros miembros del consejo intervienen, acercándose con paso firme y seguro.

—Sheena ha demostrado ser indispensable durante el asedio. Ha ganado su lugar aquí como una verdadera MacRae —afirma Hamish con una voz que brota respeto y autoridad—. Es tu hermana, Caelan, y es tu deber protegerla.

«Casi lo abrazo».

Angus, frustrado y claramente enojado, coloca una mano sobre mi hombro de manera posesiva.

—No, me la llevaré conmigo —dice con determinación.

En un instante, Caelan desenvaina su espada y de un tajo corta la mano que aprieta mi hombro. El grito de dolor de Angus rompe el silencio matinal mientras la sangre salpica mi cara y ropa.

—¿No has oído? —Caelan está temblando, su voz vibrando con un furor desatado—. Ella es mi hermana, una MacRae, y la mano que transgrede a mi familia sin permiso merece ser castigada.

«Loco e impredecible bipolar. Estoy condenada».

El patio queda en un silencio absoluto, roto solo por los jadeos doloridos de Angus. Mi corazón late desbocado, tanto por el acto violento que acabo de presenciar como por la repentina comprensión de la gravedad de mi situación. Este Caelan no es el personaje comedido y justo de la novela; es un líder feroz, impetuoso. Su apodo de «salvaje MacRae» no es una ficción literaria; es una advertencia palpable de su brutalidad y su inflexible determinación.

Mientras la realidad de Caelan me golpea, la idea de alejarme parece cada vez más sensata.

No solo para evitar ser una pieza en su juego de poder, sino para preservar algo de la vida que aún conservo a duras penas.

Pero antes de que pueda procesar completamente mis pensamientos de fuga, la situación escala.

—Deberías coser ese muñón antes de que te desangres —le dice Caelan a Angus con una frialdad cortante y una misericordia que roza lo inexistente.

Angus, con la cara torcida de dolor y rabia, se sujeta el brazo mutilado y escupe al suelo. Su mirada se carga de odio y promesas de venganza cuando se posa en mí.

—Esto no se quedará así, MacRae. ¡Te lo juro! —grita antes de retirarse torpemente, apoyado por sus hombres menos heridos que también parecen igual de atónitos.

Blair, que había observado toda la escena con una seriedad imperturbable, se acerca a Caelan una vez que Angus se aleja.

—Ha sido un bonito espectáculo, pero deberías haberlo matado —murmura con un tono que sugiere tanto aprobación como crítica.

Caelan sonríe de medio lado, una sonrisa que no alcanza sus ojos, siempre calculadores.

—No, él se ocupará de hacer correr los rumores sobre mí como el Laird de los MacRae y sobre lo cabrón que soy. Un poco de mala fama nunca viene mal —le responde con una sonrisa torcida.

Al observar todo esto, un torbellino de emociones me sacude. La brutalidad de Caelan, su astucia política, y la crudeza de este mundo medieval se entrelazan ante mis ojos, ofreciendo un cuadro muy diferente al romance idealizado de la novela que estaba devorando.

Y mientras los primeros rayos del amanecer tiñen el cielo de un pálido azul, me pregunto si realmente tengo un lugar aquí, en este juego de poder y supervivencia donde la leyenda y la realidad se entrelazan tan estrechamente.

Caelan clava sus ojos en mí y da una patada a la mano inerte que aún permanece a mis pies. Se acerca, y su rostro muestra una sonrisa fría que no presagia nada bueno. Con un movimiento brusco y deliberado, limpia con su dedo una mancha de sangre que ha salpicado mi mejilla durante el enfrentamiento.

—Tienes la cara sucia, hermana —dice con un tono de sarcasmo que corta casi tanto como su espada. Su uso de «hermana» suena más a insulto que a término afectivo.

Su cercanía es abrumadora, y la frialdad de sus ojos grises me recuerda que el hombre que tengo delante no es solo un guerrero formidable, sino también un líder implacable que no duda en hacer lo que sea necesario para proteger su clan y su poder, incluso si eso implica mutilar a un hombre en su propio patio.

—Qué rápido que puede cambiar el viento aquí en Glenrae —continúa, aún con esa sonrisa que no llega a sus ojos—. Deberías aprender a mantener tus emociones bajo control, al igual que tu lengua.

Su advertencia es clara, un recordatorio de que ahora él es el dueño y señor del castillo y que, aunque pueda parecer que estamos del mismo lado, la alianza es frágil y mi lugar aquí es tan seguro como su temperamento.

Retrocedo un paso, tratando de poner algo de distancia entre nosotros, pero también porque necesito ese espacio para recobrar el control sobre mis propios pensamientos y emociones.

—Entendido, laird MacRae —digo, inclinando la cabeza en un gesto que roza la deferencia, sin embargo, mis ojos no se apartan de los suyos. Es una aceptación a regañadientes de la jerarquía entre nosotros, pero también un recordatorio de que no soy tan fácil de someter. La ironía de recibir consejos sobre control de un hombre que acaba de cortar la mano de otro no se me escapa—. Me aseguraré de recordarlo.

Caelan finalmente se aparta, su mirada aún evaluándome como si intentara descifrar un acertijo complicado. Con un asentimiento casi imperceptible hacia mí, se gira para atender los asuntos del clan, dejándome sola con mis pensamientos y la mano ensangrentada que yace ominosamente a mis pies.

Mientras observo cómo se aleja, el sol sigue ascendiendo, marcando el comienzo de un nuevo día en Glenrae, sé que mi lucha por encontrar mi lugar en este nuevo mundo—tan brutal como fascinante—solo acaba de comenzar y tengo mucho que temer.

Debo, como sea, ganarme a Caelan MacRae para que no me corte en pedacitos con su espada.

Y estarás pensando, ¿qué le hizo la verdadera Sheena para que Caelan la odie tanto? Pues deja que te cuente algunas de esas «maravillas».

La verdadera Sheena, la mujer cuyo cuerpo ocupo ahora, no era precisamente un ángel. Su madre, que era la madrastra de Caelan, tenía ambiciones que iban mucho más allá de ser simplemente la esposa del laird. Ella y el tío de Caelan, Malcolm, un hombre tan astuto como despiadado, conspiraron juntos para deshacerse del único obstáculo en su camino hacia el poder: el joven heredero, Caelan.

Una de sus primeras jugadas fue intentar envenenarlo durante un banquete. La dosis, mal calculada, no fue suficiente para matarlo, sin embargo, Caelan estuvo gravemente enfermo durante semanas, y nunca dudó ni olvidó quién estaba detrás de ese intento de asesinato.

Pero Sheena no se detuvo ahí. Aprovechando la debilidad de Caelan durante su convalecencia, esparció rumores venenosos entre los clanes, sugiriendo que la enfermedad de Caelan era un signo de debilidad, que era un niño enfermizo, incapaz de liderar. Estos rumores estaban diseñados para socavar su autoridad y legitimidad ante los ojos de los clanes aliados.

Además, Sheena, con la ayuda de su madre, manipuló los documentos del clan para

favorecer la línea de sucesión alternativa, preparando el terreno para que el tío de Caelan tomara el poder. El matrimonio de Sheena con un poderoso aliado, Angus, aseguraba una alianza que les permitiría controlar el clan desde las sombras.

Pero lo que tal vez fue más cruel de todo fue cómo trataron a Caelan en su propia casa. Sheena se aseguró de que cada día fuera una tortura para él.

Así que ahora, al ocupar el lugar de ella, no solo llevo su rostro, tan similar al mío, aunque algo más pecoso, sino también el peso de sus crímenes.

A Sheena en el libro se la describía con unos ojos castaños casi dorados, intrigantes que parecían capturar y reflejar la luz del sol, dándole una mirada hipnótica y profunda. Su cabello castaño, largo y ondulado, enmarcaba un rostro delgado con rasgos precisos que hablaban de una belleza resuelta y firme, muy lejos de cualquier dulzura convencional.

Era una mujer llena de sensualidad que sabía cómo utilizarla. Podía alternar entre una encantadora sonrisa y una expresión severa en un instante, una dualidad que sabía manejar a su favor en los juegos de poder que se traía dentro del clan.

«Mucho más sofisticada que yo, aunque compartamos físico».

Yo no soy más que una lectora apasionada de las novelas románticas históricas sobre Highlanders que trabajaba de ingeniera agrónoma en Fresno, California. Mi vida anterior, llena de análisis de suelo y gestión de recursos hídricos, parece ahora un mundo distante.

Aquí, en el implacable y frío escenario de las Highlands escocesas del siglo XIV, mis habilidades prácticas y mi conocimiento técnico parecen casi irrelevantes, eclipsados por la necesidad de maniobrar a través de traiciones y lealtades que son tan volátiles como el clima escocés.

—Vamos, encontremos algo de comer para todos estos guerreros —le digo a Alana, tratando de infundir algo de entusiasmo en la atmósfera pesada del patio del castillo.

Ella suspira profundamente, como si la mera idea de moverse fuera un esfuerzo hercúleo.

—Sheena, después de la noche que hemos tenido, ¿de verdad crees que alguien tiene estómago para comer? —pregunta, pero finalmente se pone de pie con una lentitud exasperante.

—¿Has visto bien la envergadura de todos esos hombres? Estoy segura de que siempre están muertos de hambre.

—¿Sabes? —comienza a decir, recostándose contra el muro frío del castillo con un suspiro dramático que arrastra más que el viento de las Highlands—, si no fuera porque comer es más agradable que morir de hambre, podría saltarme todo este asunto de la búsqueda de comida.

Yo sonrío a pesar de la situación.

Su pereza es casi un arte, y en otro mundo, en otro tiempo, podría haberla encontrado

exasperante. Aquí, sin embargo, su desgano ofrece un extraño consuelo; un recordatorio de que incluso en medio del caos, la normalidad puede persistir de las formas más inesperadas.

—Vamos, Alana —la animo, ofreciéndole mi mano para ayudarla a despegarse de la pared —. Quizá encuentres la manera de supervisar mientras descansas. Solo cerebro, mínimo movimiento.

Ella toma mi mano, su agarre más fuerte de lo que su queja sugeriría y me sigue con un gruñido teatral.

—Bien, pero si alguien vomita, te encargarás tú de limpiar. No pienso pasar mi día esquivando charcos de desayuno regurgitado —responde, comenzando a caminar hacia la despensa con paso arrastrado.

Capítulo 3



Al entrar en la despensa del castillo, el panorama es desolador. Las estanterías, normalmente repletas de sacos de grano y cestas de verduras, están casi vacías. Solo unos pocos nabos malformados y algo de avena dispersa adornan los rincones polvorientos. El asedio no solo ha agotado a los hombres y mujeres de Glenrae, sino también sus reservas de comida.

—Parece que tendremos que ser creativas —murmuro, hurgando entre los suministros limitados. Alana, con un gesto de resignación, se apoya en la pared, observándome con una mezcla de apatía y leve curiosidad.

Decidida a hacer algo más que lamentar nuestra suerte, me dirijo hacia el huerto del castillo. Aunque el otoño está avanzado y la mayoría de las plantas han cedido bajo el frío implacable, quizás quede algo que pueda salvar nuestro desayuno. Con un cesto bajo el brazo, comienzo a recoger cualquier hierba que haya sobrevivido al frío: algo de romero, algunas hojas de salvia, y con suerte, algún nabo enterrado bajo la tierra helada.

Mientras estoy de rodillas, ensuciándome las manos en el barro, una escena me viene a la mente y me rio *«por no llorar»*.

En medio de esta tierra dura y fría, alzo uno de los nabos al cielo, imitando la determinación feroz de Scarlett O'Hara, y declaro con fuerza:

— A Dios pongo por testigo que no podrán derribarme. Sobreviviré, y cuando todo haya pasado, nunca volveré a pasar hambre, ni yo ni ninguno de los míos. Aunque tenga que mentir, robar, mendigar o matar, ¡a Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre!

No noto las miradas curiosas que se posan en mí de los hombres Mackenzie que se acercan desde el muro del castillo hasta que están ya demasiado cerca.

—Bueno, al menos tiene espíritu —comenta uno de los hombres con una sonrisa.

—Quién lo diría, Sheena MacRae, la salvadora con nabos —añade Blair con burla.

Caelan, cuyo interés parece despertado por mi inusual actividad, no dice nada, pero sus ojos no se desvían.

El rubor se extiende por mi rostro al darme cuenta de que he sido atrapada en una situación un poco… ridícula. Intento recomponerme, bajando el nabo lentamente y limpiándome las manos en la falda de mi vestido, tratando de encontrar una salida digna a este pequeño espectáculo que he dado.

—Bueno, siempre he pensado que un buen nabo puede hacer milagros —replico con media sonrisa mientras huyo despavorida con mi cesta casi llena hacia la cocina.

Al entrar en la cocina, me encuentro con la señora Fergusson, la cocinera, que me observa con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Oí lo que dijiste afuera, lass. Bien dicho. Ahora, pongámonos a trabajar y hagamos que esas palabras se conviertan en realidad. Tenemos muchas bocas que alimentar y pocos recursos. Toda ayuda es bienvenida aquí.

Siento una ola de vergüenza. No era mi intención atribuirme de este modo las palabras de otra, pero tampoco es como si pudiera explicar que era una simple actuación.



Con la guía experta de Mrs. Fergusson, me pongo a trabajar. La cocina se convierte en un torbellino de actividad mientras intentamos hacer lo mejor que podemos con lo poco que tenemos.

Alana se une a nosotras, arrastrándose hacia el fogón con evidente desgana. Su «ayuda» consiste principalmente en pelar los nabos con movimientos lentos y meticulosos, intentando prolongar cada acción tanto como sea posible.

—No sé qué esperas lograr con esto, Sheena —murmura Alana, mientras lanza un nabo pelado en el cuenco—. Esto apenas puede considerarse una comida.

—Cualquier cosa que llene el estómago es una comida en tiempos como estos. Y quién sabe, tal vez el sabor de la esperanza sea suficiente para enriquecerla —contesto, tratando de mantener el ánimo mientras corto las hierbas que recogí.

Mrs. Fergusson organiza los escasos ingredientes con eficiencia. Prepara una sopa aguada, pero aromática. Agrega unos pocos granos de cebada que había guardado para una ocasión de escasez extrema, diciendo que este es precisamente ese tipo de ocasión.

—No es mucho, pero alimentará —dice, probando la sopa y ajustando las hierbas.

Mientras la sopa hierve, me encargo de revolver y ajustar el fuego, observando cómo el vapor se eleva en espirales sobre la olla. El aroma, aunque sutil, comienza a llenar la cocina, y algunos guerreros que pasan por la puerta se detienen, atraídos por la promesa de alimento.

Sin embargo, soy plenamente consciente de que no podemos subsistir para siempre a base de sopa y verduras. La proteína es esencial, y las despensas del castillo están vacías y los MacDougall han diezmado el ganado, aprovechando la vulnerabilidad del clan MacRae durante el asedio.



Mientras desayuno en la gran mesa del comedor, una situación inesperada pero crucial se presenta: estoy sentada justo al lado de Caelan.

La proximidad es incómoda, cargada de un silencio tenso solo roto por el sonido de los utensilios contra los platos. Aprovecho este momento inusual para abordar el tema que ha estado pesando en mi mente.

—Caelan —comienzo, intentando mantener mi voz firme y clara—, las provisiones son limitadas y, francamente, insuficientes para el invierno. La situación ya era mala antes del asedio, pero ahora ha empeorado mucho más con los MacDougall arrasando con todo.

Él deja su cuchillo y mira hacia mí, sus ojos grises clavados en los míos, evaluando.

—Sí, es un problema —admite con un tono bajo, casi reticente a aceptar cualquier debilidad.

—He estado pensando —continúo, ignorando su expresión fría—, que podríamos buscar ayuda externa. Los Fraser de Lovat están cerca. Podríamos intentar negociar con ellos, obtener algo de ganado y quizás grano para pasar el invierno.

El rostro de Caelan permanece impasible, pero noto un ligero estrechamiento de sus ojos, un indicio de su interés.

—¿Y crees que los Fraser estarían dispuestos a comerciar con nosotros en estos tiempos? —pregunta, su voz lleva una mezcla de escepticismo y curiosidad.

—Podría funcionar si les ofrecemos algo a cambio. No solo les pediríamos recursos, también les propondríamos una alianza, algo que les beneficie.

—Ya veo —dice él de repente perdiendo el interés en la conversación.

—¿Qué ves? —le pregunto desconcertada.

—Estás interesada en Jamie Fraser —afirma Caelan con una especie de certeza irónica.

«Bueno, ¿y quién no? Pero no creo que hablemos del mismo Jamie Fraser».

—¿Por eso rechazaste a Angus MacDougall? ¿Prefieres casarte con Jamie Fraser? —insiste, y ahora hay un destello de algo más en sus ojos, una mezcla de curiosidad y desafío.

—Esto es sobre el clan, no sobre mí —le respondo incrédula—. Rechacé a Angus porque no pienso casarme sin amor con alguien a quien no conozco y que, francamente, tiene menos encanto que un guisante mustio en un plato enorme.

Caelan me mira, evaluando, y por un momento, el brillo en sus ojos me hace pensar que quizás ha llegado a entender.

—No necesitamos más enemigos ni complicaciones innecesarias —dice finalmente, dando por terminada la discusión—. No quiero problemas con los Fraser y tú solo sabes de eso.

—Oh, por supuesto —respondo con un tono marcado por el sarcasmo—, porque después de más de diez años sin vernos, conoces exactamente cómo y quién soy. La gente cambia ¿sabes?

Él se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio personal, y su envergadura es casi como la de un roble robusto, inamovible y dominante.

«¡Qué malditamente guapo es, por favor!».

—La gente cambia, sí —dice él, su voz baja, casi un murmullo—. Pero algunas cosas permanecen y el alma oscura de ciertas personas raramente se aclara.

Su afirmación me golpea más fuerte de lo esperado, dejando un eco de advertencia en el aire entre nosotros.

—Tal vez eche un ojo a ese Jamie Fraser, si no se parece ni un poco a quien yo me sé, puede que prefiera su compañía a la tuya.

—Lo sabía —dice él inmediatamente, su voz cargada de una certeza que me irrita—. Tú no haces nada que no sea en tu propio beneficio.

Antes de que pueda responder, Hamish interviene, su presencia pesada y preocupada se siente como la de un viejo roble en una tormenta. Se une a nosotros con un semblante sombrío, su voz resonando con la gravedad de nuestra situación.

—Laird, aunque buscar ayuda pueda parecer una mala estrategia, debemos considerar nuestra posición. Estamos financieramente exhaustos. Tu padre, Dios descanse su alma, no dejó las arcas en buen estado, y con los impuestos del rey y las cosechas fallidas, estamos en un punto crítico. Y ahora este asedio... si no actuamos, el hambre será nuestro menor problema.

Caelan frunce el ceño, claramente pesando las palabras de Hamish. La seriedad de nuestra realidad parece asentarse más profundamente en la estancia, fría y densa como la niebla matutina sobre las Highlands.

De repente, uno de los consejeros más veteranos del clan, un hombre de mirada aguda y voz firme, interviene.

—Recordemos que Caelan aún no es el Laird —señala, mirando a los presentes con una gravedad que refuerza la tensión en la sala—. La posición oficial aún está en disputa, y no todos en este clan están convencidos de que él deba ser nuestro líder, especialmente con su tío Malcolm presionando tanto para asumir el rol. Si tenemos en cuenta que el antiguo Laird sacó a su hijo de los registros como su heredero. Por lo que a mí respecta, no tengo Laird aún.

En ese instante, sintiendo que el futuro de Glenrae pende de un hilo, me levanto, decidida a apoyar a Caelan.

Si bien es cierto que la historia en la novela no sucede así exactamente, porque la verdadera Sheena no le dice a Angus MacDougall que se meta su proposición allí donde nunca le da el sol, lo que no origina el asedio, cuando el padre y la madrastra de Caelan mueren igualmente en una emboscada, él asume su papel como Laird… y se ocupa de vengarse de su hermanastra más adelante… Lo que trataré de evitar, pero no así como su derecho a ser el Laird.

—Mientras nosotros estábamos aquí, asediados y luchando por nuestras vidas, ¿dónde estaba Malcolm? —comienzo, mi voz firme y clara resonando en la sala—. No lo vi en las murallas. No lo vi cargando espadas ni dirigiendo hombres. No, fue Caelan quien estuvo con nosotros. Fue Caelan quien, con los Mackenzie, rompió el asedio y nos trajo esperanza.

Los murmullos crecen entre los presentes. Algunos asienten, miradas de entendimiento y acuerdo se cruzan en la habitación.

—La muchacha tiene razón, Percival. ¿Por qué no te callas? —le grita otro.

Lo que se traduce en acalorados intercambios.

—¡Malcolm tiene influencia con el rey inglés! Eso podría beneficiarnos —argumenta un anciano, intentando justificar su apoyo a Malcolm.

—Los MacRae no se venden a los ingleses. Solo lo defiendes porque te prometió tierras al

norte del río, ¿no es así? —contraataca otro, no sin razón.

—En realidad, ha sido Sheena quien nos ha mantenido vivos durante la contienda —interviene un tercero, mirando a los otros con una expresión mezcla de respeto y expectación—. Si ella se casara con Malcolm, él tendría mi apoyo como laird.

—¡No voy a casarme con Malcolm! —grito, incapaz de contener mi frustración—. ¡Maldita la época en que el valor de una mujer se mide solo por su utilidad matrimonial!

La habitación queda en silencio por un momento, impactada por mi exabrupto.

—Caelan lleva muchos años fuera, lejos de los MacRae. Su lealtad está con los Mackenzie, ¿cota de malla? ¿No es así cómo lo llaman los de Eilean Donan? —dice otro, intentando poner en duda la lealtad de Caelan.

—¡Salvaje MacRae! —añade otro, confirmando el apodo con un tono que mezcla respeto y miedo.

—¡Sí, eso también!

Sin embargo, un consejero mayor, que hasta ahora había escuchado en silencio, se levanta con esfuerzo. Su voz, aunque temblorosa, lleva un peso que enmudece la sala.

—Si nos garantiza nuestra supervivencia, Caelan tiene mi apoyo —declara con firmeza—. No podemos permitir que las intrigas y las promesas vacías dicten nuestro futuro. Necesitamos un líder probado en batalla, no un diplomático que juega a la política mientras su gente sufre.

Finalmente, Caelan se pone de pie, su presencia imponiendo un momento de silencio.

—Soy un MacRae, primero y, ante todo —dice con firmeza, su voz resonando en la sala—. Mi lealtad siempre ha estado y siempre estará con este clan. Y juro, ante todos, que haré todo lo que esté en mi poder para guiar a Glenrae a través de estos tiempos oscuros hacia un futuro lleno de prosperidad y paz.

Hamish, cuya opinión suele tener un gran peso en el clan, se levanta lentamente. Su mirada recorre la sala antes de fijarse en mí y luego en Caelan.

—Nos encontramos en una encrucijada, y las palabras de nuestro joven Caelan son prometedoras. Pero todos sabemos que las palabras deben ser respaldadas por hechos y por la confianza de este clan —comienza, sus ojos escudriñando las reacciones de los presentes.

Luego, su mirada se suaviza al posarse de nuevo en mí.

—Sheena MacRae ha mostrado una fortaleza y un liderazgo inesperados durante estos tiempos difíciles. Su apoyo a Caelan no es solo un gesto de su lealtad como hermana, sino un claro indicativo de su compromiso con el bienestar de Glenrae. Si pueden mantener esa unidad y dirigir los dos con esa determinación, tienen mi apoyo. Ya hay precedentes de dos hermanos dirigiendo un clan con buenos resultados —declara, y uno tras otro, más consejeros y miembros

del clan expresan su acuerdo.

En ese momento, siento la mirada helada y aterradora de Caelan sobre mí, y algo en su expresión me dice que piensa que todo esto es obra mía. Tal vez cree que no le estaba apoyando sinceramente, sino buscando beneficiarme de la inestabilidad del clan. Sin embargo, mi sorpresa es tan genuina como la de cualquier otro en la sala; estas son cosas que uno esperaría encontrar solo en las tramas más enrevesadas de una novela.

Dirijo mi mirada hacia Caelan, consciente de la importancia de aclarar mis intenciones en un momento tan crucial. Con la sala aún en silencio, capturando cada intercambio entre nosotros, tomo un profundo suspiro y me dirijo a él, aunque mis palabras resuenan para todos.

—Lo haré solo hasta que Caelan obtenga vuestra confianza y asuma el control total —digo, asegurándome de que mi voz denote sinceridad y compromiso.

Solo obtengo silencio por parte de él y creo que ahora sí, más que nunca mi vida corre auténtico peligro.

Capítulo 4



Deposito un pequeño ramillete de flores silvestres en las recientes tumbas de quienes han sido mis padres por un breve periodo de tiempo, mientras el reverendo oficia una misa por todos los caídos durante el asedio. El aire está impregnado de solemnidad, y la suave brisa que mueve las hojas de los árboles parece susurrar palabras de consuelo.

En el medievo, el luto se expresa profundamente. Llevo un vestido de lana gruesa, de un tono oscuro que casi se confunde con el gris del cielo tempestuoso de Escocia. Mi cabello está recogido bajo una mantilla que cae suavemente por mis hombros, marcando el respeto y el duelo.

Frente a mí, Caelan viste un great kilt. La tela de tartán está enrollada en sus caderas y por el hombro, atada con un cinturón. Su apariencia es la de un guerrero que ha visto demasiado, pero que sigue adelante con la determinación de quien sabe que aún queda mucho por hacer.

Aunque mi interacción con el antiguo laird y la madre de Sheena fue breve, no puedo evitar sentirme culpable por el horrendo final que encontraron. Si no hubieran consentido en anular aquel compromiso, quizás la historia habría transcurrido como en la novela: me casaría con Angus, quien apoyaría a Malcolm, y juntos harían la vida imposible a Caelan.

Pero esto es una historia romántica y no puede faltar el amor. El encuentro con la verdadera protagonista de la novela, Morag, una prima lejana de los Fraser, conocida por su belleza y su dulzura cambia el curso de la historia.

Al conocerse, la dureza y la frialdad de Caelan se desvanecen, pues queda instantáneamente cautivado por ella, ofreciendo un giro de esperanza y amor en medio del caos… Sí, todo un poco predecible y yo no soy mucho del cliché insta love. Me gusta que el amor «y el sexo» se cuezan a fuego lento, pero es que Caelan… en el libro… me tenía loca y ahora… es aterrador y me odia.

Bueno, los animaré y apoyaré. Seré su guía durante los infortunios amorosos y con el tiempo incluso puede que quieran que sea la madrina de sus hijos.



Cuando termina la misa, Caelan se acerca a mí y me trasmite sus condolencias con una seriedad que contrasta con su usual reserva.

«Es aún más aterrador cuando es educado».

—La pérdida es tanto tuya como mía —digo suavemente, intentando encontrar un terreno común.

Caelan me estudia con una mirada que no logro descifrar; después de un momento, sus facciones se endurecen.

—Nunca sentí que tuviera un padre —dice con un filo en su voz—. Y ahora, tampoco notaré su falta.

—Entiendo que no fue el padre más afectuoso... —comienzo, tratando de ser diplomática.

—Fue menos que eso —interrumpe con un tono cortante como el viento invernal de las Highlands—. Cuando tuvo que elegir, eligió a su nueva familia en lugar de a su propio hijo. Me abandonó a la misericordia de otros, sin un segundo pensamiento.

Respiro hondo, sintiendo el peso de su resentimiento. Me acerco un paso, reduciendo la distancia entre nosotros, buscando en su mirada algún signo de la conexión.

—A pesar de todo, espero que algún día puedas verme no solo como una hermana mayor... sino como alguien en quien realmente puedas confiar y apoyarte.

Sus ojos se clavan en los míos y se retira un paso, reforzando la barrera invisible entre nosotros.

—Nunca pensaré en ti como mi hermana —dice con una finalidad que corta el aire frío—. Eso es algo que debes entender.

El rechazo duele, más de lo que esperaba, y me deja luchando por mantener la compostura. La brisa que antes traía consuelo ahora parece susurrar verdades que no quiero enfrentar. Con el legado de nuestro pasado entre nosotros, somos como dos islas en una tormenta, cercanas pero eternamente separadas.

Retiro mi mano, que había extendido hacia él sin darme cuenta y asiento con un susurro de aceptación.

—Ya veremos. Te demostraré qué estás equivocado conmigo y que estoy de tu lado completamente.

Caelan me mira sorprendido por un momento fugaz, pero luego su expresión se endurece y un rastro de sarcasmo se dibuja en su rostro.

—La última vez que me ofreciste una ofrenda de paz —comienza, su tono cargado de resentimiento—, terminé encerrado en la despensa durante horas después de que supuestamente me guiases para enseñarme algo muy importante.

—Es muy infantil sentir rencor por las travesuras de una niña —le digo entre dientes, sintiendo cómo la irritación crece dentro de mí.

—Tenías quince años. Otras ya están casadas a esa edad —argumenta él, con una mirada que claramente busca provocarme.

—Y muchas otras no se casan hasta mucho después, o nunca lo hacen, y aun así no condenamos sus errores juveniles eternamente —replico, tratando de mantener la compostura ante su lógica sesgada.

—Pero no todas tienen el historial de manipulaciones que tú tienes, Sheena —dice Caelan, cruzándose de brazos y mirándome con un escepticismo que me pincha el orgullo.

—Y no todos los hombres son tan rencorosos como para juzgar a su hermana por juegos de infancia —contraataco, sintiendo que la conversación se desliza hacia un punto muerto.

—Quizá si esos juegos no hubieran involucrado constantemente hacerme desaparecer del mapa. —Su voz se endurece, y por un momento, veo al niño herido que fue, no solo el hombre implacable que es ahora.

Respiro hondo, recordando que mi objetivo aquí es cerrar la brecha entre nosotros, no ensancharla.

—Caelan, lo siento de verdad. He cambiado y estoy aquí, tratando de hacer las cosas bien. Si tienes alguna petición con la que pueda resarcirme, puedes hacérmela. Puedo empacar mis cosas e irme muy lejos si es lo que quieres.

Él sonríe fríamente.

—Claro, ahora que mi liderazgo en el clan depende de ti y sabes que no puedo pedirte eso. Pero ¿lo harías si de verdad alguna vez te lo exijo, después de que haya consolidado mi posición?

—Sí, lo haré. Si eso es lo que quieres, me aseguraré de que obtengas la confianza de todo el clan y luego me iré —le respondo con firmeza.

Él se acerca y coge un mechón de mi pelo que se ha salido del velo, y lo acerca a su nariz.

—¿Qué debería pedirte realmente para considerar perdonarte? —pregunta, su voz baja y reflexiva, casi como si hablara más para sí mismo que para mí.

Mi corazón late desbocado, una respuesta traidora a su cercanía que no debería ocurrir.

«*Corazón traicionero, cálmate. Soy su hermana mayor en esta historia*», me repito internamente, intentando apaciguar el torbellino de emociones que él ha despertado con ese simple gesto.

Caelan parece contemplar mi reacción, sus ojos explorando mi rostro con una intensidad que hace que me falte el aire.

—Pensaré en algo —dice, finalmente, soltando mi cabello y dando un paso atrás—. Por ahora, concentremos nuestros esfuerzos en fortalecer Glenrae. Todo lo demás puede esperar.

Asiento, todavía con el corazón latiendo a un ritmo frenético, mientras él se aleja para unirse a Blair y otros dos hombres de los Mackenzie. Observo su figura alejarse, intentando reajustar mi enfoque a las tareas que tenemos por delante.

En ese momento, siento una presencia a mi lado. Torin, el jefe de la guardia. Se acerca, su mirada fija en la espalda de Caelan.

—¿De verdad crees que tu cuello permanecerá intacto con él como Laird? —me susurra sin apartar la vista de Caelan.

La pregunta me sobresalta, enviando un escalofrío por mi espina dorsal. Me giro hacia él, encontrando en sus ojos no solo preocupación, sino un cálculo frío.

—Caelan es un hombre de principios, aunque sea difícil de leer a veces —respondo con cautela, consciente de que cada palabra que digo podría ser usada en nuestra contra en el intrincado juego de poder del clan.

—Los principios no siempre garantizan seguridad, especialmente para aquellos que podrían verse como obstáculos o recordatorios de un pasado problemático —contesta él, bajando la voz aún más.

—Entiendo los riesgos —digo firmemente.

Torin me observa un momento más, luego asiente con una media sonrisa que no llega a sus ojos.

—Solo asegúrate de que tu lealtad esté bien situada y que puedas anticipar el juego de Caelan. En política, como en la guerra, a veces los aliados más cercanos son los primeros en caer.

Con esas ominosas palabras, se aleja, dejándome. Torin es un hombre de pocas palabras, pero cuando habla… En fin, sube el pan.

Miro de nuevo hacia donde Caelan se ha unido a sus hombres, preguntándome si alguna vez podré realmente ganarme su confianza o si siempre estaré en la cuerda floja, jugando un papel que podría terminar tan trágicamente como comenzó.

Mi mirada se cruza con la de Blair mientras este le asiente algo a Caelan, luego ambos se giran para mirarme. Está claro que hablan de mí y les importa un rábano que me dé cuenta.

«A otra cosa, mariposa».

Juro que no dejaré que me maten fácilmente, aunque tenga que robar, mentir y bla, bla, bla.

En este nuevo rol que la vida me ha impuesto, no soy solo una observadora pasiva. No. Soy una MacRae, y si he aprendido algo de las novelas que tanto amaba leer, es que incluso los personajes más inesperados pueden moldear su destino.

Me alejo, decidida a fortalecer mis lazos con aquellos en el clan que aún puedan tener dudas sobre Caelan. Si puedo asegurar su liderazgo a través de mi apoyo, tal vez también pueda asegurar mi propia seguridad.

A lo mejor, además sea hora de aprender un poco más sobre la defensa personal. Si la historia me ha enseñado algo, es que los tiempos de paz son efímeros, especialmente en las tierras altas de Escocia.

Capítulo 5

Narrador Omnisciente



Tras regresar de una jornada de caza decepcionante e infructuosa, Caelan, Blair y Duncan, otro de los guerreros Mackenzie que han estado bajo su mando en Eilean Donan como jefe de la guardia, caminan por el sendero que conduce al castillo con sus cuerpos tensos y sus mentes preocupadas por el futuro incierto de Glenrae.

A lo lejos, la figura de Sheena se destaca en el patio de la fortaleza, rodeada por un grupo de sirvientes y guerreros MacRae, organizando con energía los escasos recursos que hay.

—Tiene algo, ¿eh? —comenta Duncan, no sin cierta admiración, señalando cómo Sheena trabaja con vigor y entusiasmo—. Es hermosa, y no solo eso, es... cautivadora. No hay quien no lo comente. Se mueve de una forma distinta al resto de las mujeres.

Caelan detiene su marcha, observando la escena. Sheena no solo carga y organiza, sino que también dirige a un pequeño grupo que limpia y prepara la carne de los pocos animales que han podido cazar y entregado antes que ellos.

Su rostro está manchado de sudor y tierra, su cabello suelto y desordenado por el viento, pero sus ojos brillan con un fuego que no puede ser ignorado.

—Una mujer que sabe cómo manipular la atención de los hombres no es algo necesariamente bueno —responde con frialdad, su desconfianza claramente evidente.

—Una cosa es cierta —interviene Blair—. No se comporta como una dama debería, al menos no como las damas de aquí. Se mueve con una libertad que no se ve todos los días. Anda con la cabeza alta, habla sin miedo, como si cada palabra fuera su derecho, no un permiso. Y, aun así, tiene a todos comiendo de su mano, fascinados por su manera de ser. Mira cómo habla con los hombres, cómo se ríen y la escuchan.

Caelan, que puede oír la conversación mientras guarda una distancia prudente, no puede evitar sentir un renovado recelo. Su mirada se endurece mientras observa cómo Sheena se ríe abiertamente con uno de los jóvenes sirvientes, un gesto amistoso que parece natural pero totalmente fuera de lugar en su experiencia con ella.

—No olvides que no es de fiar —le dice Caelan.

—Lo sé —confirma Blair.

—Esa mujer podría ser el diablo mismo e incluso así, tendría a todos nosotros siguiéndola hasta el fin del mundo solo por esa sonrisa —continúa Duncan con una risa ronca.

Caelan permanece en silencio, observando cómo Sheena levanta un saco pesado, su gesto atrae inmediatamente la atención de varios hombres que se apresuran a ayudarla.

No puede negar la belleza de Sheena, algo que incluso a él le impactó la primera vez que la vio al acudir al castillo para detener el asedio. En los pocos pensamientos que le dedicaba antes de volver, ella no era más que una bruja horrible y despiadada.

Y ahora está esa gracia con la que se mueve, ligera y segura, cómo se lleva la mano al pelo de forma suave y delicada, la piel dorada y cremosa y esa sonrisa de dientes perfectos… Todo eso solo sirve para aumentar su renuencia a confiar plenamente en ella.

La idea de que pueda manipular a los hombres con su apariencia y encanto lo irrita y preocupa a la vez.

—No me gusta —murmura finalmente, su tono revela una mezcla de cautela y desdén—. Eso solo me confirma que se ha vuelto más astuta y ahora dispone de más armas para sus intrigas. Es mejor que mantengamos los ojos abiertos.

—No estoy seguro de que sea la misma que recordabas —comenta Blair, su voz baja, cargada de una seriedad que rara vez muestra.

—No me importa cuánto parezca haber cambiado o cuánto encanto tenga —dice Caelan, sus ojos no se apartan de Sheena—. No necesitamos… distracciones.

Duncan le da una palmada en el hombro, sonriendo ampliamente.

—Un hombre siempre necesita este tipo de distracciones.

—Cuidado que estás hablando de su hermana, Duncan —le dice Blair con burla.

—Ella no es mi hermana —apunta Caelan inmediatamente y eso hace reír entre dientes a los otros dos hombres.

—Yo tampoco querría que fuera mi hermana —bromea Duncan, y Caelan, aunque mantiene su compostura, suelta una sonrisa breve y resignada, sacudiendo la cabeza con cierta tolerancia.

Al acercarse al carro donde depositan la carne de la caza, Sheena se gira hacia ellos, sus ojos se estrechan ligeramente al ver el escaso botín.

—¿Solo esto? —pregunta, su tono lleva un filo de sarcasmo que hace que la sonrisa de Duncan se desvanezca—. Creía que eras un buen cazador, Caelan.

La observación pica a Caelan más de lo que quisiera admitir.

—Los MacDougall han arrasado nuestras tierras de caza —explica, con un tono más agudo de lo que pretendía, su frustración evidente—. Han matado animales no por necesidad, sino por puro sabotaje, dejando los cadáveres para descomponerse y privarnos de alimento.

Sheena sostiene su mirada, desafiante pero lógica, ofreciendo una solución práctica ante la crisis.

—Pues es hora de hacer una visita a los Fraser, ¿no crees? —sugiere con firmeza—. Se nos va a echar el invierno encima, Caelan. Necesitamos alimento.

Caelan, aunque molesto por su falta de tacto inicial, no puede ignorar la validez de su propuesta. Observa cómo el sol se pone detrás de las torres del castillo, proyectando largas sombras sobre el suelo del patio. El tiempo es, sin duda, un lujo que no tienen.

—Tienes razón —admite Caelan finalmente, aunque las palabras parecen costarle—. Los Fraser podrían ser nuestra mejor opción en este momento.

Sheena asiente, satisfecha con su acuerdo, y luego se gira para organizar el almacenamiento de la escasa carne que han traído.

—Saldremos mañana al amanecer. Prepárate, Sheena —le ordena Caelan.

—¿Yo? ¿Por qué tengo que ir? —pregunta ella, sorprendida—. Hay mucho trabajo aquí.

—Tal vez, con un poco de suerte, puedas demostrar que vales para algo más que para causar problemas —le dice Caelan, su voz baja y controlada con un matiz de ironía.

La dureza en sus palabras hace que Sheena frunza el ceño, claramente afectada por el insulto, pero su orgullo no le permite mostrar debilidad.

—No te preocupes, Caelan —replica ella con una sonrisa forzada—. Me aseguraré de que mi presencia sea más beneficiosa que tu cacería de hoy.

Blair, que no ha podido ocultar su sonrisa durante el intercambio, recibe entonces una mirada de Caelan.

—Tú también vendrás con nosotros —le dice.

—¿Y yo? —interroga Duncan, esperanzado.

—No, tú te quedas —responde Caelan de manera tajante—. Te distraes con demasiada facilidad.

Su comentario despierta carcajadas en los otros dos hombres, pero Sheena los mira perpleja sin comprender que es el blanco de esas risas.



Caelan se dirige a sus aposentos. La habitación del Laird en lo alto de la torre. Mientras camina por los corredores del castillo, su mente está llena de preocupaciones sobre la alianza con los Fraser. A pesar de la bravuconería de Sheena, sabe que llevarla podría ser un riesgo, pero también una oportunidad para descubrir si pretende algo.

Su mirada se pierde en los muros de piedra que han sido testigos de su crecimiento, cada uno cargado de recuerdos que preferiría olvidar.

El castillo de Glenrae, con sus torres imponentes y sus pasillos de piedra, nunca fue un hogar cálido para él. Era más un campo de batalla, un lugar donde cada esquina escondía susurros de conspiraciones y traiciones.

Recuerda los días en que deambulaba por estos corredores como un niño perdido, buscando algo de afecto o simplemente un lugar seguro donde esconderse de las manipulaciones de su madrastra y las intrigas de Sheena.

Caminando lentamente, observa cómo el sol se esconde iluminando los vastos terrenos que rodean el castillo de un manto naranja y rosa a través de las aberturas de las saeteras, las ventanas diseñadas para la defensa del castillo, ya que permiten a los arqueros disparar flechas mientras ofrecen protección.

Estas tierras, aunque bellas, son un recordatorio constante de su soledad hasta que llegó a Eilean Donan.

Con un suspiro, Caelan aleja su mirada del exterior. Mientras ajusta la espada a su cintura, piensa en Sheena y en cómo, a pesar de todo, ella ha cambiado el dinamismo del castillo. Su

presencia trae nuevos desafíos para él, sí, pero también una vitalidad que hacía mucho que no sentía en estas antiguas piedras.

Entra en su habitación, un espacio dominado por la gran cama con dosel que ha pertenecido al antiguo Laird, su padre. El lecho está cubierto con pesados tapices de lana que exhiben el tartán del clan, y las gruesas cortinas de terciopelo que caen desde el dosel parecen absorber el poco sonido que se atreve a invadir la solemnidad del lugar.

A un lado de la habitación, un gran escritorio de roble se encuentra lleno de mapas y papeles desordenados, testimonio de las largas noches de planificación y preocupación. Las paredes están adornadas con armas y escudos, herencias de líderes pasados, cada uno contando una historia de batallas y alianzas forjadas y rotas.

Caelan se deja caer en una silla, su figura cansada recortada contra el crepúsculo que se filtra a través de los vidrios emplomados de la ventana.

Mira la cama, pensando en cómo, a pesar de los cambios, ese mueble sigue siendo un símbolo del poder y la autoridad que ahora debe compartir, en cierto modo, con Sheena. Le sorprende que ella no haya reclamado este espacio para sí misma, dada su influencia creciente y su capacidad para manipular a su favor las dinámicas del castillo.

De repente, un pensamiento no solicitado se cuela en su mente: la imagen de Sheena compartiendo esa cama con él, liderando juntos no solo en las tareas diurnas del clan, sino también en la intimidad de esa habitación. Caelan se estremece, sorprendido y perturbado por la dirección de sus pensamientos.

—Es el cansancio —murmura para sí mismo, pasando una mano por su cabello. Intenta atribuir esas ideas intrusas a la fatiga y la influencia de Duncan, quien siempre ha tenido el don de hacer que lo improbable parezca posible con sus bromas y comentarios ligeros.

Caelan se levanta y empuja los vidrios para abrir la ventana, mirando hacia el patio, donde Sheena continúa organizando las tareas con una energía que él no puede dejar de admirar, aunque a regañadientes.

«Odio la manera en que me desafía con su descaro, la manera en que se mete bajo mi piel».

Con un suspiro, se aleja de la ventana y comienza a prepararse para la noche, despojándose de su capa y espada. A pesar de su resistencia, sabe que enfrentará más desafíos al lado de Sheena, y que cada uno de ellos pondrá a prueba no solo su liderazgo, sino también su capacidad de mantener separados sus sentimientos personales de sus responsabilidades como Laird.

Caelan se detiene frente a un pesado cubo de madera lleno de agua que ha sido preparado por los sirvientes para su regreso. El agua, aunque no caliente, promete aliviar el cansancio acumulado después de un día largo de caza y preocupaciones.

Después de quitarse la ropa manchada y ruda, sumerge sus manos en el agua fría, permitiendo que el líquido limpie el sudor y la suciedad del día.

Con movimientos metódicos, se frota el cuerpo, despojándose de las capas de esfuerzo y tensión. Mientras se enjuaga, echándose una jarra de agua por encima, siente cómo el líquido arrastra consigo no solo la suciedad física, sino también una fracción del peso que ha estado llevando sobre sus hombros.

Después de secarse con una toalla áspera, desnudo, se mete en la cama, escondiendo una daga bajo la almohada mientras sus pensamientos siguen girando sin cesar sobre las largas sombras que Sheena extiende, largas y profundas a su alrededor, prometiéndose a sí mismo mantener la guardia alta y el corazón cerrado.

Capítulo 6



Me encuentro en el establo, ajustándome los guantes mientras mi caballo, un robusto corcel marrón con una estrella blanca en la frente, mastica paja con indiferencia.

Hoy partimos hacia el Castillo de Lovat, el bastión de los Fraser, situado en un valle fértil a orillas del río Beauly. Imagino que será un lugar hermoso, rodeado de verdes praderas y bosques densos, un contraste marcado con los paisajes áridos y los campos de cultivo de Fresno, donde solía pasar mis días.

La habilidad para montar a caballo no estaba en mi currículo de ingeniera agrónoma, pero aquí, en el siglo XIV, es una necesidad.

Me acerco al animal con una mezcla de resignación y pánico. De algún modo, en la novela, Sheena siempre había montado como si hubiera nacido en el lomo de uno. Yo, en cambio, tengo la incómoda sensación de que voy a hacer algo estúpidamente torpe en cualquier momento.

Intento recordar los movimientos que he observado antes, como sujetar las riendas o apoyarme en el estribo para montar, pero cada gesto me sale forzado. El caballo, percibiendo mis

dudas, da un paso inquieto hacia atrás.

Caelan me observa con una ceja levantada, claramente perplejo.

—¿Desde cuándo te cuesta tanto montar? —Su voz es cortante con un filo que no me pierdo.

Intento ajustar las riendas, pero mis manos tiemblan ligeramente.

—Parece que hoy no es mi mejor día —trato de bromear, sin embargo, mi voz suena tensa.

Él se acerca, y aunque su ayuda es técnicamente útil, su cercanía es todo menos reconfortante. Él toma las riendas y las ajusta con brusquedad en sus manos mientras tranquiliza al caballo para que se esté quieto. Me mira directamente, desafiante,

—Solo intento asegurarme de que no te mates antes de llegar a Lovat. Los Fraser no se impresionarán con tu cadáver ensartado en el suelo —dice, y aunque sus palabras podrían tener un toque de humor en otra situación, la hostilidad en su voz es clara.

—Gracias por tu preocupación desbordante. Me aseguraré de seguir viva solo para fastidiarte —le respondo con similar hostilidad.

Me concentro en mantener el equilibrio y la dignidad mientras él espera y finalmente logro montar, aunque la manera en que el caballo da un paso inquieto no hace nada por calmar mis nervios. Miro hacia delante, evitando su mirada.

Caelan monta su propio caballo con una facilidad que exaspera y resalta mi propia torpeza.

—Vamos —dice secamente, girando su caballo.

—Arre, caballito — murmuro, moviendo mi trasero en un intento patético de inspirar al corcel.

Blair, observando la escena detrás de mí con una mezcla de incredulidad y diversión mal disimulada, interviene:

—¿Acaso has olvidado cómo montar? ¿Eso se puede hacer? —pregunta con una ceja levantada.

—¿Y por qué no? Tal vez recibí un golpe en la cabeza y olvidé algunas cosas —respondo con una sonrisa forzada, intentando desviar la conversación.

—¿Fue así? ¿Te diste un golpe en la cabeza? —insiste Blair.

—No, sí, no lo sé. ¿Recuerdas tú darte un golpe? —contraataco, tratando de mantener el tono ligero.

—Yo no he perdido la memoria —replica él.

—Pero está claro que debiste dártelo. Tal vez te caíste de los brazos de tu madre y eso te dejó... así —digo, impregnando mi voz de sarcasmo.

—¿Me estás llamando tonto? —pregunta él, su incredulidad mezclada con una pizca de indignación—. ¿Tú que ni siquiera sabes poner en marcha a tu caballo?

—Las capacidades de una persona se miden por algo más que su habilidad para montar —respondo rápidamente, esquivando su mirada desafiante.

Antes de que Blair pueda replicar, Caelan interviene, exasperado. Se baja de su caballo y lo coloca de nuevo en su lugar en el establo. Luego se acerca al mío, y con un movimiento fluido y controlado, sube detrás de mí.

—Quita los pies de los estribos —instruye con una voz cortante que manda escalofríos por mi espina dorsal.

Obedezco, dejando mis piernas colgar libremente mientras él extiende sus brazos alrededor de mi cintura y toma las riendas. La proximidad repentina de su cuerpo, la presión de su cuerpo fuerte alrededor de mí, hace que mi corazón se acelere de una manera que no puedo atribuir completamente a mis nervios por montar a caballo.

—Ahora estate quieta —dice él, y sin más, tira de las riendas y el caballo comienza a avanzar.

La sensación de su pecho contra mi espalda y su aliento ocasional rozando mi cuello cuando agacha la cabeza es perturbadora. El roce ocasional de sus dedos, firme pero inadvertidamente gentil, en mi cintura es algo nuevo.

«Concéntrate, Sheena. Estás aquí por una razón».

Mientras cabalgamos, su presencia tan cercana y dominante, me hace sentir frustrada porque cada centímetro de mi cuerpo está consciente de él.

Intento concentrarme en el paisaje que nos rodea, en los sonidos de la naturaleza, cualquier cosa para no pensar en cómo su agarre en las riendas parece una metáfora de cómo maneja todo lo demás, con confianza y una determinación implacable.

—¿Es este otro de tus trucos, Sheena? —me pregunta Caelan con un tono bajo, casi inaudible, sobre el ritmo constante de los cascos del caballo en el camino.

Vuelvo la cabeza ligeramente para mirarlo, confundida por su pregunta.

—¿Por qué fingiría no saber montar a caballo? ¿Qué ganaría con eso? —replico, perpleja por la dirección de su pensamiento.

Caelan guarda silencio un momento, como si midiera sus palabras o como si realmente no quisiera decir nada en absoluto. Finalmente, habla, y su voz suena un tanto acusadora.

—Tengo que reconocer que te has vuelto más sutil, Sheena, mucho más astuta. Sabes cuáles son tus armas y las debilidades de un hombre y cómo puedes tratar de afectarle —dice, y su tono implica que está lejos de estar impresionado por esta supuesta habilidad mía.

—No sé de qué demonios me estás hablando —respondo, mi frustración creciendo. Me giro para enfrentarlo mejor, aunque eso signifique lidiar con la proximidad incómoda. Él baja la mirada hacia mí con lentitud deliberada—. No estoy haciendo nada, Caelan. No sé a qué clase de debilidades te refieres ni me importa, la verdad. ¿Crees que todo lo que hago tiene una segunda intención?

Caelan suelta una risa baja, pero no hay humor en ella

—Empiezo a preguntarme si realmente conocí a esa Sheena con la que tuve que lidiar tan joven o si siempre fuiste este... enigma.

—Te lo he dicho. Las personas cambian.

—Cambian, sí. Pero olvidar cómo montar a caballo de un día para otro, eso sería... conveniente, ¿no crees? —dice él, su voz teñida de sarcasmo, mientras sus ojos no dejan de estudiar cada uno de mis movimientos, como si buscara alguna señal que le confirmara sus sospechas.

—¿Conveniente? ¿Para qué sería conveniente? —replico, cruzando los brazos y esforzándome por mantener una postura desafiante a pesar de la incómoda cercanía. Su presencia es abrumadora, y cada vez que se inclina ligeramente hacia mí, puedo sentir el calor que emana de su cuerpo—. ¿Crees que me divierte mostrarme incompetente delante de ti?

—Tal vez piensas que provocar… mi protección es una manera de ganarte mi simpatía —dice, y su voz baja aún más, casi un murmullo. Hay un brillo astuto en sus ojos que no me gusta nada.

—Vaya, vaya, no sabía que eras tan vanidoso. Por supuesto, fingir debilidad solo para ganarme tu gloriosa protección. —Mi respuesta es rápida, y aunque intento que suene ligera y burlona, hay un filo en mis palabras que no puedo ocultar—. Eso es tan… tan… ¡rancio! Prefiero ganarme tu respeto por mis habilidades, Caelan, que te quede claro.

—¿Eso es lo que buscas? ¿Mi respeto? ¿De verdad quieres que crea eso? —responde, y aunque su pregunta está impregnada de escepticismo, veo algo más en sus ojos, una chispa de interés quizá.

—Claro que sí. Tu respeto y confianza. ¿Qué otra cosa podría querer de ti? —replico, manteniendo la mirada firme a pesar de la intensidad de su escrutinio.

Caelan me estudia por un largo segundo, como si intentara descifrar un rompecabezas complicado. Su expresión se suaviza ligeramente, pero la desconfianza sigue latente en sus ojos.

—Tus palabras siempre tienen un filo, Sheena. A veces es difícil saber cuándo eres sincera y cuándo solo juegas.

—¿De verdad piensas que ando por ahí, calculando cada paso y cada palabra? —Mi tono de voz sube, frustrada por esta imagen que parece tener de mí.

Caelan me mira fijamente, casi como si intentara penetrar las capas de mis palabras, buscando algo escondido detrás de ellas. Su silencio se extiende tanto que empieza a incomodarme, pero me mantengo firme, sosteniendo su mirada.

—¿Quieres decir que no tenías doble intención al empujarme a cabalgar contigo? —pregunta de repente, cerrando completamente su expresión, como si pusiera una muralla entre nosotros.

Le miro, incrédula, mi frustración creciendo con rapidez.

—¡Es exactamente lo que trato de decirte desde el principio! No entiendo qué podría sacar yo de esta situación incómoda —respondo, y mi voz se eleva más de lo que había planeado. Cada palabra que pronuncio está teñida de una exasperación genuina.

—Perturbarme —dice él secamente. Suspira y se pasa una mano por su cabello, frustrado—. Siento que ahora no te conozco en absoluto. Y eso me... perturba, más de lo que quisiera admitir.

Él me mira, sus ojos grises oscuros, ahora mostrando un matiz de vulnerabilidad que no había visto antes.

—Al menos estamos de acuerdo en algo. No me conoces en absoluto, pero puedes hacerlo si quieres. Podemos empezar por ser honestos el uno con el otro. Sin juegos, sin máscaras. Solo... hablar. Contarnos las cosas como son, nuestros miedos, nuestros deseos… —propongo, mirando de nuevo hacia delante, demasiado cautivada por su mirada para poder enfrentarla durante tanto tiempo.

—Muy bien. Dime una verdad si puedes, Sheena.

La provocación en su tono me irrita, pero también me desafía a ser más directa, más cruda en mi honestidad.

—No soy la Sheena que conociste. He vivido de otra manera…, he cambiado... —Hago una pausa, buscando la forma correcta de expresar la gravedad de mi situación sin revelar demasiado —. No espero que me entiendas completamente, ni siquiera que me perdones de inmediato por el pasado —continúo, sintiendo la necesidad de dejar claras mis intenciones—. Pero aquí y ahora, mi único propósito es ser una buena hermana para ti y apoyarte.

Se pone rígido y hay un breve silencio mientras él procesa mis palabras.

—¿Y debería importarme? —replica, luego y sus palabras suenan tan cortantes como el viento helado de las Highlands—. ¿Debería preocuparme por una hermana que solo parece recordar que lo es cuando le conviene?

—Vale, me rindo, hombre petulante, cromañón, cabezota, arrogante, desconfiado y... —

antes de que pueda seguir, casi siento la carcajada que emana del pecho de Caelan justo cuando atiza al caballo con sus talones.

El animal arranca a galopar más rápido de repente, y un grito involuntario escapa de mis labios mientras me aferro a los brazos de Caelan para mantener el equilibrio. Mi corazón late desbocado y puedo oír su risa resonar en mis oídos, llena de una diversión inesperada.

—¡Caelan! —grito, tratando de mantenerme firme mientras el caballo avanza por el camino irregular. Su risa, aunque breve, es tan fuera de lugar que casi me hace olvidar mi miedo.

—¿Qué pasa, hermana mayor? —dice, su voz llena de un sarcasmo que ahora parece teñido con un toque de genuino disfrute—. Solo trato de enseñarte a cabalgar.

—Parece más un intento de asesinato que otra cosa —replico, intentando recuperar mi compostura mientras sigo aferrada a él.

Caelan suelta una risa baja, y aunque sé que esto no significa que de repente me acepte completamente, es un pequeño paso. Un atisbo de la posibilidad de que, tal vez, con el tiempo, podamos encontrar un terreno común.

—Sujétate bien, Sheena. Aún queda mucho camino por delante —dice y hace una señal a Blair que nos sigue desde la retaguardia.

Luego pone el caballo a la carrera, y el mundo a nuestro alrededor se convierte en un borrón de movimiento. El viento aúlla en mis oídos mientras avanzamos a una velocidad vertiginosa. El paisaje se desenfoca en un mar de verdes y marrones, y siento la adrenalina inundar mis venas. Sé que Caelan está poniéndome a prueba, comprobando si soy tan torpe cabalgando como aparento, pero mi miedo inicial a esta locura de avance se convierte en algo que de repente disfruto.

Inclinada sobre el lomo del animal, siento cada músculo del caballo moverse bajo nosotros, su fuerza bruta canalizándose a través de nuestros cuerpos. La sensación es intensa y embriagadora, cada paso del caballo suena a través de nosotros, a un ritmo salvaje y primitivo.

Caelan, detrás de mí, presiona su cuerpo firmemente contra el mío, sujetándome con fuerza y seguridad. Sus muslos, ahora casi desnudos porque el viento levanta su tartán, se sienten cálidos y sólidos contra los míos.

Cada movimiento de su cuerpo se traslada al mío, y aunque debería sentirme incómoda, hay una parte de mí que encuentra una extraña paz en este caótico galope.

—¡Presiona tus muslos y no te inclines hacia los lados, Sheena, o saldrás volando! —grita Caelan por encima del rugido del viento.

Hago lo que dice y él me inclina con su cuerpo aún más sobre el caballo. La sensación de libertad, de estar en el límite, es casi abrumadora. La fuerza del galope, la cercanía de Caelan, y el viento que azota mi rostro crean una sinfonía salvaje que me hace sentir viva de una manera que no había experimentado antes.

Me siento parte del caballo, parte del viento, y por un momento, incluso parte de Caelan.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, él tira de las riendas y el caballo disminuye la velocidad hasta un trote más manejable. El mundo a nuestro alrededor empieza a calmarse, y el rugido del viento es reemplazado por los sonidos más suaves del bosque.

Respiro hondo, sintiendo el temblor en mis piernas mientras aún me aferro a los brazos de Caelan. Él también está respirando con fuerza, y puedo sentir su corazón latir contra mi espalda.

—Eres tan torpe como aparentas después de todo —murmura, su voz baja y casi... complacida.

—Gracias, supongo —respondo, sin poder evitar una sonrisa de satisfacción.

Blair se une a nosotros, su expresión mezcla de incredulidad y curiosidad.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, sus ojos se mueven de Caelan a mí y de vuelta a Caelan.

—Sheena está intentando recordar cómo es cabalgar de forma temeraria y sobrevivir para contarlo —responde Caelan, su tono cargado de un sarcasmo que apenas oculta su diversión.

—No es mi intención impresionar a nadie —replico, mi tono mordaz—. Pero parece que he conseguido no matarme, lo cual ya es un logro.

Blair suelta una carcajada, aunque sus ojos permanecen fríos.

—Bien, mientras no nos retrasemos más. Tenemos que llegar a Beauly antes del anochecer de mañana.

Nos ponemos en marcha de nuevo, esta vez a un ritmo más manejable. Los sonidos del bosque nos envuelven, y aunque la tensión entre nosotros no desaparece del todo, hay una especie de tregua tácita.

El camino hacia Beauly es arduo, con terrenos rocosos y senderos serpenteantes. Cada kilómetro que avanzamos, me siento más segura sobre el caballo, pero es agotador.

La proximidad de Caelan, aunque desafiante, también es una fuente de extraña fortaleza. Su presencia, tan imponente y dominante, me empuja a ser más fuerte, más resistente.

Capítulo 7



Finalmente, hacemos una breve parada para descansar y alimentar a los caballos al anochecer. Caelan se baja de un salto de la montura y sujeta las riendas mientras yo me bajo con cuidado, mis piernas tiemblan por la intensidad del galope, pero trato de fingir una estabilidad que no siento mientras me acerco a un riachuelo cercano para mojarme las manos y la cara y poder asearme un poco.

Siento el frescor del agua como un pequeño alivio tras el agotador viaje. Las hebras de mi cabello se rebelan contra cualquier intento de doma, así que, con un gesto de resignación, las dejo caer libres por mi espalda, sintiendo cómo se balancean con cada movimiento.

De vuelta al campamento, noto la ausencia de Caelan, que se ha ido a cazar algo para cenar. La hoguera crepita bajo la supervisión de Blair, que parece sumido en sus pensamientos. Me acerco, intentando no parecer demasiado ansiosa por una conversación.

—¿Crees que realmente encontrará algo comestible o solo está evitando mi encantadora compañía? —digo intentando inyectar un poco de humor entre nosotros.

Blair levanta la vista hacia mí, un destello de desdén cruza su rostro antes de ser reemplazado por una curiosidad reacia.

—Es bueno con el arco. Mejor de lo que eres tú montando, al menos. Si alguien puede volver con algo más que un manojo de zanahorias, ese es él —responde, su tono tiene un filo de sarcasmo que casi me arranca una sonrisa.

—Eran nabos —murmuro con fastidio—. ¿Nos hemos conocido antes y te he hecho algo imperdonable que no recuerdo? —pregunto, intentando sonar casual, pero con un toque de provocación, observando cómo maneja el fuego con eficiencia militar.

Blair me mira de reojo, luego clava sus ojos en las llamas antes de responder.

—He oído muchas historias sobre ti, Sheena. No todas precisamente halagadoras.

—No deberías juzgar a las personas solo por lo que has oído —le recrimino—. Las personas inteligentes forman sus propios criterios basados en lo que ven y experimentan por sí mismos.

—Es la segunda vez que me llamas tonto, creo que eso es motivo suficiente para sentir antipatía por ti —responde él, su tono es firme, pero sin llegar a ser hostil—. Además, si confío en la palabra de alguien, es en la de Caelan y nunca pondría en duda nada de lo que él me dice. Me dijo que intentaste envenenarlo.

La acusación me golpea como un puñetazo. Mi primer instinto es defenderme, sin embargo, recuerdo que debo ser cuidadosa con mis palabras.

—Lo que pasó entre Caelan y yo... —empiezo, pero me detengo, buscando la forma adecuada de explicar sin excavar más profundo el abismo entre nosotros—. Digamos que no era yo misma.

Blair me estudia durante un largo momento, como si intentara descifrar un enigma complicado.

—Reconozco que no eres como te había imaginado.

—No, no me lo digas. Pensabas que iba de negro, que tenía la nariz enorme y aguileña y una verruga, ¿verdad? —bromeo, tratando de aligerar el aire que se ha vuelto un poco denso entre nosotros.

Blair se ríe, un sonido sorprendentemente cálido que resuena en el tranquilo espacio alrededor del fuego.

—No, imaginaba que eras hermosa... —comienza, y parece sorprenderse a sí mismo con la admisión—, aunque creo que hasta el propio Caelan se ha sorprendido de... bueno, de tu aspecto actual.

Observo cómo lucha por encontrar las palabras adecuadas, tropezando con su propio intento de ser diplomático.

—Supongo que estás diferente, algo mejor. No mucho tampoco —se apresura a añadir, luego se encoge de hombros—. Pero, eh, lo que importa es el interior, ¿no?

No puedo evitar sonreír ante su torpeza, encontrando un poco de dulzura en su intento de corregirse.

—Gracias por la aclaración. Me alegra saber que al menos el interior cuenta para algo —replico, inclinando la cabeza en un gesto juguetón.

Blair asiente, todavía sonriendo un poco.

—No me malinterpretes, Sheena. No soy quién para juzgar a alguien solo por las apariencias o por lo que he oído. Te estoy observando, eso es todo. Y hasta ahora, bueno... no eres como me dijeron que eras.

—Eso es porque la mayoría de las historias sobre mí probablemente vinieron de Caelan. Y estamos... en proceso de entendernos de nuevo —digo, eligiendo mis palabras con cuidado para no revelar demasiado.

—Entiendo. Bueno, mientras tanto, espero que ambos podáis encontrar algo de terreno común. Glenrae necesita unidad ahora más que nunca y tú... bueno, parece que tienes algo que ofrecer.

Su comentario me hace pensar en todas las veces que he intentado encajar en este lugar, en este tiempo y cómo cada pequeño éxito se siente como un gran triunfo.

Blair pica unas ramas para mantener el fuego, mientras yo intento acomodarme cerca del calor.

—Y ¿todas las habilidades de supervivencia son innatas en los Mackenzie o tuviste que aprender? —le pregunto con un brillo travieso en los ojos, pero recordando su destreza con el arco y la espada durante el asedio.

Él me mira, fingiendo ofensa.

—Por supuesto que son innatas. Nacemos con un hacha en una mano y una esquirla de sílex en la otra. ¿Y tú? ¿Los MacRae nacen sabiendo cómo ser especialmente irritantes o es un talento natural?

No puedo evitar reírme.

—Oh, es un talento muy cultivado. Me alegra que lo hayas notado. Supongo que ha de ser complicado para alguien que apenas puede distinguir entre un nabo y una zanahoria.

Blair estalla en una carcajada, y yo me uno a él, la risa aliviando la tensión que había acumulado durante el viaje. Justo en ese momento, Caelan se acerca, su figura recortada contra el crepúsculo que se cierra detrás de él.

Su expresión cambia ligeramente a desaprobación al ver nuestras sonrisas compartidas.

—Parece que me he perdido algo importante —comenta, su tono algo más agudo de lo habitual, con una sombra de desaprobación en su expresión. Se acerca, observando cómo aún nos reímos de la broma anterior.

—Solo estábamos apreciando los... talentos ocultos de cada uno —respondo, aún sonriendo hacia Blair, quien asiente, claramente disfrutando del momento ligero.

Caelan se cruza de brazos, mirando de Blair a mí y de vuelta.

—Es bueno ver que al menos alguien puede apreciar tu sentido del humor, Sheena.

Blair, sin perder el ritmo, responde:

—Oh, es bastante fácil una vez que te acostumbras.

Caelan sonríe, pero es una sonrisa forzada, y hay un brillo en sus ojos que no había notado antes, una especie de chispa cautelosa.

—Solo asegúrate de no acostumbrarte demasiado, Blair. Algunos entretenimientos te hacen perder la cabeza.

Blair responde con una sonrisa torcida, claramente divertido por el tono de Caelan.

—Ya estamos —murmuro con fastidio—. Supongo que estás sugiriendo que mi compañía es peligrosa ¿verdad?

Blair, que parece disfrutar del sutil cambio en la dinámica, interviene con una risa.

—Creo que se refiere a que… tu compañía hace olvidar a uno sus preocupaciones, Sheena. Es un cumplido, en cierto modo.

Caelan me mira directamente, el juego de luz y sombras del crepúsculo dibujando líneas duras en su rostro.

—O que simplemente podría ser demasiado desafiante para algunos —dice, y ambos hombres comparten una mirada que no alcanzo a descifrar por completo.

Siento un cosquilleo de incomodidad, mezclado con una curiosidad que no puedo negar. La dinámica entre ellos es compleja, y aunque la broma parece ligera, hay subtextos que me hacen preguntarme cuánto más hay bajo la superficie de sus palabras.

No me suelen gustar las medias tintas. Siempre he preferido la franqueza, decir lo que pienso sin rodeos y recibir la información de igual manera. Los mensajes ocultos nunca han sido mi fuerte.

Caelan lanza sus presas hacia Blair: dos liebres robustas. Ellos se mueven con una

familiaridad que muestra años de actividad conjunta, sabiendo el papel de cada uno sin tener que hablar. Observo cómo manejan los cuchillos con habilidad, despellejando y limpiando las liebres antes de asarlas sobre el fuego que Blair ha avivado a la perfección.

El aroma a carne asada pronto llena el aire, mezclándose con el olor a humo y tierra húmeda. A pesar de la tensión anterior, este momento de camaradería en torno al fuego parece unirnos, al menos temporalmente.

La luz del fuego brilla sobre los contornos de Caelan mientras come con una eficiencia que no puedo evitar encontrar... atractiva.

Sus dedos, largos y casi artísticos, como los de un pianista, sujetan firmemente la carne. Observo cómo su nuez sube y baja con cada bocado, y sus labios atrapan no solo la carne sino ocasionalmente sus dedos, limpiándolos de cualquier rastro de jugo con una eficiencia que roza lo sensual.

La luz del fuego juega sobre su rostro, lanzando sombras que acentúan la firmeza de su mandíbula y la intensidad de su mirada. Cada movimiento es medido, casi metódico, los músculos de sus antebrazos se ondulan marcando unas venas protuberantes y revelando un hombre acostumbrado a la naturaleza cruda y poco refinada de su existencia.

De repente, nota mi mirada y levanta los ojos con lentitud hacia mí. Su expresión es una mezcla de curiosidad y advertencia. Me doy cuenta de que he estado observándolo un poco demasiado.

—¿Qué miras? —pregunta, su tono ligeramente adusto, pero con un rastro de curiosidad.

Sin pensar, las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas:

—Tienes las manos bonitas.

Él parece sorprendido, y sus ojos bajan a sus propias manos, ahora manchadas de grasa y jugos de la carne.

—¿Crees que tengo las manos bonitas? —Su sonrisa es lobuna, y sus dientes brillan blancos bajo el resplandor del fuego, dándole un aspecto casi salvaje.

Me quedo muda por un segundo, mi mente gritando por un salvavidas en este mar de vergüenza autoinducida.

—Bueno, sí... —balbuceo, y luego, intentando salvar la situación, añado rápidamente—. Quiero decir, se ven como las manos de alguien que sabe comer…

«¡Ayuda!».

La risa de Blair, que ha estado siguiendo nuestro intercambio, rompe mi diatriba.

—Nunca pensé que mis manos serían objeto de elogio, especialmente de esta forma.

Intento reponerme, buscando algo de compostura.

—Es solo que... no muchas personas pueden hacer que algo tan simple como comer parezca... tan... controlado.

«¿Pero qué tonterías digo?».

Caelan sonríe con una mezcla de diversión y sarcasmo.

—Las controlo para algo más que comer, Sheena. Por ejemplo, para no estrangular a personas molestas —responde con un tono burlón, haciendo que la luz del fuego refleje un brillo malicioso en sus ojos.

Blair vuelve a soltar una carcajada ronca y se une al comentario.

—¡Es un verdadero carnicero! Eso es lo que es. Por algo le llaman el salvaje MacRae —dice con una sonrisa, disfrutando claramente del momento.

Me encojo de hombros, intentando no parecer demasiado afectada por su burla, aunque por dentro me retuerza un poco.

—Bueno, supongo que cada uno tiene su talento. El mío claramente no es hacer cumplidos —digo con cansancio, extendiendo mis piernas hacia delante.

—Pásame ese muslo con tus bonitas y controladas manos, MacRae —pide Blair con una sonrisa astuta, añadiendo un deje de burla en su voz que hace que Caelan finalmente suelte una carcajada genuina.

Él, tomando el muslo se lo lanza a Blair, quien lo atrapa con habilidad.

—Asegúrate de apreciar el arte con el que te lo paso —le dice, siguiendo el juego.

Ruedo los ojos, incrédula. Algo me dice que debo prepararme para que me martiricen con esto durante mucho tiempo.

—Oye ¿y mis manos no son bonitas, Sheena? —me pregunta Blair un poco picado.

—Tus ojos verdes lo son —le respondo con sinceridad—. Hacen un bonito contraste con tu pelo oscuro.

La respuesta provoca que Blair parpadee, sorprendido por la honestidad repentina, y por un momento, hay una pausa en el aire, un respiro en nuestras habituales estocadas verbales.

—Bueno, eso es... inesperado —admite Blair, y aunque intenta mantener su tono ligero, hay un brillo de genuino aprecio en sus ojos. Se aclara la garganta, evidentemente desconcertado por cómo continuar.

Caelan, observando la interacción, levanta una ceja.

—No comiences a esperar cumplidos diarios —agrego rápidamente, queriendo mantener la ligereza—. Solo es un comentario casual sobre tu apariencia favorable, nada más.

Blair sonríe, un destello de diversión cruzando su rostro mientras asume el tono de desafío habitual en nuestra interacción.

—Así que, mi apariencia es favorable, ¿eh? Interesante elección de palabras, Sheena.

Ante su comentario, una sonrisa involuntaria se desliza por mi rostro. Es difícil no caer en su juego, especialmente cuando lo hace tan fácil.

Caelan, que ha estado observando nuestra interacción con un aire de distanciamiento irónico, interviene con una sonrisa retorcida.

—No te ilusiones, Blair. Sheena distribuye cumplidos como quien arroja huesos a los perros. No significa que les tenga cariño, solo los mantiene ocupados.

Su comentario me corta un poco, recordándome la barrera que siempre pone entre nosotros. Me cruzo de brazos, levantando una ceja en su dirección.

—Vaya, Caelan, nunca dejarías que una pequeña cosa como un cumplido sincero interfiera con tu perpetua desconfianza, ¿verdad? —replico, mi tono tintado con un sarcasmo afilado.

—Concéntrate en no causar más problemas, Sheena. Eso ya sería un logro suficiente para hoy —su comentario es seco, y aunque hay un leve brillo de humor en su voz, el subtexto es claro: aún no está listo para dejarse llevar por mi cambio.

Respiro hondo, recordándome a mí misma que esto es una maratón, no un sprint. Mucho me temo que ganarme a Caelan necesitará tiempo, paciencia y, tal vez, un milagro pequeño o dos.

Capítulo 8



Antes del amanecer, el frío de la madrugada se infiltra implacable, colándose por las fibras del tartán y la gruesa capa que me envuelve, enviando un estremecimiento tras otro a través de mi cuerpo.

Las brasas de la hoguera están completamente apagadas; los carbones, oscuros y fríos, no ofrecen un ápice de calor y el manto de la noche parece devorar cualquier vestigio de consuelo.

Con la desesperación como única compañera, muevo lentamente mi cuerpo rígido por el frío, arrastrando mi capa sobre la hierba cubierta de rocío hasta llegar a donde Caelan está acostado. Con cautela, me acurruco contra su espalda, buscando cualquier rastro de calor, envolviendo mis brazos alrededor de su torso en un intento de absorber algo de su calor residual.

«Prefiero morir de vergüenza que de frío».

—Estás muy cerca —murmura él, su voz baja y rasposa, sin rastro de sueño, mientras su cuerpo se tensa bajo mi contacto.

—Tengo frío —me excuso, sintiendo la rigidez de su espalda contra mi pecho.

—No es mi problema —responde secamente, su tono desprovisto de cualquier compasión que yo esperara.

—Está bien. Creí que sería menos indecoroso buscar el calor de mi hermano pequeño, pero supongo que Blair será más generoso que tú.

Con estas palabras, comienzo a desenroscarme para ponerme de pie, mi dignidad tambaleándose tanto como mi cuerpo.

Sin embargo, con la velocidad y precisión de un depredador, Caelan se vuelve, su mano grande y fuerte agarra mi muñeca con una firmeza inquebrantable.

Me tira hacia abajo, y antes de que pueda reaccionar, me encuentro sobre él, nuestras caras a escasos centímetros. Mis piernas a ambos lados de su cuerpo, mis manos apoyadas en su pecho para estabilizarme, mientras su otra mano se posa en mi cintura, asegurando mi posición.

La cercanía es abrumadora; puedo sentir cada respiración que toma, y el calor de su cuerpo se filtra a través de las capas de ropa, intoxicante y alarmante al mismo tiempo.

—¿De verdad piensas en mí como tu hermano pequeño? —Su voz es un susurro cargado de sarcasmo, y sus ojos grises me escudriñan con una intensidad que dispara mi pulso—. No compartimos ni una gota de sangre.

—Tu padre me adoptó. Está registrado que... —empiezo a decir, intentando encontrar un terreno común, algo que pueda aliviar la tensión palpable entre nosotros.

—No me importa lo que digan unos papeles —interrumpe, su voz baja y firme—. Sigues en el registro familiar solo porque aún no tengo el control total del clan. Eso cambiará.

El peso de sus palabras cae entre nosotros, frío y definitivo. Me muerdo el labio, sintiendo la complejidad de nuestra relación más aguda que nunca bajo la luna menguante.

—Entonces, ¿qué soy para ti, Caelan? Si no soy tu hermana, ¿qué somos? —pregunto, apenas en un hilo de voz.

Caelan me mira con una intensidad que corta más que el viento helado que nos rodea. Su voz, cuando responde, es baja y cautelosa, como si cada palabra fuera medida.

—En este momento, somos dos extraños unidos por circunstancias que ninguno de los dos eligió —dice finalmente. Su mirada no se desvía de la mía, como si en mi respuesta encontrara las piezas que le faltan.

—Si me quitas el apellido MacRae, ¿qué me queda? —Mi voz tiembla ligeramente, revelando más de mi inseguridad de lo que había planeado. La realidad de ser una mujer sola en el medievo, sin un linaje claro o protección, es una perspectiva aterradora—. Sin el clan, estoy... perdida.

Caelan inhala profundamente, su pecho se eleva contra el mío, y por un momento, el mundo parece detenerse.

—No estoy aquí para salvarte, Sheena —dice, su voz baja y firme—. No soy tu héroe. Sin embargo, aunque no me guste, estamos en esto juntos por ahora. Quiero que entiendas que tu lugar depende de tu lealtad al clan, no de tu apellido —responde, su mano se tensa en mi cintura, reafirmando su punto—. Si puedes demostrar que estás aquí para ayudar y no para causar más problemas, entonces tal vez podamos encontrar una manera de coexistir.

—Es lo que estoy tratando de demostrar —le digo exasperada.

Me inclina un poco más, su aliento cálido contra mi rostro. Es entonces cuando siento una dureza presionando contra mi muslo. La comprensión me golpea y abro mucho los ojos.

—Estaba dormido. Son reacciones naturales del cuerpo —se justifica él inmediatamente, al darse cuenta de que he notado su erección.

—Lo sé —respondo, tratando de sonar indiferente, aunque mi corazón late con fuerza.

—¿Qué sabes exactamente, Sheena? —su voz tiene un tono sarcástico, pero hay una sombra de vulnerabilidad en sus ojos.

—Sé que es una reacción normal —balbuceo, mis palabras suenan menos seguras de lo que pretendía.

Su mirada se oscurece, sus ojos buscan los míos, desafiándome a decir más. El aire entre nosotros se siente espeso, cargado de una tensión que no sé cómo disipar.

—Si acurrucarte contra mí es un intento de provocarme, no funcionará —dice, su voz baja y controlada.

—¡No estaba tratando de provocarte, Caelan! Solo buscaba calor —le digo con vehemencia—. Yo sí te considero mi familia. Mi hermano pequeño.

«Y una mierda. Para empezar este hombre no tiene nada pequeño».

Él suspira exasperado.

Con una agilidad y fuerza que me toma por sorpresa, Caelan me mueve como si fuera de papel, girándome hasta que mi espalda queda pegada a su pecho.

Luego, me envuelve con su manta, asegurándome entre sus brazos. Su calor me rodea, y aunque sé que debería apartarme, la necesidad de combatir el frío y una extraña sensación de consuelo me hacen quedarme quieta.

—¿Siempre tienes que complicarlo todo? —murmura, su aliento cálido contra mi oído.

—¿Yo? —replico, mi voz temblando ligeramente—. Tú eres el que hace las cosas más complicadas de lo necesario.

—No quiero discutir contigo toda la noche. Solo intenta dormir, Sheena.

Pero ya no soy capaz de hacerlo. Me remuevo inquieta contra él y lo siento todo, pero todo y todo y muy *«duramente»*. Brazos, pecho, abdominales, muslos y… su erección contra mi trasero.

Intento encontrar una posición cómoda, pero cada movimiento parece exacerbar la situación. La fricción entre nosotros es inevitable, y puedo sentir cómo su respiración se vuelve más pesada.

—Sheena... —Su voz es una advertencia, su mano se posa firmemente en mi cadera, tratando de detener mi movimiento.

Sin embargo, en lugar de apartarme, me siento atraída más cerca, su agarre se endurece y de repente, me mueve contra él con más fuerza, eliminando cualquier espacio entre nuestros cuerpos. Mi respiración se entrecorta y mi corazón late desbocado.

—¿Qué estás haciendo? —logro murmurar, mi voz apenas un susurro.

—Intentando que te quedes quieta —responde, su tono es bajo y grave, cargado de una tensión que me hace estremecer.

Me congelo. Puedo sentir cada latido de su corazón, cada respiración profunda y pesada que toma. La tensión entre nosotros es más que notable.

Caelan baja su mano hasta mi vientre, presionándome suavemente para que me acomode mejor contra él. Su toque es firme pero cuidadoso, y no puedo evitar cerrar los ojos y dejarme llevar por la sensación.

El roce de su erección contra mi trasero se vuelve más pronunciado, enviando una oleada de calor por todo mi cuerpo.

—Caelan... —susurro, incapaz de evitarlo.

—Duerme —ordena, con voz ronca.

Me remuevo ligeramente, lo suficiente para sentir una fricción mayor entre nosotros de manera inevitable.

La mano en mi vientre se mueve. Extiende los dedos, ajustando su agarre y empujándome más cerca de él con leve sonido que es mitad placer, mitad tortura.

Cada movimiento revela su lucha interna, la tensión tangible que brota de su respiración entrecortada y su cuerpo tenso. El mundo a nuestro alrededor parece desaparecer, reducido a este encuentro silencioso bajo la luz de la luna que se cuela entre las ramas desnudas de los árboles.

—No estoy intentando... —comienza, su voz apenas audible, pero su intención desmiente sus palabras cuando su cadera se mueve de nuevo contra mí con una firmeza que contrasta con la

sutileza con que había comenzado.

Su frente se apoya brevemente en mi hombro, como si necesitara este punto de contacto para anclarlo a alguna forma de realidad.

—Caelan, esto... esto no es correcto —balbuceo, encontrando valor en la oscuridad para enfrentar la situación—. No deberíamos...

—Lo sé —corta él rápidamente. Su voz es un susurro cargado de algo más que frustración. Hay un tono de resignación, casi de dolor—. Pero llevas todo el día torturándome con el movimiento de tu cuerpo contra el mío y no soy de piedra, Sheena.

—¿Crees que intento seducirte? —le digo, la incredulidad tiñendo cada palabra.

—¿Entonces qué es esto, Sheena? ¿Qué estamos haciendo? —replica él, exhalando un resoplido frustrado.

—Solo buscaba algo de calor. Quiero apoyarte, estar a tu lado, como alguien en quien puedas confiar, no como una tentación. —Las palabras se atropellan en mi boca, mi mente luchando contra la confusión y el deseo que él despierta en mí—. Quiero... quiero ser una buena hermana.

Caelan suelta un suspiro apesadumbrado y se pone de pie con brusquedad, creando una distancia física y emocional entre nosotros.

—No eres mi hermana —insiste él, de forma implacable.

—No quiero que esto nos divida más de lo que ya estamos —afirmo, enderezándome mientras intento mantener mi voz firme y mis emociones bajo control. Puedo sentir mi corazón latiendo aceleradamente, cada pulsación resonando en el silencio que se cierne sobre nosotros.

Caelan observa cada uno de mis movimientos con una mirada intensa, analítica, como si intentara leer cada pensamiento detrás de mis palabras. Me obligo a sostener su mirada, aunque cada instante incrementa la tensión palpable en el aire.

—No tengo aspiraciones de este tipo contigo, Caelan. No te veo como... un hombre en ese sentido —digo, la mentira más grande que he pronunciado jamás, forzando cada sílaba a salir de mis labios como si cada una pesara una tonelada.

La afirmación cae entre nosotros como una bofetada, dura y resonante. Me doy cuenta del impacto de mis palabras, del rechazo implícito en ellas, y por un momento, me duele haberlo dicho, aunque sea necesario.

Su reacción es inmediata y cortante; su rostro se endurece, y una sombra de dolor, o quizás de ira, cruza brevemente sus ojos grises, oscureciéndolos como un cielo de tormenta.

El sexo lo complica todo y no puedo permitir que pase nada entre nosotros.

«*Seré una buena hermana mayor*», me prometo a mí misma, y cuando aparezca la verdadera protagonista de esta historia, la celebraré como tal, contenta de haber sido capaz de resistir la tentación que este hombre, sí, «*hombre perfecto, irresistible y magnético*», representa para mí ahora.

—Bien —dice él después de una pausa, mirándome con una intensidad que casi se siente física—. Todo aclarado, entonces.

Asiento, sintiendo el peso de mi decisión como un sacrificio necesario, aunque doloroso. Optar por mantener esta distancia es una forma de protegernos ambos, pienso. Pero el coste de esta protección es alto, y siento cómo me duele el alma al pensar que quizás estoy perdiendo la oportunidad de mi vida.

Él se da la vuelta con brusquedad y da unos pasos rápidos y largos, alejándose del campamento.

La soledad se siente más aguda, más amarga, sabiendo que he empujado deliberadamente a Caelan lejos, incluso sabiendo que parte de mí deseaba lo contrario. Pero la prudencia, el miedo a las consecuencias de nuestros actos, me ha obligado a elegir el camino de la cautela sobre el del deseo.

Blair suspira bajo sus mantas, un sonido suave y resignado que corta la fría noche. Me doy cuenta de que ha estado despierto todo el tiempo, probablemente escuchando cada palabra, cada susurro de tensión entre Caelan y yo.

Sin embargo, se queda quieto, casi como si la lealtad o tal vez una comprensión muy clara de la complicación de nuestros sentimientos le obligara a permanecer en silencio, a fingir que no ha escuchado nada.

Capítulo 9



Al despertar, noto la ausencia de Caelan; no ha regresado aún.

—Estará bien —me asegura Blair, extendiéndome unas tiras de carne ahumada para desayunar.

Asiento, sin muchas ganas de hablar. Las mañanas nunca han sido mi fuerte, y menos aún después de una larga caminata y una noche inquieta sobre el suelo implacable. No estoy en mi mejor momento para socializar o siquiera para actuar como un ser humano funcional.

—Ahora vengo —le digo a Blair, levantándome con la intención de alejarme un poco.

Pero él se levanta también, siguiéndome como si fuera su deber.

—Blair, voy a darme un baño —explico, señalando hacia un pequeño lago que descubrí tras un sendero cercano—. Necesito un momento a solas.

—Oh, claro, quieres intimidad. Lo siento —se disculpa él, deteniéndose y ruborizándose ligeramente por su intrusión no intencionada.

Su disculpa es sincera, y aunque lo aprecio, agradezco aún más el espacio para respirar y reorganizar mis pensamientos tras la tensión de la noche anterior.

El sendero hacia el lago serpentea a través de un pequeño bosque, con árboles que se inclinan curiosamente hacia el cielo, como si quisieran escapar de la tierra misma. El aroma fresco del musgo y la tierra mojada llenan el aire, mezclándose con el sonido suave de agua corriendo a lo lejos. Al final del camino, tras empujar unos arbustos rebeldes, la escena ante mí se abre en una clara revelación.

El lago es una pequeña extensión de agua, encerrada por piedras y flanqueada por árboles que parecen guardar el secreto de este lugar.

En el lago, cubierto hasta el pecho, está Caelan. El sol de la mañana baña su figura, haciendo que su cabello rubio empapado brille mientras lo lleva hacia atrás, despejando una cara que parece tallada por artistas del deseo.

Mis pies se detienen en seco mientras él me encuentra con su mirada. Sin romper el contacto visual, comienza a avanzar hacia la orilla.

A medida que el agua lo abandona lentamente, revela más de su anatomía: hombros anchos y cincelados con las clavículas bien marcadas, un pecho que podría haber sido esculpido en mármol con cada músculo y cada línea definida con precisión.

Los abdominales forman una senda tentadora hacia una desnudez que el agua apenas comienza a descubrir, pero que promete mucho más. Cada contorno es una provocación visual.

Mis ojos, casi contra mi voluntad, recorren su abdomen tallado hasta detenerse donde el vello rubio oscuro comienza a poblarse más densamente hacia abajo. Su virilidad, enorme, y oscilante con cada paso que da, captura mi atención de manera descarada.

La corona de su glande, aunque cubierta de piel, no logra ocultar su vigorosa prominencia. Bajo él, dos esferas perfectas se mecen al ritmo de su marcha.

Congelada en el sitio, absorbo cada detalle con una mezcla de sorpresa y fascinación incontrolable. Mi corazón late furiosamente, un eco ensordecedor en mis oídos, mientras él avanza hacia mí con una confianza que roza la arrogancia. La luz del sol juega sobre su piel, y cada músculo, cada línea, parece esculpido con deliberada perfección y por un momento, soy incapaz de recordar cómo respirar.

«Parece un dios griego, una visión mítica hecha carne, pero con un sexo que nada tiene que ver con el de las esculturas. Este miembro merece una escultura propia y no precisamente pequeña».

Caelan, muy consciente de mi mirada fija, se inclina hacia mí y susurra con un tono cargado de provocación:

—Para alguien que dice no verme como un hombre, Sheena, pareces bastante interesada en

lo que cuelga entre mis piernas.

Mi rostro arde, no solo por el sol del amanecer, sino por la verdad de su comentario. Intento recomponerme, buscando algo de esa astucia que normalmente no me falta.

—Observación puramente intelectual —replico, intentando mantener la voz estable—. Un estudio sobre los efectos del agua fría en... determinadas partes del cuerpo humano.

Caelan sonríe, un gesto que no alcanza sus ojos, donde la diversión lucha con algo más oscuro, quizás una sombra de nuestra complicada historia.

—Un estudio muy detallado, al parecer —continúa él, dando un paso más hacia mí. La proximidad es abrumadora—. ¿Y cuáles son tus conclusiones?

Me muerdo el labio, luchando contra el impulso de retroceder.

—Que deberías considerarte afortunado —digo con una sonrisa forzada—. No todos los hombres pueden decir que el frío les favorece.

Su risa, esta vez, tiene un tono genuino, aunque sigue cargada de esa tensión que siempre nos rodea.

—¿Hay algo más que quieras comprobar, *hermana*? —La palabra es pronunciada con un resentimiento palpable, casi como si cada sílaba le causara disgusto.

—No necesito comprobar nada más —contesto, mi tono es más frío de lo que pretendía, defendiéndome de la vulnerabilidad que sus palabras despiertan en mí—. Ya he visto suficiente.

Él inclina la cabeza, evaluándome con esa mirada intensa que parece ver más allá de lo que muestro. El sol de la mañana destella en el agua detrás de él, creando un halo casi irónico de luz alrededor de su figura.

—Pues entonces, quizás deberías dejar de mirar —sugiere, su voz baja, pero cargada de un desafío que resuena demasiado íntimo entre nosotros.

Doy un paso atrás, necesitando espacio, necesitando aire e intentando recuperar el control de la situación, pero las palabras se me escapan antes de que pueda pensarlas.

—Tu ego es tan grande como tu... ¡Ay, Dios! —me interrumpo, mordiéndome la lengua, consciente de que he estado a punto de decir algo de lo que probablemente me arrepentiría.

Caelan alza una ceja, una sonrisa juguetona y un tanto burlona curvando sus labios.

—¿Como qué, Sheena? —pregunta, claramente divertido por mi incomodidad.

Resoplo, cruzando los brazos sobre mi pecho en un gesto defensivo.

—Como tu espada —respondo con rapidez, tratando de mantener el tono ligero a pesar de la tensión que burbujea justo debajo de la superficie.

Su sonrisa se ensancha, y por un breve momento, la complicada maraña de emociones entre nosotros parece menos asfixiante.

—Buen intento de salvar eso —dice, su tono sugiere tanto una crítica como un cumplido.

Me doy la vuelta, decidida a concluir la conversación en mis términos.

—Vete, quiero darme yo un baño —anuncio sin mirar atrás.

—¿No prefieres que te frote la espalda como un buen hermano? —replica con un tono cargado de resentimiento.

—Es posible que me ahogaras antes —respondo, sin poder evitar el tono mordaz en mi voz.

Puedo oír a mi espalda el roce de la tela sobre su piel mientras se viste y el suave resoplido que deja escapar.

—Sí, tienes razón. Eso también me tentaría —responde él, como cansado, con un suspiro, pero luego añade—: No te alejes demasiado.

Luego oigo sus pasos mientras se marcha y me vuelvo para verle desapareciendo entre los árboles.

Me quito mi ropa, que básicamente consiste en un vestido largo de lana gruesa, teñido en tonos oscuros para soportar el clima otoñal de Escocia, tan impredecible como sus pobladores.

La prenda, de una sola pieza, tiene mangas ajustadas que terminan en puños decorados con bordados simples. El vestido se ciñe a la cintura con un cinturón de cuero, del que cuelga una pequeña bolsa con mis pertenencias. Bajo el vestido, llevo una camisa de lino que me protege del roce de la lana y una enagua que añade una capa extra de calor.

Desnuda, me sumerjo en el agua fría, dejando que la sensación helada limpie mi mente y mi cuerpo. El agua es un alivio bienvenido, un contraste refrescante con el calor que Caelan ha dejado en mi piel. Nado un poco, disfrutando de la libertad que el agua me ofrece, dejando que el frío entumezca y apague la chispa de deseo que él ha encendido.

Después de un rato, salgo del lago, sintiendo el aire frío en mi piel mojada. Me seco lo mejor que puedo con la camisa de lino, pero la torpeza me gana la partida.

Al tirar de una esquina para estirarla mejor, oigo el sonido inconfundible de la tela desgarrándose. Detengo mi movimiento bruscamente, pero es demasiado tarde: la camisa se ha rasgado de arriba abajo, dejándola completamente inservible.



Regreso al campamento, sintiéndome renovada y decidida. La mañana aún es joven, y hay mucho por hacer antes de que el día termine.

Sin embargo, cuando me encuentro sentada de nuevo sobre el caballo delante de Caelan, la tensión entre nosotros vuelve a estallar. De algún modo, ahora siento todo más intensamente. Después de sus palabras, sé que tener mi cuerpo moviéndose contra el suyo lo afecta y esa consciencia lo cambia todo.

Intento permanecer inmóvil, pero cada paso del caballo nos acerca más, nos obliga a mantener un contacto constante. Caelan sujeta las riendas con firmeza, y aunque no dice nada, siento su respiración contra mi cuello, un recordatorio constante de su cercanía.

—¿Qué pasa, Sheena? —murmura finalmente, su voz baja y tensa—. ¿De repente te has vuelto una estatua?

—Solo intento no molestarte más de lo necesario —respondo de modo sarcástico a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma.

—Oh, no te preocupes —dice él, su aliento cálido contra mi oído—. Ya has pasado ese punto hace tiempo.

Intento ignorar el calor que me provoca su proximidad y concentro mi mirada en el camino frente a nosotros. Cada vez que el caballo trota, siento la presión de su cuerpo contra el mío, una presión que me hace recordar nuestra conversación junto al lago.

—Solo quiero llegar a nuestro destino sin más complicaciones —digo, más para mí misma que para él.

—Buena suerte con eso —responde él, su tono mordaz—. Las complicaciones parecen seguirte dondequiera que vayas.

La provocación en su voz es innegable, y me esfuerzo por no responder, consciente de que cualquier comentario solo empeoraría la situación. Pero la tensión entre nosotros es una corriente subterránea que amenaza con desbordarse en cualquier momento.

Me muevo ligeramente en el asiento, intentando encontrar una posición más cómoda, y siento cómo él se tensa detrás de mí.

Es una batalla constante por el control, por mantener una fachada de indiferencia cuando todo dentro de mí está al borde del colapso.

El silencio se alarga, solo roto por el sonido de los cascos del caballo y el susurro del viento entre los árboles. Cada minuto que pasa, cada movimiento del caballo, solo añade más leña al fuego que arde entre nosotros.

Finalmente, susurro:

—¿No puedes simplemente ignorarme?

—Lo intento, Sheena, de verdad que lo intento —responde él, su voz cargada de frustración contenida—. Pero parece que haces todo lo posible para asegurarte de que no pueda.

Sus palabras son una acusación, una mezcla de realidad y resentimiento que no puedo negar. Y aunque mi orgullo me insta a replicar, sé que no resolvería nada. La tensión seguirá ahí, latente, esperando el momento adecuado para estallar.

—Iré con Blair —digo de repente, la decisión brota de mis labios antes de que pueda pensarla demasiado.

Caelan se queda quieto por un momento, su respiración pausada, como si estuviera evaluando mis palabras. Luego, con un movimiento brusco, detiene el caballo y me ayuda a bajar con una eficiencia casi mecánica.

—Haz lo que quieras —responde, su voz fría como el acero.

Me alejo, sintiendo su mirada clavada en mi espalda, mientras me acerco a Blair haciéndole una señal para que se detenga.

Frena el caballo cuando estoy a su altura y su expresión se suaviza con una sonrisa.

—¿Todo bien? —pregunta, un atisbo de preocupación en su voz.

—Sí, solo... preferiría montar contigo por un rato —respondo, tratando de sonar casual.

Blair asiente, ayudándome a subir. Cuando me acomodo delante de él, la tensión que sentía con Caelan comienza a disiparse, aunque sé que esto no resolverá nada a largo plazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Blair, inclinando ligeramente la cabeza para mirarme.

—Nada que no puedas imaginar —respondo con un suspiro—. Solo... necesitamos un respiro el uno del otro.

—No puedo culparle por sentirse confuso, Sheena. Tú no has resultado ser como él esperaba —dice Blair, su tono más serio de lo habitual.

Lo miro, sintiendo una punzada de frustración.

—¿Y cómo se suponía que debía ser? —pregunto, un poco a la defensiva—. No puedo cambiar lo que soy ahora.

Blair sonríe.

—No, y eso es lo que lo desconcierta. Pero, sinceramente, creo que lo estás haciendo bien. No es fácil cambiar las percepciones de la gente y menos aún las de alguien como Caelan.

—No estoy segura de que él vea las cosas de la misma manera —digo, mirando hacia delante, tratando de calmarme.

Blair se inclina un poco hacia mí, su expresión se suaviza.

—Dale tiempo. Caelan puede ser terco y rencoroso, pero no es ciego. Eventualmente, verá lo que yo ya veo —dice, su tono lleno de una confianza que apenas puedo comprender.

—¿Y qué es lo que tú ves, Blair? —pregunto, sin poder evitar la curiosidad.

—Una mujer fuerte, decidida a hacer lo correcto a pesar de las circunstancias. Alguien que está dispuesta a luchar por lo que cree, incluso cuando todo parece estar en su contra.

—Vaya… has cambiado de opinión, entonces —comento sorprendida.

—Bueno… no del todo, pero llevo días observándote.

—Vigilándome —corrijo.

—Escoltándote —declara él—, y supongo que tu reacción de anoche, acabó por convencerme. Si hubieras sido una mujer manipuladora, hubieras agarrado a Caelan por los huev… quiero decir que hubieras aprovechado que lo tenías cogido por los huev…

—¿Todas tus frases acaban en huevos? —interrumpo, alzando una ceja.

Blair se ríe, un sonido bajo y agradable.

—Solo las más importantes, al parecer.

Me río también, agradecida por la ligereza que trae a nuestra conversación. La tensión disminuye un poco más, y el peso que sentía en mi pecho se aligera con cada paso del caballo.

—Gracias, Blair —digo, sintiendo una sinceridad profunda en mis palabras—. De verdad, gracias por darme una oportunidad.

Blair asiente, su expresión se suaviza.

—Bueno, para mí también es más fácil. No conozco tu versión malvada ni intentaste hacerme la vida imposible o envenenarme.

—Sí, supongo que eso ayuda —respondo con una sonrisa.

—Y espero que sigamos así. Sin intentos de asesinato, quiero decir —añade él con un tono burlón.

—Prometido —digo, levantando una mano como si hiciera un juramento solemne y arrancándole otra carcajada.

Seguimos adelante, y aunque la cercanía de Blair es un alivio temporal, no puedo evitar sentir que estoy escapando de algo que tarde o temprano tendré que enfrentar.

Capítulo 10



Al acercarnos al castillo de Dounie cerca de Beauly, un imponente edificio de piedra gris que se alza con dignidad contra el cielo azul, me siento a la vez impresionada y un poco intimidada. Las murallas son altas y bien mantenidas, con almenas que delinean su silueta contra el horizonte. Las banderas ondean en lo alto, mostrando el emblema del clan Fraser: un lema que representa su nobleza y su fuerza.

La entrada al castillo está custodiada por varios guardias armados con espadas y ataviados con los colores del clan Fraser, cuyo tartán se distingue fácilmente por sus patrones específicos de rojo, verde y azul.

Al ver que nos acercamos, uno de los guardias se adelanta, mano sobre el pomo de su espada, un gesto que más que amenazante, busca confirmar nuestras intenciones antes de permitirnos pasar.

Nos detenemos y Caelan, montado en su caballo, se adelanta para hablar con ellos.

—Somos enviados de los MacRae, venimos a ver al Laird Fraser —anuncia con voz firme,

mostrando un respeto controlado.

El guardia nos observa con cautela, luego asiente y envía a un joven corredor para notificar nuestra llegada y solicitar permiso para entrar.

—Esperad aquí —dice uno de ellos, con un acento grueso—. Informaremos de vuestra llegada.

En la Escocia medieval, la estructura de poder se basaba en un sistema feudal donde la tierra y los títulos eran administrados por la nobleza y la lealtad era la moneda de cambio más valiosa.

Los señores de los castillos mantenían su autoridad no solo por derecho de nacimiento, sino también por su capacidad para proteger y administrar sus tierras y a quienes vivían en ellas.

Las audiencias no eran inusuales, especialmente si se trataban de asuntos de relevancia política o económica. Sin embargo, también había una rigidez en el protocolo que debía ser respetada y cualquier visita inesperada podría ser vista con sospecha.

En una época donde la violencia era una constante y los conflictos entre clanes podían estallar con la misma facilidad con la que se avivaba una chispa en la oscuridad, la vida era una mezcla de incertidumbre y peligro.

«Un maravilloso sistema de te golpeo antes de que tú me golpees en un mundo donde tu vecino podría ser tu próximo asesino».

Las disputas entre clanes y las rencillas familiares a menudo desencadenaban conflictos armados que podían durar generaciones. Los señores feudales ejercían su poder a menudo a través de la fuerza, defendiendo sus territorios contra invasores o buscando expandir sus dominios a expensas de sus vecinos.

Los castillos, con sus altas murallas y torres de vigilancia, no solo eran símbolos de poder, sino fortificaciones necesarias contra ataques frecuentes. Los hombres se entrenaban desde jóvenes en el arte de la guerra, y se esperaba que todos llevasen armas y estuvieran listos para luchar en cualquier momento.

«No es de extrañar que todos caminen con la espada al cinto y la desconfianza por bandera», pienso mirando a Caelan.

A pesar del frío viento que agita la tela de su capa, se mantiene inmóvil, la personificación de la paciencia y el control. En este momento, en la quietud expectante que precede al encuentro, Caelan parece un guerrero de leyenda más que nunca. La desconfianza y la tensión están inscritas en cada línea de su cuerpo, preparado para cualquier eventualidad.

Caelan nunca se permite debilidades.

Observarlo es recordar que, en este mundo brutal, ser implacable no es una elección, sino una necesidad para sobrevivir.



Poco después, se acerca un hombre de porte noble, con su tartán de los Fraser y una capa que ondea ligeramente con la brisa. Su expresión es reservada, pero sus ojos revelan una aguda inteligencia.

—Soy Duncan Fraser, hijo del Laird Alexander Fraser —se presenta con una inclinación de cabeza—. Mi padre os recibirá. Seguidme.

Dejamos los caballos a los mozos y nos conducen a través de la puerta principal, que se abre con un crujido de metal y madera. Al entrar, el contraste entre el exterior frío y el calor interior es reconfortante. Los suelos de piedra están cubiertos con alfombras gruesas, y antorchas en las paredes iluminan el pasillo con una luz cálida y parpadeante. El aroma a madera quemada y hierbas llena el aire.

Avanzamos por varios corredores adornados con tapices que relatan historias de batallas y cacerías, hasta que finalmente nos detenemos ante un gran par de puertas de madera.

Con un gesto grandilocuente, nuestro acompañante empuja las puertas y nos introduce en una gran sala cuyas paredes de piedra están cubiertas con escudos y armas. Al fondo, sentado detrás de una larga mesa de roble, está el Laird Fraser, un hombre de mediana edad con una presencia dominante y el cabello entrecano, que nos observa con una mirada perspicaz y calculadora.

—Bienvenidos a Dounie. ¿Qué asuntos traen a los MacRae a nuestra puerta? —pregunta con una voz profunda y resonante—. Oh, Sheena. Casi no te reconozco. Nos vimos hace varios años en un conclave de clanes. Tu padre estaba muy interesado en casarte, ¿lo hizo?

—No, Laird Fraser —respondo, esbozando una media sonrisa mientras me acerco un paso más—. Sigo resistiéndome a la idea de ser intercambiada por un par de caballos y unas cuantas vacas.

El Laird suelta una carcajada, una que resuena en la sala y hace eco en las armaduras que decoran las paredes.

En ese momento entra otro hombre en la sala.

—Oh, este es mi otro hijo. Jamie Fraser. ¿Lo recuerdas? Hicisteis amistad en el pasado.

Jamie Fraser entra en la sala, una figura menos imponente que su padre, pero con un aire de confianza tranquila que lo hace atractivo a su manera.

Es más delgado que Caelan, con una estatura que, si bien no es excepcional, se compensa con la agudeza de su mirada y una sonrisa que parece tanto cautelosa como intrigante.

Su cabello es un castaño claro, casi dorado, que lleva ligeramente despeinado, dándole un aspecto despreocupado. Sus ojos, aunque no tan intensos como los de Caelan, brillan con amabilidad y un toque de curiosidad.

—Claro que lo recuerdo, Laird Fraser —respondo con una sonrisa

«No, claro que no».

Jamie se acerca con una sonrisa que sugiere que él sí recuerda aquellos días.

—Sheena, es un placer verte de nuevo —dice, ofreciéndome una mano en señal de saludo, que acepto.

Su agarre es firme y más largo del que debería cuando besa el dorso.

—Bien, abordemos entonces el motivo real de vuestra visita —interviene el Laird Fraser con una mirada seria. Sus ojos se desplazan de mí a Caelan—. Las noticias de la muerte de Oran MacRae y los conflictos con los MacDougall han llegado hasta nosotros.

—Los tiempos han sido complicados —admito, aproximándome al estrado en el que está sentado con cautela, pero segura—. Los MacDougall no han perdido oportunidad de explotar nuestra vulnerabilidad tras la muerte de mi padre. Su asedio ha sido implacable, pero afortunadamente, Caelan ha estado allí para defender nuestro castillo y nuestro clan.

La atención de la sala se centra en Caelan, quien sostiene la mirada de los presentes con una firmeza que no admite dudas de su valor.

—Oh, el salvaje MacRae... He oído hablar de ti, el hijo pródigo —comenta el Laird Fraser, con un tono que mezcla respeto y una pizca de provocación. Su mirada se desliza entre Caelan y Jamie, evidenciando sus pensamientos apenas ocultos—. Supongo que has regresado para reclamar tu posición como cabeza de los MacRae.

La atmósfera en la sala se tensa sutilmente. Aunque las palabras del laird puedan sonar a simple reconocimiento, la implicación de sus miradas no se me escapa.

Está claro que tanto él como su hijo vieron mi llegada como una oportunidad. Pensaron que, sin un respaldo masculino fuerte, un matrimonio conmigo podría ser la llave para que Jamie ocupara un cargo importante entre los MacRae.

Sin embargo, al evaluar la postura firme de Caelan y su mirada inquebrantable, es evidente que ambos Fraser recalculan sus estrategias iniciales. La presencia de Caelan no solo demuestra que los MacRae no están tan desamparados como pudieron haber creído.

Hay un tenso silencio antes de que Caelan comience a hablar.

—Reconocemos la necesidad de ampliar nuestras tierras de caza y asegurar provisiones suficientes para nuestro clan y para eso necesitamos la ayuda y el permiso de los Fraser —comienza a decir, su voz resuena con autoridad en la sala—. Nuestra situación ahora no es

buena.

—Los MacRae ya están en deuda con nosotros, Caelan. Una deuda que no ha sido satisfecha aún —comienza a decir el Laird Fraser, de forma cortante—. Hace dos inviernos, tu padre negoció un préstamo significativo para reparar las murallas y las provisiones del clan después de una mala cosecha. Ese dinero nunca se devolvió.

Caelan escucha con su mandíbula tensa y los músculos de su cuello marcados por la presión de mantener la compostura.

—Entiendo las dificultades que enfrenta nuestro clan —responde con voz grave—, pero estas deudas no fueron contraídas bajo mi liderazgo. Sin embargo, estoy dispuesto a discutir cómo podemos resolver esta situación.

El Laird Fraser asiente, pero hay una dureza en su mirada que no promete flexibilidad.

—Las deudas con otros clanes también deben considerarse. Tengo entendido que los Fraser no somos los únicos con los que los MacRae están en deuda.

Caelan y yo intercambiamos una mirada cargada de sorpresa y desconcierto. Yo no tenía ni idea de estas deudas, y mi mirada hacia él trata de comunicarle mi confusión y mi preocupación.

—Podemos ofrecer apoyo militar a cambio —propone Caelan, intentando dirigir la negociación hacia un terreno donde nos sintamos más seguros.

—Aprecio ese ofrecimiento, tu fama te precede y entiendo que es algo a considerar —responde el Laird Fraser, con una voz que busca sonar conciliadora, pero sus siguientes palabras destilan una firmeza implacable—. Sin embargo, aún eres joven y ya no estás entre los Mackenzie. Tendrás que organizar a los hombres MacRae. Necesito algo más seguro que solo tu palabra. Algo como... —sugiere echándome una mirada de nuevo— una alianza matrimonial. Ya es hora de que tu hermana se case y deje de rechazar pretendientes. Reconozco que su terquedad la ha convertido en una joya que muchos desean, pero una mujer de su estatus debe cumplir con su obligación y dejarse de juegos. Así lo quería tu padre. Mi hijo Jamie siente mucho aprecio por tu hermana...

El corazón me late con fuerza, un torbellino de emociones me invade mientras escucho cómo se habla de mí como si yo no estuviera delante.

La frustración de ser vista no como una persona, sino como un instrumento para resolver deudas, me corta la respiración. Mi mirada se desliza hacia Jamie, cuya expresión intenta transmitir simpatía, pero no puedo evitar sentir que él también me considera un medio para conseguir un fin.

—No estoy en venta —digo, mi voz firme a pesar del temblor de ira interno. Miro directamente al Laird Fraser, desafiante—. Y no permitiré que se comercie con mi futuro para saldar cuentas que no he contraído.

Caelan guarda silencio y el Laird Fraser esboza una sonrisa condescendiente, dando por

hecho que él sí está considerando su oferta.

—Caelan todavía no es Laird de los MacRae, no tiene derecho a negociar mi matrimonio —replico con firmeza.

—Es tu hermano, claro que lo tiene, Sheena. Los años pasan y estás cerca de esa edad en que dejas de ser deseable como esposa. No querrás llegar a eso, ¿verdad? —contesta el Laird Fraser, su tono impregnado de una frialdad calculadora.

Esas palabras me caen como un balde de agua fría y me hierve la sangre por la manera en que las mujeres son manipuladas en esta era, valoradas solamente por su utilidad en uniones matrimoniales y por su juventud. Aprieto los puños llena de consternación, pero es Caelan el que responde al Laird Fraser.

—Yo no he dicho que acepte esta alianza matrimonial —interviene, y yo suspiro agradecida.

—No tienes más opciones, muchacho —replica el Laird, imperturbable—. O tu clan se morirá de hambre. Pronto los ingleses llegarán con su recaudación de impuestos y los MacRae no podrán pagar. Si eso sucede, incluso los niños y ancianos de tu clan serán enviados a luchar en Francia por Eduardo Longshanks. ¿Es eso lo que deseas? —inquiere—. Siempre hemos resuelto nuestras dificultades de esta manera.

La amenaza implícita en sus palabras solo sirve para avivar la determinación en los ojos de Caelan.

—Yo no negocio con personas —responde Caelan con la mandíbula tensa. Su mirada se endurece, como si tallara cada palabra en piedra.

La sala queda en un tenso silencio, los desafíos colgando en el aire como una espada lista para caer.

«Y yo lo adoro por pronunciar esas palabras, pero yo no puedo permitir esto quede así. El Laird tiene razón de cierta manera. Ahora mismo Escocia se desangra bajo el yugo del rey inglés».

—Aceptaré ese matrimonio solo si no soy capaz de demostrar que puedo ayudar a ambos clanes, de otra manera —interrumpo, dando un paso adelante con voz firme, aunque mi corazón lata desbocado.

Todos los ojos se vuelven hacia mí, algunos con sorpresa, otros con interés calculador.

—Puedo duplicar, si no triplicar, la producción de vuestras cosechas. No solo eso, también tengo un método para cultivar ciertos alimentos durante el invierno, lo que podría asegurar provisiones para todo el año.

El laird me sonríe con una condescendencia que querría borrar de un puñetazo.

—Sheena, tus palabras son intrigantes, pero permíteme ser directo —dice el Laird Fraser con un dejo de escepticismo—. Si posees tal conocimiento, ¿por qué no se ha implementado ya en las tierras de los MacRae? ¿Por qué esperar a estar al borde de la ruina?

—Hasta ahora, he estado estudiando y experimentando en pequeña escala, asegurándome de que lo que propongo es viable —respondo, tratando de mentir con seguridad—. Además, las luchas internas han retrasado la posibilidad de aplicar estos conocimientos a gran escala. Lo probaré en una parcela de tierra entre los dos clanes. Si no se ven resultados en una temporada, consideraremos que mi propuesta ha fallado y me casaré con Jamie. Pero si tengo éxito, esperamos la cancelación de nuestras deudas, a cambio de compartir estos métodos con su clan, asegurando una alianza basada en la prosperidad mutua, no en lazos matrimoniales —explico con confianza.

—Eso no soluciona nuestra situación actual —me dice él como si fuera una niña sin muchas luces.

—Puedo demostrar los resultados en tres meses, dadme ese tiempo, no es tanto. Mientras permitidnos cazar en vuestras tierras y proveednos de grano y otros alimentos esenciales. De todas formas, independientemente del resultado, vuestra inversión resultará en ganancias. Ya sea por matrimonio o por el aumento de la producción.

La proposición queda flotando en el aire, cargada de riesgo, pero también de potencial, mientras espero que el Laird Fraser considere la oferta que alteraría el destino de nuestros clanes.

Caelan, que hasta ahora había estado en silencio, me observa con una mezcla de sorpresa y contrariedad pintada en su rostro. Sus cejas se fruncen ligeramente, y puedo ver la tensión en su mandíbula.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta en voz baja, apenas audible para los demás, pero su tono es claro y cargado de reproche.

Lo miro, tratando de transmitirle confianza con mi mirada. Luego, me vuelvo de nuevo hacia el Laird Fraser, manteniendo mi postura firme.

Caelan no puede ocultar su frustración, y por un momento, parece estar a punto de decir algo más, pero se contiene, dejando que el Laird Fraser tome la decisión.

—Muy bien, Sheena —dice finalmente—. Te daré esa oportunidad. Si logras lo que prometes, reconsideraremos las condiciones de vuestra deuda. Mientras ofreceremos provisiones y tierras de caza durante el periodo de prueba. Jamie —dice volviéndose a su hijo—busca una parcela cerca del territorio de los MacRae para que la dama demuestre su técnica y… avisa también al vicario de tu próxima boda —concluye con una risa que contagia a los presentes, pero ni Caelan, ni Blair, ni yo compartimos su humor.

—Ahora alojad a nuestros invitados en las habitaciones del ala oeste. Os espero para la cena.

Un sirviente se acerca, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto. Nos indica que

lo sigamos, y mientras caminamos por los pasillos de piedra del castillo, siento la tensión en cada paso que Caelan da a mi lado.

Capítulo 11



El sirviente nos conduce a una serie de habitaciones pequeñas, pero cómodas, con camas de madera robusta y mantas de lana gruesa. Caelan y yo nos detenemos frente a nuestras respectivas puertas, intercambiando una mirada.

Cuando el sirviente se retira, Caelan sigue mis pasos hasta mi habitación. Sin esperar invitación, entra y cierra la puerta tras él con un golpe seco, dejando a Blair fuera.

—¿Qué estás intentando, Sheena? ¿Era este tu plan todo este tiempo? ¿Acabar casada con Jamie Fraser? ¿Es solo otra jugada tuya para manipular la situación a tu favor y darles a los Fraser el poder sobre los MacRae? —Su voz es un gruñido bajo, cargado de resentimiento y sospecha.

Respiro hondo, intentando mantener la calma ante su acusación.

—Gracias por tu confianza.

—Nunca te la has ganado. No puedo darte algo que no te mereces —replica él, cruzando los brazos con su mirada fija en la mía.

—Entiendo por qué dudas —admito, sintiendo un nudo en el estómago—. Pero debes saber que mi lealtad está contigo, con nuestro clan. Todo lo que hago es para protegernos, incluso si eso significa jugar un poco con las expectativas de los Fraser. No estoy aquí para convertirme en víctima de mis propias estrategias. No pretendo casarme con Jamie Fraser.

Caelan me observa con una intensidad que casi me hace retroceder. Su cercanía física, la forma en que sus ojos escudriñan cada uno de mis movimientos, revela su conflicto interno.

—Entonces, explícame cómo —dice, finalmente, su tono un poco más suave, pero aún lleno de escepticismo—. ¿Cómo pretendes duplicar las cosechas? ¿Cómo es posible obtener cosecha en invierno?

Le explico los principios básicos de los invernaderos, utilizando términos sencillos para describir cómo el vidrio puede atrapar el calor del sol y permitir el crecimiento de plantas incluso en los meses fríos. Caelan frunce el ceño, tratando de asimilar la información.

—Suena a magia —murmura, más para sí mismo que para mí.

—No es magia, Caelan. Es ciencia, conocimiento de cómo trabajar con la naturaleza —respondo, esperando que entienda que no hay trucos detrás de mis palabras—. Por ejemplo, podemos mejorar la fertilidad del suelo simplemente alternando los cultivos que plantamos cada año. Si se cultivan leguminosas un año y cereales al siguiente, las leguminosas ayudarán a fijar ciertos nutrientes en el suelo beneficiosos para los cereales del próximo ciclo —le explico con cautela, ajustando mi lenguaje a lo que podría ser entendido en su época—. Y también podemos utilizar estiércol de nuestros animales como abono.

Mientras Caelan escucha, su ceño se frunce visiblemente. La idea parece rozar lo absurdo.

—¿Me estás diciendo que esparcir excrementos en nuestras tierras... va a salvar nuestro clan? —su tono es burlón, casi desafiante, como si pusiera a prueba mi cordura.

—Exactamente —respondo con convicción, encontrando un desafío en su escepticismo—. Y no es una idea nueva, Caelan. Civilizaciones antiguas como los egipcios, griegos y romanos utilizaban el estiércol para enriquecer sus campos. Es ciencia básica, algo que incluso un guerrero debería poder apreciar.

Su mirada se endurece.

—¿Y esperas que crea que amontonar basura en nuestras tierras nos dará más comida? Eso suena a cuentos de viejas, Sheena.

Me acerco, cruzando los brazos, desafiante.

—No son cuentos, es estrategia agronómica. Y puedo probarlo, si tienes el valor de intentarlo.

—¿Estrategia agronómica? —repite incrédulo.

Por un momento, él se queda en silencio, mirándome con una nueva curiosidad. Luego, con una voz llena de asombro y desconfianza, pregunta:

—¿Quién eres?

La pregunta cuelga en el aire, cargada de significado. Mi corazón se acelera, consciente de que he despertado su sospecha de una manera que no había anticipado.

—¿A qué… te refieres? —tartamudeo, tratando de encontrar algo de equilibrio en sus ojos inquisitivos.

Él se acerca aún más, sus pasos resonando con determinación en el suelo de madera. Retrocedo hasta que mi espalda se encuentra con la pared fría y, aun así, él sigue avanzando hasta que estamos casi nariz con nariz.

—No sabes montar a caballo, hablas de técnicas de cultivo de los griegos y los romanos como si las hubieras visto tú misma, y... mientes muy mal. La Sheena que conocí era mejor en eso —declara con un gruñido bajo, casi un roce contra mi piel y cada palabra es un golpe de desconfianza—. La verdadera Sheena no hubiera dudado en su respuesta.

—Tal vez nunca conociste a la verdadera Sheena —replico con un susurro desafiante.

Él ríe, un sonido áspero y descreído.

—O tal vez tú no eres quien dices ser.

—Eso suena demasiado increíble —replico, mordiéndome el labio, lo que hace que sus ojos bajen a mi boca.

—¿Más increíble que eso de usar estiércol para aumentar la producción de los cultivos?

—No te estoy pidiendo que creas ciegamente, Caelan. Te estoy pidiendo que pruebes. Si me equivoco, asumiré la responsabilidad completa. Pero si tengo razón, si esto funciona, podríamos salvar al clan de la hambruna y tal vez incluso de la ruina. ¿Qué pierdes con intentarlo? —insisto, esperando que la lógica detrás de mi argumento se abra paso a través de su desconfianza.

—Sí, supongo que no pierdo nada por intentarlo —murmura él más para sí mismo que para mí.

Luego su pulgar presiona ligeramente sobre mi labio inferior.

—Te muerdes el labio cuando te pones nerviosa —comenta con una voz baja que resuena extrañamente íntima en el espacio reducido entre nosotros.

Antes de poder reaccionar, mi respuesta instintiva es atrapar su dedo entre mis labios, su pulgar rozándolos envía una descarga eléctrica a través de mi cuerpo. El sabor ligeramente salado de su piel me golpea y mis ojos se encuentran con los suyos, oscuros y penetrantes.

—Estos labios son como hiedra venenosa… Si los pruebo, ¿será el antídoto o el veneno? —susurra él, su aliento acariciando mi rostro, su frente casi tocando la mía. La proximidad me hace tragar saliva, consciente de cada punto donde su piel roza la mía—. ¿Eres una bruja o un hada?

La pregunta, cargada de un doble sentido que no puedo ignorar, me hace jadear suavemente. Su dedo todavía sigue entre mis labios y la situación se siente demasiado cargada, demasiado peligrosa.

Con una ligereza casi temeraria, Caelan presiona su dedo más firmemente entre mis labios, obligándome a abrirlos y separar mis dientes.

Lo introduce lentamente, su pulgar deslizándose más profundamente en mi boca. La textura cálida y la ligera aspereza de su piel se desplaza sobre mi lengua, que, casi sin permiso, roza la longitud de su pulgar en un contacto temerario e íntimo.

El sabor salado de su piel se mezcla con la corriente de aire frío que entra por la ventana, creando un contraste que amplifica la sensación. La habitación parece cerrarse alrededor de nosotros, el espacio se reduce a los puntos donde su cuerpo roza el mío: su dedo en mi boca, su otra mano que ahora descansa en la pared detrás de mí, encerrándome con la delicadeza de su presión.

Cierro los ojos por un momento, dejándome llevar por la sensación abrumadora de tener una parte de él tan cerca, tan personal. Mis labios se cierran alrededor de su dedo con una presión suave.

Respiro a través de la nariz, cada inhalación mezclada con el olor de su piel, una mezcla de tierra y algo crudamente masculino.

Finalmente, con un gemido suave que parece arrancarle el alma, retira despacio su dedo de mi boca, dejando un rastro de calor que se desvanece demasiado lentamente. Su frente todavía está inclinada hacia la mía y cuando abro los ojos, encuentro los suyos ardiendo con una mezcla de deseo y duda.

—No es veneno —murmura él, casi para sí mismo, la voz ronca—, pero podría ser igual de peligroso.

«Me va a explotar el corazón».

Caelan se queda inmóvil, su mirada intensa clavada en la mía, antes de dar un paso atrás, rompiendo el hechizo que nos envolvía.

—Probaré tus ideas —dice, al fin, cada palabra marcada por esa voz profunda que resuena con una advertencia implícita—. Pero no te equivoques, Sheena, sigo sin confiar plenamente en ti. Te observaré de cerca.

—Lo recordaré —respondo, intentando inyectar una firmeza que no siento en mi voz.

Caelan asiente lentamente, una aprobación medida, calculada. Sin una palabra más, se gira y

sale de la habitación, dejando un rastro de energía perturbadora a su paso.

Mis piernas, que hasta ese momento habían mantenido una tensa resistencia, ceden bajo el peso de la emoción y el estrés acumulado. Me deslizo por la pared fría hasta quedar sentada en el suelo. Mi respiración agitada es la única evidencia del tumulto interno que siento. Frente a la intensidad abrumadora de Caelan, un macho alfa en todo su esplendor, me siento como si toda mi energía hubiera sido succionada, dejándome temblorosa y desorientada.

A pesar de ser mayor que él, su presencia impone, su juventud no merma el poder que emana de él y su proximidad parece robar el oxígeno de la habitación, dejándome, anhelando algo más que aire.

Capítulo 12



Durante la cena, me siento como un cervatillo atrapado entre dos rocas inamovibles. A un lado, Blair, con su presencia tranquila pero firme, y al otro, Caelan, cuya sola presencia parece desafiar la gravedad misma. Es como estar sentada entre dos columnas que ni el propio Hércules sería capaz de mover.

Jamie Fraser, al otro lado de Caelan, intenta iniciar una conversación conmigo, con su voz suave y persuasiva cortando a través del murmullo de la sala.

—Sheena, he encontrado en ese trozo de parcela que necesitas. Tal vez mañana… —comienza a decir, intentando superar el murmullo constante de la sala.

Intento inclinarme hacia adelante para captar sus palabras, pero Caelan, con un movimiento deliberado, se inclina también, bloqueando mi vista con su cuerpo ancho y cortando cualquier posibilidad de diálogo directo con Jamie.

Con una sonrisa tensa, intento inclinarme hacia atrás para esquivar la barrera que Caelan ha formado y mantener el hilo de la conversación.

—Me parece bien…

Caelan se recuesta hacia atrás también, su brazo descansando casualmente sobre el respaldo de mi silla.

Me inclino esta vez más rápido hacia delante, esforzándome por hablar con Jamie alrededor de la imponente figura de Caelan, pero mi hermanastro vuelve a moverse, esta vez con un gesto más marcado, reafirmando su presencia entre Jamie y yo.

La sutileza de su juego no pasa desapercibida, y aunque no dice nada, su mensaje es claro: no estoy disponible para ser cortejada por nadie, especialmente no por Jamie Fraser.

Jamie ríe con resignación, consciente del juego de poder que se está desarrollando a su alrededor, mientras Caelan mantiene una expresión imperturbable, asegurándose de que su presencia sea tan imponente como sus intenciones.

—Sheena elegirá la tierra —dice Caelan, su voz firme y autoritaria, cortando cualquier intento de intervención externa.

—¿Y qué nos asegura que no utilizará un truco si la elige ella? —comenta Duncan, el hijo mayor del Laird con desconfianza evidente.

Antes de que el ambiente se caliente aún más, Blair interviene, tratando de equilibrar la conversación.

—Sheena ha demostrado tener un conocimiento y una habilidad que ninguno de nosotros puede negar. Su elección beneficiará no solo a los MacRae sino también a los Fraser. No subestimemos su criterio ni su disposición para hacer bien las cosas.

Blair mira a Duncan directamente, desafiándolo a contradecirlo.

—¿Qué hace el hijo del Laird Mackenzie pegado a los MacRae? —pregunta Duncan de forma hostil—. ¿No será que buscas también la forma de involucrarte en los asuntos de los MacRae?

—Soy amigo de Caelan, y como su amigo solo intento ayudarlo —responde Blair con calma.

Me detengo en seco. ¿Hijo del Laird Mackenzie? No tenía ni idea. La verdad es que la figura de Blair no aparece en la novela, claro que en la novela tampoco hay un asedio ni es necesario que los Mackenzie vengan a rescatar a los MacRae junto a Caelan.

—Blair nos apoyó durante el sitio de Angus MacDougall —intervengo, tratando de suavizar la tensión.

—¿Y qué quieres ahora a cambio? —insiste Duncan, con una mirada desafiante.

—Veo que no entiendes que la amistad no pide nada a cambio —se defiende Blair, con

naturalidad.

—¿Y por qué no ayudan los Mackenzie a llenar sus despensas a los MacRae? —pregunta Duncan, sin ceder terreno.

—Lo haremos si es necesario, pero las tierras de los MacRae colindan con las de los Fraser, no con las nuestras. Abastecerlos sería más complicado, y es seguro que los ingleses interceptarían la mercancía —le responde Blair, de forma clara y razonable.

El Laird Fraser observa el intercambio con una expresión calculadora, su mente claramente trabajando en las implicaciones de cada palabra.



La cena continúa, la tensión sutilmente tejida entre bocados y miradas. Jamie intenta suavizar el ambiente con charlas ligeras, pero su esfuerzo se siente forzado frente a la dura presencia de Caelan.

—No necesitamos que nos elijan la tierra como si fuéramos niños incapaces de ver dónde crece mejor el pasto —comenta Caelan, cortando cualquier pretensión de cortesía.

Jamie, intentando mantener la calma, responde con una sonrisa forzada:

—No subestimes la ventaja de trabajar juntos. Es cuestión de unir nuestras fuerzas para un beneficio mutuo.

—Ah, porque seguro que tú, Fraser, solo tienes en mente el bienestar de los MacRae, ¿no es así? —replica Caelan, su sarcasmo tan afilado como el cuchillo que usa para cortar su carne.

Blair, por su parte, interviene con una sonrisa burlona:

—Me pregunto, ¿dónde estaban todos esos buenos deseos cuando los MacDougall los asediaban?

El Laird Fraser se inclina hacia delante, entrelazando sus dedos sobre la mesa con una sombra de seriedad oscureciendo su semblante. La atención de todos se centra en él mientras comienza a relatar los últimos sucesos que han sacudido a Escocia.

—Como sabéis, ha habido movimientos importantes en nuestra tierra. Robert Bruce ha dado un paso audaz —dice, marcando cada palabra con un tono que refleja tanto la gravedad como la oportunidad de la situación—. Ha matado a John Comyn en la iglesia de los Franciscanos en Dumfries y se ha coronado rey.

La noticia cuelga en el aire, pesada como el plomo. Caelan y Blair intercambian miradas, evaluando las implicaciones.

—Esto no solo cambia el juego de poder en Escocia —continúa el Laird Fraser—, sino que también altera nuestras alianzas y posibles enfrentamientos con los ingleses. Bruce busca consolidar su posición, y eso nos afectará a todos, especialmente a los clanes que tienen intención de rendir pleitesía ante el rey inglés.

Caelan frunce el ceño, claramente preocupado por esta noticia.

—¿Y qué planea hacer Bruce ahora? ¿Cómo piensa unificar a los clanes bajo su estandarte? —pregunta, su interés evidente.

—Bruce está buscando el apoyo de todos los Lairds. Ha enviado emisarios por todo el país, buscando juramentos de lealtad y prometiendo protección y privilegios a aquellos que le apoyen —explica Fraser con sus ojos escudriñando la reacción de Caelan.

Jamie, tomando un papel más activo en la conversación, añade:

—Hemos considerado nuestra posición. Mi tío, Simon Fraser, el anterior Laird, luchó junto a Wallace y fue capturado por Eduardo. Y, bueno, su ejecución fue… al igual que para William… cruel y horrible —comenta conmocionado, como si Eduardo hubiera conseguido su propósito, metiéndole el miedo en el cuerpo—. Aliarnos con Bruce podría ser beneficioso, pero también arriesgado. Las tierras de los MacRae, estratégicamente ubicadas, serían un valioso aliado para cualquier rey y mucho más la mano de una espada diestra que lleva demostrando su habilidad en los campos de batalla desde los catorce años.

Dice refiriéndose claramente a Caelan. Está claro que la decisión de los MacRae de apoyar a Bruce también influirá sobre la suya.

—La decisión no es simple —dice Caelan—. Está claro que no podemos permanecer aislados mientras el destino de Escocia se decide sin nuestra voz, pero mi prioridad ahora mismo es la estabilidad de mi clan.

Blair, observando la interacción añade:

—Yo ya luché junto a William Wallace por la libertad de Escocia y estoy dispuesto a volver a hacerlo junto a Robert Bruce.

El Laird Fraser entrecierra los ojos, considerando las palabras de Blair.

—¿Y dónde estaba Robert Bruce mientras William Wallace o mi hermano eran torturados y ejecutados? Al lado del rey inglés, casándose con una de ellos. Tampoco debemos olvidar que Bruce ha sido excomulgado y tiene su corona manchada de sangre. Ha matado a su contrincante en suelo sagrado.

—A veces la historia solo recuerda el final, no el principio o el conflicto del medio — respondo, con un tono de voz que no busca confrontación, pero sí claridad—. Es cierto que Bruce tuvo sus momentos de alianza con los ingleses, pero también es cierto que ha elegido un camino diferente ahora. Y no olvidemos que la esposa de Bruce, Elizabeth de Burgh, su hija y su

hermana están encerradas en jaulas, colgadas en las murallas del castillo de Berwick. Ella podría haber elegido la comodidad y la seguridad, pero eligió la lealtad y la resistencia. No renuncian a él, a pesar del precio que están pagando. Eso debe significar algo sobre el hombre por el que sufren.

El Laird Fraser me mira, la severidad de su expresión suavizándose ligeramente. Los otros comensales observan, capturados por la intensidad del debate.

—No existe el líder perfecto —añado, mi mirada recorriendo la mesa, encontrando ojos que ahora reflejan una mezcla de acuerdo y reflexión—. Cada uno tiene sus sombras y sus luces. Bruce no es una excepción, pero ha evolucionado para abrazar una causa que es más grande que su propio bienestar. Lo importante es qué podemos hacer ahora para el futuro de Escocia. Si Bruce es la llave para nuestra libertad y prosperidad. ¿No deberíamos considerar unirnos a él, a pesar de su pasado complicado?

Caelan me mira con una mezcla de asombro y confusión evidente en su rostro. No es común ver a una mujer tomar la palabra con tal autoridad y conocimiento sobre asuntos de política y guerra, mucho menos en una cena donde los Lairds discuten el futuro de sus clanes.

«Genial, Sheena, bien hecho. Nada dice más —estoy aquí para una cena tranquila— como lanzarse a una disertación sobre política escocesa. Adiós a la etiqueta, hola a mi mejor impresión de un enciclopedista medieval».

El Laird Fraser también me observa, su expresión pasando de la sorpresa a una especie de respeto reacio.

—No sabía que la hija de MacRae tuviera tal entendimiento de los asuntos del reino y sus complejidades.

Me pregunto si he logrado impresionarlos realmente o solo les he dado más de qué sospechar. De cualquier manera, parece que he captado su atención por completo, y no solo para discutir recetas de haggis.

—La costura me aburre —le respondo con una mueca.

El Laird Fraser suelta una risotada ante mi comentario, sorprendido por mi descaro, incluso Caelan disimula una sonrisa.

Los ojos de Jamie se iluminan con interés. Tiene un punto a su favor el que no le acobarde una mujer instruida con voz propia.

«Realmente necesito aprender cuándo callar. Tal vez debería frenar mi entusiasmo por desafiar las normas, pero entonces, ¿qué gracia tendría eso?».

Cerca de nuestra mesa, una joven observa la conversación con ojos brillantes y atentos. Aprovechando un silencio momentáneo, se inclina hacia delante, claramente animada por mi intervención.

—Me parece increíble el coraje que ha demostrado Elizabeth de Burgh —comenta con un tono de admiración—. Ha desafiado a su padre, el poderoso conde del Ulster, y al mismísimo rey de Inglaterra.

La esposa del Laird Fraser, una mujer de rostro sereno, pero ojos astutos, asiente con una sonrisa.

—Es verdad. Lo que cabría esperar de la reina de Escocia.

El comentario de la joven parece abrir una pequeña compuerta, y otras mujeres en la sala comienzan a murmurar entre ellas, algunas asintiendo y otras intercambiando pensamientos similares. Es un pequeño, pero notable cambio en la dinámica habitual de estos encuentros, donde los hombres suelen dominar la conversación.

El Laird Fraser, viendo la interacción entre las mujeres, decide presentar formalmente a la joven que habló primero.

—Ella es Morag Fraser, mi prima. Una mujer de mente aguda y fuerte convicción, muy parecida a nuestra invitada esta noche —dice con un tono que roza la exasperación.

Morag me sonríe y me da un guiño cómplice, y de repente, todo encaja en mi mente. Ella es la protagonista del libro, la mujer de la que Caelan terminará enamorándose.

A Caelan se le escapa una mirada hacia Morag, llena de un reconocimiento que no esperaba. Mi corazón da un vuelco.

Observo discretamente a Caelan, cuya atención ahora parece dividida entre la conversación que sigue desarrollándose y Morag y es como si un hilo invisible comenzara a tejerse entre ellos, un preludio de la historia que sé que está escrita para ellos.

«Bueno, es algo que sabía que ocurriría y estaba esperando, pero… algo pesado e incómodo se asienta en mi estómago».

La conversación a nuestro alrededor continúa, pero me siento distante, casi como si estuviera observando desde fuera. La revelación de que Morag ya ha aparecido me hace sentir un tipo de pérdida que no esperaba experimentar tan intensamente.

A pesar de todo lo que Caelan y yo hemos compartido —las disputas, las tensiones, y los momentos de complicidad inesperada—, el saber que hay un camino predeterminado para él que no me incluye, me deja con un vacío inquietante.

Sin embargo, trato de ocultar mis emociones, manteniendo una expresión neutral mientras juego con los cubiertos en mi plato. No quiero que Caelan, ni nadie en la mesa, note la tormenta que se agita dentro de mí.

«Dije que los apoyaría, así que en qué demonios estoy pensando».

No es el momento ni el lugar para mostrar debilidad o celos, especialmente en una cena

donde cada palabra y cada gesto pueden ser interpretados y malinterpretados.

Mientras reflexiono sobre esto, Morag se levanta para hablar con el Laird Fraser. Su postura es confiada, su voz clara y fuerte. Observo cómo Caelan sigue cada uno de sus movimientos, y un sentimiento de resignación me invade.

Decido entonces que, independientemente de cómo se supone que debe desarrollarse esta historia, me quedaré al margen. No solo por Caelan o por Morag, sino por mí.

Voy a encontrar mi lugar en este mundo, con o sin un libro que dicte mi destino.

La voz de Blair me saca de mis pensamientos. Él se inclina hacia mí y susurra:

—Se nota que algo te preocupa, Sheena.

Invento rápidamente una excusa para mi inquietud.

—Es que se me ha roto la camisa interior justo hoy junto al lago y no tengo ropa para dormir.

Blair arquea una ceja, sorprendido por mi trivial preocupación en medio de la tensión de la cena.

—Eso no es problema. Puedo prestarte una de las mías. Será demasiado grande, pero al menos estarás cómoda. Su oferta, tan inocente y dispuesta, me ayuda a relajar un poco la tensión que siento y le sonrío agradecida.

Capítulo 13



No consigo dormir. Me revuelvo en la cama, casi asfixiada por el calor. La chimenea de mi habitación ha sido avivada con demasiado entusiasmo, y el bochorno me obliga a levantarme, convencida de que debo salir o terminaré derretida.

Con pasos silenciosos, cruzo la puerta y desciendo las escaleras de piedra. El frescor del pasillo calma el ardor de mis pies descalzos, y aunque no sé exactamente a dónde me dirijo, el aire fresco que se filtra por las paredes es un alivio bienvenido.

De repente, una mano en mi hombro me detiene y pego un salto, sorprendida.

—¿Qué carajos haces deambulando sola por la noche en un castillo lleno de hombres de otro clan? ¿Tienes idea de lo peligroso que puede ser? —pregunta Caelan, bajando la vista a mis pies descalzos.

—Me has dado un susto de muerte —le digo, llevándome una mano al pecho, lo que provoca que él frunza el ceño al ver mi escaso atuendo—. En mi habitación hace demasiado calor y necesitaba tomar aire fresco.

Está a punto de responderme cuando una figura se materializa de las sombras. Jamie Fraser, con una calma que contrasta con la tensión de nuestro encuentro, se detiene sorprendido al vernos.

—¡Oh! Buenas noches —saluda con una sonrisa. Su presencia inesperada añade un nuevo nivel de complicación a la noche—. ¿Os habéis perdido? Este castillo puede ser engañoso.

—No, solo tomábamos el aire —responde Caelan, su voz es una muralla de hielo, cada palabra un bloque frío y cortante—. ¿Y tú?

—Voy a mi habitación —responde Jamie, señalando hacia una puerta en el corredor adyacente.

Caelan, con un gesto protector, me guía sutilmente detrás de él, dándole espacio a Jamie para pasar y luego me empuja sin sutilezas hacia delante.

—Nosotros nos retiramos a la nuestra —dice con un tono que no admite réplicas.

Jamie nos echa una mirada que no puedo interpretar del todo, oculta como estás entre las sombras de la noche y luego asiente con la cabeza antes de caminar hacia su destino.

Mientras nos dirigimos en dirección opuesta, Caelan rompe el silencio con una pregunta cargada de sospechas:

—¿Venías a reunirte con él?

—¿Qué? ¡Claro que no! —Mi respuesta es rápida, un reflejo de la indignación que siento.

Continuamos en un tenso silencio hasta que algo se me clava en el pie. Mi queja se corta en el aire cuando, sin una palabra, Caelan me levanta en brazos como si fuera tan ligera como una pluma.

Sorprendida por su gesto, me sujeto a él colocando mis brazos alrededor de su cuello. Él no me mira, solo avanza con un gesto tenso sin hablar.

Alcanzamos mi habitación y con un puntapié cierra la puerta tras nosotros. La luz de la chimenea proyecta sombras danzantes sobre las paredes, sobre nosotros y sobre la camisa que llevo puesta, con las iniciales «BM» bordadas por alguna mano amorosa en el pecho.

Sus ojos se abren desmesuradamente al verlo, y con un gesto brusco, me lanza sobre la cama.

—¿Llevas la camisa de Blair puesta? —inquiere con tono duro y mirada acusadora.

—Espera, tiene una explicación —digo, intentando incorporarme un poco, apoyándome en los codos.

Pero él avanza, coloca una rodilla en la cama, dominando el espacio con su presencia

imponente y su mano derecha se posa sobre mi hombro, presionando suavemente para mantenerme en posición recostada mientras la otra se afianza cerca de mi cadera.

La proximidad de su cuerpo impone una barrera invisible que me deja sin espacio para moverme.

—Quítatela —ordena, su mandíbula trabada en una línea dura, las sombras de la chimenea danzando sobre su rostro, acentuando la firmeza y la intensidad de su mirada.

En ese momento, siento el calor del fuego en contraste con el frío que desprende su enfado. Su dedo se desliza hacia abajo, rozando la tela de la camisa, como si cada fibra fuera un testimonio de una traición que aún no ha sido confirmada. Mi piel debajo arde, no solo por el roce, sino por la carga eléctrica de su cercanía.

—Caelan, no es lo que piensas —le digo un poco acobardada por su autoridad.

—Quítatela ahora mismo —me vuelve a ordenar cerrando su puño sobre ella a la altura de mi pecho.

—Es solo una camisa, por el amor de Dios. Blair me la ofreció porque la mía se rompió —explico con rapidez, intentando infundir algo de razón en la tensión eléctrica que nos envuelve.

—¿Que se rompió? —repite, incrédulo, su ceño fruncido en una mezcla de ira y desconfianza.

—¡Se me rompió en el lago! Blair no tuvo nada que ver —me apresuro a aclarar, mis palabras tropezando unas con otras en el apuro.

—Solo por eso no romperé la suya, pero quiero que te la quites —insiste, su tono inflexible.

—No puedes estar hablando en serio —susurro, mi corazón golpeando frenéticamente en mi pecho.

«Quien iba a decirme que esta actitud dominante me iba a poner tanto».

Sin un indicio de sonrisa, sin un destello de comprensión, Caelan se inclina hacia mí. Sus manos encuentran el borde de la camisa que, de manera accidental o provocada, se ha remangado hasta mis muslos.

El lino frío roza la desnudez de mis piernas y mis caderas, y contengo la respiración mientras él la arrastra, tirando del tejido hacia arriba con una lentitud tortuosa que deja mi piel expuesta al aire y al río de su mirada.

Cada centímetro de tela que se desliza envía una oleada de anticipación a través de mí y cuando la camisa pasa por mi vientre, siento cada uno de sus dedos como si dibujaran líneas de fuego.

—Caelan... —Mi voz se quiebra, un susurro cargado de confusión y un anhelo inadvertido.

Él se detiene. Sus dedos se quedan sobre mi pubis y baja la mirada a ellos. Sus ojos se oscurecen reflejando una tormenta de emociones mientras observa la proximidad de su mano a mi sexo.

La camisa, ahora remangada hasta mi cintura, deja al descubierto mucho más de lo que cualquiera de nosotros había anticipado.

Pero en lugar de retirar su mano, Caelan la desliza un poco más. Su pulgar acaricia el vello de mi pubis de arriba abajo y luego lo baja aún más introduciéndolo entre mis pliegues. Un gemido sale de mi garganta. Roza mi clítoris y desciende aún más estudiándolo todo con una fascinación increíble, como si fuera la primera vez.

—¿Nunca has visto una mujer desnuda? —le pregunto a duras penas, sin voz casi.

—Por supuesto que sí —responde, su voz baja y áspera, pero hay algo en su tacto, en su forma de explorar, que parece contradecir sus palabras.

Su pulgar se detiene, aplicando una leve presión que envía una nueva ola de calor a través de mi cuerpo.

—Pero ninguna como tú —admite, y su mirada se intensifica, capturando la mía.

Su confesión me deja sin palabras. La atmósfera en la habitación cambia, se carga de una intensidad que hace que cada respiración parezca un susurro en el viento.

No respondo. No puedo. En su lugar, mi cuerpo reacciona por sí solo y abro un poco más las piernas, dándole una visión más amplia de mi sexo.

Caelan observa, sus ojos oscureciéndose aún más con un deseo evidente que hace eco del mío. Luego, con un movimiento deliberado, acaricia con más firmeza, alarga su caricia a lo largo de mi sexo, un gesto que me arranca otro gemido involuntario.

Él respira hondo, su pecho sube y baja, mientras su mirada permanece fija en la interacción de su mano con mi cuerpo.

Explora con cautela, separando los labios suavemente con sus dedos, deteniéndose en cada descubrimiento. Encuentra la entrada, y su dedo se detiene, rozando el umbral, casi como si estuviera pidiendo permiso silenciosamente.

—¿Esto te duele? —pregunta, su voz casi un susurro, mientras su dedo pulsa delicadamente en la entrada, probando la resistencia antes de aventurarse más adentro.

Mis ojos, fijos en los suyos, le dan la respuesta sin palabras. Hay un destello de triunfo en su expresión.

Lentamente, con una reverencia que nunca esperé de él, Caelan procede, introduciendo lentamente su dedo, explorando el calor y la humedad, su tacto es un estudio cuidadoso, un

reconocimiento de mi vulnerabilidad y su propio deseo contenido. Otro gemido sale de mis labios y levanto las caderas contra se mano cuando retuerce el dedo en mi interior, acariciando las paredes y buscando su límite.

—Esto te gusta… —dice él casi sorprendido.

Mi corazón late con fuerza, una mezcla de deseo y confusión. Su exigencia es una tormenta en mi mente, pero el deseo de seguir sintiendo su toque es abrumador.

—Caelan… —susurro, tratando de mantener la compostura.

—No hables. Solo quítatela —ordena, sus ojos fijos en los míos, intensos y decididos.

Aunque su condición me parece absurda, no puedo negar lo que siento. Mi mente está nublada por el deseo, y aunque mi orgullo me grita que me resista, mi cuerpo necesita ahora sus caricias con un fervor incontrolable.

Con manos temblorosas, agarro la tela de la camisa de Blair y empiezo a deslizarla por mi cabeza, dejando mi piel expuesta al frío de su mirada. La dejo caer al suelo y enfrento mi desnudez a él.

Caelan me observa, sus ojos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo desnudo, Se detiene en mis curvas más íntimas: mi pecho, mi vientre, mis muslos, en su mano, aún entre mis piernas.

Sus dedos, esta vez el índice y el corazón unidos, vuelven a deslizarse dentro de mí, sin detenerse, sin dudar, sumergiéndose en mí con una familiaridad que me hace gemir.

Retira su mano lentamente, sus dedos brillando con la humedad de mi cuerpo. Los observa con una fascinación intensa, casi científica, como si cada gota fuera un enigma que necesita resolver. Con un movimiento lento y deliberado, los separa, creando un hilo pegajoso y transparente que se estira entre ellos. La luz de la chimenea resalta el brillo húmedo.

Lleva los dedos hacia su rostro. Primero, los pasa por su nariz, aspirando suavemente el aroma que desprenden. Sus ojos se oscurecen con una mezcla de curiosidad y algo más profundo, algo más primitivo.

Luego, sus labios se separan, y con una lentitud calculada, introduce uno de ellos en su boca. Su lengua lo envuelve, probando el sabor.

El gesto es íntimo, cargado de una mezcla de descubrimiento y deseo, mientras sus ojos permanecen fijos en mí, como buscando una respuesta en mí.

—Dime, Sheena, ¿aún me ves como a tu hermano pequeño? —inquiere con un susurro cargado de deseo mientras vuelve a introducir sus dedos golpeando mi clítoris con su palma.

—¿Qué es lo que buscas? ¿Mi rendición? —Mis palabras emergen entre jadeos, mientras mi cuerpo responde a sus caricias con una urgencia creciente.

—Tal vez, o quizás simplemente no puedo aceptar estos celos que me consumen —sus ojos se oscurecen con una confesión sorprendente.

—¿Celos? —repito, mi aliento se entrecorta.

—¿Por qué te has transformado, Sheena? ¿Por qué has invadido mis pensamientos, mis sueños? ¿Por qué te has convertido en esta constante tentación a la que parece imposible renunciar?

—Lo harás —le digo, mi voz firme, tratando de poner barreras a lo inevitable—. Esto no debería estar pasando.

La expresión de Caelan cambia bruscamente; su rostro se endurece, y la mano se retira con abrupta frialdad.

—No juego a medias, Sheena. O estás conmigo o no lo estás. —Caelan da un paso atrás, su figura tensa como un arco listo para disparar.

—¡No he sido yo la que he empezado esto! —protesto, sintiendo cómo la tensión se apodera del espacio entre nosotros.

—¡Siempre es lo mismo contigo! —me interrumpe, y su voz, aunque elevada, es terriblemente clara—. Primero, me arrastras hasta el abismo y luego pretendes ser la voz de la razón.

—Es solo que... hay consecuencias, hay realidades que no podemos ignorar. —Mi voz se quiebra, evidenciando la lucha interna entre lo que mi cuerpo desea y lo que mi mente sabe que es prudente.

—Realidades —replica él con un tono amargo—. ¿Es eso una forma elegante de recordarme que somos hermanos, Sheena? Porque, créeme, lo que despiertas en mí no tiene nada de fraternal.

—No es solo eso —respondo, buscando las palabras correctas para explicar el torbellino de sentimientos que me consumen—. Es todo... este mundo, nuestras responsabilidades. No podemos simplemente actuar según nuestros deseos, sin pensar en las consecuencias. Mucho menos cuando ni siquiera sabes si me odias, te agrado o me estás usando para conseguir liderar tu clan.

Mis palabras lo hieren; lo veo en la tensión de su mandíbula y el destello tormentoso en sus ojos. Intento tomar la camisa de Blair para cubrirme, buscando algo de protección, frente a la intensidad de nuestra interacción. Pero Caelan la arrebata de mis manos de forma brusca.

En un gesto impulsivo, se quita su propia camisa, dejando su pecho al descubierto y me la lanza.

—No te pongas la camisa de otro hombre. Al menos, concédeme eso. —Su voz es ronca, cargada de un deseo mal disimulado y una demanda de exclusividad, incluso en algo tan simple

como la elección de ropa.

Me deslizo en la camisa, sintiendo el calor residual de su cuerpo y el olor característico de su piel que permanece impregnado en la tela mientras lo veo abandonar mi habitación con brusquedad.

No logro comprender qué está ocurriendo, por qué nos infligimos tanto daño. Solo sé que, si me dejo llevar y luego él me rechaza, el golpe será devastador.

He observado la chispa que ha comenzado a prender entre Moraq y él y me confunde verlo aquí conmigo, en lugar de con ella...

«¿Es eso realmente lo que quiero? No. ¿Debería asumirlo? Sí».

Ya he sido abandonada antes por otra mujer en mi mundo, una más joven, más deslumbrante, con más éxito, con todo más y mejor, provocando que me sintiera miserable y poca cosa.

No puedo enfrentar eso de nuevo. Aún estoy a tiempo de no involucrarme demasiado con Caelan, de actuar como una buena hermana y tratar de salvar mi propio corazón.

Por alguna razón, parece que este hombre está confundiendo sus emociones hacia mí. Quizás porque ya no tiene motivos para odiarme y necesita canalizar lo que le provoco de alguna manera, buscando darle sentido en su mente.

Pero ese ímpetu joven y difícil de controlar no está destinado a mí.

«Por desgracia. Sí, no voy a engañar a nadie negándolo».

Pero Caelan para mí es como uno de esos ídolos que amas desde la distancia, sabiendo que nunca te pertenecerán.

«Es así de triste».

Capítulo 14

Narrador Omnisciente



A medida que los primeros destellos del amanecer atraviesan las rendijas de las cortinas, Caelan MacRae entra con paso firme en la habitación de Blair, encontrando a su amigo todavía sumido en el mundo de los sueños. Sin preámbulos, Caelan lanza la camisa que Blair ha dejado a Sheena directamente sobre su rostro.

Blair despierta de golpe, parpadeando confuso y tratando de orientarse mientras se sienta en la cama.

—No es tu deber vestirla —dice Caelan, su voz cargada de una severidad que no admite réplicas.

Blair, frotándose la cara con la camisa, mira a Caelan y sonríe con una mezcla de desafío y burla.

—Entonces, ¿qué hago si la encuentro desnuda en alguna ocasión? ¿La dejo así? —pregunta con una ligereza que no oculta completamente su curiosidad.

Caelan frunce el ceño, y la intensidad de su mirada se endurece aún más. Se acerca a Blair, su presencia dominante llenando la habitación.

—Si tus ojos la encuentran alguna vez desnuda, te los arrancaré —responde con una frialdad que debería haber sonado como una advertencia seria, pero Blair no puede contener una carcajada.

Se levanta de la cama, todavía riendo, y se acerca a Caelan con una sonrisa que desarma.

—Relájate, hombre. Es solo una camisa. ¿No será que tu mal humor se debe a un dolor de...? —dice, intentando aligerar el ambiente con una sonrisa. Pero su intento de humor no logra disipar la seriedad con la que Caelan toma la situación.

—No hace falta que lo digas —le interrumpe con brusquedad.

—Sheena tiene razón. Mis mejores frases siempre acaban con la misma palabra —continúa con una sonrisa irónica Blair.

—Prefiero no saber a qué te refieres —comenta Caelan con sequedad.

—Sí, es lo mejor —acuerda, resignándose a dejar el tema.

Caelan se da la vuelta y mira por la ventana, empujando el vidrio opaco para que entre aire fresco. Su mente está claramente en otro lugar.

El gesto de Blair, aunque trivial, toca una fibra sensible en él, exacerbando la tormenta de emociones que lidia por controlar. No solo es una cuestión de celos o posesividad; es un recordatorio crudo de su complicada relación con Sheena y de los límites que teme y desea cruzar.

—Solo asegúrate de que no vuelva a pasar —dice finalmente Caelan, dejando claro que el asunto no admite más discusión.

—Veo que eres un amante hermano. Preocupado en exceso por su hermana —se burla Blair, la sonrisa todavía jugando en sus labios.

—No es mi hermana, Blair. Nunca la he considerado así y ahora menos que nunca —responde Caelan con una firmeza que corta cualquier atisbo de humor en la conversación.

Blair, sorprendido por la intensidad de la declaración, pierde su sonrisa burlona y adopta una expresión más seria, evaluando las palabras de su amigo.

—¿Ahora menos que nunca? —repite, dándole a Caelan la oportunidad de explicarse más profundamente.

Él exhala profundamente, la frustración y la confusión claramente visibles en su expresión.

—Yo... estoy convencido de que no es ella, Blair. No es la Sheena que conocí. Hay detalles

que simplemente no encajan... Por ejemplo, su incapacidad para cabalgar. Lo comprobé, y su torpeza era evidente, como un pez fuera del agua. Además, la he puesto a prueba —Caelan hace una pausa, su expresión sombría—. Le mencioné recuerdos inventados, situaciones entre nosotros que nunca ocurrieron, y ella fingió recordarlas. Y no solo eso, su conocimiento sobre abonos y fertilizantes... cosas que Sheena nunca habría sabido. Cuanto más lo pienso, más me convenzo: la persona frente a mí tiene la apariencia de Sheena, pero incluso eso ha cambiado. Es... más hermosa, más sensual…

Blair, intentando aligerar el momento, sonríe ligeramente y responde:

—Bueno, esa puede ser tu percepción actual de ella, ya que te mueves como un cachorro en celo alrededor.

—No hace falta que me lo recuerdes —responde Caelan con un tono ligeramente irritado, pero en el fondo, reconociendo la verdad en las palabras de Blair.

Decidido a ofrecer algo de perspectiva o al menos una posible explicación, Blair se inclina hacia delante, bajando la voz como si compartiera un secreto ancestral.

—Te diré una cosa. Algo que ocurrió con mi hermana y algunas leyendas que hay por aquí. Resulta que Ayla, no era precisamente un dechado de virtudes en su niñez y adolescencia —explica Blair, sus ojos reflejando una mezcla de nostalgia y misterio.

—¿La que se casó con MacDonald justo antes de que yo llegara a Eilean Donan? —pregunta Caelan, tratando de colocar las piezas del rompecabezas de la historia de Blair en relación con su propia confusión.

—Sí, exacto —asiente su amigo—. Ayla de repente cambió. Después de estar unos días enferma y desmayarse en el bosque de Dornie, tuvo una manera peculiar de comportarse que la hacían parecer otra persona. Algunos decían que tenía el don de cambiar según las circunstancias, casi como si dos almas vivieran dentro de ella. No todos creían esas historias, pero... también se barajó la posibilidad de que fuera cambiada por un hada.

—¿Cambiada por un hada? —Caelan frunce el ceño, aunque es una teoría con la que él mismo ha bromeado.

—Sí, ya sabes, las viejas leyendas de las Highlands hablan de hadas que cambian a los niños o incluso a adultos, por uno de los suyos. A veces, la persona regresa cambiada, con nuevos conocimientos o comportamientos... o a veces, simplemente algo en ellos es diferente. —Blair se encoge de hombros, dejando claro que él mismo toma estas historias con cierta reserva, pero no descarta su influencia en la creencia popular.

—¿Y crees que algo así le ha podido ocurrir a Sheena?

—No estoy diciendo que lo crea, pero tal vez hay más de lo que podemos ver a simple vista. ¿Has considerado hablar con ella directamente sobre estos cambios? —sugiere Blair.

Caelan asiente lentamente.

—Lo he intentado, pero no creo que confíe en mí lo suficiente como para hacer una confesión así.

—Bueno, Ayla nunca habló de ello y tampoco la forzamos a hacerlo. Pregúntale solo si ha estado últimamente en el bosque de Dornie. Y no olvides, sea lo que sea que te diga, que es importante manejarlo con sensibilidad. Sé que no es tu fuerte, pero ella podría estar lidiando con algo que ni siquiera nosotros podemos entender por completo.

Caelan frunce el ceño, asimilando el consejo. Sabe que su naturaleza directa es a veces implacable, sin embargo, asiente.

—Y ahora cuéntame cómo ha acabado la camisa que le presté en tus manos. Dime que no se la arrancaste o algo así —le pide Blair.

—Claro que no... Solo le exigí que se la quitara —responde con tono defensivo.

Blair suelta una risa breve, sacudiendo la cabeza con una mezcla de exasperación y diversión.

—Exigir, arrancar, supongo que para ti no es parte del mismo manual de comportamiento —comenta Blair, divertido por la manera tan directa y brusca de Caelan.

Caelan exhala, sintiendo el peso de la crítica de Blair. A pesar de su fachada dura, entiende la lógica de su amigo.

—Tienes razón. No fue mi momento más fino. Perdí… el control, sí. No es excusa, pero hay algo en ella que me descompone. No sé si es la forma en que insiste en tratarme como si fuera mi hermana mayor o si en el fondo sigo sin confiar en ella y quiero castigarla. Y entonces, ese deseo... es abrumador.

—No estoy seguro de que eso sea lo que más te conviene, Caelan.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Que actúe como si no me afectara? —Casi escupe las palabras, su frustración alcanzando un punto álgido.

—Tal vez sea lo mejor.

—Controlar mi temperamento no es exactamente algo en lo que destaque —murmura Caelan, admitiendo su debilidad con una mezcla de resignación y desafío—. Ella me saca de quicio, me empuja a límites que no sabía que tenía.

Blair observa a su amigo con el semblante serio.

—Entiendo que te descomponga, pero actuar como un bárbaro no te ayudará con ella ni con tus propios demonios.

Caelan se pasa una mano por el cabello con frustración evidente en su gesto.

—¿Y si no puedo? Y si sigo sintiendo esta... esta furia, ¿qué? ¿Y si cada vez que estoy cerca de ella todo lo que quiero es...?

—Entonces tienes que decidir qué es más importante: satisfacer ese impulso inmediato o construir algo que dure. Algo real por tu gente, por tu clan —interrumpe Blair, su mirada intensa fijándose en la de Caelan.

Hay un largo silencio mientras él absorbe las palabras de Blair, su pecho sube y baja con respiraciones pesadas. Finalmente, asiente con la cabeza, la decisión marcada en su semblante endurecido.

—Haré lo que sea necesario. Por el clan, y por... todo lo demás.

—Entonces tendrás que ser lo suficientemente hombre para manejar tus deseos como un líder, no como un muchacho con su primera espada. Imagina el shock del consejo si se enteran de que… no tienes pensamientos precisamente puros hacia tu hermana.

Caelan se tensa, su mandíbula se aprieta.

—No es mi hermana, Blair, y nunca la veré como tal —contesta, con rechazo total a esa idea.

Blair suspira, sabiendo que este es un terreno delicado.

—Lo es para todos los que os rodean. Tal vez deberías empezar a verla así. Eso podría ayudarte a comprender por qué actúa de la manera que lo hace y por qué te afecta tanto.

—No es mi hermana —repite Caelan, casi como un mantra, negándose a aceptar la perspectiva que podría facilitarle las cosas.

De repente, su atención se desvía hacia el otro lado de la ventana, donde una escena en el patio capta su vista y enciende una chispa de ira en sus ojos. Ve a Sheena acercándose a un caballo, y a su lado, Jamie Fraser, ayudándola a montar con una familiaridad que a Caelan le resulta insoportable.

—¡Mierda! ¿A dónde va sola con ese Fraser? —exclama con un tono que mezcla incredulidad y frustración—. ¿Es que no es consciente de los peligros? Ese tipo hará lo que sea para conseguir que sea su esposa.

Sin pensarlo dos veces, Caelan se dirige hacia la puerta como una exhalación, olvidando por completo la conversación sobre mantener la calma y controlar sus impulsos. Su única preocupación ahora es interceptar a Sheena antes de que se aleje demasiado.

Blair, observando la rápida transformación de Caelan de pensativo a impulsivo, no puede evitar gritarle un recordatorio mientras ya está cruzando el umbral:

—¡Caelan, recuerda mantener el control... y respira, por el amor de Dios!

Pero Caelan ya está demasiado lejos para poder responderle. Blair lo observa marchar, sabiendo que, aunque Caelan ha aceptado la necesidad de control, la lucha con sus verdaderos sentimientos está lejos de resolverse.

Con un suspiro, vuelve a sentarse, contemplando la complejidad del viaje emocional que su amigo todavía tiene por delante.

Capítulo 15



Jamie Fraser, *«no el que imaginas»*, ha resultado ser una compañía más que agradable. Es claro que su interés por mí no se centra tanto en mi persona como en las ventajas políticas que un matrimonio con una MacRae podría reportarle.

Con Caelan firme en su rol de Laird, las ambiciones de Jamie enfrentan un obstáculo notable, pero me divierte y hasta me halaga verle desplegar un cortejo tan refinado, un arte que Angus MacDougall, con su rudimentaria noción de galantería —que no es más que gruñidos en diversos tonos—, nunca llegaría a dominar.

Mientras cabalgamos juntos en el mismo caballo hacia una parcela que pretendo usar para demostrar mis habilidades/años de estudio en agricultura, Jamie aprovecha cada momento para exhibir sus atributos, desplegando una labia que, aunque ensayada, resulta encantadora.

Sin embargo, nuestro tranquilo paseo se ve interrumpido por el sonido de cascos golpeando el suelo con urgencia. Al girar, vemos a Caelan acercándose a toda velocidad, su semblante tan tempestuoso como el de un dios de la guerra en pleno arrebato, cortando el aire con determinación. Su presencia impone, y siento que mi corazón salta lleno tanto de inquietud como

de interés.

Pero cuando Caelan llega a nuestra altura, no pronuncia una sola palabra. Solo mira la mano de Jamie en mi cintura, y sus ojos se estrechan en una mirada que podría congelar el fuego. Jamie, notando la tensión, retira su mano con sutileza.

—Supongo que puedo unirme a vuestro paseo. —Su voz es baja y controlada, pero el filo en su tono corta más hondo que el acero.

—Solo estamos inspeccionando la tierra, Caelan. Jamie va a mostrarme las parcelas que colindan entre los Fraser y los MacRae para que elija la que más me convenga para mi experimento —le explico.

—Eso os llevará todo el día —comenta él.

—Supongo —respondo, encogiéndome de hombros con despreocupación, lo que hace que un gesto de impaciencia se refleje por todo el resto de Caelan.

—Un día da para mucho, especialmente cuando se trata de tierras y de futuras esposas, ¿no es así, Fraser? —añade con un tono cargado de ironía.

Jamie, notando la tensión creciente, decide intervenir, asegurando:

—Caelan, entiendo tus preocupaciones, pero te aseguro que mi propósito es honrar nuestro acuerdo y ayudar en el proyecto de Sheena. No hay segundas intenciones.

—Caelan siempre desconfía, no es nada personal contra ti, Jamie. Es posible que esté más preocupado sobre lo que yo puedo estar tramando que cualquier otra cosa —le explico, provocando una sonrisa en su cara.

Caelan me mira con una frustración que no intenta ocultar.

—Monta conmigo, Sheena —me ordena, su tono dejando claro que no está dispuesto a discutir ni a dejar espacio para réplicas.

Aunque la orden es abrupta, decido que es mejor seguirle el juego por ahora. Con una mirada rápida a Jamie que dice más o menos «*luego hablamos*», me bajo de su caballo y me acerco a Caelan. Cojo la mano que me tiende y de un tirón me sube a su caballo sin hacer comentarios adicionales detrás de él.

Una vez acomodada rodeo su cintura con mis brazos. Caelan no pierde tiempo y espolea al caballo hacia delante.

—¿Realmente era necesario? —pregunto, aferrándome a él mientras el caballo aumenta el paso. Mi tono es tanto de reproche como de curiosidad genuina.

—Sí, lo era —responde él con firmeza, sin mirar atrás—. Necesito que entiendas la gravedad de la situación. No estamos jugando a juegos de cortejo ni a tratar con simples líneas en

un mapa. Esto es más serio.

—Lo sé, pero no tienes que ser tan suspicaz —replico, intentando que mi voz suene calmada y razonable.

—Solo trato de asegurarme de que no hay malentendidos con Jamie ni con nadie más. No puedo permitir que la situación se descontrole. —Su voz baja un poco y puedo sentir un toque de preocupación en sus palabras.

Caelan me lanza una mirada rápida, algo entre molesto y resignado.

—No es una broma, Sheena. Es serio —responde él, su voz más firme ahora—. Hace años, un hombre del clan McLennan tomó a una mujer del clan vecino, los Donnell, pensando que podría forzarla a casarse con él para consolidar su poder y evitar conflictos territoriales. La situación se descontroló rápidamente. No solo causó una guerra entre los clanes, sino que también manchó la reputación de ambos. La mujer sufrió enormemente, y su familia tuvo que intervenir para proteger su honor y su vida, casándola de inmediato con él.

Caelan hace una pausa, asegurándose de que comprendo la gravedad del relato.

—No quiero que nuestra gente pase por algo así. No bajo mi liderazgo. Mi deber es proteger no solo nuestra tierra y nuestro honor, sino también a cada miembro de nuestro clan, incluyéndote a ti, Sheena. Esa es la razón de mi... desconfianza, como tú la llamas.

—Oh, cada vez que lo pienso, más convencida estoy de que debo aprender a defenderme para evitar que algo así me ocurra.

Caelan ajusta su postura en la silla, como si el peso de sus responsabilidades le pesara aún más en ese momento. Al escuchar la historia, siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal.

La realidad de sus palabras se hunde profundamente en mí. Entiendo que su suspicacia tiene una base sólida en los peligros reales del mundo en que vivimos, de los que yo aún no soy consciente del todo.

En un gesto impulsivo, estiro mi brazo tras su espalda y acaricio su pelo a la altura de la nuca con ternura.

—¿Qué haces? —me dice él, moviéndose nervioso y provocando que el caballo también lo haga.

—Te estoy demostrando mi cariño como hermana —le respondo con un tono juguetón, intentando aliviar la tensión.

Vuelvo a acariciarle, tratando de mostrarle afecto de una manera que rara vez permitimos entre nosotros.

—No lo hagas más o tendré que yo demostrarte la clase de caricias que... —comienza a decir, pero se interrumpe de forma brusca, quizás consciente de la línea que está a punto de

cruzar.

—No eres nada amable conmigo —le reprocho, mi voz mezcla de frustración y desafío—. Y me hablas de forma muy brusca, siempre con el ceño fruncido, Caelan, pienso que tal vez es porque no sabes demostrar tu cariño y te estoy enseñando a hacerlo.

—¿Eres tonta? —responde él rudamente, aunque su tono delata la lucha interna que está librando. Su mandíbula se tensa, como si estuviera conteniendo palabras que no debería pronunciar.

—No, solo estoy intentando enseñarte a ser un poco más humano —le digo con una sonrisa sarcástica, mis dedos aún jugueteando con su cabello.

Puedo sentir el ligero temblor que provoca en él. Se mueve ligeramente, como si intentara poner distancia entre nosotros, pero el espacio limitado en el caballo no se lo permite.

—Vuelvo a decirte, Sheena, eres tonta —dice con voz ronca, aunque sus palabras carecen del usual desprecio—. Tonta por no entender que no debes poner a prueba mis límites.

Sus manos se aprietan sobre las riendas del caballo, que se mueve inquieto bajo nosotros.

—Supongo que no has oído hablar de la oxitocina —le digo, con una sonrisa traviesa.

—¿La qué? —pregunta él, frunciendo el ceño.

—Es... una cosa que genera el cuerpo con los abrazos, las muestras de cariño y el contacto físico. Nos hace sentir más felices y, no solo eso, también influye en nuestra salud. Hay quien dice que debemos dar y recibir abrazos todos los días para sentirnos mejor —le explico, tratando de mantener un tono ligero.

—¿Quién lo dice? —pregunta él, visiblemente extrañado.

—Bueno... los sabios, los eruditos que se pasan horas y horas estudiando —respondo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Hace mucho que no recibo un abrazo y me siento un poco más sola y triste... No quiero que tú sientas también esa sensación.

Caelan se queda en silencio por un momento, procesando mis palabras.

—No necesito abrazos, Sheena. No soy un crío —responde finalmente, aunque su tono no es tan firme como de costumbre.

—Nadie es inmune a la necesidad de afecto, Caelan. No quiero que te sientas solo en medio de todo esto. Sé que llevas mucho sobre tus hombros, y quiero que sepas que estoy aquí. A veces las cosas simples pueden ayudar más de lo que pensamos.

Caelan respira hondo, sus hombros subiendo y bajando con el esfuerzo de mantener su compostura. Finalmente, gira un poco hacia mí, sus ojos buscando los míos con una intensidad que me sorprende.

—¿Has estado en el bosque de Dornie?

Su pregunta me toma por sorpresa. Parpadeo, intentando entender a dónde quiere llegar con esto.

—Es ese lugar entre Eilean Donan y Glenrae ¿verdad? Es un lugar fascinante y me pasó algo curioso… No recuerdo a qué fui, pero allí me desperté una mañana. Volví un poco loco a todo el mundo en Glenrae con mi desaparición… ¿Por qué preguntas?

—¿Cuándo fue eso? —vuelve a preguntar sin responderme.

—Poco antes del asedio de los MacDougall. Supongo que tuve un momento de clarividencia en aquel lugar porque lo primero que hice fue romper mi compromiso con Angus —le respondo tratando de aparentar indiferencia cuando lo cierto es que allí es donde aparecí convertida en Sheena, aunque no sé qué hacía ella en ese bosque sola.

Entonces, de repente, siento algo cálido y firme. Caelan pone su mano en la mía sujeta a su cintura. Entrelaza sus dedos con los míos con un gesto sorprendentemente tierno que me desarma.

Sus manos, fuertes y varoniles, *«una obra de arte por sí mismas si me preguntan»* me transmiten un afecto que no esperaba.

—¿Qué haces? —pregunto, sorprendida.

—Contacto físico. Para que te sientas menos sola, ¿no era así? —responde él, con una media sonrisa que puedo percibir en su voz.

—Sí, eso es —susurro, permitiéndome disfrutar del momento—. Gracias.

Siento una sensación de seguridad y conexión que no había sentido en mucho tiempo y siento algo muy, muy cálido en mi interior.

—Pero, Sheena, no te equivoques. Cuando hago esto, no lo hago como tu hermano —declara y espolea un poco más el caballo, haciendo que Jamie deba apurar el paso para seguir nuestro ritmo.



Recorremos los límites de las tierras de los Fraser y los MacRae en busca de un trozo libre y seguro. Jamie no deja de promocionarse con frases como:

—Como verás, Sheena, estas tierras son perfectas para el cultivo. El suelo es rico y fértil, ideal para tus experimentos.

—Conmigo a tu lado, podrías tener acceso a los mejores recursos y el apoyo de uno de los clanes más fuertes de la región.

—Y por supuesto, cualquier proyecto que emprendas tendrá todo mi respaldo y esfuerzo. Estoy comprometido con el éxito de nuestras alianzas.

Caelan, sin dejar pasar la oportunidad, combate sus intentos de autopromoción con respuestas llenas de ironía y burla:

—Ah, sí, Jamie, porque no hay mejor ayuda que la de alguien que no ha plantado una semilla en su vida.

—¿Recursos y apoyo? ¿Eso incluye tus interminables discursos sobre tu grandeza? Porque no estoy seguro de que Sheena necesite más de eso.

—Comprometido, dices. ¿Eso es antes o después de que alguien más haga el trabajo real? Porque si es solo charla, tenemos más que suficiente.

Jamie trata de mantener la compostura, pero cada comentario de Caelan añade una capa de tensión al recorrido. A pesar de esto, sigue hablando, decidido a impresionar.

—Sheena, en el clan Fraser, las mujeres siempre tienen voz y voto en las decisiones importantes.

Caelan responde con un tono seco:

—Eso es, siempre y cuando esa voz diga exactamente lo que quiere escuchar el jefe del clan.

—También tenemos un consejo muy sabio y experimentado que guía nuestras decisiones —añade Jamie, tratando de recuperar terreno.

Caelan no pierde la oportunidad:

—Sabio y experimentado... también conocido como viejo y terco, incapaz de aceptar nuevas ideas.

Sigo sujetando la cintura de Caelan, sintiendo la vibración de su risa contenida con cada comentario sarcástico que lanza y yo trato de contener la mía.

Mientras cabalgamos, siento la tensión entre ellos, como una cuerda tensa a punto de romperse, pero también una extraña camaradería que solo surge entre rivales que se respetan a pesar de todo. Es un juego de poder y palabras, y aunque no estoy completamente segura de las intenciones de Jamie, la sinceridad ruda de Caelan me da un extraño consuelo.

Al final elegimos un terreno que parece perfecto para mis necesidades. Es una parcela amplia y fértil, con un arroyo que la atraviesa, proporcionando un suministro constante de agua para el sistema de regadío que espero implementar.

Los árboles en el borde ofrecen sombra y protección contra los vientos fuertes, y el suelo se siente rico y nutritivo, ideal para los cultivos que planeo experimentar.

—Este lugar tiene todo lo que necesito —digo, bajándome del caballo y caminando por el terreno, inspeccionando cada detalle.

Jamie asiente, satisfecho con mi elección.

—Sabía que te gustaría, Sheena. Este terreno ha estado sin cultivar durante años, esperando a alguien con tu visión para aprovechar su potencial.

—Sí, esto será el comienzo de algo grande —digo con convicción.

—Entonces es un trato —dice Jamie, bajándose también de su caballo y extendiéndome la mano—. Estoy deseando ver lo que lograrás aquí, Sheena.

Agarro su mano y la estrecho, agradecida por la oportunidad y por su apoyo, aunque las burlas de Caelan no han dejado de resonar en el fondo de mi mente.

—Suficiente —dice con esa vos de mando que no puede evitar utilizar—. Es hora de regresar.

En el trayecto de vuelta, Caelan se mantiene en silencio, pero su expresión revela que está pensando intensamente. Ya es de noche y solo la luz de la luna ilumina nuestro camino.

—¿Estás segura de que ese terreno es apropiado? —me pregunta finalmente con seriedad.

—Lo parece, ¿por qué? —respondo, mirándolo con curiosidad.

—¿No te parece extraño que Jamie esté tan dispuesto a ayudarte cuando lo que realmente quiere es verte fracasar y aprovecharse de la situación? —dice, su tono lleno de desconfianza.

—Estoy segura de que, detrás de esas sonrisas, él y su clan creen que no voy a lograrlo —respondo con un toque de desafío en mi voz—. Y es precisamente por eso que voy a demostrarles que están equivocados.

Caelan asiente casi imperceptiblemente y vuelve a colocar su mano sobre la mía en su cintura.

—Agárrate fuerte, Sheena. No tengo ganas de esperarle —me advierte con un gesto de impaciencia.

Lo rodeo con fuerza y pego mi pecho y mi cara a su espalda. Luego, con un movimiento decidido, él espolea al caballo, instándolo a galopar.

El cambio de ritmo es brusco y el paisaje comienza a pasar más rápidamente a nuestro alrededor. Siento la fuerza del viento contra mi rostro, la emoción de la velocidad mezclada con la seguridad de su agarre. Jamie Fraser pronto se convierte en una figura distante detrás de

nosotros.

Capítulo 16



La cena se convierte en una celebración; el invierno se acerca rápidamente y con él, los días se harán más cortos y menos proclives a los festejos. En esta ocasión, tenemos múltiples razones para celebrar. Tanto el laird Fraser como Caelan han acordado apoyar a Robert Bruce y responder a su llamado con ayuda militar cuando sea necesario.

Además, hemos resuelto importantes acuerdos sobre el uso compartido de recursos naturales y apoyo mutuo: los Fraser han concedido a los MacRae el derecho de cazar en sus tierras, mientras que los MacRae permitirán a los Fraser pescar en el río Lachlan.

Este acuerdo es particularmente beneficioso, ya que el río Lachlan es conocido por sus aguas ricas en salmón y truchas, especialmente en esta temporada a la altura de las tierras de los MacRae. Contar con acceso exclusivo o preferente a este recurso podría aliviar la presión sobre las reservas alimenticias de los Fraser, que dependen en gran medida de la caza y la agricultura y proporciona una oportunidad no solo para la pesca, sino también para el comercio de pescado salado y ahumado. A cambio nos han asegurado también alimentos para aprovisionarnos adecuadamente para el invierno.

Mientras la cena se desarrolla con risas y conversaciones animadas, noto cómo el Laird Fraser se inclina hacia Caelan con un aire de conspiración. Su voz es apenas un susurro, pero yo, sentada junto a Caelan, logro captar sus palabras.

—Tal vez, el futuro Laird de los MacRae quiera fortalecer estos lazos con una alianza matrimonial con una Fraser o ¿has puesto tus ojos en alguna mujer Mackenzie durante tu estancia en Eilean Donan? —le pregunta con un tono que mezcla curiosidad y diplomacia.

Caelan, que hasta ese momento parecía relajado y disfrutando del ambiente festivo, se tensa visiblemente ante la pregunta. Su respuesta es tajante, un reflejo de su firmeza y decisión.

—No tengo intenciones de casarme todavía —dice, cortando cualquier especulación antes de que tome más fuerza.

—¿Qué pasa con estos hermanos que no quieren fortalecer vínculos tradicionalmente? Las uniones matrimoniales han sido un pilar de nuestras estrategias políticas durante generaciones —le reprocha el Laird Fraser.

Caelan se toma un momento para formular su respuesta, asegurándose de que sus palabras transmitan claramente su posición.

—Hasta que no encuentre una razón más convincente que la mera conveniencia política para casarme, prefiero centrarme en fortalecer a nuestro clan de otras maneras —le responde Caelan con firmeza.

El Laird Fraser parece contemplar las palabras sus palabras y su expresión se suaviza ligeramente. Después de un momento, asiente, aunque aún parece un tanto insatisfecho.

—Es tu derecho, Caelan. Espero que encuentres lo que buscas, aunque tu hermana… —comienza a decir, dejando la frase en el aire, queriendo insistir de nuevo.

—No es mi hermana —le responde Caelan rápidamente, casi sin pensar y yo contengo la respiración.

Sus palabras brotan con una firmeza automática, una declaración que ha hecho muchas veces, pero algo en su tono y su postura me dice que no era su intención ser tan sincero.

Su expresión se endurece por un instante, revelando que tal vez se ha expuesto más de lo que pretendía.

El Laird Fraser se detiene, claramente sorprendido por la interrupción y la claridad de la respuesta. Sus ojos se estrechan un poco, evaluando a Caelan y luego me mira a mí, como tratando de leer entre líneas de esa declaración espontánea.

—Somos hermanastros —explico rápidamente, intentando suavizar la situación y añadir claridad—. Y me temo que Caelan nunca ha sentido mucho aprecio por mi madre y por mí.

—Sí, lo entiendo, no era mi intención entrometerme en asuntos familiares delicados —dice,

después de un breve silencio, su tono ahora más cauteloso—. Solo deseo lo mejor para ti y los tuyos, sea cual sea la forma que eso tome.

Caelan mira hacia el suelo por un momento, luego asiente levemente.

—Gracias, Laird Fraser. Aprecio sus buenos deseos —dice Caelan, recuperando algo de su calma habitual.

A mi izquierda, Blair, con un gesto atento, llena mi vaso de cerveza. Le agradezco en silencio, sintiendo la necesidad de algo que me ayude a relajar la tensión que se ha acumulado. Llevo el vaso a mis labios y tomo un trago largo y profundo, dejando que el líquido fresco y ligeramente amargo me reconforte.

Miro a Blair y él me devuelve una sonrisa comprensiva, como si supiera exactamente cuánto necesitaba ese trago.

Cuando la música de las gaitas comienza a sonar, animando el ambiente con su melodía vibrante y enérgica, Blair ya ha llenado tres veces mi jarra. Déjame decirte que esta cerveza no se parece en nada a las del siglo XXI.

La cerveza medieval, como la que estoy bebiendo, es notablemente diferente. Por un lado, su elaboración es mucho más rústica, ya que los procesos de filtrado y purificación modernos no existen en esta época.

Esto da como resultado en una bebida más turbia, a menudo con sedimentos visibles en el fondo del vaso. Y su sabor es más robusto y menos uniforme.

Además, la cerveza medieval tiende a tener un contenido alcohólico ligeramente más bajo por volumen, pero no te dejes engañar: la ausencia de métodos de conservación modernos significa que se compensa con una fermentación más activa, lo que puede hacer que *«suba»* más rápidamente a la cabeza, especialmente si no estás acostumbrado a ella… *«como yo»*.

Cuando Jamie me tiende una mano para invitarme a bailar y me pongo en pie, me tambaleo un poco y el mundo gira algo más rápido a mi alrededor.

La combinación de la música vibrante de las gaitas, la cerveza fuerte que no ha dejado de fluir en mi jarra, y la atmósfera cargada de energía de la celebración me deja desorientada por un momento.

—¡Cuidado ahí! —dice Jamie con una sonrisa, sujetándome con firmeza por los hombros para estabilizarme.

—Gracias, parece que esta cerveza es más potente de lo que pensaba —admito, intentando reírme de mi propio desequilibrio.

Jamie me sostiene hasta que estoy segura de que puedo mantenerme en pie sin ayuda. La música de las gaitas sigue tocando, y ahora que estoy más estable, él no pierde la oportunidad.

—¿Estás lista para intentarlo de nuevo? —pregunta, su tono es juguetón pero considerado.

Asiento, más segura esta vez, y tomo su mano extendida. Feliz de que Caelan no esté ahora cerca para fruncirme el ceño. Nos dirigimos hacia la pista de baile improvisada donde otros ya están girando y saltando al ritmo de la música tradicional.

Jamie, un bailarín evidentemente experimentado, guía mis movimientos con cuidado, asegurándose de que mi estado un poco ebrio no me haga tropezar.

Pero me gusta bailar y mis caderas se mueven entre los movimientos rígidos de estas danzas medievales sin que me dé cuenta.

«Me comprometo a no emborracharme tanto que acabe intentando perrear y luego no pueda recordarlo. Me limitaré a mover un poco la cintura, manteniendo la dignidad intacta. No hay necesidad de escandalizar a todos estos Highlanders con mis habilidades modernas de baile».

Mientras bailo con Jamie, consciente de la música y la risa que nos rodea, noto desde el rincón de mi ojo que Caelan nos observa. Aunque está al margen de la pista de baile, su presencia es tan destacada como la música que llena el aire.

Su expresión es difícil de leer; podría ser preocupación, quizás admiración o tal vez algo más profundo que ni siquiera él sabe cómo manejar.

Cada vez que nuestros pasos nos llevan girando hacia donde está Caelan, puedo sentir su mirada siguiéndonos. Jamie, ajeno a la atención extra, continúa guiándome por la danza con una alegría desenfadada. Sin embargo, esa constante sensación de ser observada me hace más consciente de cada movimiento, cada paso que doy.

Y entonces, en la siguiente vuelta, ya no tiene sus ojos puestos en mí, sino en Moraq Fraser. Observo cómo ella se acerca a él claramente interesada, con una sonrisa sincera que ilumina su rostro. Es evidente que hay una atracción mutua, o al menos un interés evidente de su parte hacia él. Caelan, al principio parece sorprendido, quizás un poco incómodo, pero rápidamente recupera su compostura y le devuelve la sonrisa.

Puedo ver cómo se relaja, su postura se suaviza mientras empiezan a hablar. La música sigue sonando a nuestro alrededor, pero mi atención está fija en ellos. Aunque la conversación parece casual, hay una corriente subyacente de algo más en el aire entre ellos. Sus gestos son cuidadosos, medidos, como si cada uno estuviera tanteando el terreno.

Moraq se inclina ligeramente, riendo suavemente a algo que él dice. Él, a su vez, parece cautivado por ella, escuchándola con una atención que rara vez le he visto dedicar a alguien más. Es una interacción llena de una tensión suave pero inconfundible, una danza verbal que complementa la física

Y entonces lo noto. Se me rompe el corazón.

Pese a lo mucho que me he preparado para este momento... me duele. La forma en que él

mira a Moraq, con una dedicación y una gentileza que rara vez me ha dirigido a mí, despierta una tristeza profunda que no esperaba sentir.

Caelan y Moraq parecen cada vez más cerca, riendo y conversando como si nadie más estuviera allí. Es en ese momento cuando me doy cuenta de cuánto he estado guardando esperanza, cuánto he estado ocultando mis verdaderos sentimientos bajo la máscara de la camaradería y la amistad.

Con un esfuerzo considerable, desvío la mirada, intentando enfocarme en el baile, en la música, en cualquier cosa que no sean ellos dos. Pero es inútil; el dolor es demasiado fresco, demasiado real. Aunque sé que necesito aceptarlo, enfrentar esta nueva realidad que se me presenta.

Me disculpo con Jamie y me alejo, dejando atrás la pista de baile. Mis pies, casi por instinto, me llevan hacia Blair, quien está apoyado contra la pared observando la celebración con una serenidad que en ese momento me parece envidiable.

Al verme, sin necesidad de palabras, extiende su jarra de cerveza hacia mí. Agradezco el gesto, tomando el recipiente y dando un largo trago, intentando ahogar el nudo de emociones que se ha formado en mi garganta.

—Eres un buen tío —le digo sinceramente, apreciando su silenciosa solidaridad.

—Sí, lo soy. Mi hermana me ha dado tres sobrinos estupendos. Todos varones y tercos como su padre —responde con una sonrisa, desviando la conversación hacia su vida familiar.

—No me refería a eso —le digo, aunque su comentario me arranca una pequeña sonrisa a pesar de mi malestar—, pero está bien. Me vale.

Blair me mira un momento, sus ojos escudriñando mi expresión. Puede que no hablemos de ello, pero sabe que algo me ha afectado profundamente esta noche.

—A veces, lo mejor que puedo hacer es estar ahí, con una jarra de cerveza y un oído listo para escuchar —comenta, mostrando su capacidad para entender sin necesidad de que yo exponga detalles.

—¿Le das cerveza a tus sobrinos? —le pregunto, intentando mantener el tono ligero y burlón.

—No. Su madre no me lo permite, cosa que no entiendo —responde Blair con un toque de ironía en su voz—. Todo el mundo sabe que es un buen alimento para los niños.

—Veo que es una mujer inteligente —le digo, siguiendo la broma.

—Lo es. Me recuerda a ti en muchos aspectos —dice él, y hay un destello de sinceridad en su mirada que me hace sonreír.

Blair tiene esa habilidad de hacer que las cosas parezcan un poco más fáciles, un poco

menos pesadas.

—Espero que eso signifique que soy inteligente también —respondo, alzando mi jarra hacia él en un gesto de agradecimiento por su compañía y apoyo.

—Sin duda alguna —afirma él, recuperando su cerveza para darle un trago largo.

Mientras sigo apoyada junto a Blair, observando la celebración que nos rodea, mis ojos se desvían de nuevo hacia las parejas que danzan. Ahí están, Caelan y Moraq, bailando juntos.

Es un espectáculo que captura toda la magia que había imaginado al leer el libro, pero verlo en la realidad es otra cosa completamente diferente, sobre todo porque ya no me siento como si fuera yo la protagonista, sino… justo eso, la villana despechada y celosa.

Me vuelvo hacia Blair, buscando en su presencia un poco de estabilidad. Él, notando mi mirada, ofrece un apretón reconfortante en mi hombro.

—Bonito baile —dice suavemente.

—Sí, es como algo sacado de un libro. Algo mágico —respondo, permitiéndome apreciar el momento con estoicismo.

Blair sonríe con complicidad al escuchar mi comentario, y luego se inclina ligeramente hacia mí, bajando la voz como si compartiera un secreto.

—Aunque nunca he visto a nadie antes bailar como tú… de forma sinuosa —dice, con un tono de admiración genuina y un toque de humor.

Le devuelvo la sonrisa. En medio del tumulto de emociones que la noche ha traído, su cumplido añade una ligereza que aprecio profundamente.

—¿Sinuosa, dices? —replico, elevando una ceja, intentando mantener el tono juguetón. *«Son mis raíces latinas»*—. Espero que eso sea un cumplido.

—Sin duda —afirma Blair, con una sonrisa amplia—. Tienes un estilo único, Sheena. Y, honestamente, bastante hipnotizante.

—Puede que luego te enseñe a hacerlo —le digo.

Blair suelta una carcajada ante mi oferta, su expresión llena de afecto y diversión.

—Oh, no. Aprecio mi vida, pero bebamos cerveza. Eso no es peligroso para mí. Creo —responde, agitando la jarra con un brillo juguetón en los ojos—. O tal vez Caelan debería aprender a manejarlo —termina por decir Blair.

—¿Manejar qué exactamente? —pregunto—. Él está bastante distraído ahora mismo.

—Tal vez. —Blair da un sorbo a su cerveza, manteniendo la mirada fija en la mía—. Caelan no es exactamente transparente con sus emociones, pero... digamos que tiene una manera

particular de prestar atención cuando te concierne.

—No, no sigas por ahí. No quiero escucharlo. Bebamos mucho y punto.

Blair se ríe con suavidad ante mi abrupta interrupción, asintiendo con comprensión mientras toma otro trago de su jarra.

—Entendido, no más hablar de eso. A veces, es mejor simplemente disfrutar del momento y dejar el resto para otro día —dice, cambiando el tema con una facilidad que agradezco.

Nos reclinamos contra la pared, observando el bullicio de la fiesta que continúa a nuestro alrededor. Las risas, la música de las gaitas y el sonido de los pasos de baile crean una atmósfera de alegría y despreocupación que, por ahora, quiero absorber por completo.

—Exactamente, hablemos de algo más... ¿Qué piensas de enseñarme a defenderme? —pregunto.

Blair suelta otra carcajada, esta vez con un toque de admiración por mi persistencia en cambiar el tema hacia algo más activo y desafiante.

—Que aprecio mi vida —vuelve a responder, repitiendo su línea anterior, pero con un guiño evidente que muestra que está disfrutando esta interacción juguetona.

—Pero ¿dónde está el valor Mackenzie? —le pincho, elevando las cejas de forma desafiante y con una sonrisa burlona.

Él se ajusta imaginariamente una faja inexistente y adopta una pose heroica, que solo sirve para hacerme reír más fuerte.

—El valor de los Mackenzie nunca se ha cuestionado, Sheena. Pero enseñarte a defenderte... eso podría ser un desafío interesante. ¿Estás segura de que estás lista para eso? —pregunta, mirándome con una expresión que mezcla diversión con un toque de seriedad.

—Más que lista. Quizá deberíamos comenzar en cuanto volvamos a Glenrae —propongo, animada por la idea de aprender.

—Así será entonces —acepta él, asintiendo con decisión—. Prepárate para trabajar duro, porque no voy a ir suave contigo solo porque puedas manejar bien una jarra de cerveza —bromea, volviendo a llenarla en un barril justo al lado para pasármela.

—No me subestimes, Mackenzie —le advierto con un tono burlón.

Blair sonríe, levantando su jarra en un brindis silencioso.

—Nunca lo haría —responde, y ambos bebemos a la salud de futuras lecciones y desafíos.

Capítulo 17



Solo cuando veo a dos Caelans delante de mí con los ceños fruncidos me doy cuenta de que no estoy precisamente serena. Dos Caelans y dos Moraqs y puede que tres Blairs…

«Un momento... ¿dónde está Blair? Ah, sí me ha dicho que necesitaba vaciar aguas».

—Hola, soy tu fan —le digo a Moraq—. Me encantó cómo… Espera, eso todavía no ha pasado. Nunca sé cuándo callar.

Moraq parpadea confundida por un segundo antes de soltar una carcajada. Es una risa agradable que suaviza el ambiente cargado por la duplicidad de mi visión.

—Pareces un poco confundida esta noche, Sheena. ¿Todo está bien? —pregunta con una sonrisa todavía danzando en sus labios.

—Sí, todo maravilloso. Estoy viendo doble, ¡qué gran fiesta! Todo es doblemente abundante —respondo con sarcasmo, intentando enfocar mi mirada en una sola Moraq.

Ella se ríe de nuevo, esta vez colocando su mano sobre mi hombro en un gesto de apoyo

amigable.

—Quizás necesites sentarte un momento. Vamos, te ayudaré —dice.

—No, yo me ocuparé de ella, gracias —interviene inmediatamente Caelan.

—No, no, no, claro que no. La noche es joven y vosotros, chicos, tenéis que disfrutar juntos de… de lo que surja y todo eso. No os preocupéis por mí. Yo estoy esperando a Blair. Él me acompañará. Ha bebido más que yo, pero creo que todavía no ve doble. Eso espero porque ha ido a… «vaciar aguas» —susurro confidencialmente— y si ve doble, la cosa se puede complicar…

Moraq vuelve a reírse. Las dos.

—Vaya, Sheena. Eres bastante única —responde, y ambas compartimos una risa

Caelan frunce el ceño, no convencido por mi intento de disuadirlo, pero antes de que pueda insistir, Blair aparece entre la multitud, su paso ligeramente incierto, aunque su sonrisa inconfundible.

—Aquí estoy, ¿qué me he perdido? —anuncia con un tono jovial, ignorante, de la pequeña escena que acaba de desarrollarse.

—Justo a tiempo, Blair —digo, acercándome a él y enganchando mi brazo con el suyo para estabilizarme—. Nada importante, solo estaba explicando cómo la visión doble podría complicar ciertas actividades...

Blair ríe, echando un vistazo a Caelan y luego a Moraq, y asiente con comprensión.

—Bueno, entonces, ¿necesitas que te escolte a algún lugar o estamos bien aquí viendo doble? —pregunta, su tono es ligero, pero sus ojos están atentos a cualquier señal de que realmente necesite más ayuda.

—¡Por todos los demonios! Ya está bien —exclama Caelan con su paciencia agotada.

Sin que anticipe lo que va a hacer. Me levanta con brusquedad y me coloca sobre su hombro.

«¡Mierda! Ahora el mundo no solo está doble, también está al revés».

Antes de que pueda protestar, Caelan está ya en marcha, llevándome fuera del bullicio de la fiesta con determinación. Su paso es firme y rápido, y aunque la situación es bastante inusual, no puedo evitar soltar una risa sofocada por lo absurdo de la escena.

—¡Caelan! ¿Podrías al menos advertirme antes de convertirme en un saco de patatas? —exclamo, aunque mi voz se mezcla con risas.

—Menos charla, Sheena. Necesitas aire fresco y un momento para despejarte —responde él, sin detenerse.

—Si sigues llevándome así, voy a vomitar —le aviso con urgencia.

Le oigo resoplar audiblemente y luego se detiene para bajarme suavemente y apoyarme contra la pared de piedra del castillo justo en el exterior, donde las nubes tapan la luz de la luna y solo nos alumbra una antorcha temblorosa. Su mirada es severa, pero sus manos al sujetarme son cuidadosas.

—¿Por qué siempre tienes que llevar las cosas al límite? —Su voz es un gruñido bajo, cada palabra cargada con esa mezcla de resentimiento y cuidado que solo él sabe proyectar hacia mí.

—Tal vez porque me gusta ver cómo reaccionas —respondo con una sonrisa traviesa, incapaz de resistir el impulso de provocarlo. Mi respuesta es ligera, pero mis ojos no pueden ocultar la chispa de desafío que siempre surge entre nosotros.

—Eso es injusto, Sheena —dice, más firme de lo que su postura sugiere.

—¿Sabes lo que es injusto de verdad? —comienzo, con esa honestidad impulsiva que solo el alcohol de más puede otorgar—. Que seas tan guapo. Esa belleza es abusiva, te vuelve irresistible y eso sí que es inaceptable. Y encima tus manos... —Levanto una de ellas entre mis dedos, examinándola con una mezcla de admiración y reproche—. No son como las de un bruto guerrero. Las manos bonitas y masculinas son mi debilidad ¿sabías?

Hago una pausa dramática, tal vez demasiado teatral, y luego continúo con un susurro exagerado:

—Y, además, lo tienes todo para ser casi perfecto, pero... —Mi voz se desvanece en un murmullo deliberadamente misterioso.

Caelan me observa con una expresión que parece un cóctel de diversión y desconcierto. Alza una ceja, claramente intrigado por dónde podría llevar esta conversación una Sheena desinhibida.

—Pero... ¿qué? —insiste, acercándose un poco más, su aliento mezclando con el aire frío.

Sonrío, disfrutando de esta sinceridad improvisada.

—Pero te falta algo fundamental, Caelan —digo con un tono de confidencia, como si estuviera a punto de revelar el secreto del universo—. No tienes ni idea de cómo dejarte querer. Y eso, señor patas largas, te hace terriblemente imperfecto.

Su risa, aunque contenida, rompe la tensión momentáneamente, y se inclina, su rostro tan cerca que puedo contar los pelos de su barba de tres días.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga, Sheena? ¿Cómo debo dejarme querer?

—Hay muchas formas de hacerlo, Caelan, y pronto la encontrarás en brazos de otra mujer, puede que ya hayas empezado a hacerlo y… Sí, yo debería dejar de… ¡Mierda! —exclamo, sorprendida al darme cuenta de que están cayendo lágrimas por mis mejillas.

—¿Estás llorando? —pregunta él, su voz suave, casi incrédula ante mi vulnerabilidad inesperada.

—No, por supuesto que no. Es la escarcha de la noche, que se me ha metido en los ojos —respondo rápidamente, aunque el temblor en mi voz y las lágrimas persistentes cuentan una historia diferente.

En mi garganta se forma un nudo que apenas me deja respirar y mis emociones finalmente se abren paso a pesar de mis esfuerzos por contenerlas.

Caelan, después de un momento de vacilación, rodea mis hombros con sus brazos, acercándome hacia él. El contacto es cauteloso al principio, como si temiera que cada movimiento pudiera ser demasiado brusco para el estado en el que me encuentro. Pero a medida que siente mi resistencia disminuir, su abrazo se vuelve más firme, más envolvente.

El calor de su cuerpo contra el mío es un contraste palpable con el frío de la noche que se cierne sobre nosotros. Algo tan sólido, duro y grande que me envuelve, que pienso que acabo de encontrar el mejor lugar del mundo.

Sus manos se deslizan con suavidad por mi espalda, trazando líneas reconfortantes que me hacen cerrar los ojos y aferrarme a él con una necesidad que había tratado de ocultar.

—¿Qué haces? —le pregunto, mi voz quebrada por los sollozos que luchan por escaparse.

—Abrazarte para crear oxito... lo que sea y hacerte feliz, Sheena —responde él, su voz baja y ronca. Hay un tono de broma en sus palabras, pero también una sinceridad que me llega profundo.

Es un intento de aligerar el momento y hay, además, un reconocimiento tácito de que necesita ese contacto tanto como yo.

El roce de su barbilla en la parte superior de mi cabeza mientras me sostiene es increíblemente íntimo. Puedo sentir su respiración, lenta y medida, contra mi pelo. Cada exhalación parece expulsar parte del peso que lleva dentro, y con cada inhalación, parece tomar un poco de mi dolor, compartiendo la carga en un silencio que dice más que mil palabras.

El lugar donde su corazón late fuerte es ahora un refugio contra mi mejilla. Mi llanto, inicialmente un susurro de lágrimas se convierte en un sollozo más abierto, más liberador.

—No estás sola, Sheena —susurra después de un largo silencio.

Sin soltar el abrazo, me levanta por mi cintura y con su otro brazo bajo mis piernas, con una facilidad que siempre me sorprende. Yo me sujeto a su cuello y sus hombros, en busca de estabilidad cuando comienza a caminar hacia mi habitación.

—Eso dices ahora, pero lo harás. Me dejarás sola. Y no es la primera vez que me ocurre, así que debería estar preparada ya —le digo, mi voz vibra con una mezcla de resignación y desafío.

—¿Qué quieres decir? —pregunta él, su voz tensa por la preocupación.

—Hablo de ese tipo. Me dejó plantada por un bellezón de piernas largas y bronceadas y yo tuve que asumirlo porque según él, el corazón cambia y no podemos controlarlo, pero aquello no tenía nada que ver con el corazón, sino con eso que cuelga.

Caelan se tensa aún más, su rostro se endurece ligeramente, evidenciando su disgusto ante mi comentario.

—Cuando bebes, tu forma de expresarte también parece haber salido de una taberna, Sheena —comenta con una media sonrisa que no alcanza a ocultar su preocupación—. Pero ¿quién es ese hombre del que hablas y dónde lo encuentro?

—Nunca lo encontrarás. Estará perdido en esas piernas laberínticas sin localizar la salida. Ni siquiera era tan guapo. Tú lo eres más —le digo, sin filtro alguno.

—No importa qué tan largas tenga esas piernas. No hay ninguna mujer más hermosa y fascinante que tú, Sheena —me dice él, mirándome profundamente, su voz cargada de sinceridad.

—¿Ni siquiera Moraq? —insisto, buscando su reacción.

—No es lo que piensas —me responde inmediatamente.

—Claro que es lo que pienso. Estás enamorado de ella.

—¿Qué? ¿Qué tonterías estás diciendo ahora, Sheena? ¿Estás tú enamorada de Jamie Fraser? También has bailado con él… de esa forma que hacía que todos los hombres te miraran y… —comienza a decir, pero se interrumpe, su expresión se torna oscura.

—No es lo mismo, Caelan. Jamie solo me ve como una transacción comercial beneficiosa, pero Moraq... ella se enamorará de ti. Mírate, ¿quién no lo haría? —insisto, medio en broma, medio en serio.

Caelan me mira con una mezcla de incredulidad y diversión y una sonrisa torcida adorna sus labios mientras llegamos a la puerta de mi habitación.

Me deja caer sobre la cama y me encuentro sosteniéndome a su cuello, no solo por el apoyo físico que ofrece, sino también buscando una conexión que va más allá de lo físico. Él se inclina, su mano aún en mi cintura, sus dedos presionando ligeramente contra la tela de mi vestido.

—Además, tú la mirabas como si…

—¿Cómo qué, Sheena? Es fácil mirar a alguien de cualquier forma cuando sabes que no significan nada. Cuando sabes que no pueden herirte o no te sientes torturado por lo que te hacen desear…

Nos quedamos callados, solo el sonido de nuestra respiración acompasada llenando la

habitación. Su mano se desliza desde mi cintura hasta mi espalda, manteniéndome anclada a él.

—Sheena… ¿quién eres? —pregunta de nuevo, en voz baja y cargada de una curiosidad intensa.

Nuestros ojos se encuentran. Trato de recordar, de pronunciar mi nombre, pero no llega a mi lengua.

—No lo recuerdo —le digo sinceramente, con la boca pastosa y el atolondramiento haciendo mella—. Pero creo que ya te quería antes de conocerte, y por eso estoy aquí.

—Sheena... no puedo seguir así… deberíamos…

—Lo sé, debemos mantener las cosas... como hermanos, ¿no es así? —Mi voz se quiebra al decirlo, pero es el escudo que necesito para proteger mi corazón de una caída que presiento devastadora.

Su risa es ronca, un sonido bajo y dolorosamente seductor.

—¿Como hermanos? Ni en tus sueños más inocentes.

Con un movimiento fluido, se sube a la cama, inclinándose sobre mí, su cuerpo presionando el mío contra la suavidad de las mantas, atrapándome entre sus piernas y sus brazos como si fuera a protegerme de un mundo que solo podemos enfrentar juntos.

—Dios mío, Caelan…, —comienzo, mi voz temblorosa por la proximidad y el pánico que lucha por tomar control sobre el deseo que me inunda.

—Shh, solo esta vez, Sheena. Déjame mostrarte cómo podría ser —susurra, bajando su rostro hacia el mío, cerrando la brecha con un beso que borra todas mis objeciones.

Nuestros labios se unen desesperados. Los suyos son persuasivos y su lengua explora los míos con toques húmedos, calientes y breves y luego soy yo misma la que abro mi boca y dejo que nuestras lenguas se entrelacen dentro de la mía y en la suya, recorriendo con la punta su paladar, la carne blanda tras sus labios y probando su sabor como si fuera lo más sabroso que he probado en mi vida.

Caelan gruñe suavemente y ajusta su posición. Se deja caer más sobre mí. Su peso es una deliciosa presión que me inmoviliza y me libera al mismo tiempo. Puedo sentir cada línea y contorno de su cuerpo, la dura musculatura de sus piernas, la firmeza de su torso contra el mío y más intensamente, su erección evidente presionando contra mi abdomen.

Mis manos encuentran su cabello, tirando suavemente de él para traerlo aún más cerca, si eso es posible. Caelan responde con sus propias manos, una acariciando mi mejilla, mientras la otra se aventura hacia abajo para rodear mi cintura, atrayendo mi cuerpo más firmemente contra el suyo. El calor entre nosotros construye un fuego que ni el aire frío de la noche puede apagar.

El beso evoluciona, de exploratorio a posesivo, un reclamo silencioso pero elocuente de

algo que ambos hemos estado evitando reconocer. Mis dedos trazan los músculos de su espalda, memorizando la sensación de poder y fuerza bajo su piel.

Sus manos comienzan a moverse con una audacia creciente, explorando bajo la tela de mi vestido a través de mi escote, delineando la curva de mis pechos.

—Sheena... —susurra, y su voz es un hilo de sonido en la quietud de la noche.

Sus labios vuelven a encontrarse con los míos. El cambio de ángulo profundiza el beso y su lengua invade completamente mi boca.

El mundo se reduce a la sensación de sus labios sobre los míos, su lengua explorando cada rincón de mi boca, descubriendo secretos que ni siquiera yo conocía. Me pierdo en la sensación, en el deseo que crece y se expande hasta llenar cada parte de mí.

Nos gira y acabo a horcajadas sobre su cuerpo. Con mis manos apoyadas en su pecho, siento los contornos de sus músculos bajo la tela, la fuerza contenida de un guerrero que ahora canaliza su energía en una pasión más íntima.

Él levanta una mano para acariciar mi espalda, sus dedos trazando líneas de fuego sobre mi piel, provocando un escalofrío que me recorre entera.

Muevo mi cuerpo lentamente contra el suyo, sintiendo cómo responde al contacto y sus caderas responden a las mías con su erección, presionando contra mi sexo. Su respiración se hace más profunda.

—Sheena, estás borracha. No eres consciente de lo que estás haciendo —murmura, pero sus manos suben por mi espalda hasta enredarse en mi cabello, atrayéndome hacia él para otro beso, este más desesperado, como si tratara de comunicar todo lo que las palabras no pueden decir.

—Lo sé, pero ahora mismo no me importa —respondo entre besos, con un susurro que se pierde entre el calor de nuestros cuerpos. La sensación de sus labios sobre los míos es intensa, embriagadora, y cada roce me hace olvidar cualquier reserva o duda.

Con movimientos decididos, deslizo mis manos entre nosotros y empujo la tela de su tartán hacia arriba.

«Dios mío».

Mis dedos encuentran su erección, caliente y pulsante bajo mi tacto. Es imponente, una afirmación de virilidad que hace que mi respiración se acelere.

«Los clichés sobre protagonistas muy bien equipados existen por una razón, y vaya suerte la mía de encontrarme con uno que se ajusta tan perfectamente a todas las expectativas».

Lo acaricio lentamente, explorando cada pulgada con curiosidad y fascinación, sintiendo cómo se tensa y suspira bajo mi toque. Caelan me mira con los ojos entrecerrados, la pasión evidente en su mirada.

—Sheena, necesito que entiendas... —empieza a decir, con los ojos cerrados como si recopilara fuerzas para decir algo importante—. No puedo permitirme perder el control de esta manera y tú tampoco.

Puede que sea ese comentario el que me hace darme cuenta de lo que estoy haciendo o tal vez la presión de mi estómago que ya no puedo ignorar.

—Caelan…, voy a vomitar.

Él actúa con una rapidez que me sorprende, sujetando la jofaina cerca justo cuando las náuseas me superan. Me siento completamente avergonzada, pero él se mantiene sereno y paciente, manteniendo una mano firme en mi espalda mientras me inclino sobre el recipiente.

El retumbar de mi estómago se convierte en sonidos poco delicados y crudos que rompen el encanto de cualquier noche romántica.

—Voy a matar a Blair por esto —dice justo cuando termino y caigo exhausta hacia atrás de nuevo.

La tensión se rompe un poco con su comentario y, a pesar de la debilidad que me invade, no puedo evitar sonreír débilmente.

Capítulo 18



Mientras los carros y las reses se ponen en movimiento, rumbo a Glenrae, la procesión se siente más como una caravana estratégica que como un simple traslado de suministros. Jamie y Moraq, acompañados por un puñado de hombres robustos, parecen tener sus propios motivos para unirse a este viaje.

«¡Qué suerte la mía!».

Aunque oficialmente están aquí para ayudar, no puedo evitar sentir que Jamie, con su eterna sonrisa calculadora, está más interesado en espiar mis técnicas agrícolas que en ofrecer ayuda real.

Desde mi asiento en el pescante, tengo una visión privilegiada del camino, pero la falta de la cercanía de Caelan resta emoción al viaje. El vaivén constante del carro y el crujir de las ruedas sobre el camino de tierra llenan el aire, junto con las conversaciones y risas de nuestros acompañantes que viajan en los carros detrás.

Moraq, por su parte, se mantiene en su papel de observadora interesada, sus ojos no dejan

de estudiar las interacciones entre Caelan y yo. Cada vez que nuestros caminos se cruzan en el viaje, ella ofrece una sonrisa que es tanto amistosa como calculadora. Me pregunto si está aquí para facilitar los planes de Jamie o si tiene sus propias razones para unirse a esta expedición.

«Tal vez sea el destino del libro, que debe unirles para conseguir su final feliz».

A medida que el sol se oculta, los colores del cielo pasan del oro al rojo, y luego a un azul profundo. Las conversaciones alrededor disminuyen poco a poco, dejando lugar a un silencio contemplativo. La caravana, ahora iluminada solo por la luz de las antorchas que llevan algunos de los hombres, parece un grupo de sombras moviéndose en unánime determinación.

Desde mi lugar, observo cómo Caelan, a cierta distancia, al frente, dirige su caballo con una eficiencia tranquila, su silueta recortada contra el último resplandor del atardecer. Pese a las complicaciones, no puedo evitar sentir un cierto orgullo por cómo él maneja la situación, siempre alerta, siempre pensando en el próximo paso.

Cuando nos detenemos a descansar Moraq aprovecha el momento para acercarse a mí, su paso decidido y seguro.

—Esto… Caelan… —comienza a decir, su voz suena casual, pero sus ojos no ocultan su verdadera curiosidad.

—¿Qué pasa con él? —intento sonar desinteresada, aunque mi voz delata cierta rigidez.

—Es imposible ignorar la tensión entre vosotros —comenta, su mirada se desvía hacia donde Caelan se encuentra a lo lejos.

Tomo aire, debatiendo internamente cuánto revelar.

—Entre Caelan y yo hay un pasado complicado. No siempre fui la hermana que debía ser... mi madre y yo le causamos mucho dolor.

Ella me observa con atención antes de soltar otra bomba.

—En realidad no sois hermanos, ¿verdad? Me contó que tu padre no era el Laird MacRae.

—Esa historia ya es conocida por todos, ¿no? —contesto, tratando de mantener la calma—. Mi madre quedó viuda muy joven. Yo apenas era una bebé y ella... nunca habló mucho de mi padre. Supongo que no había mucho amor allí. Luego conoció al padre de Caelan, también viudo, y él quedó cautivado por ella. Era una mujer impresionante, no solo físicamente. Había algo en ella que atraía las miradas.

«Eso decía el libro».

—Entonces, tienes a quién parecerte —comenta Moraq, esbozando una sonrisa.

Me encojo de hombros, sonriendo levemente ante el cumplido.

—Quizás, pero las apariencias pueden ser engañosas. Mi madre tenía muchos secretos y era

muy ambiciosa. Estaba dispuesta a todo por conseguir poder y estatus. Yo no soy así.

Moraq arquea una ceja, su sonrisa transformándose en una expresión más intrigante.

—¿No? ¿Y cómo eres, Sheena? Porque Caelan parece entrar en conflicto cada vez que habla de ti. Es complicado sacarle algo claro.

—¿A qué te refieres? ¿Qué te ha dicho de mí? —pregunto, con curiosidad y un poco de ansiedad revolviendo mi estómago.

Ella me mira fijamente, evaluando mi reacción.

—No es lo que dice, sino cómo lo dice. Sus ojos... cambian. Como si estuviese luchando con una tormenta interna cada vez que tu nombre aparece en la conversación.

—Todavía está intentando comprender si me odia o no —le aclaro.

—¿Odio? —repite Moraq, claramente sorprendida por mi elección de palabras.

Asiento, cruzando los brazos sobre el pecho mientras observo la distancia que me separa de Caelan, que parece más vasta de lo que realmente es.

—Sí, odio. O algo parecido. Caelan y yo... tenemos una historia llena de altibajos. Al principio, pensaba que lo que sentía era resentimiento por las cosas que pasaron entre nosotros, pero últimamente... —me detengo, buscando las palabras adecuadas—. No estoy segura de qué es. Solo sé que hay momentos en los que parece que podría arrancarme la cabeza y otros en los que... —Mi voz se apaga, dejando la oración en el aire.

—¿Otros? —insiste Moraq, su interés claramente picado.

—Otros... —dudo, consciente de cada palabra que elijo— parece que me tolera un poco más.

Moraq y yo comenzamos a caminar hacia el campamento que se está instalando para pasar la noche. A nuestro alrededor, los hombres están ocupados levantando tiendas y encendiendo fogatas. El crepitar de las llamas y el murmullo de las voces crean un fondo de sonidos reconfortantemente humano en medio de la vastedad del paisaje.

—Yo diría que disfruta de vuestra rivalidad y él… en particular parece bastante intenso, ¿no es así? —comenta Moraq, observando con interés cómo los hombres trabajan.

—No lo sé bien en realidad. Solo es mi hermano menor —respondo, pero mi voz se corta bruscamente cuando tropiezo con algo, o, mejor dicho, alguien. Sin necesidad de mirar hacia arriba, ya sé quién es por el olor a madera quemada y tierra que siempre lo rodea. «Mi hermanito menor», que me saca más de una cabeza.

—Cuidado, Sheena. Parece que ni siquiera puedes caminar sin tropezarte con algo... o alguien —dice Caelan, con una sonrisa burlona, sujetándome por los hombros para

estabilizarme.

—Estaba distraída —explico.

—¿Hablando de mí, hermanita? —dice, su voz baja y teñida de un humor que no llega completamente a sus ojos.

—Me explicaba vuestras complejidades familiares —interviene Moraq.

Caelan asiente, su mirada desviándose hacia las llamas de la hoguera más cercana.

—Estoy seguro de que es más compleja de lo que parece —comenta, luego lanza una mirada ladina hacia mí—. Aunque sería más sencillo si algunos no se empeñaran en llamar «hermano» a quien no lo es.

Su comentario lleva un filo de sarcasmo que no me sorprende, pero que sí logra arrancarme una leve sonrisa.

—Creo que es mejor así, menos confuso para todos —añado, intentando devolverle el golpe con mi tono despreocupado.

Moraq observa nuestro intercambio con una ceja levantada, claramente entretenida.

—Parece que hay mucho más que simple fricción de hermanos aquí, ¿no es así? —comenta con ligereza, aunque su mirada inquisitiva sugiere que busca profundizar más en el asunto.

—Es solo nuestra forma de comunicarnos. Un poco de sarcasmo aquí, un poco de burla allá —respondo, tratando de restar importancia a la tensión evidente entre nosotros.

Caelan ríe, un sonido breve pero genuino, y me mira con un brillo astuto en los ojos.

—Exactamente, y Sheena siempre se ha tomado la libertad de reinterpretar nuestra relación a su conveniencia —dice, dirigiéndome una sonrisa que desarma y desafía al mismo tiempo.

Nos acercamos al fuego, donde se han dispuesto piedras grandes y troncos a modo de asientos improvisados. Los hombres se sirven de las ollas comunes que cuelgan sobre el fuego, llenando sus platos rudimentarios con estofado caliente.

—Sheena, aquí hay más cerveza —me llama Blair desde una piedra grande en la que ha tomado asiento, señalando un sitio a su lado.

Me dirijo hacia él seguida de cerca por Caelan mientras Moraq se queda hablando con uno de los Fraser que nos acompañan.

—Ya le diste suficiente cerveza la otra noche, Blair —interviene Caelan, tomando asiento a mi lado en la misma roca.

—No es verdad. No fue tanto. Ella no aguanta nada —se defiende Blair, y luego se dirige a mí—. ¿Tan mal acabaste esa noche?

—Apenas lo recuerdo. Solo sé que... me dormí y desperté en mi cama —comento y digo—: completamente sola —añadiendo un detalle innecesario y sospechoso.

—No sabe mentir —comenta Blair, revolviendo su estofado de forma distraída.

—Lo sé —coincide Caelan, lanzándome una mirada que parece leer más allá de mis palabras y se desvía a mis labios. Dejo de morderlos inmediatamente.

Su tono es serio, pero hay un atisbo de humor en sus ojos, como si disfrutara del pequeño teatro que estamos representando.

—Es parte del encanto o parte del problema dependiendo de cómo lo mires —añade.

—Y tú no sabes mantener tu palabra —le reprocha Blair a Caelan, levantando una ceja en señal de desafío.

Caelan responde con una sonrisa ladina, aceptando el desafío en el tono de su amigo.

—A veces, las circunstancias requieren un cambio de planes. Y bien sabes que las promesas hechas bajo presión pueden ser... flexibles.

—Flexible o no, recuerda que se trata de tu hermana —dice, pero el matiz de su voz sugiere que está menos preocupado de lo que pretende.

—No es mi hermana, Blair, ya lo hemos discutido. No en el sentido tradicional —interviene Caelan, su mirada desviándose brevemente hacia mí antes de volver a centrarse en el fuego.

—Pero tus prioridades son… —insiste Blair, dejándome, pensando que han hablado sobre mí.

Caelan suspira, pasando una mano por su cabello desordenadamente.

—Solo cuidé de ella porque acabó vomitando como una fuente, nada heroico —responde, intentando minimizar la situación con un tono ligero.

«Como una fuente… ¡Qué gráfico!».

—Claro, claro, muy caballeresco de tu parte —se burla Blair, pero su sonrisa es cálida.

—La próxima vez, tú serás el encargado de cuidarla ya que en parte fue tu culpa que se pusiera así—dice, lanzando un desafío a Blair.

—¿Estás seguro de que quieres eso?

—No, mejor, no.

—Puedo cuidarme yo sola, ¿de acuerdo? Soy mayorcita —les digo, con un gesto de desdén de mi mano que pretende ser firme.

—Agradece que estuviera ahí, Sheena. De otro modo, quién sabe dónde habrías acabado —dice Caelan, revolviendo su estofado con una intensidad que parece evitar intencionadamente mi mirada.

Ruedo los ojos, sin embargo, en el fondo, siento un hondo agradecimiento por su presencia aquella noche.

—Gracias —murmuro con sinceridad, aunque un poco a regañadientes.

—En realidad, fue bastante entretenido. Dijiste cosas… muy reveladoras —comenta con una media sonrisa, finalmente levantando la vista hacia mí.

«Ay, Dios».

—¿Debería querer saberlo? Mejor no. Piensa en ello como los delirios de una persona ligeramente desequilibrada por un momento.

—Es una pena. Fue gratificante escuchar que era tan guapo que era injusto y que mis manos bonitas eran tu debilidad…

Antes de que Caelan pueda continuar, coloco mi mano sobre su boca, cortando sus palabras. Su sonrisa se ensancha bajo mi palma, saboreando claramente el momento.

Blair, observándonos con diversión, sacude la cabeza, claramente decepcionado por mi interrupción.

Caelan atrapa la mano que aún tapa su boca, y antes de apartarla sin soltarla, deposita un beso pequeño y apenas perceptible en mi palma. Siento un escalofrío recorrerme, sorprendida por la delicadeza inesperada de su gesto.

—¿De verdad no lo recuerdas? —pregunta, su voz baja, cargada de una curiosidad que parece genuina.

Un nudo se forma en mi estómago. No estoy segura de querer saber qué más dije en ese estado de embriaguez.

—Prefiero no recordar —respondo, intentando sonreír para quitarle peso al asunto—. Es mejor así, ¿no crees?

Pero él no deja de observarme, buscando la verdad en mi cara. Sus ojos, penetrantes y escrutadores, intentan descifrar lo que realmente siento. Me siento desnuda bajo esa mirada, como si pudiera ver cada pensamiento que me esfuerzo por ocultar.

—Yo no estaba ebrio y ciertos momentos no se olvidan fácilmente, Sheena.

—Pues parece que lo has hecho porque yo no dije en realidad que tus bonitas manos eran mi debilidad. Solo dije que tus manos eran bonitas y que las manos bonitas son mi debilidad —aclaro, intentando encontrar ligereza en la conversación mientras Blair se observa las suyas con

las cejas alzadas.

—¿No es prácticamente lo mismo? —pregunta Caelan con una sonrisa torcida.

—Claro que no, eso simplemente significa que cualquier par de manos bonitas podría gustarme —replico, tratando de mantener el tono juguetón—. No hace falta que inflames tanto tu ego.

Él se ríe, una risa baja que parece acariciar la noche.

—Algo más que mi ego fue notablemente estimulado esa noche, gracias a tus elogios.

El doble sentido de sus palabras no se pierde para mí, y aunque quiero responder con algo igual de ingenioso, solo logro sonrojarme ligeramente, consciente de cuánto revelé en mi estado de embriaguez.

—Vamos, estaba borracha. Probablemente también dije que los dragones existen y que vuelo de noche.

Caelan sonríe, pero hay un brillo en sus ojos que revela que no va a dejar el tema tan fácilmente.

—Tal vez, pero dudo que los dragones o volar de noche te hicieran sonrojar como lo haces ahora.

—Sigo aquí, aunque parece que os habéis olvidado de mí —dice Blair, agitando su plato en el aire como si necesitara recordarnos físicamente su presencia.

—Nadie podría olvidarte, Blair. Eres demasiado... ruidoso para eso —respondo, con burla.

Blair se ríe y señala con su cuchara hacia mí.

—Bueno, mañana será mi día de venganza —me dice con una sonrisa traviesa.

—¿Qué pasa mañana? —pregunta Caelan, levantando una ceja con interés.

—Sheena me ha pedido que le enseñe a defenderse —explica Blair con orgullo.

—¿Y por qué haría algo así? —inquiere Caelan con su tono ahora cargado de recelo.

—Tú mismo me dijiste que las mujeres estamos indefensas, que podemos ser víctimas de violación o agresión fácilmente —le explico.

—Y ¿él va a enseñarte a defenderte de un violador? —Caelan frunce el ceño, visiblemente molesto—. ¿Cómo exactamente?

—Sabía que no te gustaría la idea —murmura Blair, encogiéndose de hombros.

—Entonces no deberías haber dicho que sí. Yo me encargaré de ello —declara Caelan con

firmeza. Blair alza las manos en señal de rendición.

—Por mí, perfecto. Menos trabajo para mí —responde con una sonrisa burlona. Pero después se vuelve más serio—. Solo asegúrate de poder controlarlo, Caelan.

Él asiente, aunque su expresión sigue siendo tensa.

—Lo haré —afirma, y aunque su tono es resuelto, hay una suavidad inusual en su mirada cuando se gira hacia mí—. Aunque no seré suave.



Las tiendas montadas para la noche son estructuras robustas de lona gruesa, sostenidas por postes de madera que se clavan profundamente en el suelo.

«En el medievo sí que sabían cómo hacer acampadas».

Cada tienda tiene una apertura delantera que se cierra con solapas de tela, proporcionando un refugio básico pero efectivo contra los elementos. La asignada para mí se alza un poco apartada del resto, ofreciendo una sombra de privacidad en el campamento improvisado.

—¿Qué haces? —pregunto cuando veo a Caelan detenerse en la entrada.

—Dormiré en la puerta. No me fío de estos Fraser —responde con una mirada seria hacia el campamento.

—No soy la única mujer. ¿Qué pasa con Moraq? —pregunto demasiado curiosa para poder disimular.

—Ella está entre los suyos y... he visto cómo te miran esos hombres, y está ese Jamie a quien nadie ha invitado siguiéndote... Dormiré fuera, en la entrada —explica, su tono inflexible.

—¿En el suelo? Pasarás frío —le digo incrédula por la idea de que pase la noche al raso, teniendo un lugar más protegido por ahí para dormir.

—Sí, es mejor que me quede fuera —me responde él como si hubiera pensado en entrar en la tienda conmigo—. Estoy acostumbrado a dormir en peores condiciones, Sheena —asegura con una sonrisa forzada, intentando tranquilizarme.

Antes de que pueda objetar, se acomoda en el suelo, usando su propio manto como manta y se reclina contra la tienda, cerrando los ojos. Al poco rato, los abre de nuevo y me encuentra observándolo.

—¿Qué? —pregunta, una ceja alzada en curiosidad.

—¿Qué de qué? —replico, mi respuesta suena más absurda de lo que pretendía.

—Me estabas mirando fijamente.

—Es porque parece has perdido la cabeza —digo, intentando desviar la conversación.

—Ah, pensé que era por lo irresistiblemente guapo que soy —responde con una sonrisa torcida.

Ruedo los ojos ante su comentario.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir utilizando eso para avergonzarme? —le pregunto, intentando sonar molesta, aunque una parte de mí no puede evitar sonreír por su humor.

—Me gusta verte sonrojada —me responde él—. Es un buen recordatorio de que puedo afectarte de alguna manera —continúa, sonriendo con un gesto de satisfacción en su expresión.

Me siento en la entrada de la tienda, sin entrar del todo, y lo miro en silencio por un momento. La luz del fuego cercano ilumina su rostro, resaltando los contornos firmes de su mandíbula y sus ojos grises, que no dejan de observarme.

—Deberías entrar y dormir, Sheena —dice después de un rato, rompiendo el silencio.

—Y dejarte aquí solo, ¿frente a la puerta? No parece justo —replico, sintiéndome inesperadamente preocupada por su comodidad.

—Estoy bien. Además, es mi deber protegerte —insiste, aunque su tono suave sugiere que hay más razones detrás de su decisión de quedarse afuera.

—No, no tienes que hacerlo —le digo, pero él simplemente sonríe, ese tipo de sonrisa que dice que no va a cambiar de opinión.

—Alguien tiene que hacerlo y parece que me he asignado esa tarea a mí mismo —responde, y aunque hay un matiz de broma en su voz, puedo decir que habla en serio.

Suspiro, sabiendo que no ganaré este debate y me reclino junto a él, sintiendo el frío del suelo a través de mi vestido, pero también el calor de su presencia tan cerca.

—Entonces, si vas a quedarte aquí, al menos comparte el manto conmigo. No es justo que solo uno de nosotros pase frío —digo, extendiendo la mano para que me entregue parte de la tela del tartán para cubrirnos a ambos.

—Sabes que esto solo complicará las cosas, ¿verdad? —murmura, con resignación—. ¿Has olvidado lo que ocurrió la última vez que nos acurrucamos debajo de un tartán?

—Solo esta noche —respondo suavemente—. Mañana volveremos a nuestras máscaras y a nuestra distancia segura.

Caelan se ríe entre dientes y susurra:

—No es tan sencillo. Ve dentro, Sheena. Dormiré mejor y más tranquilo aquí solo, que con tu culo pegado a mi…

—Bien, pero no te quejes si te despiertas con frío —le interrumpo, arrojando la tela del tartán de vuelta hacia él mientras me dirijo a la entrada de la tienda.

Antes de entrar, me detengo y miro hacia atrás. Él ya se ha acomodado, usando el tartán como manta y su manto enrollado como almohada. Sus ojos siguen los míos con una intensidad que me hace estremecer.

—Buenas noches, Caelan —digo en un susurro.

—Buenas noches, Sheena —responde él, su voz baja y cargada de algo que no me atrevo a definir.

Entro en la tienda, sintiendo el aire frío de la noche en mi piel y la calidez persistente de su mirada. Me acomodo en mi cama improvisada, intentando encontrar una posición cómoda, mientras mi mente sigue divagando en los recuerdos y en la proximidad que compartimos.

Mientras cierro los ojos, no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo más podré mantener esta fachada de hermanos cuando todo lo que hay en mí grita lo contrario.

Capítulo 19

Narrador omnisciente



Cuando el grupo llega al castillo MacRae, la tensión en el aire es evidente. Cruzan la puerta de hierro forjado, observando con detenimiento a los guerreros desconocidos que patrullan el interior. Caelan se pone inmediatamente en guardia, su mano derecha deslizándose instintivamente hacia la empuñadura de su espada.

El temor de una posible invasión en su ausencia se apodera de él, considerando la posibilidad de que Angus MacDougall o incluso los ingleses hayan aprovechado para tomar el control, pero dejó a los guerreros Mackenzie que le siguieron y le ayudaron durante el asedio como defensa.

—¿Qué diablos...? —murmura, sus ojos recorriendo con rapidez cada rincón.

A su lado, Sheena se detiene, observando a los hombres con una mirada entrecerrada, tratando de evaluar la situación.

Justo en ese momento, un hombre emerge de las sombras del patio. Es su tío, Malcolm, el

hermano menor de su padre. Al instante, una oleada de desagrado recorre su cuerpo. La presencia de su tío en el castillo no es una buena señal. Su mente, rápida y aguda, evalúa los posibles escenarios, ninguno de los cuales presagia algo positivo.

—¿Qué haces aquí, tío? —pregunta Caelan, su voz fría y cortante, sin apartar la mano de su espada.

—Relájate, muchacho. Solo vine a dar mi pésame y echar una mano por aquí —responde Malcolm con una sonrisa más amplia, aunque igualmente falsa. —Parecía que necesitabais una mano firme en estos tiempos difíciles.

Caelan frunce el ceño, sus ojos estrechándose mientras observa cada movimiento de su tío. Sheena, a su lado, siente la tensión que emana de él, como si su mera presencia fuera un desafío constante.

—No necesitamos tu ayuda —replica Caelan, su voz baja pero firme—. Ni tu presencia aquí.

Malcolm ríe suavemente, un sonido que resuena como una burla.

—El orgullo no es suficiente para mantener un castillo seguro. Veo que has crecido... bastante, pero te falta madurez —responde Malcolm con una risa condescendiente. Luego mira a Sheena—. Y tú ¿realmente crees que rechazar a Angus fue sabio? Nos has metido en un buen lío con tus caprichos femeninos.

El sarcasmo de Malcolm pica en lo más hondo de Caelan, haciendo que su mandíbula se tense. Sabe que su tío pretende minar su credibilidad frente a los clanes, retratándolo como un joven inexperto y demasiado orgulloso para aceptar ayuda y a Sheena como una mujer sin criterio. Ella levanta una ceja, su respuesta impregnada de sarcasmo.

—Tío, es fascinante que sugieras que debería sacrificarme para limpiar el desorden de hombres incapaces de mantener la paz sin recurrir al matrimonio como herramienta política —responde, su tono impregnado de un sarcasmo mordaz—. Tal vez subestimas lo que una mujer puede conseguir con su mente incluso sin tener un hombre diciéndole lo que tiene que hacer.

Malcolm se queda momentáneamente descolocado. Caelan no puede evitar sonreír de forma leve. Sin embargo, su preocupación no desaparece; está claro que Malcolm tiene otros planes, y cualquier desliz podría darle a su tío la ventaja que busca.

Su mente trabaja rápidamente, anticipando los próximos movimientos de su tío, preparándose para contrarrestarlos. Sabe que la lucha por mantener el control de Glenrae acaba de comenzar.

—Has cambiado, Sheena, pero ahora no puedo atenderos. Tengo un invitado importante que me espera —dice Malcolm, desviando la conversación con una agilidad que molesta a Caelan.

—Este no es tu castillo —le espeta él, con voz tan fría como el viento del norte, mientras cruza los brazos sobre su pecho en un gesto de desafío.

—Ni tuyo tampoco —replica Malcolm con un tono imperturbable. Su mirada calculadora barre el lugar—. Aunque agradezco que hayas traído provisiones. Hay muchas bocas que alimentar aquí.

—No fui yo, sino Sheena quien negoció con los Fraser y consiguió todo esto —corrige Caelan, enfatizando el papel crucial de Sheena en la alianza, no solo para reforzar su posición sino también para destacar su competencia y autonomía frente a la condescendencia de Malcolm.

Malcolm dirige una mirada cargada de desdén hacia Sheena, su tono cargado de burla mal disimulada:

—Entonces parece que el clan está ahora en manos de una mujer —dice con una risa sarcástica—. ¿Por eso rechazaste casarte con Angus MacDougall? ¿Acaso tenías tus miras puestas en algún Fraser?

—Perdona, por tener la habilidad para negociar lo que el clan necesita sin perder la dignidad en el proceso. Lo cierto, es que es posible que nunca me case si el requisito es tolerar a hombres como tú —responde ella, su voz cargada de sorna y una sonrisa juguetona dibujada en sus labios—. Pero ¿sabes? Prefiero apostar por mi suerte y esperar a que evolucionen los hombres... o tal vez las mujeres. La verdad, cualquier cosa es mejor opción que encadenarme a alguien que nunca se lava como Angus MacDougall.

Malcolm se queda con la boca abierta, la sorpresa evidente en su rostro por un momento antes de que su semblante se endurezca.

Alrededor, algunos de los guerreros más jóvenes ocultan sonrisas, impresionados y divertidos por la descarada confianza de Sheena.

Caelan no puede contener una risa breve.

—Eso ha sido... instructivo —le dice, su voz teñida de diversión, pero Sheena no lo mira a él, sino al hombre que se ríe divertido en la entrada del salón. Una figura que acaba de aparecer de improviso.

—Madre mía... —susurra ella, casi sin aliento.

Caelan se siente un tanto desconcertado. La reacción de Sheena no es la típica de quien ve a un guerrero más buscando refugio; hay un reconocimiento en su voz, una mezcla de asombro y respeto que raramente muestra ante nadie. Por un instante, Caelan experimenta una punzada de… algo incómodo.

—¿Lo conoces? —pregunta, su tono bajo y serio.

Ella no lo mira, sus ojos todavía están clavados en el hombre que ahora camina hacia ellos.

Por un momento, Caelan puede ver en ella una emoción que nunca la ha visto antes. Esto le irrita, pero a la vez le fascina, porque cada capa que descubre de Sheena le revela una

complejidad que desafía su entendimiento de ella.

—Es Robert Bruce —susurra ella de nuevo cuando el hombre llega hasta ellos.

—Mi señor, es un honor tenerlo aquí —le dice con voz firme, y su cuerpo inclinado en una genuflexión respetuosa.

A Caelan le sorprende la reverencia en la voz de Sheena. Verla tan afectada por su presencia lo desconcierta y al mismo tiempo despierta en él una alerta.

Bruce responde con una sonrisa amable y asiente, observando con más atención a la mujer que tiene ante él. Una chispa de reconocimiento, o quizás de curiosidad, cruza su expresión.

—¿Nos hemos visto antes? Creo que me acordaría de alguien con un aspecto tan distinguido y una lengua tan afilada —comenta, su tono mezclando la seriedad de un líder con la ligereza de un noble acostumbrado a las cortesías.

Sheena se endereza, manteniendo un equilibrio perfecto entre respeto y confianza.

—Coincidimos hace años en un evento en Stirling, aunque ambos éramos muy jóvenes entonces —responde ella, su voz teñida de un ligero matiz juguetón.

Bruce ríe suavemente, el sonido lleva un eco de días más sencillos.

—Seguro que yo era un poco menos joven que vos, Lady MacRae —dice con un guiño cómplice, su sonrisa ampliándose.

Mientras Robert Bruce y Sheena continúan su conversación, el murmullo crece entre los presentes. Los hombres comienzan a intercambiar miradas y susurros, señalando con gestos discretos hacia el visitante ilustre. La noticia de que el hombre ante ellos es nada menos que Robert Bruce, el rey de Escocia, se extiende como un incendio en un campo seco.

Blair Mackenzie se acerca con un paso decidido, su expresión mezcla de respeto y orgullo.

—Es un honor servirle, mi señor —dice con una reverencia profunda, claramente emocionado por la presencia del monarca.

A su lado, Jamie Fraser, aunque algo más reservado, no oculta su admiración.

—Conocerle es un privilegio, Sir —añade, siguiendo el protocolo con una inclinación de cabeza.

Bruce asiente agradecido, sus ojos escaneando el grupo de fieles guerreros que se ha congregado a su alrededor. A pesar de los desafíos y la escasez de seguidores tras la derrota en Methven, la determinación en sus ojos no muestra señal de debilidad.

—Gracias, caballeros. Vuestro apoyo en estos tiempos difíciles es más valioso de lo que las palabras pueden expresar. Juntos, recuperaremos lo que es nuestro por derecho y traeremos paz a nuestras tierras —declara con una voz que, aunque cansada, lleva el peso de un líder nato—.

Sobre todo, en vista de las recientes noticias que dan a Eduardo de Longshanks por muerto. La ascensión de su hijo al trono, menos astuto y decidido, sin duda incrementa nuestras oportunidades de superar al ejército inglés. Ha llegado nuestra hora, caballeros.

—Es probable que el nuevo rey inglés esté más interesado en decorar palacios que en construir fortalezas —dice Sheena con una chispa traviesa en sus ojos, provocando carcajadas entre los presentes.

—Quizás debamos enviarte a ti primero a negociar, Sheena —añade Blair, todavía riendo—. Su lengua es más afilada que cualquier espada que haya visto, majestad.

Bruce mira a Sheena con un brillo de diversión en sus ojos. Caelan observa la escena, sintiendo una mezcla de orgullo e irritación.

Sheena tiene una habilidad innata para captar la atención y la lealtad de los hombres. Puede desviar la conversación con una simple broma, haciendo que todos se relajen, incluso en presencia del rey.

Sea cual sea la intención de Malcolm al acoger a Robert Bruce en Glenrae, esta ha quedado eclipsada por la presencia y astucia de Sheena, lo que le hace apretar los puños con furia. Caelan, observando la reacción de su tío, no puede evitar sonreír con la misma condescendencia que Malcolm había mostrado minutos antes, devolviéndole el golpe en su propio juego. La dinámica del liderazgo dentro del clan ha cambiado drásticamente, y Caelan se deleita en ver cómo su tío lucha por mantener su compostura.

—Espero poder contar también con el salvaje MacRae —dice entonces Robert Bruce, mirándolo con curiosidad. A Caelan le sorprende que ese apodo haya llegado hasta sus oídos.

—En la posición que me ordene —responde Caelan, inclinando la cabeza con respeto.

El reconocimiento del rey no solo fortalece la posición de Caelan dentro del clan, sino que también silencia cualquier intento de Malcolm por socavar su liderazgo.

Caelan comprende rápidamente la estrategia detrás de las palabras de Bruce. No es solo una cuestión de respeto, sino una maniobra astuta para consolidar el apoyo de los clanes más poderosos de las Highlands. Al reafirmar la autoridad de Caelan y mostrar su confianza en él, Bruce se asegura la lealtad no solo de los MacRae, sino también de los Mackenzie y los Fraser, quienes ya han demostrado su apoyo a través de Sheena y las provisiones obtenidas.

La mente de Caelan trabaja rápidamente, reconociendo que Bruce está tejiendo una red de alianzas estratégicas. Con los MacRae, los Mackenzie y los Fraser bajo su influencia, atraer a otros clanes, como los MacDonald, se convierte en una tarea mucho más sencilla.

Los clanes menores y aquellos indecisos verán la fuerza de esta coalición y se unirán, no queriendo quedar del lado perdedor en la lucha por la libertad de Escocia.

Bruce no es tonto; él sabe que la unidad es la clave para derrotar al enemigo común y eso le gusta a Caelan. Aumenta su respeto por este rey escocés sin trono.

Aunque Sheena lo sigue mirando fascinada y Caelan no puede evitar levantar las cejas cuando sus ojos se cruzan. La sonrisa espléndida que ella le devuelve lo desarma momentáneamente.

—¿Qué? —pregunta Sheena, todavía sonriendo mientras vuelve la atención a él.

—Nada. Solo me sorprende verte tan… cautivada. —La palabra se queda en el aire, cargada de un doble significado que ella capta al instante.

—Siempre fue mi favorito —le responde resuelta, sin perder la sonrisa.

Caelan siente una punzada de celos, aunque no quiere admitirlo. La forma en que Sheena admira a Bruce, la chispa en sus ojos, le irrita más de lo que quisiera.

—¿Favorito? —Caelan arquea una ceja, tratando de mantener su tono neutral.

—Sí, claro. ¿Quién no se sentiría inspirado por alguien que se enfrenta a un imperio y sigue adelante a pesar de todo? —responde Sheena, su mirada todavía fija en Bruce.

—Inspirado, claro. —Caelan no puede evitar el sarcasmo en su voz, pero Sheena apenas lo nota, perdida en sus propios pensamientos.

—Aunque es cierto que se parece más a Wayne Rooney que a Chris Pine o Angus Macfadyen —murmura de nuevo ella para sí, pensando en voz alta.

Caelan frunce el ceño, sin entender del todo la referencia, pero sabiendo que debe ser otra de esas comparaciones extrañas de Sheena. Aun así, no puede evitar preguntar.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta, arqueando una ceja.

Ella se vuelve hacia él, dándose cuenta de que ha hablado más alto de lo que pretendía. Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro.

—Oh, nada importante. Solo...divago.

Caelan sacude la cabeza, exasperado.

—A veces no sé si hablas en serio o solo disfrutas confundiendo a todos a tu alrededor.

—Un poco de ambos, probablemente —responde ella con un guiño, volviendo a caminar hacia la fortaleza—. Me ocuparé de que las provisiones encuentren su sitio —añade, cambiando con rapidez de tema, su tono volviéndose más práctico.

Caelan la observa mientras se aleja, su mente aún enredada en la maraña de pensamientos que Sheena siempre logra desencadenar.

La determinación en su voz y su disposición a encargarse de los asuntos del clan y trabajar como una más le recuerdan una vez más que ya no es la joven manipuladora que él conoció. Es

una criatura mucho más fascinante, un enigma lleno de contrastes: fuerte y vulnerable, dura y cálida, inteligente e ignorante en algunos aspectos como en el efecto que tiene en los demás.

Una de las muchachas del servicio, Alana, sale a su encuentro, y Sheena la recibe con un abrazo cariñoso. Caelan observa la escena con curiosidad, dándose cuenta de que los abrazos parecen ser una costumbre para Sheena. Debe creer realmente que procuran felicidad y salud.

—¿Te ha dado Sheena alguna vez un abrazo? —le pregunta a Blair, con un tono que sugiere una mezcla de diversión y genuino interés.

—No, ¿debería pedirle uno? —responde Blair, burlón, alzando una ceja mientras oculta una sonrisa.

—Puede que no sobrevivas a la experiencia —le suelta, su tono más brusco de lo necesario.

Blair se ríe entre dientes. Caelan se queda un momento observando a Sheena, notando cómo se desenvuelve con naturalidad entre los suyos, abrazando y sonriendo como si ese fuera su lugar. Finalmente, se da la vuelta y se dirige hacia sus propias obligaciones, pero no puede sacudirse la sensación de incomodidad que le queda en el estómago cuando ve que su tío Malcolm también la observa con una expresión huraña. Su mirada se cruza con la de Moraq, quien se encuentra cerca, ajustando las riendas de un caballo. Moraq, al percatarse de la mirada de Caelan, le lanza una sonrisa que intenta ser cómplice.

—¿Todo bien? —pregunta con tono suave pero inquisitivo.

—Sí, claro —responde Caelan, desviando la vista brevemente hacia Sheena antes de volver a Moraq—. Solo asegurándome de que todo esté bajo control.

—Sheena, tiene una forma especial de ganarse a la gente, ¿no crees?

Caelan no puede evitar una sonrisa, aunque algo amarga.

—Sí, tiene ese don. Y eso precisamente me preocupa. Atrae tanto lo bueno como lo malo.

—Ella puede manejarse sola —responde ella, mirando hacia Sheena—. Y parece que sabe exactamente qué hace.

Moraq coloca su mano sobre el brazo de él, intentando transmitir tranquilidad.

Sin embargo, el contacto de Moraq no le ofrece el consuelo que ella pretende dar. Caelan siente una irritación creciente, no por Moraq en sí, sino por la situación que está frente a sus ojos.

—A veces, el saber hacer no es suficiente para evitar problemas —murmura, retirando su brazo suavemente.

Moraq lo observa, su expresión se endurece ligeramente, percibiendo la distancia emocional que él impone.

—Bueno, si necesitas hablar o algo más... —deja la oferta en el aire, con una sonrisa que

busca ser reconfortante, pero también revela una chispa de interés personal.

Caelan asiente, agradecido, pero no comprometido.

—Gracias. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos que atender —dice, comenzando a alejarse.

Moraq lo observa irse con un destello de decepción, cruzando su mirada. Sus ojos se cruzan con los de Jamie. Parece que ninguno de los dos tendrá suerte.

Capítulo 20



Cenamos en la gran sala del castillo de Glenrae, todos juntos alrededor de las largas mesas. A un lado, los MacRae, al otro los Mackenzie, y entre nosotros, los Fraser y los hombres leales a Robert Bruce.

El ambiente está cargado de risas y conversaciones, pero también de una tensión sutil, como si todos estuvieran midiendo sus palabras y gestos.

Bruce, aún con el polvo del camino en su ropa, parece más relajado ahora, quizás contemplando sus próximos pasos en este ajedrez político.

—Lady MacRae, tras oír sus, digamos, especificaciones para un matrimonio, creo que he encontrado mi nuevo propósito —anuncia Bruce, con una sonrisa que es toda carisma y desafío.

Yo elevo las cejas, divertida por su atrevimiento.

«¿Será posible que este hombre no tenga mejor quehacer que encontrarle marido a una pobre dama escocesa?».

—Es mi deber como rey asegurarme de que los miembros leales a mi causa no solo estén bien protegidos, sino adecuadamente acompañados —continúa—. Tal vez uno de mis nobles... Algunos son bastante capaces y estoy seguro de que podrían satisfacer vuestros estándares.

El comentario arranca carcajadas de la mesa, y Caelan me lanza una mirada rápida.

—Quizás deberíamos comenzar a preparar listas de candidatos entonces —bromea un noble al otro lado de la mesa, siguiendo la corriente.

—Claro, pero que no se olviden de incluir algunas cláusulas no negociables en esa lista —respondo con una sonrisa pícara—. Cualquier pretendiente debe ser capaz de superar a cierto MacRae en astucia y fuerza. Una tarea complicada, me temo.

La mesa estalla en risas, y hasta Bruce se suma a ellas con un asentimiento.

—Por lo que he oído eso será difícil, pero podríamos celebrar una justa.

—Solo si quiere que mueran todos sus aliados —dice Blair con un sarcasmo que no pasa desapercibido.

—La idea de una justa suena tentadora, pero prefiero elegir a mi marido basándome en algo más que su habilidad para no morir en un torneo —replico con un tono que mezcla diversión y seriedad, asegurándome de captar la atención de todos.

Caelan, sentado al frente, mantiene una expresión severa, sus ojos escaneando la sala con su desconfianza natural.

—Es un honor tener al rey Bruce a nuestra mesa, pero no olvidemos —su voz corta el aire con precisión—, cada hombre y mujer aquí es dueño de su destino. No necesitamos más señores que nos digan cómo manejar nuestras tierras o nos digan con quién casarnos —afirma con seguridad, su mirada encontrando la mía por un instante, un brillo desafiante en sus ojos que solo yo puedo descifrar.

Puedo sentir cómo cada mirada se tensa un poco, como si las sombras mismas aguardaran el próximo movimiento en este ajedrez de voluntades.

Es Malcolm quien rompe el silencio, su voz teñida de una cortesía forzada que no logra ocultar su desdén. Se inclina ligeramente hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa, una sonrisa astuta jugando en sus labios.

—Entiendo tu pasión, sobrino, y tu deseo de independencia. Pero a veces, la experiencia y la guía de los más mayores son indispensables, especialmente en tiempos tan convulsos como estos. No debemos dejar que el orgullo nos ciegue ante la sabiduría que puede proteger al clan —dice, mirándome de reojo a Robert Bruce, como si buscara su aprobación a sus palabras.

Caelan no se inmuta externamente, pero puedo ver la tensión en la línea de su mandíbula. Se endereza en su asiento, su mirada ahora fija en su tío.

—La sabiduría no reside solo en los años, sino en las decisiones que uno toma.

—Caelan, has demostrado ser un guerrero formidable, nadie lo niega, pero dirigir un clan en estos tiempos turbulentos requiere más que decisiones basadas en la fuerza bruta y un temperamento ardiente. Se necesita diplomacia, algo de lo que, me temo, aún tienes mucho que aprender.

Me levanto, atraída por la urgencia de la situación y por la injusticia de las palabras de Malcolm.

—Lo importante aquí es el hecho de que es el legítimo líder de los MacRae —afirmo con convicción, mi voz resonando en la sala—. Y no necesita años para probar su valía. Lo hace con cada decisión que toma por el bien de todos, no solo por el suyo.

Dirijo una mirada firme hacia Malcolm, desafiándolo a contradecirme. Él retiene mi mirada, claramente calculando su próximo movimiento, mientras que la atención de todos en la sala se centra en nuestro intercambio.

Bruce, observando la escena con interés, inclina la cabeza en un gesto de reconocimiento.

—El verdadero liderazgo a menudo se revela en tiempos de prueba —comenta, validando mis palabras.

—Y así ha sido, majestad. Mientras estamos sitiados por los MacDougall, sobrevivimos gracias a Caelan.

—¿Angus MacDougall? Ese hombre es solo un perro de los ingleses —comenta uno de los hombres de Bruce.

—Es el hombre con el que mi tío Malcolm quería casarme, pero… lo rechacé.

Malcolm, cuyos planes se ven amenazados por mi declaración, ajusta su postura, su semblante endureciéndose aún más.

—Angus podría haber traído estabilidad y una alianza poderosa al clan MacRae —dice, intentando minimizar el desdén hacia Angus manifestado por los hombres de Bruce.

Bruce, sin embargo, no parece convencido y su mirada se endurece ligeramente al mencionar a Angus.

—La estabilidad comprada a expensas de la libertad y la dignidad rara vez vale la pena —responde, su tono firme y decidido.

—Eso es lo que siempre he defendido —le respondo con una sonrisa.

—Ya veo —dice él—. Y lo entiendo. Lo siento, caballeros, pero Lady MacRae elegirá ella misma a su propio esposo bajo sus condiciones.

—No quiero ir en contra de los deseos de nuestro rey —comienza a decir, Jamie, mirando a

Bruce con respeto—, pero los Fraser y los MacRae tienen un acuerdo. Sheena se ha comprometido a demostrarnos que puede aumentar significativamente la producción agrícola y hacer que broten ciertos frutos en invierno, pero si no lo consigue, aceptará ser mi esposa.

Un silencio pesado cae sobre la mesa. Los ojos de todos se vuelven hacia mí, y por un instante, siento la presión del acuerdo pesando sobre mis hombros.

Malcolm, siempre al acecho de una oportunidad para consolidar su posición, aprovecha el momento.

—¿Otro de tus trucos, Sheena?

Caelan no puede evitar fruncir el ceño.

—El único truco que necesita conocer un MacRae es cuándo levantar la espada y cuándo levantar la copa —interviene, su voz dura como el granito de sus montañas.

Mientras las risas y el murmullo de las conversaciones llenan el comedor, me inclino discretamente hacia Caelan, asegurándome de que nuestro intercambio permanezca entre nosotros. Mi corazón palpita con anticipación mientras susurro, sintiendo el calor de su proximidad.

—Y por suerte, sabré hacer ambas cosas bastante bien.

Él se gira hacia mí. Sus ojos están llenos de un brillo canalla que se mezcla con la severidad de su postura.

—Por ahora, diría que aún te falta práctica en ambas, Sheena, así que no te adelantes —me susurra de vuelta, sus labios rozando casi imperceptiblemente el lóbulo de mi oreja, enviando un escalofrío involuntario a través de mi columna.

Sonrío, desafiante y segura, aún en voz baja para que solo él me oiga.

—Bueno, para eso estás tú. Para enseñarme. Aunque, tengo que advertirte, soy una alumna bastante exigente.

Su mirada se intensifica, oscureciendo el gris de sus ojos. Inclina su cabeza, acercándose lo suficiente para que su aliento se mezcle con el mío.

—Entonces, será mejor que ambos nos preparemos, Sheena. Cuando enseño, lo hago a fondo.

Carraspeo, tratando de recobrar la compostura. Los demás siguen inmersos en sus propias conversaciones, ignorantes del tenso intercambio entre nosotros.

—¿Entonces no te parece mal que quiera aprender a defenderme? —pregunto, intentando mantener la calma en mi voz.

Su respuesta es instantánea, y su tono lleva un matiz de desagrado que solo yo puedo

discernir.

—Sí, me parece espantoso, más aún que se lo propusieras a Blair y no a mí.

—Estás… ¿enfadado por eso?

—Sí, lo estoy, y mucho. Además, no entiendo por qué sientes la necesidad de aprender a luchar. ¿No confías en que pueda protegerte?

—No es tu deber protegerme.

—Claro que lo es.

Dejo que la frustración tiña mi voz, aunque mantengo el volumen bajo, consciente de las muchas orejas en la sala.

—¿Y qué sucederá cuando encuentres a alguien a quien desees proteger más que a mí o decidas que tu interés está en que abandone el clan? —La pregunta sale más áspera de lo que pretendía.

Caelan se pasa una mano por el cabello, claramente frustrado.

—Eso no pasará. Sé que en el pasado dije que… Nunca tendrás que abandonar el clan, Sheena. Además, ¿crees que Blair es la solución? ¿Que su enseñanza es lo que te mantendrá a salvo si no estoy yo?

—Se lo pedí a Blair porque confío en él y sí, necesito a un hombre enseñándome a evitar que me violen, por ejemplo, o me secuestren o me fuercen a hacer cosas que no quiero.

—Y me irrita aún más que no veas lo obvio. Para enseñarte a defenderte, Blair tendría que estar muy cerca... físicamente muy cerca.

—¿Supongo? —digo, probándolo.

—¿Y no te importa? Para enseñarte a luchar, tendría que inmovilizarte, apresarte, estar sobre ti.

Levanto la mirada, encontrando la suya, y en un tono que mezcla sarcasmo con seriedad, replico:

—Lo dices como si el contacto físico entre un hombre y una mujer fuera irremediablemente algo impuro que los haga terminar retozando como animales. No sabía que pertenecías a la institución más alta de la moral y la decencia.

Caelan se tensa, su expresión endurecida por la ironía en mi voz.

—No se trata de moralidad, Sheena. Se trata de instinto y emociones que incluso la mejor disciplina a veces no puede contener. No me subestimes, entiendo los riesgos mejor que nadie.

—¿Tienes problemas para controlarte cuando bailas con una mujer, Caelan? Ahí también existe contacto.

—No te das cuenta de lo peligroso que puede ser ese aprendizaje. El combate cuerpo a cuerpo no es un baile, Sheena, es brutal y a menudo personal. No solo física, sino emocionalmente también. Puede que te encuentres enfrentando tus propios miedos, tus límites. —Su voz baja a un tono casi íntimo—. Y en esos momentos, necesitarás más que fuerza bruta.

—Eso es exactamente lo que necesito. No quiero ser tratada como si fuera una flor delicada ni quiero depender de la fuerza de otros para mi seguridad, Caelan. No puedo permitirme ser vulnerable en un mundo donde ser débil es prácticamente una invitación a ser victimizada.

Él me mira, evaluando mi determinación. Hay un momento de silencio entre nosotros mientras las voces y risas alrededor continúan, ajenas a la tensión que se cocina en nuestra pequeña burbuja.

—Muy bien, entonces. —asiente, un brillo de resolución apareciendo en sus ojos—. Prepárate para lo que estás pidiendo, Sheena. Te haré sudar, te empujaré a tus límites y te mostraré de qué estás hecha. No solo te enseñaré a luchar... te enseñaré a sobrevivir.

—Eso espero —respondo con voz firme, aunque mi corazón late a un ritmo desbocado.

Caelan sonríe, una curva de sus labios que parece tanto amenaza como una promesa.

—Y yo espero que estés lista para todo lo que eso implica, Sheena. Porque una vez que comencemos, no habrá vuelta atrás.

«¿Por qué todo lo que hace tiene que sonar tan intenso? A veces, es difícil discernir si estamos hablando con normalidad o de algo sacado de una novela erótica».

Un carraspeo nos saca de nuestro propio mundo, haciéndonos volver a la realidad del comedor lleno de gente. Me doy vuelta para ver a Blair, que nos observa con una mezcla de curiosidad y preocupación. Su expresión indica que ha captado más de nuestra conversación de lo que habíamos previsto.

—¿Todo bien aquí? —pregunta, su voz casual pero sus ojos escudriñando la tensión entre nosotros.

Caelan se endereza, adoptando un tono más formal y distante, aunque la intensidad de su mirada hacia mí no disminuye.

—Todo está bajo control, Blair. Sheena y yo estábamos discutiendo... su entrenamiento.

Blair me mira con una ceja levantada.

—Estás sonrojada —me dice.

—Cállate —le digo lanzándole una mirada fulminante.

—Asegúrate de no romperle ningún hueso, Caelan. Sabes cómo se pone el maestro de armas cada vez que le envías a los principiantes lesionados —dice Blair con tono ligero.

Caelan asiente, pero una sonrisa sarcástica asoma brevemente en sus labios antes de desvanecerse tan rápido como ha aparecido.

—¿Tú también tratas de meterme miedo para que renuncie? —le pregunto, intentando leer su expresión.

Blair se inclina un poco hacia mí, bajando la voz como si compartiera un secreto de importancia crucial. Aunque sus palabras llevan un tono de broma, la seriedad subyacente es palpable.

—Solo quiero asegurarme de que sabes en qué te estás metiendo. Caelan no se anda con rodeos. He visto a hombres con el doble de tu tamaño romper a llorar después de pasar por sus manos. A veces, lo que realmente evalúa es el espíritu.

«Oh, oh. El entrenamiento acaba de perder todo ese aliciente sexy».

Respiro hondo, sintiendo el peso de sus palabras.

—Tal vez, tú, Blair…

—No —interrumpe Caelan. Mi mirada se desvía hacia él, sorprendida por la dureza de su tono—. O conmigo o con nadie.

—Bueno, entonces, parece que todo está decidido. Solo recuerda, Caelan, ella es tan terca como tú. No la empujes demasiado.

«Y volvemos al tono erótico…».

Caelan sonríe levemente con una expresión de regocijo que rara vez se ve en su rostro.

—Esa es la idea, Blair. —Luego, volviéndose hacia mí, añade—: Nos vemos mañana al amanecer, Sheena. Estaré esperando.

—Creo que yo también iré —propone Blair.

—No —responde Caelan de nuevo de forma tajante—. Tú solo supondrás una distracción.

Blair levanta las manos en señal de rendición, una sonrisa resignada asomando en su rostro.

—De acuerdo, de acuerdo. Me mantendré al margen.

Capítulo 21



Lo primero que debes saber es que en Escocia en diciembre hace mucho frío. Sobre todo, para alguien que viene de Fresno. Además, este amanecer aún está plagado de niebla y humedad. Y la ropa no ayuda.

He tratado de ponerme algo más o menos cómodo, pero lo más cómodo que llevaban las mujeres medievales es su desnudez. Los vestidos de esta época son pesados y están llenos de capas y ataduras y... por si fuera poco, no han oído hablar de las braguitas... Claro que, si ellos no llevan nada debajo, ¿por qué lo iba a hacer una escocesa? ¿No?

«La cosa es que durante los enfrentamientos las faldas suben. Lo he visto con mis propios ojos».

—¿A dónde me llevas? —pregunto a Caelan mientras atravesamos el patio del castillo.

Él no responde de inmediato, su figura imponente abriéndose paso a través de la niebla matutina. Siento cómo el frío se cuela por cada rendija de mi vestimenta, pero trato de no temblar. Se gira hacia mí, una sonrisa burlona adornando sus labios mientras contempla mi

atuendo poco práctico para el entrenamiento.

—A un lugar donde el frío y la incomodidad de tu vestimenta serán lo último en lo que pensarás —responde con un tono burlón.

—Ya veo que tu humor mejora a estas horas intempestivas. No esperes lo mismo de mí —le responde y él se ríe entre dientes.



Finalmente se detiene en un claro, rodeado de árboles, lejos de los muros del castillo.

—Aquí es donde comenzaremos. En este lugar no seremos interrumpidos —dice, su voz firme y clara en el aire frío.

Asiento, sintiendo una mezcla de anticipación y nerviosismo. Mientras Caelan coloca unas armas rudimentarias en el suelo, mis pensamientos vuelven a la incomodidad de mi ropa y la falta de preparación para el rigor del entrenamiento.

—Esos vestidos te dificultarán moverte con libertad —observa Caelan, notando mi incomodidad—. Pero aprenderás a adaptarte.

Sus palabras, aunque duras, tienen un propósito. Me obligan a concentrarme, a buscar la fuerza dentro de mí misma. Mientras el frío muerde mis dedos y la humedad penetra mis huesos, me doy cuenta de que esto no es solo una lección de combate. Es una prueba de resistencia, de voluntad. Y estoy decidida a no fallar.

—Lo primero que necesitas saber es cómo mantener tu equilibrio, sin importar qué tan incómoda o inadecuada te sientas. La fuerza no siempre viene del cuerpo, sino de la mente.

—Estoy lista, maestro jedi —le digo con una sonrisa, juntando las palmas de mi mano e inclinándome respetuosamente.

Él me mira con impaciencia. Siento su mano en mi hombro, aplicando una presión rápida y precisa que desequilibra mi centro de gravedad. No tengo tiempo de reaccionar antes de que mis pies pierdan firmeza y mi cuerpo caiga hacia atrás, aterrizando bruscamente sobre el suelo húmedo y frío.

—La primera lección es no subestimar nunca la situación —dice Caelan, su voz cortante mientras me observa desde arriba, su mirada severa pero no carente de una chispa de satisfacción —. Si te tomas esto como un juego, te caerás antes de empezar.

Me levanto, sacudiendo la tierra de mi vestido y tratando de recomponerme. La humedad del suelo ha dejado una marca fría en mi piel, un recordatorio físico de mi falta de atención.

—Entendido —digo, sin permitir que la frustración se asome en mi voz—. No más bromas.

—Bien —responde Caelan—. Ahora, enfócate. Mantén tus pies firmes en el suelo, distribuye tu peso de manera uniforme y deja que tu mente guíe tus movimientos de manera instintiva. Sin pensar.

Asiento, tomando una postura más firme y decidida. Me concentro en las palabras de Caelan, en la necesidad de encontrar equilibrio no solo en mi cuerpo, sino también en mi mente.

Él se acerca nuevamente, esta vez con un gesto más calculado y deliberado. Puedo ver la intención en sus ojos antes de que actúe, pero, aun así, el empujón es inesperado. Su mano se mueve rápidamente, empujando mi hombro con una fuerza controlada pero firme.

Una vez más, pierdo el equilibrio y caigo al suelo, el impacto resonando en mi cuerpo. La tierra húmeda y fría se cuela entre mis dedos mientras me apoyo para levantarme. Siento la frustración hirviendo en mi interior, pero la reprimo, recordándome a mí misma que esto es solo el comienzo.

—Levántate —ordena Caelan, sin un rastro de compasión en su voz—. De nuevo.

Me levanto, sacudiendo la suciedad de mi vestido. Intento ajustar mi postura como él me ha indicado, distribuyendo mi peso de manera más uniforme. Me preparo para el siguiente empujón.

Caelan da un paso hacia mí, y esta vez, su lanzamiento viene desde el lado, haciéndome girar y caer sobre mi costado. El dolor del impacto y la frustración aumentan, pero también lo hace mi determinación.

—Levántate. Una vez más.

Esta vez, Caelan no solo me empuja. Se mueve rápidamente, girando su cuerpo y usando su pierna para barrer las mías. Caigo al suelo, el impacto me deja momentáneamente sin aliento.

—Vamos, Sheena. Muéstrame de qué estás hecha —desafía. Sus palabras son un eco de algo más profundo, algo que trasciende el simple entrenamiento—. Aprender a caer es tan importante como aprender a pelear. Pero más relevante aún es aprender a levantarse. ¿Crees que un hombre que tratara de tomarte esperaría pacientemente a que te pusieras en pie?

Me esfuerzo por recuperar el aliento mientras sus palabras resuenan en mi mente. La dureza de su tono crea una tensión que va más allá de lo físico.

—No, no lo haría —respondo con determinación mientras me levanto del suelo, ignorando el dolor en mis músculos. Me coloco en posición nuevamente, los ojos fijos en los de Caelan.

Él asiente, aprobando mi respuesta. Su mirada intensa no se aparta de la mía mientras se mueve a mi alrededor, evaluando cada detalle de mi postura, cada señal de duda o fortaleza.

—Exactamente. Así que necesitas aprender a levantarte rápido, a no perder el tiempo. Cada

segundo cuenta. —Da otro paso hacia mí, su presencia abrumadora y su voz baja, casi un susurro —. No te daré más tregua, Sheena.

Esta vez me empuja por detrás desde mi espalda. Trastabillo y doy varios pasos antes de caer de rodillas al suelo donde me detengo a coger aire, jadeando.

Antes de que pueda recuperarme por completo, él me gira y estrella mi espalda contra la hierba. Siento su peso sobre mí. Me inmoviliza rápidamente, su cuerpo presionando el mío contra el suelo frío y húmedo. Su aliento caliente roza mi oreja mientras susurra con voz baja y cargada de intensidad:

—¿Ves? Un hombre que tratara de forzarte no te daría tiempo para levantarte. Estaría sobre ti en un instante, como yo ahora.

El peso de su cuerpo sobre el mío, la proximidad, hace que mi respiración se acelere. Mi corazón late con fuerza, y no solo por el esfuerzo físico.

Él sonríe, una curva de sus labios que parece tanto una amenaza como una promesa. Sus ojos no se apartan de los míos mientras presiona más, haciendo imposible cualquier movimiento.

—Muéstrame que puedes liberarte.

Mi corazón late desbocado, una mezcla de adrenalina, miedo y una atracción que no puedo negar. Intento girar mi cuerpo, usar mis brazos para pegarlo, pero él esquiva todos mis golpes con una facilidad frustrante.

—No lo haré fácil para ti —dice, su voz llena de desafío y algo más profundo.

Sigo luchando, tratando de deshacerme de él, pero cada movimiento que hago solo parece fortalecer su agarre. La tensión entre nosotros es casi tangible, una danza de poder y resistencia que me deja sin aliento.

Intento moverme bajo su peso, pero es imposible. Caelan es implacable, su agarre firme y su cuerpo inmovible. La frustración y la impotencia amenazan con abrumarme, sin embargo, me obligo a concentrarme, a pensar en cada pequeño movimiento que podría hacer.

—Vamos, Sheena. Esto es lo que enfrentarás en el mundo real. No habrá segundas oportunidades. —Su voz es un susurro grave, la intensidad de su proximidad enviando ondas de calor y tensión a través de mí.

En un último intento desesperado, trato de darle una patada entre las piernas, pero él anticipa el movimiento y sujeta mi pierna con firmeza y la presiona contra el suelo, su cuerpo atrapando el mío en una prisión inamovible.

—Eso es mejor, aunque todavía no es suficiente —murmura, su aliento caliente contra mi piel fría.

Cada vez que intento moverme, su cuerpo se ajusta, manteniéndome inmovilizada. La

mezcla de fuerza y proximidad es abrumadora, creando una sensación de vulnerabilidad y deseo que me consume.

—¡Maldito abusón! —exclamo desesperada.

—Un abusador de verdad ya tendría su mano sobre tus pechos —dice, su voz baja y cargada de una intensidad que me envuelve.

Sujeta mis manos con una de las suyas por encima de mi cabeza y los dedos de la otra juegan con el escote de mi vestido sobre la curva de mis senos que asoma por él.

Me muevo bruscamente y él se sujeta de la tela haciendo que se desgarre y uno de mis pezones asome por la brecha. Esto nos sorprende a los dos. Nos quedamos inmóviles e instintivamente antes de que él pueda actuar le doy un bofetón en la mejilla que suena como un látigo.

—Lo siento —digo inmediatamente, sobrecogida por mi reacción.

Él me mira con burla.

—¿Le pedirías perdón al hombre que acaba de romper tu vestido, Sheena? ¿Qué trata de violarte?

Sus palabras me golpean con la fuerza de un puñetazo. La realidad de la situación, la crudeza de su enseñanza me hace consciente de lo real y peligroso que podría ser este escenario.

—No —respondo, mi voz firme a pesar del temblor en mi cuerpo.

—Entonces lucha —dice él, su tono desafiante.

Capítulo 22



La intensidad del momento, la mezcla de deseo y miedo me inunda. Sigo luchando, tratando de liberarme, mis movimientos más desesperados y decididos.

Caelan vuelve a inmovilizar mis dos muñecas con una mano mientras la otra se mueve con una seguridad aterradora. Sus dedos rozan mi piel recién expuesta, enviando una corriente de calor por mi cuerpo y, con un gesto firme, apartan la tela completamente para dejar mi seno expuesto.

Pone su mano sobre él y lo presiona con fascinación, explorando con una curiosidad que roza lo prohibido. Yo me quedo inmóvil, la respiración contenida, cada célula de mi cuerpo hiperconsciente de su contacto.

Su rostro está tan cerca del mío que puedo ver cada detalle de sus ojos: el fuego oscuro de la pasión mezclado con el frío acero del desafío. La proximidad de su cuerpo, la fuerza de su agarre, todo se combina en una mezcla abrumadora de poder y atracción. Y esta vez, cuando se aprieta más contra mi cuerpo, ajustándose para mantenerme inmóvil, siento su erección perfectamente delineada contra mi muslo.

—Caelan… —susurro, mi voz es un eco de la confusión y la atracción que me consume, mientras mi mente lucha por mantener la línea entre la realidad y el juego peligroso que estamos interpretando.

—No soy Caelan. Soy tu agresor y estoy tratando de tomarte a la fuerza, Sheena. No deberías querer que sea suave contigo. —Su voz es un gruñido bajo, lleno de un deseo oscuro y una promesa implícita de dominación.

Sus palabras son un recordatorio punzante de nuestra realidad fabricada, diseñada para enseñarme a defenderme, pero la línea entre la lección y algo más se borra con cada roce. Mi cuerpo reacciona de manera instintiva, la mezcla de miedo real y deseo inesperado me hace temblar bajo su tacto.

Intento reunir mis fuerzas, intento recordar que esto es un entrenamiento, que debo luchar, no ceder. Con un esfuerzo desesperado, logro liberar una mano y la empujo contra su pecho, tratando de crear distancia entre nosotros. Pero Caelan captura mi muñeca de nuevo con facilidad, su risa baja y peligrosa cerca de mi oído.

—¿Realmente crees que podrías detener así a alguien que quiere hacerte daño, Sheena? —pregunta, su aliento caliente contra mi piel haciendo que me estremezca.

En un último intento por retomar el control, trato de usar mi pierna para desestabilizarlo, pero él se anticipa y refuerza su posición. Su cuerpo es un escudo inquebrantable sobre el mío.

En su boca se dibuja una sonrisa sombría, y de repente, baja la cabeza y atrapa mi pezón entre sus labios, succionando con una intensidad que arranca un gemido de mi garganta antes de que pueda contenerlo.

La sensación me atraviesa como un rayo, mezclando dolor con placer de una manera que nubla mi juicio. Mis manos, libres una vez más, se aferran a él, tirando de su cabello instintivamente.

Su lengua se mueve por mi pezón, lo lame como si fuera un caramelo dulce que acaba de descubrir, explorando cada contorno con una avidez que envía oleadas de calor a través de mi cuerpo. La presión de su boca aumenta ligeramente, incrementando la intensidad y mi espalda se arquea y empujo mi cuerpo contra el suyo, buscando alivio y más contacto al mismo tiempo.

Mis manos, aún enredadas en su cabello, tiran de él más cerca, una parte de mí deseando detenerlo y la otra queriendo perderse por completo en la sensación abrumadora. Caelan responde al tirón, su cuerpo ajustándose para presionar más firmemente contra mí. Su otra mano se desliza por mi costado, sus dedos encuentran la curva de mi cadera y la sostiene con firmeza, casi como si quisiera fundir nuestros cuerpos en uno solo.

—Caelan... —Mi voz es un susurro roto, mezcla de protesta y rendición.

Él levanta la cabeza para mirarme, sus ojos ardiendo con una intensidad febril que me hace cuestionar dónde termina el juego y dónde comienza algo más real y peligroso. Su aliento

calienta mi piel húmeda, y sus palabras son un susurro áspero que roza mi conciencia.

—Dime que quieres que pare, Sheena, y lo haré —Su voz es un desafío, sus ojos escudriñando los míos en busca de una señal—, sino sigue luchando.

La ambigüedad de mis propios deseos me deja paralizada por un momento. La línea entre nuestro juego y la realidad se ha difuminado tanto que cada respiración parece un cruce de fronteras. Luchando por recuperar algún sentido de control, intento empujarlo, pero mi esfuerzo es débil y vacilante.

Caelan no se mueve, esperando mi decisión, su cuerpo todavía un escudo dominante sobre el mío. La tensión en el aire es palpable, cada segundo estirándose hasta que finalmente, con un suspiro tembloroso, murmuro:

—No pares.

Su mano tira aún más del escote de mi vestido, dejando mi pecho completamente al descubierto. En un acto de resistencia instintiva, le araño la mejilla, intentando apartarlo. La sangre comienza a correr por su cara cuando levanta la cabeza para mirarme, y entonces, de forma abrupta, estrella su boca contra la mía.

El beso es feroz, una mezcla de dolor y deseo, como dos fuerzas de la naturaleza chocando. Sus labios son insistentes, y su lengua busca la mía en un baile de poder y sumisión, sus dientes se arrastran por mi carne y me muerde.

El sabor metálico de su sangre se mezcla con el calor de su boca, marcando el beso con un sello de intensidad que hace difícil respirar.

Me resisto al principio, pero la ferocidad de su beso y la forma en que su mano sostiene firmemente mi cara me obligan a ceder, a responder con igual pasión. Mis manos ahora exploran su espalda, aferrándose a él, tirando de su cuerpo más cerca.

Caelan suelta mi boca para trazar con sus labios un camino ardiente por mi mandíbula hasta mi cuello, donde succiona y muerde suavemente, marcando mi piel con signos de su posesión. Su otra mano, aún sobre mi pecho, juega con el pezón expuesto, pellizcándolo entre sus dedos, provocando oleadas de placer que recorren mi cuerpo.

Su mano comienza a moverse bajo mi vestido, subiendo entre mis muslos con una osadía que enciende un fuego dentro de mí. Cada caricia es deliberada, cada toque una promesa de más intensidad por venir. Mientras su mano se desliza más arriba, mi cuerpo responde con un temblor incontenible, la anticipación me hace cerrar los ojos y arquear la espalda, buscando más de su contacto.

—¿Vas a rendirte? —insiste él, su voz ronca cargada de un deseo palpable.

—No, claro que no —le digo, con voz temblorosa y un gemido cuando sus dedos encuentran mi sexo.

La determinación se mezcla con el deseo, alimentando mi resistencia y mi voluntad de seguir en este juego peligroso y excitante.

Su toque es directo y sin reservas, explorando con una familiaridad que roza lo prohibido. Él mantiene una de mis piernas presa bajo una de sus manos, obligándome a abrirme para él mientras el dedo de su otra mano comienza a deslizarse más adentro, tocando puntos que arrancan gemidos sofocados de mis labios.

Mientras tanto, su boca regresa a la mía, su beso ahora más profundo, más exigente. Su lengua danza con la mía en un tango apasionado y desesperado. Puedo saborear su sangre y la mía aún, el sabor metálico, mezclándose con la urgencia de su deseo.

Su mano no cesa en su exploración, ahora con movimientos más audaces, más enfocados, llevándome al borde de un abismo de placer.

Con cada caricia, con cada compresión de sus dedos, la línea entre luchar y sucumbir se vuelve borrosa. Mi cuerpo responde a él con una honestidad cruda, cada toque suyo desencadenando una cascada de sensaciones que me empujan hacia un precipicio de entrega.

—Caelan, por favor —murmuro, la mezcla de necesidad y resistencia me hace girar la cabeza, buscando aire, buscando claridad.

Él pausa, su aliento caliente contra mi oreja.

—¿Quieres que pare ahora? —pregunta, dando a la palabra «pare» una carga de significado que trasciende nuestro juego.

Respiro hondo, intentando recobrar algún control sobre mis sensaciones, sobre la situación. Pero cada fibra de mi ser grita en conflicto.

—No —confieso, finalmente, mi voz apenas un susurro.

Caelan pausa momentáneamente, el aire entre nosotros cargado con una tensión palpable. Luego, lentamente, comienza a soltar su cinturón, el que mantiene su tartán ceñido a su cintura. El cuero cae con un susurro suave contra el suelo del bosque, y él libera su miembro, revelándolo ante mí con una confianza que bordea la arrogancia. La visión es cruda, intensamente masculina, y no puedo apartar la mirada.

—Sheena, ahora mismo tiemblo más de lo que lo he hecho ante ningún enemigo... —susurra él, su voz ronca teñida de una vulnerabilidad que no esperaba de él.

«Con esas palabras es muy posible que este hombre me arrastre a un pantano emocional del que no podré escapar nunca».

En el aire frío del amanecer, la tensión entre nosotros se convierte en una electricidad palpable que parece cargar cada hoja y cada susurro de viento en el claro aislado.

—Todavía no me he rendido —le digo con provocación.

El desafío brilla en sus ojos, una chispa de algo salvaje y sin refrenar. Con un movimiento deliberado y fuerte, él coge una de mis piernas por debajo de la rodilla y la eleva alrededor de su cintura. Nuestros cuerpos están alineados, la punta de su sexo encuentra el mío.

Nos quedamos así, suspendidos en un momento de intensa expectación, ninguno de los dos se mueve para consumar el acto.

El aire entre nosotros vibra con la promesa de lo que podría suceder, pero también con la incertidumbre de lo que aún no ha ocurrido. Nuestra respiración se mezcla, rápida y superficial, y el mundo exterior se reduce a este instante, a este contacto íntimo y cargado.

Mueve suavemente su glande a lo largo de mis labios, extendiendo la humedad, pintando con un toque tan deliberado que cada movimiento es una nueva oleada de anticipación que se intensifica.

—¿Y ahora? —Su voz gruesa corta el aire, vibrando con una mezcla de desafío y deseo palpable al oírme jadear—. ¿Te rindes?

La pregunta me hace temblar bajo su agarre, pero el orgullo se aferra a mí tan férreamente como su mano en mi pierna, pese a las pocas fuerzas que me quedan para luchar contra este deseo por él que me consume.

—No me rindo —consigo decir con un susurro tembloroso que contradice la firmeza de mis palabras. Mi respuesta es tanto una declaración de intenciones como un reconocimiento del poder que Caelan ejerce sobre mí en este momento suspendido entre el control y la rendición.

Él sonríe ante mi desafío, y ese gesto, simple, pero profundamente significativo, envía un escalofrío a través de mi cuerpo. No es una sonrisa de victoria, sino de profundo respeto y deseo mutuo, una sonrisa que dice que valora mi lucha tanto como anhela mi entrega.

Entonces, aumentando la tensión, él se inclina, su aliento caliente contra mi oído.

—Entonces luchemos, Sheena —murmura, y su voz promete tanto castigo como placer.

Con una lentitud tortuosa, inicia un movimiento más deliberado, su glande deslizándose aún más, cruzando la frontera de mis labios y haciendo una presión insistente pero controlada en la entrada de mi sexo.

Mientras me penetra con una lentitud tortuosa, puedo sentir cada detalle: el grosor que estira y llena, la firmeza que promete tanto castigo como éxtasis, las venas engrosadas que pulsan con cada latido feroz de nuestros corazones, el calor que se propaga no solo en mi cuerpo sino también a través de mi ser. La sensación es tan intensa que parece como si mi alma estuviera abandonando mi cuerpo, elevándose en un estado de éxtasis puro mientras él sigue moviéndose dentro de mí.

Caelan me mantiene fija bajo su intenso escrutinio, observando cada matiz de mi respuesta mientras continúa su lenta conquista.

Mi respiración se convierte en jadeos cortos, cada uno más cargado de necesidad que el anterior. Él avanza, retirándose apenas antes de volver a adentrarse, cada penetración más profunda que la anterior, arrastrándome hacia un abismo de sensaciones que oscilan entre el exquisito placer y la abrumadora intensidad.

—Quiero que recuerdes esto, que sientas cómo te lleno completamente —susurra Caelan, su voz baja y sedosa es casi un ronroneo que reverbera a través de mi ser

Caelan, sintiendo mi entrega, adapta su ritmo, alternando entre la lentitud tortuosa y estocadas más firmes y rápidas que desafían mi capacidad de mantener cualquier razonamiento coherente.

Sus manos se apoyan en mis caderas, guiando nuestros movimientos con una intensidad que bordea el límite entre el control y el abandono total.

—¿Te rindes ahora? —pregunta él de nuevo, pero esta vez su tono es suave.

Sonrío.

«Como si hubiera tenido alguna oportunidad».

—Sí —respondo, la entrega en mi voz reflejando la profundidad de mi rendición. Es una rendición a la pasión que nos consume, a la conexión que nos transforma.

Él acelera, y con cada movimiento, me empuja hacia el borde de un precipicio del que ya no deseo regresar. Mi mundo se estrecha hasta centrarse únicamente en las sensaciones que él evoca, en el clímax que se avecina, tumultuoso y brillante como una estrella fugaz.

Finalmente, el orgasmo rompe sobre mí con la fuerza de una marea imparable. Es un estallido de luz y calor que barre cualquier vestigio de resistencia, llevándome a un lugar donde solo existimos Caelan y yo.

Con un último movimiento profundo y decisivo, nos llevamos al borde, hacia un placer que rompe sobre nosotros como una ola incontenible. Es un clímax que nos deja temblando, sudorosos y entrelazados, una afirmación de vida y conexión en su forma más cruda y bellamente humana.

Caelan colapsa sobre mí, su pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración entrecortada. Su aliento caliente contra mi cuello y su mano descansando sobre mi pecho como si allí hubiera encontrado su lugar más natural y reconfortante en el mundo.

—Nunca volveré a subestimar tus técnicas de entrenamiento —murmuro con una sonrisa cansada pero profundamente satisfecha, sintiendo el peso agradable de su cuerpo contra el mío.

Una risa suave resuena en su pecho, vibrando contra mi piel.

—Me alegra que las valores. Esta es una técnica nueva —dice, su voz baja y llena de un

matiz juguetón. Siento su sonrisa en la piel de mi cuello cuando sus dientes se arrastran ligeramente por ella, enviando un estremecimiento a través de mí. La sensación es íntima, un poco traviesa, y profundamente personal.

—Es bueno saber que no sueles utilizarla con tus hombres. No sé cómo se lo tomarían —le respondo con burla, elevando una ceja en una expresión desafiante pero divertida.

Caelan se ríe, un sonido bajo y atractivo que reverbera a través de ambos.

—Puedes estar segura, Sheena, de que no hay nadie más con quien preferiría practicarla.

Su confesión es un auténtico regalo. Lo más dulce y perfecto que me han dicho nunca. Y en ese momento, siento algo dentro de mí cambiar, una decisión se forma, tan clara como el aire fresco que nos rodea.

«Carpe diem».

Este instante, este hombre, esta extraña y hermosa casualidad, no es algo que se encuentre todos los días. No hay nada de malo en que me permita simplemente ser, tomar el día y cada momento precioso que nos ofrece, sin miedo al mañana o al final de una novela que no es amable con mi personaje.

—Entonces asegúrate de que siga siendo interesante —respondo, mi tono ligero pero cargado de implicaciones—. Porque, Caelan, no soy de las que se conforman con lecciones mediocres.

Él sonríe, una de esas sonrisas que llega a sus ojos, iluminando su expresión con un brillo de alegría genuina y satisfacción. Se inclina hacia delante, cerrando la distancia entre nosotros, y su siguiente beso es más suave.

Mientras sus labios se mueven contra los míos con una mezcla perfecta de pasión y ternura, siento que todo lo demás pierde importancia.

—Tal vez para la próxima vez podríamos buscar un lugar menos apartado —sugiere él con un tono ligero— o nunca conseguirás aprender.

—Incluso es posible que Blair sea de ayuda —añado

—Sí, supongo que sería prudente evitar estar solos... —advierte con un dejo de seriedad mezclada con una pizca de ironía.

—Y nadie puede enterarse de esto —digo, marcando cada palabra con un peso que subraya la gravedad de nuestra situación.

Caelan me mira fijamente, sus ojos oscureciendo un poco.

—No somos hermanos, Sheena —recalca, como si eso explicara y complicara todo a la vez.

—Lo somos ante los demás —comienzo a decir, luchando por encontrar las palabras

adecuadas que podrían pintar la complejidad de nuestra situación—. Imagina lo que pensarían los demás si se enterasen. Te perjudicaría, ¿un Laird que no sabe controlar sus impulsos ni respetar a la familia? ¿Qué seduce a su inocente hermana? Malcolm lo utilizaría para poner a la gente en tu contra.

Hago una pausa, la realidad de nuestras acciones y sus posibles consecuencias, asentándose más profundamente en mi mente.

—Y no solo Malcolm —continúo, mi voz un susurro casi conspirativo—. Piensa en Jamie y los Fraser. Se sentirían traicionados, como si hubiésemos jugado con su confianza. No solo pondríamos en peligro nuestra posición, sino que también podríamos fracturar alianzas críticas.

Caelan asiente lentamente, su expresión sombría ante el panorama que describo. Se pasa una mano por el cabello, claramente preocupado por la potencial cadena de eventos que esta indiscreción podría desencadenar.

—¿Qué mierda de situación es esta? —repite, casi para sí mismo, la voz cargada de irritación y un toque de incredulidad—. Estamos atrapados entre lo que queremos y lo que debemos hacer por el bien de todos. Blair me lo advirtió, pero nunca pensé que algo tan personal pudiera tener implicaciones tan amplias.

Su mano deja de juguetear con su cabello y baja con lentitud, como si el peso de nuestras decisiones le abrumara físicamente.

Se sienta en el suelo del bosque, gesto que lo hace parecer más accesible y humano.

—En serio, debemos ser cautelosos —le digo—. No podemos darnos el lujo de ser imprudentes y dejar que algo así a plena luz del día y sin control vuelva a ocurrir.

—Lo sé.

Me siento a su lado y enmarco su rostro con mis manos, buscando en sus ojos algún signo de entendimiento y compromiso. En respuesta, él vuelve a besarme, un gesto tierno que pronto escala con la urgencia y la pasión que siempre ha marcado nuestra relación.

El beso se intensifica rápidamente, y antes de que nos demos cuenta, la cautela que habíamos prometido mantener se desvanece en el calor del momento. Caelan me tumba en el suelo, su cuerpo presionando el mío, con una nueva erección evidente entre nosotros. El ritmo de nuestro corazón se acelera, y por un momento, estamos a punto de dejarnos llevar por la pasión una vez más.

—Acabamos de decir que... —comienzo, recordándonos a ambos las consecuencias que podríamos enfrentar.

—Sí, sí —repite Caelan, pero su voz se desvanece en un murmullo mientras sigue besándome con una intensidad que dice más de lo que cualquier palabra podría expresar. Su beso es profundo, casi desesperado, como si cada contacto pudiera ser el último.

La tensión se construye, irresistible, inevitable.

Y entonces, sucede y yo dejo que sea así, abriendo mis piernas para él y dejando que se acomode entre ellas.

—¿Que no sé controlar mis impulsos y he seducido a mi inocente hermana? —repite con tono ronco cargado de ironía. Luego, con una ceja levantada, añade—: Tú no tienes nada de inocente, Sheena, ¿quién es el seductor aquí? —insiste.

Vuelve a entrar en mí, ahora de forma más brusca y contundente. Su embestida es facilitada por la humedad que aún queda de nuestro encuentro previo, pero eso no la hace menos intensa.

El movimiento es rápido, un deslizamiento que nos hace jadear a ambos, una conexión profunda que borra cualquier pensamiento coherente más allá del aquí y el ahora.

El mundo se reduce a la sensación de él moviéndose dentro de mí, cada empuje reavivando el fuego que habíamos intentado apagar solo momentos antes. El sonido de nuestra respiración y los susurros del bosque se mezclan en un coro primal, marcando el ritmo de nuestros cuerpos entrelazados.

Caelan me mira, sus ojos oscuros llenos de una pasión que refleja la mía. En ese momento, cualquier idea de precaución o moderación se desvanece, reemplazada por la necesidad cruda y el deseo profundo de estar uno con el otro en la forma más fundamental.

«Supongo que algunas batallas se disfrutan más cuando se pierden».



Al regresar al castillo, nos encontramos con una escena inesperada. La comitiva de Robert Bruce está preparada para partir, y todos los presentes nos miran anonadados. Blair, con los ojos abiertos como platos, parece que se le van a salir de las cuencas.

—Pero qué... —comienza a decir, solo para detenerse bruscamente—. No, prefiero no saberlo.

El propio Robert Bruce, con una amplia sonrisa en su rostro, observa la situación con evidente diversión. Yo, con el vestido roto, que trata de mantener en su sitio, el labio mordido y marcas evidentes en el cuello y el escote, y Caelan muestra diversos arañazos y golpes. La imagen es más que elocuente.

Caelan se inclina ligeramente, sin perder la compostura.

—Estoy enseñando a Sheena a defenderse en cualquier situación, mi señor.

—Siempre podemos contar con los MacRae para mantenernos entretenidos —añade Bruce,

con una sonrisa amplia—. Está claro que hay más de un salvaje entre los MacRae.

La risa que sigue al comentario de Bruce se extiende por la comitiva. Es una reacción inesperada que, en lugar de avergonzarme, me hace sonreír con complicidad.

«Sin duda, este entrenamiento ha sido... memorable».

Capítulo 23



Revuelvo entre los papeles y las cuentas del clan, intentando desenredar el caos financiero en el que estamos sumidos.

La pequeña habitación en la que me encuentro está abarrotada de documentos viejos, pergaminos enrollados y libros de cuentas desordenados. Nunca imaginé que me encontraría inmersa en esta maraña de números y registros, pero aquí estoy, tratando de descubrir dónde se fue todo el dinero.

—¿Todo en orden, lady Sheena? —pregunta Alistair, el senescal del castillo. Es un hombre mayor, con arrugas profundas en su rostro, pero ojos que aún brillan con astucia y preocupación.

—No lo sé, Alistair —respondo, suspirando mientras dejo caer un libro de cuentas sobre la mesa—. Parece que estamos más endeudados de lo que pensaba. Cada vez que creo haber encontrado una solución, surge otro problema.

Alistair asiente, con una expresión grave, y se acerca para revisar los documentos conmigo.

—Estas deudas no son nuevas, milady. Vienen acumulándose desde hace años, antes de que

tu madre se casara con el Laird MacRae.

—Pero hay algo que realmente me inquieta —digo, mostrándole un pergamino viejo—. Este documento menciona un préstamo considerable de los Fraser para reparar las murallas del castillo. Sin embargo, nunca se usó para ese propósito y no hay registros que indiquen dónde se utilizó ese dinero.

Alistair se pone nervioso, sus manos tiemblan ligeramente.

—Yo no he tocado una moneda que no me perteneciera, milady. Pero... —titubea, mirando a su alrededor como si temiera ser escuchado—. Tu madre hacía gastos enormes y el laird se lo permitía todo. Las compras extravagantes, los viajes, los regalos costosos... Todo se registraba bajo conceptos generales, pero el dinero nunca llegó a su destino original.

—¿Estás diciendo que se usó el préstamo de los Fraser para gastos personales? —pregunto, incrédula.

Él asiente lentamente, evitando mi mirada.

—Es probable que parte de ese dinero se haya desviado. He tratado de mantener los registros claros, pero hay huecos difíciles de explicar. Tu madre tenía gran influencia sobre el Laird y él nunca le negaba nada.

—No es posible que los caprichos de una sola persona consuman las reservas de un clan entero —afirmo, más para mí que para él.

Alistair me mira con resignación.

—Lo comprendo, milady, y en cualquier otro hogar estaría de acuerdo con usted. —Sus palabras salen lentas, medidas—. Pero no estamos hablando de caprichos menores o de una compra impulsiva de joyas. Estamos hablando de sumas que podrían sostener a familias enteras durante años. Fiestas que duraban semanas, regalos para dignatarios que nunca ofrecieron nada a cambio, proyectos de construcción que comenzaban y se abandonaban sin más.

»El laird estaba tan enamorado que cerraba los ojos ante el desfalco. Además, hemos enfrentado la tormenta perfecta de infortunios, milady. Los impuestos de la corona inglesa han sido exorbitantes en estos tiempos, y han drenado mucho de nuestros recursos. Además, los campesinos que normalmente cultivan nuestros campos han sido frecuentemente enviados a la guerra, dejando nuestras tierras sin manos que las trabajen y las cosechas han sido pésimas —explica con una voz que denota su frustración con la situación política y social que enfrentamos—. Estamos a las puertas de una época de hambruna y miseria en Escocia.

—Gracias, Alistair, por hacerme ver todo el panorama —digo, sintiendo cómo la ira inicial da paso a una determinación renovada—. Si vamos a salvar al clan, necesitaremos abordar todos estos problemas, no solo el gasto excesivo.

Alistair asiente, aliviado y sorprendido de que entienda la situación. Parece que acabo de quitarle de encima diez años.

—Lo primero que debemos hacer es intentar obtener dinero líquido. Todo lo que no sea absolutamente necesario como joyas, vestidos, cristalería, muebles, cuadros o tapices será vendido.

Él asiente, pero no puede ocultar una expresión de sorpresa mezclada con cierta inquietud. Sus ojos se estrechan ligeramente, evaluando mi solución con un toque de asombro.

—Es... inusual, milady, ver a una dama tomar tal control sobre los asuntos financieros del castillo, especialmente con tal firmeza —comenta, ajustándose de nuevo su chaqueta—. Pero es refrescante, debo admitirlo. Es evidente que ahora os tomáis muy en serio el bienestar de nuestro clan.

—Mejor tarde que nunca —le digo sin más explicaciones—. Hagamos un inventario de todos los bienes que podrían venderse.

—Debo advertiros que vender estos bienes podría ser visto como un signo de desesperación por parte del clan. Podría debilitar nuestra posición ante otros clanes y aliados.

—Lo sé, Alistair —digo, sintiendo el peso de cada decisión—. Pero es un riesgo que estamos obligados a aceptar. No podemos enfrentar una hambruna o peores problemas financieros por temor a cómo nos percibirán los demás. Nuestra prioridad es asegurar que tengamos suficiente para pasar el invierno y pagar lo necesario para mantener el clan a flote.

Una vez sola, me permito un breve momento para reflexionar sobre el papel que he asumido. Bueno, si esto fuera una película, ya estaría sonando una música inspiradora de fondo mientras la cámara capta mi mirada decidida hacia el horizonte. Pero no, esto es la vida real, *«más o menos»* y la única música que tengo es el crepitar de la chimenea y el sonido de mi propio suspiro resignado.

Sé que algunos en el clan podrían levantar una ceja (o dos) al ver a una mujer tomando decisiones tan críticas sobre nuestras finanzas y futuro.

—¿Una mujer haciendo qué? —se preguntarán en voz baja mientras intercambian miradas en las sombras que arrojan las antorchas. Pero, sinceramente, no es momento para dudar y mis capacidades del siglo XXI pueden bien enseñarles un par de trucos nuevos.

A fin de cuentas, si puedo sobrevivir a los términos de servicio de cualquier aplicación de móvil sin leerlos, seguro que puedo manejar unos cuantos libros de cuentas medievales.

«Además, ¿quién mejor para administrar las finanzas de un clan entero que alguien acostumbrada a equilibrar el presupuesto de una vida moderna? Aquí no hay tarjetas de crédito, ni compras compulsivas en línea, solo buen viejo oro y plata... y un montón de deudas, claro».

Y si las cosas se ponen realmente complicadas, siempre puedo amenazar con traer al escenario un par de inventos del futuro, como la educación universal o, ya sabes, la democracia.



Con una pila de trozos de tela roja en mano, me dirijo por los pasillos del castillo junto a Alana y Alistair. La misión es clara: marcar todo lo que pueda ser vendido para sanear las cuentas del clan. Mientras Alistair avanza con decisión, examinando cada objeto con la seriedad de un guardián del tesoro, Alana sigue a regañadientes, arrastrando los pies de una manera que podría ganar un premio a la pereza.

—Vamos, Alana, no es momento para paseos lentos. Necesitamos tu agudeza para identificar qué más podríamos vender —digo, tratando de inyectar algo de energía en su paso.

Ella me lanza una mirada que es mitad exasperación, mitad diversión, y susurra lo suficientemente bajo para que solo yo la oiga:

—Sheena, ¿vender cosas? Eso suena sospechosamente a trabajo duro.

—Piensa en esto como un juego —sugiero con una sonrisa—. Cada pieza de tela roja que coloques es un punto menos en nuestra deuda. ¿Quién sabe? Tal vez incluso podrías evitar más trabajo en el futuro si reducimos lo suficiente nuestras deudas.

Alana, elevando una ceja, coge un trozo de tela y lo coloca con dramatismo sobre la armadura de un caballero expuesta en el pasillo.

—Muy bien, vendemos al caballero también —comento, riendo—. Seguro que no se quejará.

Alana sonríe divertida y murmura:

—Sí, aunque dudo que alguien pague por él. Está un poco oxidado.



Continuamos nuestra labor por las habitaciones, con Alana ocasionalmente intentando colocar la tela en objetos absurdos como una vieja escoba o un jarrón roto, solo para hacerme reír.

Alistair, por su parte, sigue metódico, aunque cada tanto mira a Alana con resignación.

—Apostaría que podríamos vender ese viejo retrato de ese hombre sin que nadie se diera cuenta. Ni siquiera sonríe en la pintura. ¿Quién querría eso colgado en su sala? —bromea, señalando hacia un retrato de aspecto sombrío que parece juzgarnos desde la pared.

Río ante su comentario y veo cómo Alistair, que nos ha escuchado, sacude la cabeza, pero

no puede ocultar una sonrisa fugaz.

—No creo que su venta cubra más que una migaja de pan —respondo, y ella ríe, moviéndose ahora con un poco más de propósito.

Me quedo mirando el cuadro. Mientras Alana se adelanta un poco, marcando otro viejo candelabro de hierro con su trozo de tela roja, me quedo atrás, contemplando el retrato con curiosidad creciente. El hombre en la pintura tiene una expresión severa, casi como si desaprobara nuestras acciones desde su marco dorado.

—Alistair, ¿sabes quién es este? —pregunto, señalando al retrato. No lleva los colores de los MacRae, y algo en su mirada me dice que no es solo un pariente lejano olvidado.

El hombre se acerca, ajustando sus gafas antes de examinar la imagen.

—Ah, ese es William Douglas. Vuestro padre.

Al escuchar la revelación de Alistair, siento cómo el aire se vuelve denso a mi alrededor. Mis ojos se clavan en el retrato con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Mi padre? —No recuerdo haber oído su nombre antes.

Alistair asiente con solemnidad, percibiendo la conmoción en mi expresión.

—Sí, milady. Cuando vuestra madre se casó con el Laird MacRae, trajo consigo este retrato. Era una manera de mantener cerca a su primer esposo, vuestro padre, aquí en un nuevo hogar. No se habla mucho de él para evitar revivir viejos dolores.

Mis dedos tocan el marco del retrato, trazando las líneas gastadas por el tiempo. Tantas preguntas comienzan a formarse en mi mente, no hay nada de esto explicado en la novela. Supongo que, en una novela romántica, los pormenores de un clan endeudado o los origines de la villana no tienen importancia alguna.

—¿Por qué nunca me habló de él? ¿Había algo en su historia que necesitaba ser ocultado? —Las preguntas se deslizan sin que pueda detenerlas.

Alistair suspira, claramente incómodo, con el territorio emocional en el que hemos entrado.

—No estoy seguro de todos los detalles, milady. Vuestra madre guardaba muchos secretos. Pero puedo decir que William Douglas era un hombre respetado. Un noble de las tierras bajas.

—¿Un noble? —pregunto con una ceja alzada.

—Sí, milady, era conde. El Conde de Selkirk, para ser precisos —responde Alistair, percibiendo el cambio en mi tono de voz, uno de curiosidad mezclada con un creciente interés estratégico—. Es un título considerable y con él venía no solo responsabilidad, sino también considerable riqueza.

—¿Y qué pasó con esa riqueza? ¿Quiénes son sus herederos varones? —Las palabras salen

rápidas, mi mente trabajando a toda velocidad. En esa época, la herencia solía pasar directamente a los varones más cercanos de la familia, dejando a menudo a las mujeres en una situación mucho menos favorable.

Alistair se ajusta el cuello de su camisa, claramente sintiendo el peso de la conversación.

—Cuando vuestro padre falleció, la mayor parte de sus tierras y riquezas fueron heredadas por su hermano menor, quien, por desgracia, no tenía la misma estima por vuestra madre que William había tenido. Vuestra madre fue dejada con poco más que este retrato y algunos recuerdos personales. El actual conde es un hombre duro y no veía con buenos ojos la relación que ella tenía con él.

—¿Y todo eso no pasó a mi madre cuando se casó con el Laird MacRae? ¿No intentó él reclamar algo de esa herencia para el clan? —insisto, intentando entender cómo las decisiones y relaciones pasadas de mi madre habían configurado nuestro presente.

—El Laird MacRae lo intentó, sí, pero los asuntos de las tierras bajas son complicados y las leyes de herencia aún más. Además, el actual conde se aseguró de que los documentos legales fueran sellados y las tierras bien aseguradas bajo su nombre. Vuestra madre, aunque casada en un poderoso clan de las tierras altas, tenía poco poder para reclamar lo que por derecho sentimental podría haber sido considerado suyo.

—Así que, básicamente, nos quedamos sin nada de lo que podría haber sido un apoyo considerable en estos tiempos —murmuro, frustrada y resignada por una situación verdaderamente injusta.

Alistair continúa, con una voz llena de tacto, pero no exenta de realismo:

—Lo más probable, con todos mis respetos, es que su madre se lo hubiera gastado, milady. —Su tono es gentil, pero las palabras suenan duras en mi cabeza.

—Puede que sí o tal vez se cansó de no tener control sobre nada y se rebeló contra eso, haciendo buen uso de lo que disponía —la defiendo sin darme cuenta.

Miro el retrato con una mezcla de emociones, y no puedo evitar sentir un vínculo extraño con ese hombre.

Con suavidad, toco el marco del cuadro, mis dedos recorren la madera antigua con respeto. No es mi verdadero padre, pero siento el peso de su ausencia y lo que podría haber sido. Estoy acostumbrada a perder figuras parentales y a mendigar el afecto que nunca tuve, creciendo de casa en casa.

Al pasar la mano por el borde del cuadro, noto algo inusual: una pequeña pestaña camuflada en el intrincado diseño del marco. Con cuidado, la presiono, y con un leve clic, se abre un compartimento secreto.

«¡Qué guay!».

Mi corazón late con fuerza mientras observo el cajón oculto. Dentro, hay un viejo pergamino, cuidadosamente enrollado y sellado con cera. Lo desenrollo con manos temblorosas, sintiendo el peso de la historia que contiene.

—Mira esto —susurro, mostrando a Alistair el pergamino que acabo de descubrir.

El pergamino detalla una inversión realizada por William Douglas hace más de dos décadas en algo llamado «El Viento del Norte». Lo más impresionante es que las beneficiarias de esta inversión son su esposa e hija.

Al leer, mis ojos se abren de par en par, casi no puedo creerlo.

—Esto es... increíble —murmuro, mis ojos recorren las palabras amarillentas por el tiempo.

«¿Invertir en el viento en el medievo? ¿Acaso este hombre era un visionario? ¿Había descubierto la energía eólica antes que nadie o soñaba con gigantes que era molinos?».

Alistair, observando el documento, frunce el ceño.

—No recuerdo que vuestra madre hablara de esto, milady. Puede que nunca llegara a conocer el resultado de esa inversión —dice con un tono de cautela.

—Es posible —concedo.

Tampoco es que tuviera muchas esperanzas en él, aunque en las novelas siempre ocurre algo así para salvar las cosas, pero ¿energía eólica? Eso sí que es ser adelantado a su tiempo, tener una visión

—Sigamos y busquemos cosas que vender en la alcoba de mi madre. Seguro que allí encontramos algo de valor.



Reviso la alcoba entera. Está llena de vestidos increíbles *«para la época, claro»* y joyas.

—Alana, asegúrate de que revisamos bien, —instruyo mientras marco con telas rojas los objetos de valor que podemos vender—. Cada collar, cada anillo, podría significar un poco más de alivio para las deudas del clan.

Alana, a pesar de su habitual pereza, parece entender la gravedad de la situación y se mueve con un propósito inusual, hurgando en cajones y armarios.

—¿Esto debería incluirlo? —dice, sosteniendo un antiguo espejo de mano con marco de plata finamente trabajado. Su superficie está empañada, pero aún refleja la luz con un brillo suave.

—Sí, Alana, ponle la marca.

—Mira esto, Sheena —dice, sacando un joyero bastante lleno de joyas.

Tomo el joyero, sintiendo el peso del oro y las piedras preciosas en mis manos.

—Vamos a necesitar que alguien evalúe estas piezas. Asegurémonos de obtener un buen precio por ellas —digo maravillada por el contenido del joyero.

Alistair observa las joyas con un ojo experto y luego asiente.

—Ordenaré que un tasador venga mañana.

Caelan entra en la habitación como un torbellino, con una expresión confundida.

—¿Por qué está el castillo lleno de trozos de tela rojos? —pregunta, mirando alrededor con evidente desconcierto.

—Son objetos que vamos a vender —le explico, señalando las marcas que hemos colocado en varios artículos de valor.

—¿Qué? —Su tono es de incredulidad, y su mirada se agudiza mientras procesa la información.

—Necesitamos dinero, Caelan, y esta es la forma más fácil de conseguirlo —continúo, intentando que entienda la gravedad de nuestra situación.

Se queda en silencio un momento, luego sus ojos se fijan en las joyas dispersas sobre el tocador de mi madre.

—¿Vas a vender eso también? —me pregunta, haciendo un gesto hacia el montón de alhajas.

—Sí, por supuesto —respondo con firmeza, aunque mi corazón se aprieta ligeramente al ver su reacción.

—Pero ahora son tuyas, Sheena.

—No las necesito y el clan sí.

Él se acerca, y con una suavidad que contrasta con su confusión inicial, extiende el brazo alrededor de mi cintura para coger un camafeo antiguo, bellamente adornado y con claridad muy valioso.

—Esto era de mi madre. No se vende —susurra, pero con voz de mando.

Cautelosamente, aparta el pelo recogido con un velo de mi hombro y coloca el camafeo alrededor de mi cuello. La fría superficie del metal contra mi piel envía un escalofrío a través de mi cuerpo.

—De acuerdo, pero yo no puedo llevarlo. Guárdalo tú —digo, consciente de la carga emocional y simbólica que representa el camafeo.

—No lo entiendes, Sheena —responde él, su voz suave pero intensa. Se inclina, su aliento cálido en mi oreja—. Quiero que sea tuyo.

Su mano aprieta suavemente mi cintura antes de soltarme y yo miro hacia Alistair y Alana para comprobar su reacción.

Me preocupa que comiencen a sospechar.



Recuerdo claramente las advertencias de Blair después de que el rey Bruce se fuera.

—Caelan, lo que sea que estéis haciendo en estos... entrenamientos, debéis moderarlo. —Su voz se endureció, y luego sus ojos se desplazaron hacia mí, buscando señales de disconformidad o malestar.

Yo me encogí de hombros, intentando proyectar indiferencia.

—Estoy bien, Blair. Caelan sabe lo que hace —dije, tratando de sonar convincente, aunque el tono de mi voz vaciló ligeramente.

Blair nos observó a ambos durante un largo momento, su mirada oscilando entre la sospecha y la preocupación. Finalmente, asintió lentamente, aunque estaba claro que no estaba completamente convencido.

—Solo asegúrate de que ambos sepáis dónde está el límite —concluyó antes de marcharse, dejándonos solos.

—¿Crees que sospecha que ha habido algo más? —le pregunté a Caelan en voz baja.

—Cualquiera lo sabría con solo mirarnos, Sheena —respondió él.



Al mirar hacia Alistair y Alana, noto que ambos nos observan con discreción. Sus miradas son sutiles, pero curiosas. Su expresión no revela mucho, pero el mero hecho de que estén tan atentos es suficiente para ponerme nerviosa.

Doy un paso que me aleja de Caelan, poniendo una distancia de seguridad entre nosotros

que siento necesaria bajo las miradas inquisitivas de Alistair y Alana. Mientras lo hago, levanto el camafeo que reposa entre mis clavículas.

—Lo guardaré para tu futura esposa —le respondo, intentando infundir un tono ligero a mis palabras, aunque por dentro, la situación me hace sentir más seria de lo que me gustaría admitir.

Caelan me mira, por un momento, una chispa de algo insondable en sus ojos antes de asentir lentamente. Sus dedos rozan brevemente los míos al rozar el camafeo, y aunque el contacto es fugaz, la electricidad del gesto no pasa desapercibida.

—Espero que eso no sea pronto —dice en un murmullo apenas audible, asegurándose de que solo yo pueda oírlo.

La tensión entre nosotros no disminuye con la distancia física, pero ambos entendemos la necesidad de mantener las apariencias. Con un suspiro casi imperceptible, me vuelvo hacia Alistair y Alana, que aún nos observan.

—Vamos a continuar con el inventario —digo, cambiando el tema y tratando de disipar cualquier sospecha adicional. Mi voz es firme, y me esfuerzo por mostrar una calma que no siento.

Caelan toma un anillo del tocador, un aro de oro antiguo incrustado con un zafiro oscuro que capta la luz con un destello casi misterioso. Lo sostiene entre sus dedos antes de dirigirse a mí.

—Espera, no vendas este —dice, cogiendo mi mano y extendiendo mis dedos con cuidado.

—No hace falta que me lo des —trato de retirar mi mano, pero su agarre es firme.

—Quiero que lo guardes también para mi futura esposa —me dice con una sonrisa lobuna, sus ojos brillando con un desafío implícito.

—¿Por qué no lo guardas tú mejor? —le increpo entre dientes, intentando no mostrar mi irritación.

—No es de mi estilo. Ni siquiera me vale —contesta, deslizando el anillo lentamente por mi dedo anular, su tacto provoca un cosquilleo a lo largo de mi brazo, una sensación que me recuerda demasiado a esa mañana que aún se cuela en mis sueños.

Me invade la imagen de Caelan sobre mí. El modo en que sus cabellos dorados caían desordenados sobre su frente, ligeramente empapados por el esfuerzo, y cómo su mandíbula se tensaba con cada movimiento profundo mientras se movía dentro de mí sin piedad. Había en él una energía primitiva, una fuerza indomable que lo hacía parecer un conquistador.

Cada uno de sus movimientos era calculado pero lleno de una necesidad cruda, una urgencia que reflejaba no solo deseo, sino una especie de desesperación por tenerme.

Era imposible no sentirse atraída por esa combinación de brutalidad y ternura.

«Un abanico, por favor».

—Están los cajones. También se puede guardar ahí —sugiero, intentando mantener la voz nivelada y que no reflejen mis pensamientos, pero me muerdo el labio y él pone su pulgar sobre él para evitar que lo haga.

—¿Y dejarlo encerrado? Sería un desperdicio. En tu dedo luce más —insiste, con tono burlón, pero no del todo en broma.

—Pesa mucho —replico, intentando retirar su dedo y mi mano otra vez de su agarre, pero él solo aprieta ligeramente, un recordatorio silencioso de que piensa hacer lo que le dé la gana.

Se ríe, tras mi respuesta, un sonido bajo y divertido que parece reverberar en el espacio entre nosotros.

—Eso te hará más fuerte —responde con burla, finalmente soltando mi mano, pero no antes de deslizar sus dedos por ella suavemente.

—Bien, supongo que habrá que darse prisa en buscarte una novia adecuada y con un brazo fuerte antes de que se me caiga el dedo.

El humor en sus ojos se oscurece un poco, tornándose en algo más profundo y significativo. Se inclina hacia delante, disminuyendo el espacio entre nosotros, su voz baja y tentadora.

—Creo que ya he encontrado a la única capaz de manejar tanto el peso como las expectativas. Pero me temo que no está interesada en el título de esposa —dice suavemente, su mirada fija en la mía, desafiante y reveladora.

Mi corazón late con fuerza al escuchar sus palabras, y el espacio entre nosotros parece encogerse aún más. Caelan siempre ha sido un maestro en el juego de las palabras, pero esta vez hay algo en su tono y en la intensidad de su mirada que me deja sin aliento.

—¿Y quién sería esa desafortunada? —respondo, tratando de mantener mi voz ligera y sarcástica, aunque mis ojos no pueden evitar buscar los suyos con una mezcla de curiosidad y desafío.

Caelan sonríe, una sonrisa lenta y cargada de significado, como si disfrutara de mi intento por mantener el control.

—No es desafortunada. Es fuerte, valiente, y no se deja intimidar por nada ni por nadie —susurra—. Aunque parece tener una debilidad por los desafíos y los hombres testarudos.

Siento un nudo en el estómago, un torbellino de emociones que no esperaba. Su cercanía, su mirada, todo conspira para desarmarme.

—Bueno, si esa es su única debilidad, supongo que sabrá cómo manejarlo —digo, intentando retomar el control de la conversación, aunque mi voz traicione un poco de

nerviosismo.

—Eso está por ver —responde, su tono ahora más ligero pero sus ojos todavía sosteniendo esa chispa de desafío.

Caelan da un paso atrás, pero no sin antes dejar su mano en mi brazo, una caricia fugaz que parece prometer más.

Me giro para seguir con el inventario, pero mis pensamientos siguen anclados en lo que acaba de suceder, en las implicaciones de sus palabras y en la certeza de que, aunque debemos mantener las apariencias, es innegable que él no está dispuesto del todo a hacerlo.

Y mientras trato de concentrarme en las tareas prácticas, no puedo evitar preguntarme cómo navegaré por este complicado y peligroso terreno emocional.

Capítulo 24

Narrador omnipresente



Caelan decide que la mejor manera de vender los objetos es recurriendo a mercaderes itinerantes y aprovechando las ferias que se celebran en las ciudades cercanas.

Estos mercaderes tienen una amplia red de contactos y pueden ayudarles a encontrar compradores para las joyas y los otros artículos de valor que han marcado para la venta o hacer intercambios por recursos que precisan.

—Vamos a necesitar a alguien de confianza que pueda manejar estas ventas —dice, su voz cargada de la seriedad del asunto.

—Sheena ha pensado en Fergus Monroy. Tiene una buena reputación y es conocido por su discreción. Además, él tiene contactos en las ferias de Inverness y Aberdeen.

—Si ella cree que es una elección adecuada, estoy de acuerdo —comenta Caelan, sin darle mayor importancia.

Hamish, de pie frente a Caelan, asiente con una sonrisa reconfortante.

—Sí, su idea de usar a Fergus fue excelente. Él tiene los contactos y la experiencia que necesitamos para manejar esos objetos de valor sin atraer la atención incorrecta —dice, luego y su expresión se suaviza—. Sheena ha demostrado que tiene muchas más ideas. No solo está en todos lados, sino que también parece adelantarse a los problemas antes de que surjan. —Su voz lleva un tinte de respeto genuino—. Está poniendo todo en orden, desde las cuentas hasta los suministros.

—Se ha convertido en el centro de todo aquí —murmura Caelan, mirando hacia la puerta por donde Sheena ha salido—. ¿Dónde está ahora?

—Oh, con Jamie Fraser y algunos hombres. Creo que han ido a inspeccionar ese trozo de tierra para su proyecto agrícola —explica Hamish, observando la preocupación creciente en el rostro de Caelan.

—¿Ha ido ella sola con un grupo de hombres? —pregunta Caelan, su voz teñida de ira y sorpresa—. ¿Y me lo dices ahora?

—Jamie es su prometido, ¿no? ¿Qué mal podría pasar? —intenta tranquilizarlo Hamish, aunque su propia duda se filtra en sus palabras.

—Jamie no es su prometido —le dice de forma tajante Caelan.

Hamish, sorprendido por la corrección, frunce el ceño ligeramente, intentando recalibrar su entendimiento de la situación.

—Lo siento, pensé que... con todo eso del acuerdo con los Fraser y cómo han estado colaborando tan de cerca... —titubea, buscando las palabras adecuadas para no agravar la situación.

Blair, que ha estado observando la interacción desde una esquina del despacho, interviene en ese momento, cogiendo a Hamish suavemente de los hombros para guiarlo hacia la puerta.

—Venga, hombre, no lo líes más de lo que ya está —dice con un tono condescendiente pero amigable, tratando de aliviar la tensión—. Caelan ya tiene suficiente con lo que lidiar.

Una vez ha salido el hombre, Caelan detiene su marcha impaciente por el despacho y se gira hacia Blair con una mirada de conflicto cruzando su rostro.

—¡Le dije que no se fuera sola con él! —exclama Caelan, su voz tensa, revelando más de lo que pretende.

Blair, que conoce bien a su amigo, percibe la emoción subyacente y se acerca, intentando ofrecer algún consuelo.

—No se ha ido sola, Caelan. En realidad, está con un grupo de hombres…

—¿Y eso debería tranquilizarme? Actúa como si no fuera consciente de los peligros que

corre.

Blair mantiene la calma frente a la creciente frustración de Caelan.

—Jamie no permitiría que le pasara nada malo a Sheena.

—¿Cómo lo sabes? —lanza la pregunta con un escepticismo que no se puede ignorar.

—Bueno, lo intuyo. Es un hombre de honor y respeta a Sheena.

—¿Soy yo un hombre de honor para ti? ¿Confiarías en que nunca me abalanzaría sobre ella?

—Por supuesto que sí —responde Blair sin vacilar.

—Pues ya me lo has dicho todo. No puedo fiarme de tu intuición.

—Caelan… ¿qué has hecho? —pregunta Blair, de repente inquieto, percibiendo un subtexto en su intensidad—. No, no quiero saberlo.

—Eso no es lo importante ahora —le responde él, saliendo por la puerta.

—¿A dónde vas?

—A asegurarme de que Sheena está segura y de que no se malinterprete nada de lo que está haciendo. Es lo mejor para todos.



Caelan desmonta de su caballo con un gesto firme, sus ojos escudriñando el terreno donde Sheena está trabajando. A medida que se acerca, la vista se aclara: no solo Moraq, sino varias mujeres más están involucradas activamente en el proyecto.

Su sorpresa es evidente; no había anticipado que Sheena involucrara también a las mujeres en un ámbito típicamente dominado por hombres.

Jamie Fraser se acerca, notando la perplejidad de Caelan. Con una sonrisa amigable, se dispone a explicar la situación.

—Sheena ha traído algunas ideas nuevas, muy efectivas para la agricultura. Ha ideado un sistema usando marcos de madera cubiertos con musgo y resina para mantener el calor y dejar que entre la luz del sol. Los llama invernaderos y servirán para proteger las plantas durante el invierno. Es una táctica que podría cambiar nuestra forma de cultivar y asegurar alimentos durante todo el año.

Caelan escucha.

Aunque no entiende completamente la técnica descrita por Jamie, reconoce la importancia y el potencial del esfuerzo. Ve a Sheena a lo lejos, supervisando y dando instrucciones, y su corazón se siente dividido entre el orgullo y la fascinación.

—¿Estás aquí para asegurarte de que fracase? —pregunta Caelan a Jamie, su tono teñido de un leve recelo.

—Su éxito es nuestro éxito. ¿Por qué desearía que fracasara? —responde él con calma, intentando disipar cualquier sospecha.

—¿Quizás para conseguir que sea tu esposa? —insinúa Caelan, su mirada es aguda, tratando de descifrar las verdaderas intenciones de Jamie.

—He aprendido que Sheena no es una mujer que se gane a la fuerza. Si ha de haber algo entre nosotros, será porque ella lo desea —explica Jamie, con lo que parece sinceridad.

Caelan suelta una risa corta y algo incrédula.

—Vaya, suenas como un verdadero romántico —comenta con una sonrisa irónica, aunque el gesto no alcanza a ocultar completamente el tumulto de emociones que siente.

La presencia de Jamie cerca de Sheena le incomoda profundamente, pero es consciente de que mostrar su inseguridad no cambiará la situación. Caelan se debate entre el orgullo y la vulnerabilidad, cuestionándose cómo manejar sus propios sentimientos sin revelarlos… Aunque cada vez es más difícil y le resulta más absurdo.

—Pero ¿qué te hace suponer que ella lo deseará? —pregunta, sonando despectivo, incluso más de lo que había pretendido.

Jamie se encoge de hombros, su expresión serena contrasta con la intensidad que Caelan muestra.

—No supongo nada. Solo espero y doy lo mejor de mí cuando estoy cerca de ella.

—Bien, entonces, asegúrate de que tu presencia aquí sea más útil que tu poesía —dice Caelan con un filo de desafío en su voz. Aunque intenta mostrarse indiferente, una chispa de celos brilla detrás de su mirada escrutadora.

Jamie asiente, percibiendo la tensión subyacente en el tono de Caelan. Con una sonrisa que busca desarmar, responde con una calma que intenta suavizar la atmósfera:

—Entiendo tus preocupaciones, Caelan. Pero te aseguro que mis intenciones son honorables.

Aunque las palabras de Jamie son sinceras, a Caelan le cuesta aceptar cualquier asunto que implique a Sheena con otro hombre.



La observa trabajar.

Ella ríe a carcajadas por algo que uno de los hombres ha dicho, con una mancha de barro en la mejilla que solo añade encanto a su aspecto ya hermoso.

El viento azota su cabello, que se ha soltado de cualquier intento de recogido, ondeando salvajemente alrededor de su rostro.

Sheena se agacha y se involucra en el trabajo manual con la naturalidad de una campesina más, demostrando su disposición a ensuciarse las manos sin preocuparse por las normas de etiqueta que normalmente rodean a las damas de su estatus.

Su risa franca y su facilidad para conectar con todos, desde el más humilde campesino hasta el más alto noble, hacen de ella una figura dentro del clan querida y respetada.

Lo que Caelan siente al observarla le hace cuestionar qué es lo que realmente desea de ella.

Solo sabe una cosa. No va a dejar que Jamie ni ningún otro se interpongan en lo que tienen ahora mismo.

Cuando Jamie se aleja, Blair, que ha estado observando la interacción, se vuelve hacia Caelan con una expresión inquisitiva.

—¿Te fías ahora de él? —pregunta, su tono ligeramente irónico.

Caelan responde sin vacilar, su voz cargada de una determinación fría.

—Ahora menos que nunca.

—¡Eh, necesitamos unos brazos fuertes aquí! —le grita Sheena, haciendo un gesto para que se acerque.

Caelan sonríe y se acerca a grandes pasos hacia ella, su corazón latiendo con fuerza tanto por el trabajo como por la sonrisa de ella, que siempre se le clava en el corazón.

—¿Qué necesitas que haga? —pregunta, con gran disposición.

—Estamos preparando el sistema de riego —le explica Sheena, señalando una serie de canales y depósitos que los hombres y mujeres están construyendo—. Necesitamos mover esas grandes piedras para redirigir el agua de manera más eficiente hacia los invernaderos. Podrías ayudarnos con eso.

Caelan asiente y se quita la chaqueta de cuero, dejándola a un lado. Luego, se remanga la

camisa, revelando unos antebrazos musculosos y llenos de cicatrices, testigos de numerosas batallas. Sheena no puede evitar fijarse en sus brazos y, sin darse cuenta, se muerde el labio mientras lo observa.

Lo que hace que inmediatamente él dirija sus ojos a sus labios, pero se contiene de tocarlos… A duras penas.

Se coloca al lado de las piedras y, con la ayuda de Blair y algunos hombres, empieza a moverlas con una fuerza impresionante. Cada vez que levanta una piedra, sus músculos se tensan y destacan bajo la piel, haciendo que Sheena se sienta fascinada por su poder físico.

—Estas piedras ayudarán a controlar el flujo del agua —dice Sheena, intentando mantener su concentración mientras él trabaja con tanta intensidad—. Necesitamos asegurarnos de que el agua se distribuya uniformemente para que todas las plantas reciban suficiente sin que se inunden.

Caelan sigue moviendo las piedras con movimientos seguros y decididos. Mientras trabaja, siente la mirada de Sheena sobre él y, aunque no dice nada, la tensión entre ellos se vuelve casi palpable.

—¿Así está bien? —pregunta, volviendo la cabeza para mirarla directamente, su voz baja y llena de una calidez que solo ella puede percibir.

—Sí, perfecto —responde Sheena, forzándose a apartar la mirada y concentrarse en el trabajo—. Gracias, Caelan. Y gracias a ti también, Blair.

Blair asiente con una sonrisa, pero es Caelan quien capta toda la atención de Sheena. Se acerca a ella, sus ojos grises oscuros fijos en los de ella. Harto de contenerse, con un gesto lento y deliberado, extiende la mano y limpia con cuidado el barro de su mejilla.

Sus dedos rozan suavemente su piel, enviando un escalofrío por su espina dorsal. Ella traga saliva, su corazón acelerado por la proximidad de Caelan y el contacto de su mano.

Sheena viste como una campesina, con una túnica de lana gruesa y un delantal de lino. La túnica, de un marrón apagado, se ajusta en su cintura con un simple cordón, resaltando sus curvas naturales. El delantal, ahora manchado de barro y hierba, cuelga ligeramente torcido por el trabajo del día. Su cabello, desordenado y suelto, se mueve con el viento, y algunas hebras se pegan a su rostro por el sudor y está tan hermosa que a Caelan le corta el aliento.

—Estás trabajando duro —dice en un susurro, sus ojos recorriendo su rostro con una mezcla de admiración y deseo.

—No más que tú —responde ella, su voz temblando ligeramente mientras intenta mantener la compostura. La tensión entre ellos es más que evidente. Cada respiración compartida, cada mirada sostenida está cargada de una intensidad que ambos luchan por controlar.

Caelan se inclina un poco más cerca, su aliento caliente contra la piel de Sheena. Sus ojos se encuentran, y por un momento, el mundo a su alrededor desaparece. Todo lo que existe es la conexión profunda y urgente que sienten el uno por el otro.

—Sheena... —murmura Caelan, su voz baja y cargada de emoción contenida.

—Sí... —responde ella, casi sin aliento, sus ojos brillando de deseo.

Caelan tiene muy claro lo que quiere. Desde que pasó eso entre ellos durante el entrenamiento, no puede pensar en otra cosa.

Ha tratado de evitarlo, de ser paciente y de que fuera ella la que tratara de acercarse, porque es muy consciente de que se portó con ella como un verdadero animal, como un salvaje, sin control ni consideración.

Sin embargo, ella, tan implicada en los asuntos del clan, no parece consciente de sus anhelos y él siente que ya no puede aguantar más. Necesita hacerla suya de nuevo, pero no sobre el suelo duro de manera torpe y atropellada, sino despacio y con ternura.

—Iré a tu habitación de noche —dice con firmeza, sus ojos fijos en los de ella.

Sheena parpadea, sorprendida por su sinceridad. La emoción en sus ojos se profundiza, sus labios entreabiertos, mientras intenta procesar sus palabras.

—Eso no es lo que yo llamaría prudencia —le responde.

—Al infierno con la prudencia. Quiero hacerte mía, pero esta vez, despacio y con todo el cuidado que te mereces.

El dedo de ella marca un camino por su antebrazo de forma suave y discreta, un susurro de contacto que le hace temblar.

Sheena arquea una ceja, una sonrisa traviesa asomando en sus labios.

—¿Cuidado y despacio? ¿Eso está en tu repertorio, Caelan? —responde con tono burlón, pero sin ocultar el deseo que brilla en sus ojos.

—Te sorprenderías —responde él, inclinándose un poco más cerca, su aliento cálido, rozando la piel de su cuello—. Puedo ser muy convincente cuando me lo propongo.

El pecho de ella sube y baja un poco más deprisa de lo normal, y Caelan puede casi oírla jadear levemente. Observa cada detalle de su reacción, el ligero temblor de sus labios, el brillo en sus ojos que no puede disimular.

Eso le encanta de ella, que no puede ocultar el deseo que también siente por él, que sea tan receptiva a sus palabras e insinuaciones.

Sabe que él no es el primero para ella, pero también sabe que no tiene derecho a pedirle explicaciones. Sheena es una mujer apasionada, llena de fuego y que claramente disfruta del sexo. Cada gemido, cada grito que arrancó de ella mientras la tomaba le mostró cuán intensa y auténtica es su pasión.

Caelan recuerda esos momentos con un ardor creciente, la forma en que su cuerpo respondía al suyo, la manera en que sus uñas se clavaban en su espalda, la mezcla de placer y dolor que los envolvía.

Mantener todo eso oculto y encerrado sería un pecado. Solo quiere que, a partir de ahora, todo ese fuego, toda esa pasión, sea solo con él.

—¿Y qué te hace pensar que te lo pondré fácil? —responde ella, su tono aún sarcástico, pero con una nota de sinceridad que revela sus propios deseos.

Caelan sonríe.

—Nunca he buscado lo fácil, Sheena. Solo lo que vale la pena.

La intensidad de sus palabras, la firmeza en su mirada deja a Sheena sin aliento. El deseo que siente por él, mezclado con la promesa de algo más profundo y significativo, la envuelve.

—Entonces, nos vemos esta noche —murmura ella, su voz apenas un susurro, pero llena de una determinación que iguala la suya.

—Esta noche —confirma Caelan, su voz ronca por la anticipación.

Sabe que Sheena no es una mujer que se rinda fácilmente y eso solo aumenta su deseo de conquistarla completamente, de hacerla suya en todos los sentidos.

Caelan levanta la mirada, satisfecho de haber conseguido lo que quería y sus ojos se encuentran con los de Jamie Fraser, que lo mira con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

Jamie ha estado observando la interacción desde una distancia prudente, pero es evidente que ha captado más de lo que Caelan hubiera preferido.

Capítulo 25



Estoy tumbada sobre mi cama, con el corazón galopando bajo un manto de expectativa y, admitámoslo, una buena dosis de frustración.

He esperado dentro de la bañera una entrada triunfal de Caelan, que podría dar pie a una de esas escenas dignas de la mejor literatura romántica.

Sin embargo, después de que el agua se enfriara sin ningún tipo de interrupción, decidí que ya estaba bien de tonterías. Así que aquí estoy, desnuda bajo las sábanas y mantas de piel, esperando que algo más emocionante que el viento nocturno me roce la piel, con el corazón latiendo desbocado como si estuviera a punto de enfrentarme a mi primera noche de bodas.

«Quizás no venga».

Igual encontró algún obstáculo en el camino. Es lo que tiene el tener que moverse en sombras para que el resto del clan no murmure más de la cuenta.

Y luego está Jamie, que ha estado más raro que un perro verde esta noche. No, no raro... más bien un poco colérico hacia Caelan durante la cena, hasta el punto de que hasta Malcolm

levantó una ceja, interesado en el melodrama gratuito.



—Caelan parece muy *involucrado* en el éxito del proyecto de Sheena. Un interés más que fraternal, diría yo —comentaba Jamie.

—Dicen que el corazón tiene razones que la razón no entiende. ¿No es así, Caelan? Aunque en tu caso, parece todo una cuestión de... ¿territorialidad?

—Es interesante, ¿no? Un hombre de tu estatura preocupado hasta por el detalle más pequeño de las actividades de «su hermana». Sheena debe ser realmente especial para merecer tanta atención.

«Un comentario bastante malo si alguien pide mi opinión personal».

Y Caelan, por su parte, parece que estaba a un comentario más de lanzarse sobre Jamie con más que palabras, dejando a un lado su actitud de *«no me importa, pero en realidad, me importa mucho»*.

Caelan simplemente no tiene paciencia para los juegos que no le interesan jugar. Lo suyo es más directo, más... lo quiero, lo obtengo.



Así que mientras el reloj sigue su inexorable marcha, y yo continúo envuelta en nada más que mis pensamientos, no puedo evitar preguntarme si esta noche será recordada como la del gran fiasco o si, finalmente, Caelan logrará deslizarse a través de las sombras para reclamar lo que ambos deseamos.

Mientras lucho contra mis párpados, intentando desesperadamente mantener los ojos abiertos, me doy cuenta de que el esfuerzo y el cansancio del día están ganando la batalla. Mi cuerpo clama por descanso, y sé que es inevitable; voy a acabar cayendo en los brazos de Morfeo. Me pongo boca abajo sobre la cama y dejo que el sueño me venza.

«Bueno, hay más noches. No es el fin del mundo».

Sin embargo, un pensamiento persistente se enreda con la somnolencia: *«espero que no haya sido ella la que lo haya distraído»*.

Moraq ha estado especialmente atenta con Caelan los últimos días, y cada sonrisa compartida, cada mirada demasiado prolongada me hace fruncir el ceño en la oscuridad.

«No, definitivamente no me agrada esa idea».



Al principio, pienso que es solo un sueño, uno de esos que han empezado a visitarme muy a menudo desde que Caelan apareció en mi vida.

Un cosquilleo persiste, volviéndose más definido, más intencional. Es una caricia, un roce que recorre lentamente la curva de mi espalda, deslizándose sobre la suavidad de las sábanas hasta llegar al borde para apartarlas.

Entre la niebla del sueño y la realidad, mi mente tarda en registrar que no estoy sola. Alguien está conmigo, alguien cuya presencia debería alarmarme, pero estoy demasiado somnolienta para quejarme y… es agradable, además.

—¿Caelan? —Mi voz es un susurro ronco, apenas audible sobre el silencio de la noche.

No hay respuesta verbal, solo el continuo y suave trazo de unos dedos que se convierte en una caricia más firme, explorando la curva de mi cintura, subiendo por mi columna vertebral en una lenta tortura seductora que me hace arquearme ligeramente hacia su toque.

El cosquilleo de sus dedos se transforma en el suave roce de unos labios, que trazan un sendero ardiente por mi cuello, descendiendo luego entre mis omóplatos. Cada beso es ligero, casi reverencial, como si estuviera memorizando cada detalle de mi piel con su tacto.

Continúa su exploración hacia abajo, por la curva de mi cintura, hasta que sus labios encuentran la suavidad de mi espalda baja. Me estremezco bajo la caricia, la mezcla de sus labios y el ocasional roce de su lengua sobre mi piel envía olas de calor a través de mi cuerpo.

Luego, sus besos se dirigen aún más abajo, hasta mis nalgas, donde siento el atrevido toque de sus dientes en mi carne, un juego ligero pero prometedor que dispara chispas de anticipación a través de mi ser. El contacto es íntimo, atrevido, y cada pequeña mordida es un dulce tormento que me hace desear más, desplazando cualquier sombra de sueño lejos de mi mente ahora completamente alerta y enfocada en cada una de sus acciones.

Sus manos guían mis caderas para elevarlas ligeramente. Me muevo casi sin pensar, llevada por la corriente de sensaciones que me provoca. Su brazo bajo mi vientre eleva mi trasero, exponiendo mi cuerpo al aire fresco de la habitación y a él.

Cada célula de mi piel parece vibrar en anticipación.

Sus labios siguen su camino y con un gesto firme, separa mis nalgas con sus manos. Siento el roce de sus labios bajando por la separación y luego su aliento caliente contra mi sexo.

Primero me besa como si no estuviera seguro de qué hacer. La sensación es eléctrica,

paralizante.

Luego, las primeras caricias con su lengua que llegan suaves, casi exploratorias, como si estuviera saboreando cada reacción mía, buscando los puntos que me hacen temblar, entre los labios, en mi clítoris ahora sensible o en la entrada de mi sexo.

Y cuando encuentra esos puntos, se detiene, intensifica su atención, moviéndose con paciencia, pero con una urgencia contenida.

Luego cada caricia con la lengua es más audaz que la anterior, buscando, probando, estimulando.

Con una mano aún guiando suavemente mis caderas, me mantiene en la posición perfecta para él, con las piernas abiertas y las rodillas en el colchón.

Su otra mano me acaricia, estimulando, asegurándose de que cada suspiro se convierta en un grito contenido, mientras introduce sus dedos, haciendo que mis caderas se muevan hacia él.

Bajo la influencia de su boca, el tiempo parece dilatarse y contraerse. Cada lento arrastre de su lengua, cada suave succión sobre mi clítoris me lleva al borde antes de dejarme caer en un abismo de sensaciones.

Atrapada en una mezcla de éxtasis y agonía, mis manos se aferran a las sábanas, mis dedos se clavan en la tela mientras él continúa su exploración minuciosa. El mundo fuera de esta habitación, de esta cama, se desvanece hasta no ser nada más que un susurro distante.

Solo estamos este hombre y yo, y la intensidad insoportable que construye, capa sobre capa, dentro de mí y estalla detrás de mis párpados en un inmenso placer que me hace gritar y jadear.

Y mientras sigo embutida en mi ola de placer interminable, siento cómo coloca su miembro desde atrás en mi sexo y se introduce dentro.

La transición es suave, pero insistente, cada empuje más profundo que el anterior. La intensidad del momento se mezcla con el calor que sigue ardiendo bajo mi piel, elevando cada sensación a un nivel casi insoportable. Siento cada contorno, cada pulso dentro de mí, como si cada movimiento estuviera diseñado para resonar perfectamente con mi propio ritmo.

Sus manos agarran firmemente mis caderas, guiándome hacia él en un ritmo sincronizado que parece tan natural como la respiración. Su aliento en mi cuello, sus murmullos apenas audibles entre los sonidos de nuestros cuerpos, encontrándose una y otra vez, añaden una capa de intimidad que va más allá del contacto físico.

La fuerza de sus embestidas me lleva aún más alto, hasta el punto en que cada pensamiento coherente se disuelve en el calor abrumador de nuestro encuentro.

El mundo se reduce a la sensación de él moviéndose dentro de mí, a la conexión que parece borrar cualquier distancia que alguna vez existió entre nosotros. La profundidad de nuestra unión me lleva al borde una vez más, y juntos nos sumergimos en una marea de sensaciones que

promete no dejarnos ir fácilmente.



Caelan se deja caer exhausto a un lado de la cama, su respiración aún entrecortada. Una sonrisa juguetona se dibuja en su rostro mientras me observa con los ojos entrecerrados.

—¿Y si no llego a ser yo? —me pregunta, levantando una ceja de manera inquisitiva—. Te he visto muy confiada y dispuesta.

Sonrío, todavía recuperándome del torbellino de sensaciones, y me giro hacia él, apoyando la cabeza en mi mano mientras lo miro directamente a los ojos. Percibo a través de la oscuridad que está completamente desnudo y eso es un regalo para cualquier vista.

—Cada parte de mí lo supo —le aseguro, y aunque mi tono es ligero, mis palabras cargan una verdad profunda—. Además, ¿quién más podría ser tan audaz y tan... eficiente?

Caelan ríe, un sonido que llena la habitación y calienta mi corazón. Luego se vuelve hacia mí, su mirada intensa y seria a pesar de la sonrisa que aún juega en sus labios.

—Solo asegúrate de que siempre sea yo —dice, y entonces lo veo mejor.

La sangre coagulada en su ceja y una ligera hinchazón en su mejilla y un moratón en su barbilla.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, llena de preocupación mientras alcanzo su cara con mis manos, tocando suavemente la zona afectada.

—Un pequeño altercado con Jamie —admite con un suspiro, tratando de minimizar el incidente con un encogimiento de hombros—. Nada serio, solo... diferencias de opinión que se salieron de control.

—¿Diferencias de opinión? —repito, no del todo convencida, observando la evidencia de algo más que palabras en su rostro.

—Él tiene sus ideas sobre cómo deben ser las cosas, especialmente en lo que concierne a ti —explica, su voz tomando un tono más oscuro—. Y bueno, yo tengo las mías.

—Tendrás que ser más claro —insisto, mis dedos aún acariciando suave, pero firmemente la hinchazón, como si pudiera aliviar el dolor con mi toque—. ¿Estás diciendo que esto fue por mí?

Caelan captura mi mano, deteniendo su movimiento, y la lleva a sus labios, besando mis dedos antes de mirarme directamente a los ojos.

—Jamie piensa que tiene algún tipo de reclamo sobre ti, algo que no estoy dispuesto a

permitir. Las cosas se pusieron... intensas. —Su tono es serio, pero hay un brillo de determinación en su mirada que me tranquiliza y a la vez me preocupa—. No voy a dejar que nadie te ponga en una situación que no deseas.

—¿Y eso justifica que te golpee? —pregunto, mi voz endureciéndose con cada palabra.

Caelan suelta una risa breve, una mezcla de desdén y satisfacción por el recuerdo reciente.

—Sí, pero él se llevó la peor parte. No tenía intención de empezar una pelea, pero tampoco voy a quedarme de brazos cruzados si me provocan.

—¿Crees que sospecha algo? —pregunto, intentando entender la magnitud de lo que ha ocurrido.

Caelan me mira fijamente, evaluando cómo proceder antes de responder.

—Esto es algo que teníamos pendiente desde nuestro primer encuentro. No te preocupes, Sheena.

—¿Estás seguro? La forma en que nos miró durante la cena... fue como si de repente todas las piezas encajaran para él —continúo, recordando la tensión palpable.

—Que piense lo que quiera —dice, casi con desdén—. No vamos a dejar que nos afecte, Sheena.

Me doy cuenta de que parece que hace mil años desde que hemos hablado los dos solos.

—¿Sabes que he descubierto? —le digo, acariciando su pecho, pasado mis dedos por sus pezones y los abdominales de su estómago uno a uno, disfrutando de sus ondulaciones mientras espero su respuesta.

—¿Qué? —pregunta él, mirándome con interés.

—Que mi padre era el conde de Selkirk —le suelto, observando su reacción.

Caelan me mira con una expresión inescrutable y dice sin más:

—Ya lo sabía.

—¿Ya lo sabías? —le digo, sorprendida, mientras mi mano viaja más abajo por su anatomía, explorando su cuerpo con una mezcla de curiosidad y deseo.

Caelan cierra los ojos, disfrutando de mi toque.

—Sí, lo sabía. ¿Por qué tú no?

—Creía que era un secreto —le respondo, intentando justificar la falta de información—. No recuerdo que mi madre lo mencionara.

Sus ojos se abren con curiosidad para observarme más detenidamente.

—¿No te parece raro que no recuerdes algo tan importante como la identidad de tu padre? —me pregunta.

—Yo era muy pequeña cuando murió —le digo, intentando encontrar una excusa que encaje, pero qué culpa tengo yo si en el libro no venía nada sobre eso.

Para distraerle y distraerme yo, mi mano encuentra su sexo, ahora tranquilo, pero aún con un tamaño que deslumbra. Jugueteo con él, con su blandura y su flexibilidad mientras se va endureciendo de nuevo. Siento cómo su respiración se acelera, y su mirada se vuelve más oscura, cargada de deseo.

Retiro la piel de su glande y la deslizo hacia abajo, sintiendo la curva de su cabeza ahora hinchada bajo mis dedos mientras él contiene la respiración. Su cuerpo reacciona a mi toque, tensándose y relajándose al mismo tiempo, atrapado entre el placer y la expectativa. Me maravillo ante su tamaño y dureza, la sensación de poder sobre él es embriagadora.

Caelan exhala lentamente, un sonido profundo y gutural que envuelve la habitación. Sus ojos se cierran momentáneamente, como si estuviera intentando mantener el control.

—Sheena... —murmura, su voz temblando ligeramente.

Mis dedos continúan explorando, subiendo y bajando por su longitud, sintiendo cómo late bajo mi toque.

Luego tiro de sus testículos hacia arriba entre sus muslos, exponiéndolos completamente a mi vista. Los acaricio y masajeo suavemente entre mis manos, disfrutando de la sensación de su peso y la textura de su piel. Caelan gime, un sonido profundo y gutural que envuelve la habitación y me impulsa a continuar.

Él de repente detiene mi mano sobre él.

—Entiendo que tienes tus secretos, Sheena, y no te presionaré para que los reveles —dice, su voz baja y tensa mientras lleva mi mano a su pecho—. Pero no voy a dejarte manejar esta situación a tu antojo, manipulándome con tus caricias.

En un movimiento rápido y contundente, Caelan me levanta y me sienta sobre él, asegurándose de que siento la firmeza de su cuerpo bajo el mío. Su acción es deliberada, una demostración de fuerza que me deja sin aliento y reafirma su presencia de una manera que no admite réplicas.

Atrapada en su abrazo, siento la poderosa musculatura de su cuerpo presionando contra el mío. La tensión entre nosotros se convierte en una mezcla de desafío y deseo que me hace temblar.

—Ahora escúchame bien —dice, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que quema—. No voy a ser solo un espectador en esto, Sheena.

Su voz, ronca y profunda, envía un estremecimiento a través de mi cuerpo. Levanta una mano para acariciar mi mejilla, su toque es tierno a pesar de la firmeza de sus palabras.

—Quiero que esto sea recíproco. No solo basado en encuentros físicos, sino en todo. Compartir, confiar, compromiso —continúa, y aunque su tono es exigente, hay un matiz de vulnerabilidad que no había sentido antes.

Respiro hondo, sintiendo cómo la intensidad de la situación me sube por la columna vertebral. Me inclino hacia él, mis labios rozando los suyos en un beso que empieza suave y explorador, pero que rápidamente se profundiza. Caelan responde con igual fervor, sus manos recorriendo mi espalda, aferrándome a él como si temiera que pudiera desvanecerme.

—Estoy contigo en esto. Realmente aquí, para todo lo que eso implica —susurro contra sus labios, permitiéndome ser llevada por la corriente de nuestra conexión.

Él sonríe, un gesto que alivia la seriedad del momento y trae de vuelta la suavidad a su expresión.

—Eso es todo lo que necesito saber —murmura antes de reclamar mi boca de nuevo.

Agarra mis caderas firmemente y las guía, ajustando el ángulo perfectamente para su entrada. Siento cómo se desliza dentro de mí, despacio y profundamente. La presión inicial me arranca un gemido, un sonido que nace del fondo de mi alma, mientras él se sumerge lentamente, conquistando cada centímetro de mí.

Siento la punta de su miembro alcanzar mi fondo produciéndome una sensación de placer y dolor que me hace gemir. La intensidad aumenta con cada movimiento, cada ajuste fino que hace, encontrando ángulos que agudizan el placer hasta convertirlo en una exquisita tortura. Mis dedos se clavan en su pecho, buscando anclaje en un mundo que Caelan hace tambalear con cada embestida.

—Sheena... —jadea.

El sonido de mi nombre en sus labios, pronunciado con esa urgencia, solo intensifica el torbellino de emociones que me consume.

Mientras la luna es testigo silencioso de nuestra unión, me pierdo en la dualidad de Caelan: tierno y dominante, protector y conquistador. Y en este baile de sombras y luz lunar, nos tejemos más fuertemente el uno al otro.

Capítulo 26



«Ahí viene mi macho alfa».

Caelan se acerca a la arena de entrenamiento. Su figura se recorta contra el cielo plomizo de diciembre, desafiando el frío con la misma ferocidad que desafía a sus adversarios. Lleva el tartán enrollado con descuido en su cintura, mostrando su compromiso con la tradición tanto como con la comodidad. Su camisa de lino, abierta en el cuello y remangada hasta los antebrazos, revela músculos trabajados por incontables horas de esfuerzo físico, las venas marcadas como ríos en un mapa que dibujan un paisaje de fuerza pura.

Se acerca a mí y deja sobre el suelo unas dagas de madera. Me ofrece una sonrisa rápida, un gesto que diluye la seriedad de su enfoque habitual.

—Hoy utilizarás estas, Sheena, pero antes recuerda lo que hemos practicado: mantenerse firme, el equilibrio es esencial. Y no olvides cómo caer... y levantarte rápidamente —me instruye con voz firme pero alentadora.

Asiento con la cabeza y él comienza a empujarme suavemente al principio, probando mi

capacidad para mantener el equilibrio. Recuerdo sus enseñanzas, flexionando ligeramente las rodillas, manteniendo el centro de gravedad bajo. Pero él aumenta la intensidad, sus movimientos se vuelven rápidos, casi como un baile, un juego de pies que me obliga a reaccionar con la misma velocidad.

Con cada empujón y cada intento de hacerme caer, mi respuesta se afina. Esquivo, giro y contraataco, mi respiración se mezcla con la de él en ráfagas cortantes. En una maniobra particularmente rápida, Caelan me hace un barrido que casi me envía al suelo, pero logro recuperarme, impulsándome sobre mis manos para volver a ponerme de pie casi de inmediato.

Entonces, en un giro rápido, mi pie se enreda con el borde de mi falda, prenda del todo inadecuada para el ejercicio físico pero necesario para mantener las apariencias ante los observadores.

«Estos hombres del medievo no están preparados para ver una mujer con pantalones. Las prioridades medievales, siempre tan lógicas».

Siento el tirón en la tela antes de oír el desgarrón; la falda se rasga desde abajo hasta el muslo, dejando mis piernas al descubierto de una manera inesperada que hace que se oiga un rumor entre los guerreros que se han ido deteniendo para observarnos.

Caelan se interrumpe de inmediato, su postura cambia de la de un instructor a la de un protector. Hay un momento de silencio mientras él y yo nos damos cuenta de la situación.

—No pasa nada, sigamos —digo, intentando sonar segura y firme, sin importarme en absoluto la exposición.

Caelan lanza una mirada de advertencia a los hombres presentes, su expresión endurecida y autoritaria. Sus ojos recorren el grupo, asegurándose de que nadie se atreva a hacer algún comentario inapropiado.

—Puedo esperar mientras te cambias, Sheena —dice, su tono más suave pero aún firme.

Sin previo aviso, agarro una de las dagas de madera y la coloco rápidamente en su cuello, mis ojos brillando con burla.

—Has caído en mi táctica de distracción, guerrero. ¿La visión de unas piernas te hace actuar con descuido? —le digo, disfrutando de la sorpresa en su rostro.

Caelan sonríe, una sonrisa lenta y peligrosa que solo él puede llevar con tanta gracia.

—Normalmente no, pero las que suelo ver cuando lucho no son tan bonitas —responde, y su tono provoca una risa contenida entre algunos de los hombres presentes.

Reacciona rápidamente, apartando mi brazo con un golpe preciso que me obliga a doblarlo. En un movimiento fluido, me da la vuelta, estrellando mi espalda contra su pecho. Con firmeza, pero sin brusquedad, guía mi propia mano, aún sosteniendo la daga de madera, hasta colocarla en mi cuello.

—Nunca subestimes a tu oponente, incluso si crees que lo tienes bajo control —susurra en mi oído, su voz baja y firme, enviando un escalofrío por mi columna.

La cercanía de su cuerpo, el calor de su aliento en mi cuello, y la firmeza de su agarre me dejan sin aliento por un momento. Pero rápidamente recupero la compostura, recordando que esto es parte del entrenamiento.

Trato de liberar mi brazo, pero él lo sostiene con fuerza, sin dejarme espacio para maniobrar. Los hombres observan en silencio, algunos con sonrisas cómplices en sus rostros.

—Siempre puedo encontrar nuevas formas de distraerte —le susurro, y sin que nadie más pueda notarlo, presiono ligeramente mi trasero contra él.

Contiene un leve jadeo, sus músculos se tensan por un momento, y sé que he logrado desconcentrarlo, aunque sea un poco. Su agarre se afloja ligeramente, y aprovecho ese instante para deslizarme fuera de su control, girándome rápidamente para enfrentarlo de nuevo.

Caelan se endereza, recuperando su postura y lanzándome una mirada que promete venganza y eso… me pone porque todo lo relacionado con este hombre grita sexo.

—Buena jugada —dice con una sonrisa que mezcla aprobación y deseo—. Pero aún no has ganado.

—Lo sé —respondo, levantando la daga de madera en señal de desafío—. Pero estoy aprendiendo rápido.

Los hombres a nuestro alrededor observan con interés renovado, conscientes de la dinámica entre nosotros, aunque sin comprender completamente su profundidad.

—Blair, ven aquí. Necesito que seas el voluntario para que Sheena practique defendiéndose de un ataque —reclama Caelan, sin apartar la vista de mí.

Antes de que Blair pueda responder, Jamie se adelanta con paso firme.

—Lo haré yo —declara, sus ojos fijos en los míos con un brillo de desafío.

A Caelan eso le molesta claramente, pero no dice nada, aunque sus labios se tensan en una línea fina. Jamie se coloca delante de mí, su postura relajada pero alerta.

—Vamos, pégame todo lo fuerte que puedas —me dice Jamie, provocador, con una sonrisa burlona.

Blair se ríe, incapaz de contenerse.

—Vamos, Fraser, te estás avergonzando. ¿Eso es lo que te gusta? —se burla, el tono divertido, pero con un matiz de incredulidad.

Jamie no se inmuta, su mirada fija en la mía.

—Solo digo qué... —comienza Jamie, pero no le doy tiempo a terminar.

Con un movimiento rápido, le ataco, utilizando las técnicas que Caelan me ha enseñado. Mi pie se conecta con su espinilla, haciéndolo retroceder un paso, y aprovecho para empujarle con fuerza en el pecho, enviándolo al suelo.

Jamie se queda allí por un momento, sorprendido, mientras los hombres alrededor sueltan una carcajada. Caelan sonríe con satisfacción.

—Ahora deberías pisarme, Sheena, para inmovilizarme —dice Jamie, y hay un rastro de humor y provocación en su petición.

—¡Lo sabía! —se ríe Blair—. Le gusta que una mujer le domine.

Yo pongo mi bota sobre el pecho de Jamie con una sonrisa, y la tela de mi vestido se desliza por mi muslo, revelando mucha piel.

Soy muy consciente de que estos hombres no están acostumbrados a ver tanta pierna femenina noble y que me miran con ojos desorbitados.

—Deja de jugar con su corazón —murmura Caelan mientras me aparta de él cogiéndome por el antebrazo.

Caelan me coloca detrás de él, como si quisiera protegerme de las miradas hambrientas de los demás hombres.

—¿Es que hoy nadie tiene nada que hacer? —interroga con su tono autoritario lleno de impaciencia.

—Esto es mucho más entretenido —murmura Duncan, provocando risas entre los presentes.

Caelan lanza una mirada severa al grupo. Me doy cuenta de cómo su presencia impone respeto y autoridad, no solo antes los MacRae.

—Bien, Sheena, volvamos a la práctica. Recuerda siempre mantener tu guardia alta y no subestimes a tu oponente, sin importar cuánto creas tener la ventaja. Pisa a ese tipo todo lo que quieras. Machácalo.

Asiento, sintiendo una oleada de confianza mientras me preparo para enfrentar a Jamie nuevamente. Respiro hondo y tomo posición, centrando toda mi atención en él.

Avanzo hacia él, manteniendo mi guardia alta como Caelan me ha enseñado. Jamie lanza un golpe, pero estoy lista y lo bloqueo con facilidad. Respondo con un contraataque rápido a su costado, y aunque intenta esquivarlo, mi puño conecta con su nariz y le arranca un gruñido de sorpresa.

Caelan se mantiene cerca, observando cada uno de mis movimientos con atención, preparado para intervenir si es necesario. Pero siento su confianza en mí, y eso me impulsa a

seguir adelante con más fuerza.

Jamie intenta un barrido con su pierna, pero salto hacia atrás justo a tiempo, esquivando su ataque. Lo rechazo con un golpe dirigido a su mandíbula, y aunque no lo alcanza de lleno, sí es suficiente para hacerlo retroceder.

—¡Bien hecho! —grita Caelan, su voz llena de orgullo.

Sigo avanzando, sin darle tiempo a Jamie para recuperarse. Golpe tras golpe, bloqueo tras bloqueo, mi cuerpo se mueve con una precisión y una fuerza que nunca había sentido antes. Finalmente, con un truco que me ha enseñado Caelan, lo derribo al suelo, su respiración agitada y su expresión incrédula.

Me quedo sobre él, mi pecho subiendo y bajando rápidamente mientras recupero el aliento.

De repente, siento las manos de Caelan en mi cintura, levantándome bruscamente y haciéndome volar por los aires. Aterrizo con suavidad, pero mi sorpresa es evidente.

—Quita esa estúpida sonrisa de tu cara, Fraser —le gruñe Caelan, sus ojos centelleando de furia y celos.

Jamie se incorpora lentamente, su sonrisa desvaneciéndose ante la intensidad de Caelan.

—Solo estaba... —empieza a decir, pero la mirada de Caelan lo detiene en seco.

—No quiero ver ningún gesto de satisfacción cuando ella está encima de ti —advierte Caelan, su tono cortante y definitivo.

—¿Sabes? Tendrás que asumir que «tu hermana» tarde o temprano estará encima o debajo de algún afortunado al que haga sonreír —le suelta, haciendo que algunos hombres se rían.

—Jamie… —le reprehendo sorprendida por esa hostilidad.

Caelan avanza un paso más con su rostro envuelto en una máscara de furia contenida.

—Cuida tu lengua, Fraser —responde con un gruñido, acercándose un paso—. No es de tu incumbencia cómo gestiono mi relación con Sheena. Y te recomiendo que mantengas la boca cerrada.

Jamie arquea una ceja, claramente disfrutando del desafío.

—Oh, ¿es eso una amenaza? ¿Vas a pegarme otra vez? ¿O es que no puedes soportar esa idea, la de ella perteneciendo a otro hombre?

—Sheena no es propiedad de nadie, menos aún tuya —le responde Caelan, escupiendo las palabras, cada una marcada por un desprecio palpable.

La tensión entre ellos se siente como la calma antes de una tormenta, pesada y amenazante. El aire frío del invierno no hace nada para enfriar los ánimos caldeados.

—Entonces, quizás deberías asegurarte de que tus acciones no dejen lugar a dudas —contraataca Jamie—. Porque tengo la sensación de que te asusta la idea de que no puedas controlar cada aspecto de su vida.

—¡Eh, eh! —interrumpo viendo que esto no tiene fin—. ¿Os pago por discutir o por enseñarme a no acabar bajo las botas de algún desgraciado?

Blair, que se ha acercado a contener a Caelan con un gesto conciliador, enarca una ceja ante mi comentario.

—¿Les pagas? —pregunta, su tono lleno de diversión mal disimulada y una sonrisa juguetona curvando sus labios.

Le lanzo una mirada desafiante, una esquina de mi boca se eleva en una sonrisa.

—Con mi encantadora presencia, ¿no te parece pago suficiente? —respondo, intentando aligerar el ambiente cargado.

Caelan se gira hacia mí, su expresión se suaviza ligeramente, aunque la tensión en sus hombros sigue visible.

—Tu presencia es más valiosa que cualquier oro, eso es seguro —apunta Blair, intentando incorporar humor a la situación.

Tanto Caelan como Jamie se quedan mirándome, como si recordaran de repente que soy más que una simple espectadora en su duelo de testosterona.

Justo cuando están a punto de volver a sus posiciones, una voz se alza desde las sombras del patio, cargada de ironía y diversión mal disimulada.

—No, no interrumpas, sobrina. Esto estaba muy interesante —dice Malcolm, emergiendo con una sonrisa socarrona—. Yo creía que traíais un acuerdo de alianza con los Fraser y resulta que esto parece más bien una guerra y todo ¿por una mujer?

Su comentario, cargado de ironía, hace que algunos de los hombres alrededor suelten risitas contenidas. Caelan frunce el ceño, claramente molesto por la intervención de Malcolm, pero se contiene.

—Y no una mujer cualquiera, ¿verdad? —continúa Malcolm, su mirada deslizándose entre nosotros—. Una que parece tener a todos los hombres de este castillo en un puño con sus… maneras siempre poco ortodoxas.

La tensión se palpa, y no puedo evitar rodar los ojos.

—Por favor, tío, dime que no has venido desde tu cómoda silla en el salón solo para hacernos un comentario sobre las dinámicas del clan —digo, tratando de inyectar algo de ligereza a la conversación cargada.

Malcolm se ríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos, que permanecen calculadores y fríos.

—Oh, por supuesto que no, querida Sheena. Pero debo admitir que me proporciona un entretenimiento excelente ver cómo los grandes guerreros se deshacen por los encantos de una dama. Sin embargo, asegúrate de que estos juegos no distraigan de los verdaderos problemas del clan. Y tú, Caelan, si estás pensando en traer alianzas a través del matrimonio, sería prudente asegurarse de que las pasiones personales no interfieran con los intereses políticos.

Caelan parece listo para saltar hacia Malcolm.

—Esto no es asunto tuyo —responde Caelan, conteniendo su ira.

—Oh, pero si afecta al clan, lo es —replica Malcolm, acercándose con paso tranquilo—. Y me pregunto, ¿qué dirían los miembros del consejo si supieran que la alianza con los Fraser se tambalea por... celos?

—Estábamos entrenando —digo finalmente, forzando una sonrisa y tratando de desviar la atención del tema—. Fingiendo una situación hostil. Ya sabes, como cuando dos gatos en celo se encuentran en el mismo tejado y no hay suficiente espacio para tanto ego.

La risa se escapa de algunos de los hombres que nos rodean, y hasta Blair no puede ocultar una sonrisa. Caelan y Jamie, sin embargo, no parecen encontrar mi comentario tan gracioso.

Malcolm se ríe, un sonido que resuena con un matiz de aprobación a pesar de su sarcasmo.

—Desde luego, Sheena, tienes un talento especial para darle sabor a las cosas —comenta, mirándome con una mezcla de diversión y algo que podría interpretarse como respeto retorcido —. Pero no dejes que tu lengua afilada corte más de lo que puedes permitirte perder.

—Sé lo que estás haciendo. —Caelan da un paso adelante, su rostro endurecido por la irritación y la desconfianza—. Y no me gusta que juegues con la situación para tus propios intereses.

Malcolm levanta las manos en un gesto de falsa rendición, pero sus ojos no ocultan su verdadero deleite por la confrontación.

—Vamos, Caelan, solo estoy observando los hechos. No necesito crear conflictos donde ya los hay.

—No hay necesidad de que esto escale más. Sheena tiene razón. Todo esto es parte del entrenamiento —interviene de repente Jamie—. Un escenario para que ella aprenda a manejar situaciones... impredecibles. Estaba pactado desde el principio.

—¿Para manejar situaciones imprevisibles? —repite Malcolm con incredulidad y burla—. A simple vista, lo más seguro para ella es abrirse de piernas para manejaros a todos.

Caelan se tensa visiblemente ante el comentario, su mandíbula se aprieta y sus manos se

convierten en puños a sus costados. Puedo ver el esfuerzo que hace por controlarse, pero la provocación de Malcolm ha tocado una cuerda sensible.

—¿Qué has dicho? —La voz de Caelan es baja y peligrosa, un claro aviso de tormenta.

Da un paso hacia Malcolm, su presencia imponente marcando cada centímetro del espacio entre ellos. La tensión es tangible, y todos los presentes retienen el aliento, esperando ver cómo se desenvuelve la situación.

—Quizás necesites un recordatorio de lo que es el respeto, tío —gruñe Caelan, su voz baja pero cargada de amenaza. Antes de que Malcolm pueda reaccionar, Caelan lo agarra del brazo y lo gira con una destreza sorprendente, inmovilizándolo en un agarre que deja claro quién tiene el control físico.

—¿Ves? Así se siente estar en una situación impredecible —susurra al oído de su tío, su tono tan frío como el hielo.

Luego, casi tan rápidamente como lo ha agarrado, lo suelta y da un paso atrás, su pecho subiendo y bajando por la adrenalina.

—No vuelvas a subestimar mi paciencia o lo que estoy dispuesto a hacer por los míos —añade, su mirada fija en Malcolm, quien se ajusta la ropa con un gesto de dignidad herida pero claramente sacudido.

—Caelan —intervengo, acercándome a él y poniendo una mano en su brazo, intentando calmarlo—. Ya ha quedado claro. No necesitamos más demostraciones. Perdona, al tío Malcolm. Está mayor y parece que está perdiendo un poco la cabeza.

Giro el dedo alrededor de mi sien en el aire. Un gesto universal para cualquier siglo.

Mi comentario provoca algunas risas entre los presentes, aunque Malcolm solo responde con una mirada severa que no oculta del todo su odio.

Caelan mira a Malcolm con una expresión que todavía arde en resentimiento, pero asiente lentamente, reconociendo mi intento de desprestigiarlo.

—Es mejor que todos volvamos a nuestros asuntos —dice finalmente, su tono aún duro, pero más controlado.

Lanza una última mirada a Malcolm, un claro recordatorio de que su paciencia tiene límites. Luego, sin una palabra más, se gira y comienza a caminar hacia la puerta del patio, su espalda recta y su paso decidido.

Lo sigo con la mirada.

No me cabe duda de que Caelan MacRae es un hombre de profundas pasiones y convicciones fuertes, capaz de encenderse como la pólvora con la chispa adecuada.

Jamie, por su parte, no dice nada más, pero la mirada que me lanza es complicada, con algo parecido a la resignación. Mientras tanto, Blair se me acerca con una sonrisa torcida en los labios.

—Parece que tus entrenamientos están llenos de intensidad —comenta en voz baja, echando un vistazo a Malcolm, que todavía se está reacomodando la ropa con un aire de indignación.

—Si yo te contara… —le digo con media sonrisa, sintiendo cómo el resto del mundo vuelve a colocarse en su lugar después del torbellino de emociones.

Después de todo, aprender a luchar no es solo sobre golpes y defensas, sino también sobre navegar las complicadas aguas de las relaciones humanas, algo que definitivamente requiere tanto coraje y astucia como cualquier campo de batalla.

Capítulo 27



Envuelta en las sombras tenues de la habitación, mis dedos trazan círculos insistentes en mi clítoris mientras el recuerdo de Caelan se agiganta en mi mente.

Visualizo su torso, cada músculo marcado y tensado, la piel brillando sutilmente bajo una fina capa de sudor que dibuja ríos entre los surcos de sus abdominales. Sus manos, grandes y seguras, las imagino recorriendo con audacia el contorno de mi piel, provocando un torbellino de sensaciones que me llevan al límite.

Tan absorta estoy en la sensación y en mi fantasía, que no percibo el sonido de la puerta al abrirse ni los pasos silenciosos que se acercan. No me doy cuenta de su presencia hasta que su voz, baja y ligeramente ronca, corta el aire como un susurro cargado de incredulidad y un tinte de deseo mal disimulado.

—Sheena... —dice Caelan, su tono teñido de asombro y algo más, algo indefiniblemente tierno. Se detiene al pie de la cama, su figura recortada contra la luz tenue que se filtra desde el pasillo.

—¿Estás... estás dándote placer a ti misma?

Sus ojos, normalmente un pozo de fuerza y determinación, ahora reflejan una mezcla de sorpresa y fascinación, observando cómo mi cuerpo se mueve bajo la caricia de mis propias manos. En su mirada leo un deseo palpable, un deseo que parece luchar con la sorpresa de encontrarme en tal estado de abandono personal.

Mi corazón da un vuelco cuando escucho su voz, y el susto me sacude tanto que casi salto de la cama.

—¡Caelan! Podrías hacer un poco más de ruido, ¿sabes? —le reprocho, tratando de ocultar mi embarazo mientras retiro mis manos de entre mis piernas y me siento en la cama, intentando cubrirme con la sábana.

Pero Caelan parece no inmutarse por mi tono ni por mi intento de disimular lo que estaba haciendo. Se acerca más, con una sombra oscura en sus ojos que brillan de interés y algo que no logro descifrar del todo.

—Entonces, ¿haces esto a menudo? No sabía que las mujeres... —deja la pregunta en el aire, como si explorara un territorio desconocido.

—¿Qué? ¿Se masturban? —pregunto con una ceja alzada. Mi voz tiene un tinte de desafío —. ¿Crees que el deseo en una mujer es menor?

Caelan se inclina, apoyando una mano en la cama cerca de mi cadera. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

—No sé en las demás mujeres, pero el tuyo... desde luego que no, pero no me has respondido —insiste, su mirada fija en mis ojos, buscando algo más que palabras.

—Pues sí, lo hago a menudo —confieso, sin desviar la mirada.

En un movimiento brusco y decidido, Caelan aparta las sábanas y mantas que me cubren, dejando al descubierto mi desnudez y mis manos, que aún descansan cerca de mi sexo, aún pulsante de deseo no satisfecho.

—¿Y piensas en mí cuando lo haces? —pregunta con una voz ronca, casi un gruñido, mientras su mano se desliza por mi muslo, con un toque que promete más que palabras.

—Oh, sí —le respondo con una sonrisa que se convierte en un gemido cuando sus dedos se hunden en mi sexo y desliza dos de ellos dentro poco a poco.

—Enséñame cómo te gusta —me ordena, con autoridad.

—Siempre tan mandón, Caelan. Te recuerdo que soy mayor que tú y… —intento replicar, pero él acalla mi protesta con un movimiento hábil de sus dedos que me corta el aliento.

Sus ojos no se apartan de los míos, brillando con una mezcla de deseo y algo que podría

confundirse con veneración. Sus gestos, aunque dominantes, están llenos de una curiosidad que admiro; busca conocer cada aspecto de mi placer, como un cartógrafo explorando un territorio desconocido.

—No necesitas darme sermones. Los dos sabemos que hemos superado ya hace tiempo, ese momento en el que asegurabas no verme como un hombre —continúa, su voz es un susurro que apenas rompe el silencio cargado de nuestra intimidad. Su mano libre acaricia mi cabello, apartándolo de mi frente con delicadeza.

Su tacto es una paradoja: dominante; aun así, reverente; como si cada roce fuese tanto una conquista como un homenaje. Y bajo su mando, me siento a la vez poderosa y tremendamente expuesta, cada movimiento suyo diseñado para desentrañar más de mí que el anterior.

Mis dedos vuelven a descender hacia mi clítoris, moviéndose sobre él en círculos rápidos con una presión constante y deliberada. Mientras tanto, los suyos continúan penetrándome y retirándose en un ritmo insistente y metódico que me lleva al borde del abismo una y otra vez.

Caelan me observa con una fascinación intensa, como si cada respuesta mía a las caricias fuera una revelación. Sus ojos fijos en mi sexo, mientras los sube de vez en cuando para comprobar cada cambio en mi expresión, cada temblor de mis labios, cada suspiro que escapa de entre ellos. Es una mirada que dice que no solo me desea, sino que me adora en cada pequeño detalle.

—¿Te gusta así? —pregunta, su voz ronca teñida de un deseo palpable y un leve temblor que sugiere su propia contención.

Asiento, incapaz de formular palabras y mi respuesta parece liberarlo de cualquier restricción autoimpuesta. Su movimiento se intensifica, su penetración se vuelve más audaz y rápida, empujándome más allá de los límites de mi resistencia hacia una liberación que se siente inevitable y explosiva por la combinación de sus dedos y los míos.

—Caelan, voy a... —comienzo, mi voz quebrada por la intensidad del placer que se acumula, implacable y abrumador.

—Déjate ir, Sheena —susurra él, y es tanto una orden como una súplica.

El mundo se estrecha hasta el punto de su contacto, y cuando el clímax finalmente me arrebata, es con un grito que lleva su nombre, un reconocimiento de que este momento es tanto suyo como mío.

Mientras las ondas del placer aún pulsan a través de mí, Caelan suaviza su toque, guiándome a través del resplandor que sigue al clímax. Sus dedos, ahora tiernos y consoladores, dibujan patrones languidecientes a lo largo de mi piel sensible, ayudándome a aterrizar suavemente de las alturas vertiginosas a las que me ha llevado.

Con cada respiración, siento cómo la tensión se disuelve, dejándome en un estado de relajación profunda. Caelan se inclina hacia delante, sus labios encuentran los míos en un beso que es tan intenso como dulce, puedo sentir la necesidad en él, la urgencia por satisfacer su

propio deseo ahora urgente.

Lo hago girar y apoyar su espalda contra el colchón mientras me siento sobre sus muslos y comienzo a desabrocharle el cinturón para apartar su tartán de la clara erección que me llama bajo la tela.

—Ahora te toca a ti enseñarme cómo lo haces —le digo con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —Se hace el sorprendido y escandalizado mientras mis dedos se deslizan por la longitud de su miembro—. El padre Mackenna dice que es pecado darse placer a uno mismo, mujer desvergonzada —dice con una sonrisa canalla.

Aprieto sus testículos suavemente, lo que le hace emitir un leve quejido y dar un pequeño salto.

—Sé algunas cosas que el sacerdote desaprobaría, pero puesto que eres tan devoto y casto, supongo que prefieres no caer en ese tipo de tentaciones —le provoco, disfrutando del juego de palabras y la tensión que construimos.

Caelan ríe, una carcajada baja que resuena en el silencio de la habitación.

—Oh, Sheena, si el pecado siempre viene presentado de esta forma, me temo que mi alma está en grave peligro —responde, su voz baja y ronca, cargada de un humor que solo yo parezco sacar de él.

Me inclino, dejando que mis labios queden a escasos milímetros de la cúspide de su erección. El aroma a almizcle mezclado con un dulzor sutil impregna el aire, una fragancia intensamente masculina que se adhiere a mi paladar y llena mis sentidos. Caelan, por su parte, suspende su respiración, un silencio tenso se adueña del momento mientras espera mi próximo movimiento.

Su respiración entrecortada es el mejor indicador del efecto que tengo sobre él. Deslizo mis labios más cerca, casi rozando su piel, pero en lugar de hacer contacto, sigo hablando con un susurro que vibra con promesa.

—¿Debería hacerlo?

Cada aliento que toma Caelan se hace más pesado, más cargado de anticipación. Con una sonrisa maliciosa, exhalo suavemente, el aire de mi respiración bailando sobre la punta de su erección.

—Vas a matarme, mujer. —Su voz se quiebra ligeramente.

—Pues que empiece la condenación —murmuro, antes de deslizar mis labios sobre él, sintiendo su cuerpo estremecerse bajo mi toque.

Mi boca rodea la punta de su erección, un contacto ligero que lo hace jadear. Lentamente, comienzo a moverme hacia abajo, lamiendo su tronco, guiándolo con mis manos hacia mi boca

despacio, absorbiendo y observando cada uno de los detalles de su sexo y sus jadeos.

Mi lengua recorre el largo de su erección como si saboreara un helado en un día caluroso, lenta y meticulosamente, asegurándome de no perder ni una gota de la experiencia.

Cada lametón es deliberado, trazando las venas que se marcan bajo la piel, su sabor, mezcla de sal y algo indescriptiblemente él.

Siento su cuerpo tensarse, los músculos de sus muslos y abdomen contraerse mientras mi boca se cierra más firmemente alrededor de él, subiendo y bajando con un ritmo que construye una serie de jadeos y susurros apenas audibles en él.

Cada vez que llego a la punta, juego con el pequeño orificio, explorándolo con la punta de mi lengua, antes de volver a envolverlo completamente. Su mano encuentra mi cabello, y aunque su agarre es suave, guía sutilmente el movimiento, perdido en la sensación y el acto de entrega que le ofrezco.

—Sheena... —Su voz emerge rota, cargada de un deseo profundo y un toque de veneración, mientras su respiración se entrecorta y su mano en mi cabello se tensa, indicativo de su placer creciente—. Prométeme que, mientras yo respire, no harás esto a otro hombre.

Levanto la vista para mirarlo, sus ojos arden con una intensidad que me hace vacilar.

—¿Qué? —le pregunto sorprendida—. Sabes que no puedo prometer algo así, lo nuestro es…

Antes de que pueda reaccionar, me encuentro tumbada de espaldas, su cuerpo dominando el mío. La rapidez de su movimiento me deja sin aliento.

—¡Entonces miénteme! —exige con urgencia, sus ojos clavados en los míos, buscando una afirmación que sabe que no debería pedir.

En un instante, se posiciona entre mis piernas y me penetra profundamente, en una estocada que borra cualquier pensamiento coherente con la intensidad del placer y el dolor entremezclados.

—Miente... pero dime lo que necesito oír —insiste, su voz ronca por la pasión, mientras comienza a moverse con un ritmo.

La intensidad de su mirada, la firmeza de sus manos en mis caderas, todo grita de un deseo no solo físico, sino de posesión emocional, de un vínculo que se niega a compartir.

Y en ese momento, con cada fibra de mi ser vibrando bajo su control, me encuentro queriendo decirle exactamente lo que necesita oír.

—Tú... solo tú —susurro entre jadeos, cediendo a su demanda, no tanto por la presión, como por el deseo abrumador que me consume de igual manera.

A pesar de que mis palabras pueden ser una media verdad tejida con la urgencia del momento, en este instante, son completamente sinceras.

Caelan se detiene, sus ojos buscando los míos, buscando cualquier indicio de falsedad. Lo que encuentra en mi mirada es un reflejo de su propio deseo ardiente, un espejo de su necesidad.

—Eso es lo que necesitaba oír —dice él con voz ronca, y su ritmo se intensifica, cada embestida entra profundamente y me arranca gemidos más fuertes y desesperados de mis labios.

Finalmente, él se derrama dentro de mí con un gemido profundo, su cuerpo temblando por la liberación. Su frente descansa contra la mía, sus ojos se cierran, mientras recupera el aliento.

Cuando finalmente levanta la mirada, hay un brillo nuevo en sus ojos, una mezcla de satisfacción y algo más suave, más vulnerable. Se desploma a mi lado en la cama, su mano encuentra la mía, entrelazando nuestros dedos.

—¿Qué vamos a hacer respecto a Malcolm? —pregunto, preocupada.

Él se queja.

—No traigas ese nombre aquí y en este momento. Todavía estoy disfrutando de la imagen de tu boca en…

Corto su frase con una risa, aunque la preocupación sigue anidada en el fondo de mi mente.

—No puedes reaccionar de esa manera delante de los hombres —digo, tratando de transmitirle la seriedad de la situación.

—¿Actuar cómo? —pregunta Caelan, frunciendo el ceño.

—Como un marido celoso.

Caelan suspira, pasando una mano por su cabello mojado de sudor.

—No es verdad. Es preocupación, Todos quieren algo de ti, Sheena, y eso me pone nervioso.

—Pero si sigues comportándote así, todo el mundo sospechará, o peor, sabrán que hay algo más entre nosotros. Y no solo sospechas o rumores, algo definitivo —continúo, buscando en sus ojos alguna señal de que entiende la gravedad de lo que digo.

—Es difícil, ya sabes, ver cómo los otros te miran... y cómo tú... y no poder decir que eres mía… —Se detiene, buscando las palabras correctas.

—Eso es lo que haría un marido celoso, Caelan.

—Pero yo no soy tu marido, ni soy celoso… Solo me gustaría arrancarles los ojos a todos los que te miran con codicia, empezando por Jamie —dice con un tono ligero, acentuado por su sonrisa canalla de medio lado.

—Jamie es un buen hombre.

—¿Qué? ¿Es posible que te haya embaucado con sus aires de melancólico? Jamie quiere asegurarse de que estás de su lado, políticamente hablando. Quiere que seas su esposa. No me extrañaría que ronde el invernadero, rezando para que fracases.

—¿Y qué hay de Moraq? —pregunto, recordando su cercanía reciente con Caelan.

Caelan frunce el ceño, claramente disgustado.

—Moraq es leal a su familia, los Fraser, pero también es ambiciosa. No te engañes, si piensa que puede ganar algo al acercarse a ti o a mí, lo hará sin dudarlo.

—Es atractiva... ¿no sientes nada cuando estás cerca de ella? —insisto, mi tono ligero intenta ocultar el verdadero interés detrás de la pregunta.

Caelan suelta una carcajada breve, un destello de diversión cruzando su rostro.

—¿Quién es la celosa ahora? —contraataca con una sonrisa socarrona.

—Oh, cállate y responde —le exijo, no completamente en broma.

—No. Ella no es tú. No me hace sentir lo que tú me haces sentir —responde, sin apartar la mirada, asegurándose de que veo su sinceridad.

—¿Me avisarás si eso cambia en algún momento? —Mi voz es apenas un susurro, pero carga el peso de mis miedos más profundos.

Él me mira con intensidad. Buscando el significado de mis palabras en mi cara.

—No, no lo haré porque eso no ocurrirá. Yo no soy él, Sheena.

—¿Él? —repito, un poco confusa por su referencia.

—El hombre que se fue con la mujer de las piernas enormes —explica con una sonrisa irónica.

—No eran enormes, eran interminables, que no es lo mismo. ¿Te conté eso? —pregunto sorprendida, ya que es una historia que apenas recuerdo.

Ni su nombre ni su cara ni dónde o cómo lo conocí…

—No lo contaste exactamente, pero lo mencionaste la noche que te emborrachaste —responde Caelan, observándome con detenimiento.

Me quedo pensativa, intentando atrapar los hilos dispersos de aquella memoria.

—Es extraño, hay partes de mi pasado que parecen desvanecerse como si fueran sueños —

murmuro, más para mí misma que para él.

—Quizás sea mejor así —dice, acercándose y acariciando mi mejilla con ternura—. Lo importante es lo que tenemos ahora. No lo que dejaste atrás.

—Y ahora, ¿qué tenemos? —pregunto, alzando una ceja.

Caelan sonríe, un destello travieso aparece en sus ojos.

—Tenemos esta noche, Sheena. Y todas las que quieras después.

Su respuesta me hace reír, ligera y feliz, agradecida por el presente y, sobre todo, por el hombre que tengo a mi lado

Caelan sonríe, un gesto que se lleva consigo la oscuridad de la conversación.

—Mi único trabajo esta noche es asegurarme de que solo pienses en nosotros —dice, volviendo a tumbarse y atrayéndome hacia él.

—¿Es que esta juventud nunca se cansa? —pregunto divertida viendo que está dispuesto a repetir.

Él ríe, sus ojos chispeantes de picardía.

—Solo me canso de las cosas aburridas, y créeme, Sheena, nada relacionado contigo podría catalogarse así —responde con una sonrisa traviesa—. Además, considera esto parte de mi entrenamiento intensivo. La resistencia es crucial, ¿no te parece?

Su comentario, ligero y lleno de humor, me hace reír aún más, y me dejo envolver en la comodidad de su cercanía y la seguridad de su abrazo.

Capítulo 28

Narrador Omnipresente



Casi han pasado tres meses desde que Sheena se propuso demostrar que sus métodos podrían aumentar la producción de cultivos en el clan. Los invernaderos, en un principio objeto de escepticismo, ahora albergan filas de zanahorias, nabos, guisantes, habas, espinacas y otros vegetales de hoja verde, brotando vigorosamente contra toda expectativa. Para algunos, este éxito ya roza lo milagroso.

Caelan no puede evitar maravillarse con Sheena. Para él, cada vez es más claro que es un hada que, según cuentan las historias antiguas, traían dones de otros mundos; habilidades que desafiaban la comprensión humana.

A pesar de sus intentos sutiles de discutir su posible origen extraordinario, Sheena se mantiene reservada, nunca confirmando ni negando nada. Caelan se pregunta si, al reconocer sus raíces mágicas, podría finalmente liberar su relación de las ataduras de los rumores y las miradas de desaprobación.

En un mundo donde lo extraordinario se acepta, su amor no sería visto como algo

prohibido, sino como algo inevitablemente mágico.

Lidiar con la atención que Sheena atrae se vuelve cada día más arduo. Aunque ella maneja cada interacción con gracia y astucia, Caelan no puede suprimir el ardor de los celos cuando otros hombres intentan cortejarla.

Su amabilidad y su calor humano a menudo son malinterpretados, especialmente por Jamie Fraser, quien parece determinado a ganarse su favor por cualquier medio. En el fondo de su ser, Caelan se debate entre la admiración y la frustración, entre el deseo y la necesidad de protegerla, no solo de los demás, sino también de la verdad de sus propios sentimientos que, día tras día, se vuelven más difíciles de ocultar.

Si Caelan no estuviera convencido de que dejar el clan en manos de su tío Malcolm sería una catástrofe, se llevaría a Sheena lejos, a un lugar donde nadie los viera como hermanos, sino simplemente como un hombre y una mujer.

Pero sabe que Sheena nunca aceptaría abandonar; su determinación por salvar a los MacRae es tan férrea como su espíritu indomable. Y en ese compromiso, Caelan no sabe si hallar alivio o desesperación.

Ahora, la observa desde la distancia mientras intenta en vano enseñar a los niños más pequeños del clan el abecedario. Tiene la disparatada idea de que la educación debería ser accesible y un derecho para todos, no solo para la nobleza.

Las risas y sus juegos crean un cuadro cómico que ablanda cualquier dureza en su corazón. Cada día que pasa, la ve más hermosa, más enigmática, más... apasionada.

¿Cuándo comenzó a cambiar todo? Tal vez fue cuando la vio empuñar un arco para defender el castillo durante el asedio de Angus MacDougall o cuando descubrió cómo había protegido al clan durante sus horas bajas.

O quizás fue aquel primer encuentro, cuando la vio y supo instintivamente que esta Sheena no era la mujer que recordaba; era algo completamente distinto, y su mirada no llevaba desdén, sino una chispa de admiración que sacudió su mundo.

Posiblemente fue ese momento, esa primera mirada que lo desarmó y alteró su sangre, la que marcó el inicio de su tormento y deleite.

Moraq se sienta junto a Caelan, observando la escena con una sonrisa que refleja un destello de afecto genuino.

—Sería una buena madre —comenta, viendo a Sheena entre los niños.

Ese comentario descoloca a Caelan por un instante. Nunca se ha permitido imaginar a Sheena en el rol de madre. Ella es meticulosa sobre sus encuentros en ciertos días del mes, insistiendo en que no termine dentro de ella.

—Es para evitar un embarazo no deseado —le explicó una vez con esa seguridad que

siempre lo desarma.

Aunque él no entiende del todo, confía en su juicio; sabe que ella posee conocimientos que él no alcanza a comprender.

Sin embargo, conforme su egoísmo y su deseo de poseer algo más que encuentros esporádicos nocturnos crece, Caelan no puede evitar soñar con la idea de formar una familia con ella.

La imagen de un hijo suyo creciendo en el vientre de Sheena comienza a tomar forma en su mente, una visión tanto aterradora como profundamente deseada.

Moraq inclina la cabeza, observando a Caelan con una mezcla de curiosidad y astucia.

—¿Y tú? ¿No has pensado aún en casarte y formar una familia? —pregunta, notando su silencio prolongado.

Caelan se tensa ligeramente, la pregunta resonando más profundamente de lo que Moraq podría sospechar.

—He pensado en ello, más de lo que crees —responde finalmente, su voz baja, cargada de un tono pensativo que rara vez muestra—. Pero las circunstancias no siempre son ideales para tales... compromisos.

Su mirada se desvía brevemente hacia Sheena, quien ríe entre los niños.

Moraq se inclina hacia adelante, su voz baja y conspirativa.

—Si te casaras conmigo... —comienza, pero Caelan la interrumpe con una rapidez que deja claro su rechazo.

—Eso no pasará —dice él, cortante.

—Escucha —insiste Moraq, ignorando su tono—. Si ella se casa con Jamie y tú conmigo, vosotros podríais estar juntos. Ni Jamie ni yo seríamos un impedimento para vuestro amor.

Caelan frunce el ceño, claramente molesto.

—¿De qué estás hablando?

—Es evidente —continúa Moraq, imperturbable—. Lo supe desde la primera vez que os vi juntos. Y si yo lo sé, otros también empezarán a sospechar. Pero si ambos contraéis matrimonio con distintas personas...

—No sigas, Moraq. ¿Sheena y Jamie? ¿Qué evitaría que él se metiera en su cama siendo su esposo? —Caelan casi escupe las palabras.

—¿Tiene tanta importancia? ¿No es mejor resignarse a eso que perderla completamente? —replica Moraq.

—¿Y qué sacas tú de todo esto? —la increpa, con una mirada suspicaz.

Moraq sonríe sutilmente,

—Podré estar cerca de ella. ¿No creerías que eras tú el que me interesaba? Desde el primer momento, mi proximidad solo fue para sacarte información sobre ella. Y estoy aquí... para poder disfrutar de momentos como estos y poder verla sonreír, lo de supervisar el cultivo es solo una excusa que se me acaba pronto.

—Dios santo —se lamenta Caelan, pasándose una mano por la cara—. Ahora también tengo que preocuparme por el efecto que tiene en las mujeres.

—No puedo hablar en nombre de todas, pero yo… siempre he sentido inclinación por el sexo femenino. Los hombres sois tan… poco atractivos.

Caelan, sorprendido por su franqueza, se queda mirándola un momento, luego sacude la cabeza con una mezcla de incredulidad y resignación.

—Eso explica muchas cosas —murmura, intentando asimilar la nueva información mientras su mente aún gira en torno a Sheena y los complicados tejidos de lealtades y deseos que la rodean.

Moraq se inclina ligeramente hacia delante, sus ojos no perdiendo ni un ápice de su intensidad.

—¿Ella… te ha hablado de mí? —pregunta Moraq con cautela.

—No —responde tajante Caelan.

Moraq sonríe, un gesto que no alcanza sus ojos.

—Tal vez no entiendas todas mis intenciones, pero te aseguro que mi principal interés siempre ha sido el bienestar de Sheena —afirma con una seriedad que sorprende a Caelan—. Incluso al hacerte esta propuesta.

Él observa su rostro, buscando alguna señal de duplicidad, pero solo encuentra una sinceridad inesperada. A pesar de la tensión y las complicaciones, siente un atisbo de respeto por su franqueza.

—Eso espero, porque no permitiré que nadie la lastime, pero mi respuesta sigue siendo no. Aunque te agradezco que hayas sido honesta conmigo.

—Sheena tiene ese efecto en la gente, parece obligarnos a ser más auténticos —dice con un suspiro—. Ilumina lo mejor y lo peor de nosotros. Solo espero que al final, todos podamos encontrar nuestro lugar sin demasiado dolor.

El comentario de Moraq deja a Caelan pensativo, y su mirada se desvía hacia donde Sheena está parada, observándolos con mucha atención. La proximidad física entre él y Moraq, aunque

casual, parece crear una intimidad inadvertida que Caelan reconoce inmediatamente.

Con una reacción instintiva, se aparta con brusquedad, consciente de cómo podrían interpretar los demás ese gesto de cercanía. Moraq tiende a hablar desde una proximidad que a Caelan le resulta incómoda, no solo por lo personal del espacio compartido sino por las potenciales interpretaciones erróneas que podrían surgir de tales interacciones.

Sus ojos se encuentran con los de Sheena. Hay un silencio no verbal entre ellos, una comunicación que trasciende palabras y que refleja la complejidad de su situación.

Ella le sonríe, pero es una sonrisa triste, resignada, que a él no le gusta nada.

Caelan se acerca, reduciendo la distancia y dejando a Moraq atrás. Al llegar a su lado, baja la voz a un susurro apenas audible, cargado de preocupación.

—Sheena, ¿qué ocurre? —insiste Caelan, notando la distancia emocional que ella ha puesto entre ellos.

—Nada que no pueda manejar. Es solo que... a veces, pienso que tal vez sea más fácil si me aparto.

—¿Más fácil? ¿Apartarte? —Caelan frunce el ceño, confundido y preocupado—. ¿De qué estás hablando?

—De nosotros, de todo esto. De la complicación que nuestras vidas han llegado a ser.

—No me digas eso —dice suavemente, tomando su mano y guiándola hacia un rincón apartado del bullicio del castillo donde nadie puede verlos. Una vez allí, la obliga a volverse hacia él—. Mírame, Sheena. No permitiré que te apartes de mí.

—Debes saber, Caelan, que existe una cosa que se llama libre albedrío que incluso un macho alfa como tú debería respetar —responde ella con firmeza, aunque su voz tiembla ligeramente.

Caelan pone sus manos alrededor de su cara, buscando las palabras correctas. Su mirada es intensa, casi palpable en su necesidad de hacerse entender.

—No se trata de no respetar tu libertad, Sheena. Se trata de no querer vivir sin ti. ¿No lo ves? No es sobre poseerte; es sobre no poder imaginarme sin ti.

—Oh, Caelan, subrayaría esa frase mil veces en un libro. No puedes decirme algo así y desarmarme por completo. No es justo —le dice Sheena, con un brillo travieso en sus ojos, su voz teñida de sarcasmo suave que aligera la densidad del momento.

Antes de que pueda responder, Sheena se acerca y lo besa, sus labios tomando la iniciativa con una destreza que lo deja sin aliento.

Su lengua explora su boca con una audacia que revela su experiencia, manejándolo a su

antojo. Caelan se encuentra completamente sumergido en la sensación, impresionado y encantado por su habilidad para tomar el control de un beso de tal manera.

Caelan no puede evitar pensar, incluso mientras su mente se nubla con el deseo, que ella ha besado a otros antes de él, que no es la primera boca que explora de esta forma tan competente y seductora.

Pero en lugar de molestarle, eso solo aumenta su fascinación por ella. La habilidad de Sheena para desarmarlo tanto física como emocionalmente con solo un beso es algo que no había experimentado antes, y aunque parte de él se pregunta sobre su pasado, en este momento, esos pensamientos son eclipsados por la pura atracción y el creciente deseo.

—Sheena —murmura contra sus labios, una vez que se separan para tomar aire—, cada vez que me besas así, no sé si agradecer a todos los que vinieron antes de mí por enseñarte o... malditos sean por haber tenido lo que ahora es mío.

Ella ríe, un sonido vibrante y triunfante, resonando entre ellos con una claridad alegre. En ese momento, ambos giran al sentir una presencia a su lado.

Es Alana, con su actitud relajada habitual, y no está sola. A su lado, surge Duncan, cuya presencia es menos discreta. Su apariencia despeinada y la ligera sonrisa que intenta ocultar no dejan lugar a dudas sobre la naturaleza de su reciente encuentro con Alana.

—Yo no he visto nada —dice ella, guiñando un ojo con complicidad mientras se ajusta el cabello de manera sugerente—. Y espero que vosotros tampoco hayáis visto nada mío.

Duncan, los mira de forma astuta y asiente con la cabeza antes de desaparecer rápidamente en la dirección opuesta, dejando a Caelan y Sheena solos una vez más con el corazón en un puño.

Pero no les da tiempo a reaccionar porque entonces alguien grita:

—¡Fuego! ¡Fuego en el invernadero! ¡Lady Sheena!

Al instante, tanto Caelan como Sheena giran hacia la dirección de donde proviene el grito y salen de su escondite.

Un mensajero, sudoroso y con la cara desencajada, se acerca corriendo. Su respiración es pesada, claramente ha viajado rápido para traer la noticia.

—El invernadero... está en llamas —jadea, doblado sobre sí mismo, tratando de recuperar el aliento.

El corazón de Sheena se hunde; todo su trabajo, sus esperanzas de demostrar su valía y ayudar al clan, están en peligro.

—¡Tenemos que ir ahora mismo! —exclama, su voz temblando de desesperación y determinación.

Caelan, tras un breve momento de shock, asiente firmemente.

—Blair, reúne a los hombres. Nos vamos de inmediato —ordena, su tono lleno de autoridad y urgencia.

Sheena y Caelan corren hacia los establos, preparándose para cabalgar. La gravedad de la situación pesa sobre ellos, cada segundo cuenta en su carrera contra el tiempo.

—No dejaré que todo se pierda, Caelan —dice Sheena, montando su caballo con una agilidad que no tenía al principio.

—No lo haremos —responde Caelan con su mirada fija en el horizonte mientras se preparan para la dura cabalgata—. Llegaremos a tiempo.

Con una última mirada hacia el castillo, ambos parten al galope, seguidos por un grupo de hombres dispuestos a salvar lo que puedan. El eco de los cascos resonando en la noche se mezcla con la creciente desesperación y la feroz determinación de ambos.

Capítulo 29



Cuando finalmente llegamos al invernadero, la escena que nos recibe es desoladora. A pesar de ser medianoche, las llamas que todavía devoran lo que queda de la estructura arrojan una luz siniestra sobre las tierras que marcan la frontera entre los Fraser y los MacRae.

La destrucción es total; mi corazón se contrae dolorosamente al ver los sueños y esfuerzos de meses reducidos a cenizas.

Caelan desmonta con un movimiento brusco, su figura tensa y la mirada inyectada en furia. Avanza hacia los restos aún humeantes, cada paso un reflejo de la ira que lo consume.

—Maldición. —Su voz es un gruñido bajo, cargado de un resentimiento feroz.

Mis ojos, borrosos por las lágrimas que empiezan a escapar, apenas me permiten seguirlo. Bajo del caballo de un salto y corro hacia lo que fue una vez mi proyecto, mi pasión. El calor residual del fuego golpea mi rostro, pero es nada comparado con el dolor de la impotencia que me invade.

Blair, que ha estado cabalgando a nuestro lado, se detiene a mi lado, observando la escena

con una mezcla de preocupación y lástima.

—Alguien ha hecho esto a propósito —dice, su tono serio y enfadado—. No hay manera de que esto haya sido un accidente.

—Por supuesto que no ha sido un accidente —responde Caelan, su mandíbula apretada—. Esto es obra de alguien que quiere vernos fracasar. Jamie…

—No ha sido él, Caelan —intervengo, intentando mantener la calma a pesar del temblor en mi voz—. Jamie ha estado en el castillo todo el día.

Caelan se gira hacia mí, sus ojos grises chispean bajo la luz del fuego.

—Ha podido ser cualquier otro Fraser —apunta él.

Mi voz se quiebra y las lágrimas empiezan a caer.

—No llores, Sheena —Caelan se acerca y me envuelve en sus brazos, un gesto protector que me rodea con un calor que no proviene del fuego—. No te rindas. Esto no ha terminado. No mientras yo esté aquí.

Blair asiente, su rostro grave.

—Reuniré a los hombres tenemos que asegurarnos de que el fuego no se extienda más.

—Tienes razón —respondo, limpiándome las lágrimas con la manga.

Caelan asiente y se pone manos a la obra, organizando a los hombres para contener las llamas y asegurarse de que no se extiendan. Aunque su tono es autoritario y firme, hay una suavidad en su trato hacia mí que me ofrece un consuelo tímido pero necesario.

Mientras trabajamos juntos para controlar el desastre, no puedo evitar sentirme intranquila y desesperada. Si no puedo demostrar que mis métodos de cultivo funcionan ante los Fraser tendré que casarme con Jamie.

—Eso no va a pasar —dice Caelan con firmeza, sus ojos ardiendo con una determinación feroz, como si pudiera leerme el pensamiento—. No dejaré que te obliguen a casarte con ese hombre.

El resplandor de las brasas moribundas ilumina su rostro, dándole un aspecto casi heroico. En ese momento, creo en él, en su promesa, en la posibilidad de que podamos superar este desastre juntos.

En ese momento llega Jamie. El aire se carga de tensión cuando Caelan, con un rugido de ira contenido, lo tira del caballo en un movimiento abrupto y violento.

El polvo se levanta en una nube alrededor de ellos mientras Jamie lucha por recuperar el equilibrio, mirando a Caelan con una mezcla de sorpresa y furia.

—¡Te juro que yo no he tenido nada que ver! Sheena, tienes que creerme —se defiende Jamie, levantándose y sacudiéndose el polvo de la ropa.

Caelan, con los puños aún apretados, se acerca a Jamie, su rostro a centímetros del de él. Su voz es un gruñido bajo y peligroso.

—Entonces declararás ante tu clan que lo que Sheena prometió es posible, que lo has visto con tus propios ojos —insiste y cada palabra parece un latigazo.

—Eso no servirá de nada sin pruebas y lo sabes —replica Jamie, manteniendo la calma con esfuerzo.

—¡Aquí están las pruebas! —grita Caelan, señalando los restos humeantes del invernadero — ¡Bajo el fuego!

—Pero eso también puede cubrir la falta de resultados —argumenta Jamie, su tono más medido.

—¡Pero por eso tú les dirás la verdad! —Caelan casi choca su frente con la de Jamie en su furia.

—¿Y qué? ¿Crees que importará lo que yo o Moraq digamos? ¿Que lo aceptarán en el consejo sin más? Sabes que no es así cómo funciona —dice Jamie, intentando razonar con Caelan.

—¿¡Entonces para qué estáis aquí?! Lo que pasa es que a ti te conviene que sea así, quieres que sea tu esposa, pero escúchame bien, mientras yo siga respirando ella no será tuya, ¿me has oído Fraser? ¡Jamás! —Caelan casi escupe las palabras, su ira palpable en cada sílaba.

Los hombres presentes retroceden instintivamente ante la ferocidad de Caelan, un silencio pesado cae sobre el grupo mientras el desafío cuelga en el aire como una amenaza que puede verse y tocarse.

Jamie mantiene la mirada fija en Caelan, la tensión entre ellos tan clara y afilada como el filo de un cuchillo.

Un nudo se forma en mi estómago. Las llamas del invernadero, aunque en su mayoría ya están controladas, todavía lanzan sombras danzantes que reflejan el tumulto en mi corazón. A pesar del frío de la noche, siento calor en mis mejillas, un reflejo de la ira y la frustración que siento por dentro.

—¡Provocarás una guerra entre clanes! —oigo a Jamie gritar, su voz cargada de urgencia y miedo.

—¿Y qué? No sería la primera vez, ni será la última —responde Caelan con desafío, su postura rígida y desafiante.

—¿Y crees que ahora es el momento adecuado? ¿Cuándo Robert Bruce está formando un

ejército para luchar por Escocia? —insiste Jamie, y su preocupación es evidente incluso a la luz vacilante del fuego.

Caelan pausa, y puedo ver en su rostro la lucha interna. La idea de un conflicto más amplio claramente lo afecta, y por un momento, su furia parece dar paso a la razón.

—No es mi deseo ver a nuestro pueblo dividido en un momento como este —admite, sus palabras midiendo cada sílaba, aunque la firmeza de su voz no flaquea—. Pero tampoco permitiré que Sheena se case contigo.

Su nombre se escapa de mis labios en un susurro, casi perdido entre el crujir del fuego moribundo y las voces que discuten a nuestro alrededor. Su mirada se fija en mí con una intensidad que corta el aire frío de la noche.

—No, Sheena, no. —Su voz, ahora baja pero firme, deja claro que no aceptará otra solución—. Ni, aunque tenga que bajar al mismísimo infierno para luchar con sus demonios. No dejaré que nada ni nadie te obligue a un destino que no deseas. Eso te lo prometo.

Jamie, con la mandíbula apretada, asiente con una resignación forzada y un destello de dolor en sus ojos. Me doy cuenta de que está tan afectado como nosotros o sabe que se avecinan problemas graves que ninguno podrá enfrentar con serenidad.



Cuando por fin llegamos de vuelta a Glenrae, el alba ya ha despuntado, tiñendo el cielo de un gris pálido. El cansancio pesa en nuestros cuerpos y mentes, moldeando cada gesto y cada paso que damos hacia el castillo.

Lo último que necesitamos ahora es enfrentarnos a la arrogancia de Malcolm, pero el destino, caprichoso como siempre, tiene otros planes.

Malcolm nos espera en la entrada del castillo con una postura rígida y una mirada aguda que no presagian nada bueno. Su expresión es una mezcla de desdén y triunfo anticipado que me irrita sobremanera.

—Veamos, veamos, la gran horticultora ha vuelto —comienza con sarcasmo apenas disimulado. Su tono es condescendiente, y cada palabra está diseñada para picar—. ¿Cómo ha ido la magia del invernadero? ¿O debería decir el desastre?

Caelan está a punto de estallar, pero le pongo una mano en el brazo, un pequeño toque que le pide calma. Él me lanza una mirada que dice todo sin necesidad de palabras.

—Malcolm, tu habilidad para aparecer en el momento menos oportuno es casi tan impresionante como tu ignorancia —replico, manteniendo la voz firme y clara.

Él arquea una ceja, claramente no esperaba que yo contraatacara.

—Sheena, has fracasado, y eso significa que tienes que cumplir tu parte del trato. El clan no puede permitirse más de tus caprichos. Es hora de que te cases con Jamie.

Caelan da un paso al frente, su postura es amenazante, a pesar de mi mano aún en su brazo.

—Ella no se casará con nadie —interviene Caelan, su voz un gruñido bajo.

—¿Entonces todo fue un engaño? Además de que nos hizo creer que podía hacer crecer piedras preciosas de la tierra.

—Malcolm, incluso tú no puedes ser tan corto de miras —digo, tratando de no dejarme llevar por la ira—. Los cultivos estaban prosperando antes del incendio. Jamie lo vio. Moraq lo vio. Todo el mundo lo sabe.

Él se cruza de brazos, evaluando la situación, su mirada oscila entre Caelan y yo.

—¿Y qué sugieres entonces, Sheena? ¿Que ignoremos las reglas y los acuerdos porque tú dices que tuviste éxito?

—No, no ignorar nada. Simplemente reconocer la verdad y buscar justicia. No permitiré que manipules la situación para tus propios fines —respondo, mirándolo directamente a los ojos, desafiante.

—El consejo decidirá esto —dice finalmente, dando media vuelta y marchándose con un aire de frustración evidente—. Os están esperando.

—¿Has reunido al consejo? ¿Tan pronto? —Caelan le increpa con un tono que refleja su sorpresa y desaprobación.

—Por supuesto. Este asunto requiere una resolución inmediata, no es algo que pueda dejarse a la conveniencia de nadie —responde Malcolm con una frialdad calculada, sin mirar atrás mientras se aleja con pasos firmes hacia la sala del consejo.

Siento cómo Caelan aprieta mi mano ligeramente, una muestra silenciosa de apoyo y determinación. Me vuelvo hacia él, buscando en sus ojos algo de consuelo ante la inminente confrontación.

Con un suspiro, asiento, sabiendo que el enfrentamiento con el consejo es inevitable. Juntos, avanzamos hacia el gran salón. Mi mente está en un torbellino, tratando de anticipar los argumentos y las posibles trampas que Malcolm puede haber preparado.

—Trae a Jamie Fraser —le ordena a un muchacho que asiente inmediatamente.

Capítulo 30



Dentro de la sala de reuniones, el ambiente está cargado de tensión, con los miembros del consejo dispersos alrededor de la antigua mesa de madera. Caelan, con su postura imponente, la golpea con fuerza, exigiendo atención en medio del caos de voces elevadas.

—¡Basta ya! —exclama con fuerza, causando que varios miembros se sobresalten y cesen sus murmullos—. No estamos aquí para gritarnos, sino para encontrar una solución que proteja la integridad de nuestro clan y el bienestar de Sheena.

Desde el extremo de la mesa, Hamish levanta la mano, pidiendo la palabra con una calma que contrasta con la vehemencia de Caelan.

—El problema es que el matrimonio de Sheena con Jamie Fraser podría asegurar nuestras finanzas y fortalecer tu posición como laird. Es una alianza estratégica que beneficiaría a todos —argumenta con voz serena, resonando en el silencio que se ha instaurado.

Caelan, con el ceño fruncido, enfrenta la lógica fría de Hamish.

—¿A qué costo? —contesta Caelan, su tono cargado de frustración—. ¿Estamos dispuestos

a sacrificar la libertad de uno de los nuestros por un supuesto beneficio político?

Jamie, que hasta ahora ha mantenido una postura más neutral, interviene con firmeza:

—El verdadero liderazgo implica hacer lo correcto, no lo fácil.

Caelan se vuelve hacia él con una mirada escéptica.

—Ya van asomando tus colores, ¿verdad, Fraser?

Antes de que la discusión pueda escalar, intervengo, intentando cortar la tensión.

—¡Un momento! —exclamo, levantando las manos para atraer la atención de todos—. Entonces, ¿si yo me caso con Jamie, Caelan obtiene su título de Laird?

—Precisamente, Sheena —dice Hamish, su tono medido—. La posición de Caelan como laird ha estado pendiente, en parte, debido a las complicaciones políticas y financieras que enfrenta nuestro clan. Tu matrimonio con un Fraser podría simplificarlo todo.

Malcolm frunce el ceño, palpablemente contrariado por el giro inesperado de la conversación, y su voz resuena con un tono acusatorio:

—Caelan no ha demostrado ser digno de ser el Laird ni dispone de suficientes apoyos.

Levanto una ceja y cruzo los brazos, enfrentando su desafío con una sonrisa socarrona. No puedo dejar pasar la oportunidad de responder.

—¿Y quién mejor que tú para juzgar la dignidad de un laird, Malcolm? ¿Acaso no eres tú quien lleva buscando apoyo para tu causa como quien recoge migajas del suelo?

El silencio que sigue es tenso, cada par de ojos en la sala se clava en Malcolm, esperando su respuesta. Caelan permanece sereno, observando la escena con una calma que contrasta fuertemente con la tensión de Malcolm.

—Este clan necesita un líder probado, no promesas vacías de un traidor que solo busca su propio beneficio —continúo, mi voz cada vez más firme.

Malcolm da un paso hacia mí, su rostro a pocos centímetros del mío. Puedo sentir su furia, pero me mantengo firme, sin dar muestra de miedo.

—No te atrevas a cuestionar mi lealtad a este clan, Sheena. He luchado y sangrado por esta tierra mucho antes de que tú te entrometieras en asuntos que no comprendes.

—¿Quieres decir que no comprendo por qué prendiste fuego a mi cultivo? —le reprocho.

—Sheena, yo estuve ayer todo el día en el castillo a la vista de todos. ¿Cómo pretendes que provocara ese incendio?

—Pero ¿quién dice que no tienes a alguien haciéndote el trabajo sucio? —Mi tono es

cortante, y le sostengo la mirada, desafiante. Mi acusación lo sacude por un instante, aunque se recupera rápido.

—Eres astuta, Sheena, pero tus acusaciones son tan vacías como tus amenazas —dice en un murmullo cargado de veneno.

—Quizás, pero no soy la única que ha notado tus... estrategias poco ortodoxas para ganar influencia. Y no me detendré hasta descubrir la verdad.

Malcolm da un paso atrás. Algo en mi tono parece haberlo impactado más de lo que esperaba. Con un gruñido, cambia de táctica, su voz adquiere un tono más conciliador, casi razonable.

—Sheena, estás permitiendo que tus emociones nublen tu juicio. Si realmente quieres lo mejor para este clan, deberías considerar unir fuerzas en lugar de dividirnos con sospechas infundadas.

—Si de verdad te importa este clan, Malcolm, demuéstralo. No con palabras, sino con acciones. Apoya a Caelan en su derecho a ser el Laird.

Por un momento, hay una pausa cargada de tensión. Luego, con una expresión que no logro descifrar completamente, Malcolm asiente.

—Lo haré —dice, al fin, su voz cargada de una resolución inesperada—. Apoyaré a Caelan como laird si te casas con Jamie Fraser.

Sus palabras me dejan momentáneamente atónita. No me esperaba esta condición, y aunque mi mente grita que es una manipulación más de su parte, no puedo evitar considerar las implicaciones de su oferta.

Malcolm me observa fijamente, su mirada calculadora.

Cruzo una mirada con Caelan. Él niega con la cabeza, su expresión es seria y sus ojos me transmiten un mensaje claro. No dice nada, pero puedo sentir su rechazo hacia la idea.

Por supuesto, no he venido a esta historia para actuar de sacrificio, pero entiendo que si Caelan no es Laird es por mi culpa. En la novela no hay ningún impedimento para que tome su lugar en cuanto retorna a los MacRae.

He puesto la trama de la novela patas arriba y ahora todo parece más complicado para ellos y para mí. ¿Cuál es mi misión aquí? ¿A qué he venido?

«Demasiado tiempo pidiendo un Jamie Fraser para mí me ha puesto en el camino de este más real y… menos admirable. Es como cuando pides al genio de la lámpara que te haga rica, pero él te concede la riqueza arrebatándosela a tus seres queridos».

Miro a Jamie, tratando de evaluar la situación. ¿Sería tan malo ser su esposa? La idea parece tan simple y a la vez tan complicada. Tal vez no sería tan malo si no estuviera enamorada hasta

los huesos de Caelan MacRae.

—¡No lo mires a él! —grita Caelan, su voz resuena en la sala y todos giran la cabeza hacia él—. Mírame a mí. Es solo una estrategia para separarnos y hacernos daño, Sheena.

Abro mucho los ojos, consciente de sus palabras y de lo que implican sobre la verdadera naturaleza de nuestra relación.

—Caelan, no es tan simple —respondo, mi voz temblando ligeramente—. Si esto puede garantizar tu liderazgo y la seguridad del clan, tal vez deberíamos considerarlo.

La mirada de Caelan se endurece, su expresión se torna aún más seria.

—¿Crees que voy a permitirlo? —pregunta con voz firme y autoritaria.

—Caelan, no olvides que ya has hecho un trato con los Fraser. Si no cumples tu parte del acuerdo, será la ruina del clan MacRae. No solo estamos hablando de liderazgo, sino de la supervivencia de todo un clan —interviene Jamie con voz seria.

—¡¡Nosotros cumplimos nuestro trato!!

La desesperación de Caelan es palpable, y el dolor en sus ojos refleja el tormento que siente.

Lo que nos une es un secreto a voces, una verdad que ambos hemos ocultado por el bien del clan, y ahora, enfrentamos la posibilidad de un sacrificio que podría desgarrarnos.

Mis ojos se llenan de lágrimas, luchando por mantener la compostura, mientras la sala observa nuestro drama desplegarse, un solo corazón dividido entre el deber y el deseo.

—Lo sabes, ¿verdad? —dice él, su voz quebrada por la emoción.

—Caelan, no, por favor, no lo digas —le suplico, temiendo las consecuencias de sus palabras.

—¿Que no lo diga? ¿Crees que hace falta decirlo? Todos lo ven, Sheena. Todos lo saben cuando me ven mirarte. Eres la única que se niega a aceptarlo. —Su voz se fortalece, resonando en las paredes con una pasión desesperada—. Te amo, Sheena. Desde el fondo de mi alma, te amo. Más de lo que jamás pensé amar a alguien en esta vida. No hay nada en este mundo, ni deber, ni clan, que pueda cambiar lo que siento por ti.

Un murmullo de sorpresa se eleva en la sala, pero es Malcolm quien se escandaliza abiertamente.

—¡Es tu hermana! —exclama, mirándonos con horror—. ¿Cómo has podido...?

—¡No lo es! —interrumpe Caelan con firmeza, su mirada cargada de desafío—. No compartimos ni una sola gota de sangre. Ella no es mi hermana, nunca lo ha sido y ahora menos aún.

El silencio que sigue es profundo, casi tangible. Ningún miembro del consejo parece sorprendido ni escandalizado; algunos asienten levemente, como si hubieran esperado esta revelación.

Sin embargo, uno de ellos interviene:

—¿Creéis que estas palabras cambian algo? —dice con una dureza forjada en innumerables batallas—. El amor no trae alimento ni refuerza castillos. Estamos hablando del futuro de todo un clan.

Hamish, con su voz serena pero firme, interviene:

—Tiene razón. Podríamos haber cambiado el registro familiar si hubiese sido necesario, pero ahora estamos en un momento crítico. El trato con los Fraser está en juego, y ellos son un clan poderoso, Caelan. No podemos permitirnos el lujo de provocar su ira ahora. Estamos arruinados.

La mirada de otro miembro del consejo se clava en Caelan, desafiante y sin un atisbo de compasión.

—Sabes tan bien como yo que las decisiones de un laird no pueden estar atadas a sus deseos personales.

Caelan tensa su mandíbula mientras le sostiene la mirada.

—Sé lo que está en juego, y haré lo que sea necesario. Pero no olvides que mientras negociamos con alianzas y tratados, estamos tratando con la vida de la mujer que amo.

El silencio que sigue es denso, y las palabras de Caelan resuenan con una verdad brutal que nadie puede ignorar.

—Haz honor a tu promesa. Eres un MacRae. El futuro Laird de este clan. Deja a un lado tu orgullo y enfrenta esto con dignidad y por el bien de los tuyos, aunque traiga sacrificios personales. Solo es una mujer —espeta otro consejero, su desdén apenas velado.

Un segundo consejero agrega:

—Entiendo tus sentimientos, Caelan, pero debemos pensar en el clan. No podemos permitirnos románticos idealismos en tiempos como estos.

Hamish finaliza, con un tono que admite pocos argumentos.

—Estamos al borde, Caelan. Has hecho un trato con los Fraser. No cumplir ahora sería la ruina de los MacRae.

—Parece que ya está decidido —responde él con su voz teñida de furia. Con un gesto brusco, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta, saliendo de la sala con tal ímpetu que las puertas rebotan en sus goznes.

Entre lágrimas, sintiendo cómo mi corazón se desgarra, comprendo que las decisiones que estamos tomando no solo definirán nuestro futuro inmediato, sino que también sellarán el destino de todo el clan MacRae.

La solemnidad del momento es abrumadora, y mientras los ecos de la puerta aún resuenan, me enfrento a una verdad que no puedo cambiar: el sacrificio exigido es mío, y el precio a pagar, un amor imposible que me duele más de lo que nunca habría imaginado.

Capítulo 31



En la penumbra de la antigua biblioteca del castillo, donde los libros y los secretos comparten igual espacio, encuentro a Caelan de pie junto a la ventana, mirando hacia los oscuros terrenos que rodean la fortaleza. Solo el sonido de mi respiración parece perturbar el silencio sepulcral que nos envuelve.

Me acerco a él con cautela, sintiendo cada paso como si fuera a quebrar el frágil hilo de calma que nos queda. Se vuelve ligeramente hacia mí. Veo la tormenta en sus ojos, una mezcla de amor, miedo y rabia contenida. Es como mirar directamente el alma de un hombre desgarrado entre el deber y el deseo.

Rodeo su cintura con mis brazos y apoyo mi mejilla en su espalda.

—Sheena, no puedo... —empieza a decir, con un susurro roto.

—Lo sé —le corto, mi voz también temblorosa. La idea de estar lejos de él, de pertenecer a otro, golpea mi pecho con una fuerza brutal. Cierro los ojos por un momento, tratando de controlar el mareo de mis emociones.

Siento su mano sobre la mía, apretándola con fuerza.

—No puedo soportar la idea de verte con Jamie. Cada vez que lo pienso, algo en mí se quiebra. —Las palabras salen cargadas de un dolor palpable y su mano tiembla contra mi piel.

Mis propios sentimientos se reflejan en su confesión. Caelan no es solo el hombre que amo; se ha convertido en una parte vital de quien soy. No es solo un héroe de un libro que me arranca suspiros; es real, con sus defectos y debilidades que he aprendido a amar tan profundamente como sus fortalezas.

—Te amo, Sheena. Te amo de una manera que... que me quema el alma —susurra, cada palabra vibrando con un amor intenso y desesperado.

—Y yo te amo a ti, Caelan. No solo por lo que me haces sentir, sino por todo lo que eres —respondo con sinceridad cruda. Las palabras fluyen desde lo más profundo de mí, cada una cargada de verdad y dolor.

Él se gira, enfrentándome directamente. Su expresión es una mezcla de determinación y desesperación.

—¿Cómo puedo dejarte ir? ¿Cómo puedo vivir sabiendo que estás en los brazos de otro? —La voz de Caelan es ronca, y cuando habla, siento la vibración de cada palabra en mi propia piel.

—No lo sé —respondo sinceramente, porque en el amor, no hay respuestas fáciles, solo elecciones imposibles.

Las lágrimas brotan de mis ojos, no solo por el dolor, sino también por la belleza de nuestro vínculo, tan fuerte y frágil a la vez.

Caelan se tensa de repente, su ira comenzando a hervir bajo la superficie.

—¿Por qué aceptaste ese trato? ¡Te pusiste en bandeja para Jamie Fraser! —exclama, su voz subiendo de tono con cada palabra.

—No era mi intención perder, Caelan. Tú sabes que cumplí con lo que prometí —replico, sintiendo cómo mi propia ira se enciende frente a su injusta acusación.

La conversación escala rápidamente, el tono y el dolor intensificándose con cada intercambio.

—Debería haber puesto vigilancia. Hemos sido ingenuos... tal vez después de todo no merezco ser el laird de los MacRae —murmura, su voz cargada de autodesprecio.

—Eso no es cierto, Caelan. Serás un gran líder, el mejor. No puedes dejar que Malcolm tome el control, él solo traerá desgracia —insisto, mi voz firme pese a las lágrimas.

—Tú serías mejor líder que yo. No puedo hacerlo bien sin ti a mi lado. Tus ideas, tu inteligencia… —Sus palabras se cortan cuando su frustración alcanza un punto crítico—.

¡Mataré a Jamie! Así no tendría que entregarte.

—¡Eso provocaría la ruina de los MacRae, Caelan! Una guerra contra los Fraser... por favor, piensa —le suplico, con miedo.

—¡No lo entiendes! ¿Cómo podré cerrar los ojos cada noche, sabiendo que estás con él? —grita, su furia desatada en toda su intensidad.

Nos quedamos mirándonos, el dolor y la desesperación, colgando entre nosotros como una niebla espesa, impenetrable. En ese momento, ambos sabemos que, sin importar lo que decidamos, alguna parte de nosotros quedará fracturada para siempre.

Mis manos, temblorosas pero decididas, encuentran las suyas, apretándolas entre las mías para transmitirle todo lo que siento, todo lo que tal vez en unos días ya no podremos decirnos.

—Caelan, mírame —le pido, y cuando finalmente fija sus ojos turbios en mí, respiro hondo para reunir el valor necesario—. Tú eres mi hogar. No es un lugar ni una posición lo que me ata a este mundo, sino tú. Tú, con todo lo que eres, con tus tormentas y tus calmas. Amarte ha sido la prueba más hermosa y dolorosa de mi vida. Y si tengo que marcharme, si tengo que estar con otro para salvar todo lo que valoramos, lo haré, pero quiero que sepas que mi corazón nunca dejará este lugar. Nunca dejará de pertenecerte.

Las palabras fluyen, crudas y sinceras, cada una cargada con el peso de nuestro amor inquebrantable, pero marcadas también por la tragedia de nuestra separación inminente.

—Por favor, no dejes que este dolor te convierta en alguien que no eres. No dejes que la rabia oscurezca todo lo bueno y justo por lo que has luchado. Sé que esto es más de lo que cualquiera debería soportar, pero estoy segura de que encontrarás una forma de seguir adelante.

Caelan me mira, y en sus ojos veo el reflejo de todas las palabras que acabo de decirle. La intensidad de su mirada me atraviesa, llevándose consigo las últimas defensas de mi corazón.

—No puedo imaginarme un mundo en el que tú no estés a mi lado —dice él, su voz quebrándose bajo el peso de nuestra cruel realidad. Sus dedos se aprietan alrededor de los míos, como si pudiera aferrarse a nuestra conexión un poco más, como si eso pudiera cambiar nuestro destino.

—Entonces lleva un pedazo de mi alma contigo —susurro, las lágrimas fluyendo libremente ahora—. Dondequiera que esté, parte de mí siempre estará contigo, Caelan. Siempre.

Él me mira con una intensidad que quema, sus ojos oscuros reflejando un torbellino de emociones que amenazan con devorarnos a ambos. Antes de que pueda decir algo más, antes de que otra palabra pueda atravesar el aire pesado entre nosotros, él se inclina hacia mí.

Sus manos, firmes y decididas, enmarcan mi rostro, y con un movimiento cargado de desesperación y pasión, me besa.

Es un beso que trasciende la simple despedida; es feroz, profundo, como si pudiera sellar

nuestras almas juntas en ese único instante. La furia y el ansia con que me besa destilan cada emoción que hemos tenido que contener: amor, miedo, dolor, y rebeldía contra lo que intenta separarnos.

Mi mente se vacía de todo, excepto de él, y respondo con igual fervor, mis brazos rodeando su cuello, mis dedos enredándose en su cabello, atrayéndolo más cerca, si es que eso es posible. El mundo se reduce a este beso, a este doloroso punto de conexión que habla de todo lo que deseamos y todo lo que perdemos.

—Me llevaré más que eso —murmura él con voz ronca, sus labios rozando los míos con cada palabra—. Me quedaré grabado en tu piel y en cada latido de tu corazón.

Me levanta con una fuerza que refleja su tormento interno. Mis pies apenas tocan el suelo antes de que me deposite sobre la antigua mesa de roble de la biblioteca. Los pergaminos y libros que descansaban sobre ella caen al suelo en un desorden ruidoso, simbolizando el caos de nuestras emociones desbordadas.

Con cada movimiento, él parece querer afirmar algo más profundo, algo eterno entre nosotros, como si cada gesto pudiera desafiar el destino que nos espera. Su mano, firme y decidida, se desliza con una urgencia frenética por mi espalda, buscando acercarme aún más a él.

Su frente se apoya contra la mía, nuestros alientos mezclándose en el aire cargado de la biblioteca. Puedo sentir el temblor de su cuerpo, cada vibración de su pecho transmitiendo una urgencia que no necesita palabras mientras sus manos se mueven bajo mi vestido arrastrándolo por mis muslos para subirlo.

—No importa a dónde me lleven, no importa con quién me vean... —Mi voz se quiebra bajo la carga emocional, pero encuentro la fuerza para continuar—. Siempre serás tú, Caelan. Siempre.

Él cierra los ojos, como si las palabras fueran tanto un bálsamo como un cuchillo. Cuando los abre de nuevo, hay una resolución ardiente.

Separa mis piernas con una determinación feroz y busca su sexo bajo su tartán. Sus dedos recorren su erección y la guía hacia mi cuerpo. Me penetra con una intensidad abrumadora, cada embestida sacudida con una concentración de fuerza y desesperación que borra todo lo demás.

Es como si quisiera devorarme para aferrarse a nuestra conexión, a nuestro amor que se extiende más allá de las circunstancias que nos oprimen.

Sus brazos se cierran alrededor de mí, tirando de mí hacia él con una fuerza que expresa más que mil palabras. Me atrae hasta quedar completamente envuelta en su presencia, en ese lugar donde el mundo exterior no puede alcanzarnos.

El calor de su aliento roza mi cuello, y un estremecimiento me recorre. Sus labios encuentran la suave piel bajo mi oreja, y siento cómo me besa con una ternura ardiente que pronto da paso a una pasión más ferviente. La suavidad se transforma en urgencia cuando su mordida se hunde delicadamente en mi piel, marcándome de una manera que va más allá de lo

físico.

—Siempre serás mía, Sheena —susurra contra mi piel, su voz ronca teñida de una mezcla de amor y agonía—. Y yo tuyo.

El dolor en sus palabras corta a través de mi corazón, reforzando la profundidad de nuestro vínculo y la brutal realidad de nuestra situación. Mis dedos se entierran en su cabello, aferrándome a él, a este momento, como si pudiera anclarlo a mi lado con mi mera voluntad.

Vuelve a besarme de nuevo y baja el escote de mi vestido para amasar mis pechos entre sus dedos, para succionar mis pezones con su boca, para recorrer mi piel con su lengua y hacerme arder.

No deja de moverse sobre mí ni cuando un orgasmo devastador sacude mi cuerpo ni cuando él se vacía dentro de mí con un gruñido ni cuando oímos voces detrás de la puerta ni cuando el sol comienza a ponerse.

Sus manos y su boca se mueven sobre mi piel en todo momento, mimándome, tomándome, dejando huella y yo le respondo de igual manera. Memorizando cada parte de su cuerpo, mis dedos trazan los relieves de sus hombros anchos, deslizándose por la dura superficie de su espalda, donde cada músculo se tensa y relaja bajo mi tacto.

La textura de su piel, suave sobre los músculos duros, me fascina, y me pierdo en la geografía de su cuerpo, cada cicatriz y cada línea una historia que he aprendido a leer con el corazón.

Capítulo 32



medida que pasan los días, Caelan y yo encontramos nuestro refugio en los momentos robados, cada encuentro marcado por la urgencia y la pasión que se ha convertido en nuestra forma de desafiar la realidad que amenaza con separarnos.

Mientras mi destino con Jamie Fraser parece cada vez más inevitable, yo continúo aplicando los nuevos sistemas de cultivo en tierras MacRae, y Caelan vive la amenaza de nuestra separación con un terror evidente.

Me aborda en los establos, los pasillos, la despensa; Caelan cierra la puerta con rapidez, asegurándose de que nadie pueda vernos. Nuestros encuentros son fugaces, pero intensos, llenos de una desesperación que solo el amor verdadero y la amenaza de perderlo pueden provocar.

Pasamos las noches juntos, enredados en brazos y piernas, en besos que prometen más que palabras, en caricias que intentan memorizar cada detalle del otro antes de que el amanecer nos obligue a separarnos. Es una resistencia silenciosa, aunque feroz contra las circunstancias que buscan arrastrarnos en direcciones opuestas.

Después de un encuentro en una escalera donde sus dientes y sus labios han dejado impresos en mi cuello y mi piel marcas ardientes, nos acercamos al comedor para la cena. Aunque hemos intentado arreglar nuestra apariencia, hay un brillo inconfundible en nuestros ojos y una cierta desorganización en nuestro cabello que podrían delatar la intensidad de los momentos compartidos.

Caelan ajusta su kilt mientras caminamos, y yo me paso las manos por el pelo, intentando domar los mechones rebeldes. El frescor del pasillo del castillo no logra apaciguar el calor de mi piel, y siento cada marca como un eco ardiente de sus caricias.

Al entrar en el comedor, intentamos comportarnos con la mayor naturalidad posible. Las conversaciones cesan momentáneamente mientras algunas miradas curiosas se posan sobre nosotros.

Parece que cada par de ojos que nos sigue sabe a la perfección lo que hemos estado haciendo.

Jamie, en particular, nos observa con una intensidad que me hace temblar por dentro. Sus ojos oscuros no solo expresan desaprobación; hay algo más, una especie de lucha silenciosa.

A mi lado, Caelan mantiene la cabeza alta, su postura rígida y desafiante, aunque no dice nada. Notando mi incomodidad, aprieta suavemente mi mano debajo de la mesa.

—No dejes que te afecte —murmura, su voz apenas audible sobre el murmullo del comedor. Su tono es calmado, pero puedo detectar una corriente subyacente de frustración.

—Podrías haber sido un poco más discreto —le echa en cara Blair a Caelan, tratando de que solo nosotros le oigamos, mientras lanza una mirada entre divertida y reprobatoria hacia mí—. Has dejado en ella marcas muy visibles —añade.

Sin pensarlo, mi mano se desliza hasta mi cuello, tocando las marcas con una mezcla de vergüenza y desafío.

—Me golpeé con una columna mientras esquivaba una lechuza enfadada. Luego, al caer, me enrollé de alguna manera con... con un escudo que estaba convenientemente colocado para golpearme el cuello —replico, infundiendo a mis palabras un tono cargado de sarcasmo.

Caelan aprieta mi mano de nuevo bajo la mesa, un gesto de aprecio por mi intento de desviar la atención con humor, aunque sus ojos no dejan de observar a Jamie, cuya mirada no se ha suavizado.

—Muy creíble, Sheena —comenta Blair con una sonrisa socarrona.

Malcolm, que hasta ahora ha observado la escena con una mezcla de diversión y desdén, decide intervenir con un tono cargado de reproche velado:

—La virtud de una dama, amigos míos, es la joya más preciosa en el cofre de su honor —comienza, su voz elevándose lo suficiente para que se oiga claramente sobre el murmullo del

comedor. Su mirada se desplaza de Caelan a mí, impregnando cada palabra con un peso calculado—. Y es deber de todos nosotros, como caballeros, asegurarnos de que esa joya permanezca sin mancha y resplandeciente.

«Ya estamos».

Sin perder un instante, me inclino hacia delante, captando la atención de todos con una sonrisa cargada de confianza y un brillo travieso en los ojos.

—Oh, ciertamente estoy de acuerdo, Malcolm. Y permíteme añadir que la virtud de un caballero debería ser su capacidad para respetar la libertad y las decisiones de una dama, en lugar de considerar su honor como una joya que requiere su custodia. Quizás, en lugar de joyas, deberíamos pensar en la virtud como en una buena espada: capaz de defenderse por sí misma y, ciertamente, de afilarse con el uso apropiado.

Las risas se escapan de varios rincones del comedor; incluso algunos de los más serios señores no pueden ocultar sus sonrisas ante la comparación.

—Y, si me permites continuar con la metáfora, un caballero no debería preocuparse tanto por la espada de otro, sino más bien asegurarse de que la suya no se oxide por falta de uso —añado, lanzando una mirada desafiante hacia Malcolm, cuyas mejillas adquieren un tono rojizo evidente.

Algunos comensales aplauden abiertamente, divertidos por mi audacia y la forma en que he dado vuelta a la argumentación de Malcolm. Caelan, a mi lado, trata de mantener una expresión seria, pero el brillo en sus ojos me dice que está más que complacido con mi manejo de la situación.

—Me preocupa, querida Sheena, que, en tu afán por afilar tu lengua, olvides que algunas espadas están mejor en sus vainas, especialmente en presencia de aquellos que saben cómo manejar verdaderas armas.

El comedor cae en un silencio sepulcral.

—Cuidado, Malcolm —dice Caelan, su voz baja pero cargada de tensión—. Eso ha sonado demasiado a amenaza.

Malcolm, cuyo rostro muestra una mezcla de sorpresa y desafío, tarda un momento en recuperar su compostura. Ajusta su chaqueta con un gesto deliberado, como si se preparara para un duelo de otra índole.

—No es una amenaza, Caelan, es un consejo —responde con una sonrisa forzada que no alcanza sus ojos fríos—. Pero agradezco tu preocupación por la claridad de mis palabras.

Luego se vuelve hacia Jamie.

—Ahora ya sabes lo que te llevas, Fraser —dice Malcolm, con una sonrisa maliciosa—. Domar a esta dama será, sin duda, un pasatiempo... gratificante. Un verdadero testamento de tus

habilidades como hombre, estoy seguro.

Caelan reacciona al instante, su silla rechina violentamente contra el suelo de piedra del comedor mientras se levanta, la furia pintada en cada línea de su rostro.

—¡Cuida tu lengua, Malcolm! —exclama, como un trueno bajo y amenazante que resuena en las paredes del castillo.

Malcolm, sin embargo, no parece dispuesto a dejar pasar la oportunidad de incitar aún más la situación.

—Oh, Caelan, no te pongas tan tenso. Solo digo que un poco de... refinamiento no le haría daño a Sheena. Quizás Jamie podría enseñarle unas cuantas cosas que tú no has podido.

El cuchillo de la carne tiembla en el puño cerrado de Caelan, y todos en la sala son conscientes del daño que las palabras de Malcolm le están haciendo. La tensión es palpable, y la atmósfera se llena de un aire casi eléctrico.

—Caelan, contrólate. No dejes que sus palabras te afecten —trata de tranquilizarle Blair, pero no parece obtener resultado.

Cada músculo de su cuerpo está tenso, la ira hirviendo justo bajo la superficie.

—Te advierto, Malcolm, que te calles —responde Caelan, su voz baja y peligrosa.

Malcolm, disfrutando claramente de la reacción de Caelan, se inclina hacia delante con una sonrisa burlona.

—Vamos, Caelan, ¿tanto te molesta que Sheena encuentre... nuevas experiencias con Jamie? Seguro que aprenderá muchas cosas útiles para la vida.

Las palabras de Malcolm golpean como un martillo. Veo cómo la furia de Caelan alcanza su punto de ebullición. Se abalanza hacia Malcolm, pero varios hombres saltan de sus asientos para detenerlo.

—¡Déjame, Blair! —gruñe Caelan, tratando de liberarse del agarre de su amigo—. Voy a matarlo...

Intervengo rápidamente, poniendo una mano en el pecho de Caelan, tratando de calmarlo.

—Caelan, por favor, no lo hagas. No vale la pena —digo, mi voz temblando ligeramente, pero llena de seguridad y calma.

Caelan me mira, sus ojos ardiendo con una mezcla de dolor y furia. Por un momento, parece que va a ignorar mi súplica, pero luego, con un esfuerzo visible, se contiene. Respira hondo, su pecho subiendo y bajando con intensidad.

—Tienes razón, Sheena —dice finalmente, su voz ronca por la emoción—. No vale la pena.

Malcolm, aunque claramente disfrutando de la tensión que ha creado, decide no presionar más. Se reclina en su silla con una expresión satisfecha, pero no dice nada más.

Mis ojos se cruzan con los de Moraq, su mirada refleja una pena profunda, como si mi sufrimiento fuera el suyo. Después de la declaración pública de Caelan, no he vuelto a pensar en ellos. La historia del libro tomó su rumbo desde que llegué y decidí que no me casaría con Angus MacDougall. Pero aquí estoy otra vez, obligada a ser la esposa de otro hombre sin mi aceptación.

«¡Maldito libro!», pienso con frustración. *«¿Para esto me trajiste? ¿Por qué estás empeñado en complicarme la vida?»*.

No puedo negar que lo que he vivido aquí es mucho más apasionante que mi vida en... ¿en dónde?

Una sensación de vacío y confusión me envuelve. Trato de recordar, pero es como si una neblina espesa cubriera mi pasado. ¿De dónde soy? ¿Qué hacía antes de estar aquí? Los recuerdos del siglo XXI parecen desvanecerse, diluyéndose en la realidad de este castillo y sus intrigas.

«No puedo olvidarme de quién soy realmente», pienso. Pero la lucha para mantener mi identidad en este mundo extraño se vuelve cada vez más difícil.

Si eso ocurre, solo seré otra mujer perdida en los deberes y las expectativas impuestas por la vida en el medievo, atrapada en un rol que no elegí, ahogada por la falta de libertad y los dictados de una sociedad que no valora a las mujeres más allá de sus obligaciones como esposas y madres.

Miro a las mujeres a mi alrededor, sus vidas definidas por matrimonios concertados, trabajos interminables y la constante sombra del juicio masculino. Veo a Moraq, a Alana, a la señora Fergusson, sus ojos llenos de una tristeza resignada, y me pregunto si alguna vez tuvieron sueños más allá de estas paredes de piedra.

Una cosa es disfrutar de un amor tórrido junto al protagonista del libro y otra ser obligada a ser la esposa de otro.

«¿Y si descubro la forma de volver? Puedo hacerlo después de la boda con Jamie cuando Caelan sea ya Laird y yo volver a ser… ¡Mierda! ¿Y si no recuerdo nada para entonces?».

Respiro hondo, tratando de calmar el torbellino en mi mente. Miro a Caelan, su rostro tenso pero lleno de determinación. Él me ha dado una razón para quedarme, para luchar, pero no puedo ignorar la posibilidad de volver a mi tiempo, a mi vida.

«¿Dónde y cómo aparecí dentro de esta historia?».

Tengo que hacer memoria. Sí, fue en el bosque de Dornie. Allí empezó todo.

Mientras trato de ordenar mis pensamientos, una conversación cercana capta mi atención.

—No puedo creer que el Viento del Norte haya vuelto —dice uno de los Mackenzie, su voz llena de asombro—. Desapareció hace tanto tiempo, y ahora regresa lleno de mercancías valiosas. Es un milagro.

—¿El Viento del Norte? —pregunta otro comensal, interesado.

—Sí, aquel barco que partió hacia el Lejano Oriente hace más de dos décadas. Se creía perdido para siempre. Ha venido de vuelta con especias, sedas y otros bienes preciosos. Muchos invirtieron en él y creyeron que habían perdido el dinero.

La idea de que un barco desaparezca durante tantos años y luego regrese lleno de mercancías no es imposible, dada la imprevisibilidad de los viajes marítimos en esta época.

Las rutas comerciales hacia el Lejano Oriente, particularmente hacia China e India, eran peligrosas y largas, la mayoría de las veces acababan mal.

—Muchos de los inversores ya estarán muertos para ver su regreso —añade otro hombre—. Pero sus descendientes podrán reclamar las riquezas. Aunque claro, encontrar a todos los herederos será una tarea titánica.

—¿El viento del norte es un barco? —pregunto asombrada y mi mirada se cruza con la de Alistair, el senescal, que me mira con la boca abierta.

—Sheena, ¿te suena familiar ese nombre? —me pregunta Blair interesado.

Sí, y cómo no. La revelación me golpea con la fuerza de una tormenta. Recuerdo el documento, aquel papel amarillento y desgastado que encontré en el cuadro de mi padre ficticio. No tenía sentido en ese momento, solo parecía un viejo papel sobre una inversión en El Viento del Norte que mi madre no había prestado atención.

—¿Dónde está ese documento ahora, milady? ¿Lo guardó? —me pregunta Alistair, levantándose apresurado.

Un miedo súbito me inunda. Con la urgencia por vender cosas de valor y la confusión de aquellos días, ¿qué hicimos con él?

—No estoy segura —admito, el pánico comenzando a apoderarse de mí—. Todo fue tan rápido. Podría seguir en la habitación... Una cosa es segura. No lo devolví a su sitio.

«¿Y por qué no lo haría? ¡Maldita sea! Siempre tengo que dejar las cosas por ahí y luego me vuelvo loca buscándolas. ¿Por qué nunca aprendo?».

Caelan nos mira sin comprender.

—Necesitamos encontrar ese documento —dice Alistair con firmeza—. Si ese barco ha regresado con riquezas y tú eres la heredera de esas inversiones, podría cambiar nuestra situación por completo. No solo eso, podría asegurar la posición del clan sin necesidad de alianzas forzadas.

Caelan frunce el ceño, claramente desconcertado por la repentina agitación alrededor del documento y el barco, *El Viento del Norte*.

—Explícame, ¿qué significa todo esto? —Su voz transmite una urgencia que refleja su confusión.

Tomo un momento para organizar mis pensamientos antes de explicarle. El resto de la mesa escucha, igualmente cautivado por la conversación que ha tomado un giro inesperado.

Solo Malcolm y Jamie fruncen el ceño.

—Sheena no es la legítima heredera de las riquezas del Conde de Selkirk. El verdadero heredero es su hermano, el actual conde. Cualquier documento que Sheena pueda tener es irrelevante. Sin la legitimidad adecuada, no tiene derecho a reclamar nada —argumenta Malcolm no sin razón.

«Y eso hace que quiera lanzarle el tenedor al ojo».

Miro a Caelan, buscando alguna señal de qué hacer a continuación. Su rostro está tenso, los músculos de su mandíbula trabajando mientras procesa la información.

—Milady, yo creo que si su madre guardaba ese documento era por algo —me susurra Alistair—. Busquémoslo y leámoslo con atención.

—Tienes razón —le susurro de vuelta sin dejar que Malcolm se entere de nuestra conversación.

Capítulo 33



Registro la habitación de mi madre con una desesperación creciente, buscando el documento que podría cambiar nuestro destino. Revuelvo cada cajón, miro detrás de cada cortina, en los estantes y levanto cada alfombra, pero no hay rastro del papel crucial.

Tampoco es que quede mucho en esa alcoba que no haya sido vendido.

El pánico comienza a asentarse mientras contemplo la habitación ahora en completo desorden, un reflejo de la tormenta dentro de mí.

—¿Es posible que el comerciante, Fergus Monroy, se lo llevara con él? —murmuro para mí misma, sintiendo cómo la frustración me carcome—. ¿Y si lo encontró y reconoció su valor, o peor, pensó que era basura y se deshizo de él?

Alistair y Alana, que se han unido a mi búsqueda frenética, también revuelven los papeles y muebles con la misma urgencia. Ambos mueven las cabezas negativamente mientras revisan cada rincón, lo que solo incrementa mi desesperación.

Caelan entra y observa la escena: papeles esparcidos por el suelo, estantes despejados, y

cajones vacíos. Su rostro se tensa al ver el alcance de nuestra búsqueda y la falta de éxito que hemos tenido hasta ahora.

—¿Algún rastro del documento? —pregunta, su voz reflejando una preocupación profunda.

—Nada, no está aquí —respondo, mi voz quebrada por la frustración—. Empiezo a pensar que quizás Fergus Monroy se lo llevó, ya sea por error o porque vio algo valioso en él.

—Está en Cannich ahora. Me lo dijo mi hermano —me dice Alana.

—Bien, está al lado del castillo. Podemos ir y volver en el mismo día. No podemos perder más tiempo —digo.

Caelan frunce el ceño, cruzando la habitación en unos pocos pasos decididos para revisar algunos de los papeles que aún no hemos tocado. Su mirada es intensa, concentrada, como si pudiera forzar la aparición del documento con su mera voluntad.

—Sheena… —empieza a decir Caelan.

—Sé que has planeado una cacería para mañana. Las reservas de carne son bajas y necesitas ir. Eres el mejor cazador. Yo iré con Alistair.

—No quiero dejarte ir sola —admite, la preocupación clara en su expresión.

—Caelan, necesitas hacer esto. Y yo necesito ir a Cannich. Alistair me acompañará, así que estaré segura —insisto, tratando de aliviar la tensa preocupación que veo en su rostro.

Caelan suspira profundamente, pasando una mano por su cabello en un gesto de indecisión visible. Finalmente, asiente, la determinación marcando sus rasgos.

—Está bien, pero llévate a otro hombre de la guardia de confianza y no vistas como una noble… Cubre tu rostro con una capa también. No tomes riesgos innecesarios, ¿de acuerdo? — Su voz es firme, pero el miedo subyacente es palpable.

—Lo prometo, Caelan —digo, ofreciéndole una sonrisa que intenta ser reconfortante.

Alana, que ha estado escuchando nuestra conversación con una expresión mezcla de interés y desgano, deja escapar un suspiro teatralmente aliviado.

—Bueno, eso es un alivio —comenta con su típica pereza y una sonrisa socarrona—. Me alegra no tener que ir a Cannich. Esos viajes siempre me dejan completamente exhausta.

Su tono ligero y la forma despreocupada con la que se apoya en el marco de la puerta contrastan fuertemente con la tensión que Caelan y yo hemos estado manejando.

Caelan la mira, sin saber si reír o amonestarla, pero finalmente decide ignorar su comentario.

—Solo asegúrate de estar lista para ayudar aquí mientras estamos fuera —le digo con un

tono que intenta ser severo pero que se ve suavizado por la pequeña sonrisa que se me escapa.

Alana responde con una inclinación exagerada de cabeza, aún sonriendo.

—Por supuesto. Defenderé el fuerte con mis ganas legendarias.

—Entonces el castillo está en buenas manos —comento, correspondiendo su humor con una sonrisa.

—O estamos definitivamente condenados —añade Alistair con un suspiro fingido, haciendo girar los ojos en una expresión de desesperación teatral.

—Por favor, asegúrate de al menos cerrar las puertas, Alana —digo en tono de broma, pero con un cariño genuino en mi voz.

Ella responde con una mirada juguetona y una sonrisa irónica, evidenciando su gusto por el sarcasmo.

—¿En serio? ¿No hay ya quien se ocupe de eso? —pregunta, alzando una ceja en señal de burla.

Caelan suelta una carcajada, disfrutando del intercambio ligero entre nosotras.

—¿Estás segura de que no terminará vendiendo el castillo por accidente mientras no estamos? —me pregunta con una sonrisa burlona.

—No te preocupes, vender el castillo requeriría un esfuerzo monumental, y todos sabemos cuánto le encanta evitar el trabajo pesado —respondo, guiñando un ojo hacia Alana.

Ella responde con una sonrisa cómplice y un encogimiento de hombros teatral.

—Exacto. Prefiero reservar mis energías para tareas menos tediosas.



Caelan me ayuda a subirme en un caballo dócil, el mismo que he montado con frecuencia y con el que me he familiarizado. Ajusta cuidadosamente las cinchas y me pasa las riendas, asegurándose de que todo esté en orden para el viaje.

Por un momento, se detiene y apoya su frente en mi muslo, presionando su mano sobre él en un gesto que revela su preocupación subyacente.

—Cuídate, Sheena. Intenta no demorarte demasiado —me dice suavemente, mirando hacia arriba para encontrarse con mis ojos—. No confíes en nadie y trata de contener un poco esa lengua mordaz… —Su voz se suaviza, casi en broma, pero subyace una seriedad evidente—.

Mejor aún, evita hablar con desconocidos.

—¿Acaso soy una niña? —le respondo, sonriendo para aligerar el momento.

Él sonríe a regañadientes y continúa, no completamente en broma:

—Y no sonrías a nadie tampoco. Llamas demasiado la atención cuando lo haces.

La combinación de preocupación y cariño en sus palabras me calienta el corazón. Aunque intenta disfrazarlo de humor, sé que cada advertencia proviene de su deseo de protegerme.

—Haré todo lo posible por volver rápido y con buenas noticias —le aseguro, intentando tranquilizarlo.

Caelan asiente, todavía no convencido, pero resignado. Da un paso atrás y sostiene mi mirada un segundo más.

—Vuelve a salvo, eso es lo más importante —dice finalmente, dándome otra palmada en la pierna.

Mientras me preparo para partir, Alistair se acerca con Torin, nuestro capitán de la guardia. Un hombre robusto y serio que estuvo a mi lado en todo momento durante el asedio de Angus MacDougall.

Ambos están listos, con la mirada fija en el camino que nos espera, y sus caballos ya cargados con lo necesario para el viaje, pero una figura emerge repentinamente del umbral alargando nuestra salida.

Jamie Fraser se planta frente a nosotros con el ceño fruncido, sus ojos clavados en mí de una manera que intenta leer mis intenciones.

—Sheena, ¿te vas?

Antes de que pueda responder, Caelan interviene con un tono que corta como el acero.

—¿Crees que está huyendo de ti, Fraser? —Su voz está cargada de veneno, y aunque su pregunta lleva un velo de burla, sus ojos no muestran humor.

Jamie aprieta los labios, claramente molesto por el comentario de Caelan, pero decide no enfrentarlo directamente.

—Solo me aseguraba de que no le falta nada —responde finalmente, intentando recuperar algo de compostura.

—Nos dirigimos a Cannich. Hay un asunto urgente que necesitamos resolver —explico, tratando de mantener la situación bajo control antes de que las tensiones aumenten.

—Permite que te acompañe —insiste Jamie, ofreciendo su ayuda con una cortesía que parece forzada.

Caelan lo mira con desaprobación, su expresión rígida.

—Supuestamente, debes guiarnos a través de los territorios de los Fraser donde se nos permite cazar, ¿o acaso piensas realmente que ella está intentando huir de ti? —La voz de Caelan es incisiva, y aunque su comentario lleva un tono sarcástico, también contiene una advertencia clara.

—Está bien, solo quería ofrecer mi ayuda —cede Jamie, retrocediendo con una expresión de frustración y resignación mezcladas.

—Pues no es necesaria —replica Caelan con firmeza—. Ve con cuidado —me aconseja después, antes de dar una suave palmada en el flanco de mi caballo, instándolo a avanzar.

Con un último vistazo hacia Caelan y Jamie, tomo las riendas con determinación y guío a mi caballo hacia el camino que nos llevará a Cannich.

Alistair y Torin siguen de cerca, y mientras nos alejamos, la figura de Jamie y Caelan se desvanecen en la distancia, junto con las tensiones del castillo. Ahora, con la mente enfocada en la tarea que tenemos por delante, preparo mi espíritu para enfrentar los desafíos que nos esperan en Cannich.

Capítulo 34



El camino hacia Cannich nos lleva a través de la impresionante geografía de Lovat, caracterizada por sus vastos y ondulados paisajes verdes que se despiertan en plena primavera.

El sendero se adentra en la robustez de las Highlands, bordeando el célebre Glen Affric, un valle famoso por sus antiguos bosques de pinos caledonios y sus espejos de aguas cristalinas. El aire es fresco y está cargado con el aroma de pino y tierra mojada, una fragancia revitalizante que nos acompaña mientras avanzamos.

Las montañas se elevan imponentes a nuestro alrededor, con cimas todavía adornadas por vestigios de nieve invernal que reflejan la luz del sol. A medida que nos acercamos a Cannich, el río Glass, tributario del más grande río Beauly, fluye vigorosamente a nuestro lado. Sus aguas bulliciosas son un recordatorio constante del poder natural que caracteriza esta región.

Cannich, situado a la entrada del Glen Affric, se presenta como un refugio en el verdadero corazón de las Highlands y es un tejido cerrado de familias que han vivido en esta área por generaciones.

Mientras nos aproximamos, Torin, con una mirada contemplativa hacia el cielo que promete lluvia, sugiere un cambio de planes.

—Si tenemos prisa, mejor tomemos el atajo por el paso de Dog Falls. Nos ahorrará una buena parte del camino y evitaremos el centro del pueblo.

El paso de Dog Falls es conocido por los locales por su belleza escénica, con una cascada impresionante que se precipita entre rocas musgosas y bosques densos de pinos y abedules.

Aunque menos directo, el sendero ofrece un recorrido a través de un área más remota de Glen Affric, proporcionando no solo un atajo sino también una ruta más privada y rápida hacia nuestro destino.

—Es una buena idea —convengo, lanzándole una sonrisa, pero él esquiva mi mirada.

Aunque suele ser un hombre de pocas palabras, su conocimiento del terreno y su intuición sobre las rutas más seguras y eficientes son invaluables, ya que viaja mucho y es el que más tiempo pasa fuera del castillo.

—A veces, los caminos menos transitados ofrecen las mejores soluciones, especialmente cuando el tiempo apremia —comenta, finalmente devolviéndome la sonrisa con un gesto breve pero significativo.

Alistair, al frente del grupo, guía a su caballo por el sendero que se estrecha a medida que nos adentramos en el bosque. La luz del sol filtra a través de las copas de los árboles, creando patrones de luz y sombra sobre el musgo y las hojas caídas. El sonido de la cascada de Dog Falls se hace cada vez más fuerte a medida que nos aproximamos, un ruido constante y vigorizante que se suma al ambiente natural del lugar.

A nuestro alrededor, la vida silvestre parece indiferente a nuestra presencia; un ciervo ocasional observa desde la distancia antes de desaparecer en el espesor del bosque, las ardillas salen de sus madrigueras en los troncos de los árboles y de vez en cuando nos atraviesa alguna liebre.

—Es increíble que algo tan hermoso esté tan cerca y, sin embargo, sea tan tranquilo y apartado —murmuro, absorta en la majestuosidad del entorno.

—Es el encanto de Glen Affric —responde Torin, su voz casi perdida en el rugido del agua —. Pocos lugares pueden igualar su belleza y serenidad.

El paso nos lleva cerca de la base de la cascada, donde el vapor fresco del agua chocando contra las rocas nos refresca y nos brinda un momento de pausa natural. Nos detenemos brevemente, permitiendo a los caballos beber de un arroyo cercano y a nosotros mismos absorber la vista impresionante.

—No hay muchos lugares en el mundo donde uno puede sentirse tan insignificante y, al mismo tiempo, tan parte de algo más grande —comenta Alistair, contemplando el agua que cae.

De repente, el crujir de ramas bajo el peso de unos pasos nos alerta. Alistair y yo intercambiamos miradas preocupadas mientras nos volvemos hacia la dirección del ruido. Un grupo de hombres emerge de entre los árboles, liderados por una figura que reconozco con un nudo en el estómago: Angus MacDougall.

Mi corazón se hunde.

Angus avanza hacia nosotros con una sonrisa maliciosa, su mirada fija en mí con una intensidad que me hace retroceder instintivamente. A su lado, veo a otros hombres que reconozco como parte de su séquito, todos ellos con expresiones de triunfo.

—Vaya, vaya, Torin, esta vez te has superado a ti mismo —dice Angus con una risa burlona —. Esperaba un poco de información, pero me has traído algo mucho mejor.

La traición de Torin me golpea como un puñetazo. Lo miro con incredulidad y dolor.

Torin, con los brazos cruzados y una expresión imperturbable, evita mi mirada. Era uno de los nuestros, alguien en quien confiábamos para proteger el clan.

—¿Por qué, Torin? —le pregunto con furia—. ¿Qué te ofreció Angus que valiera traicionar a tu propia gente?

Torin finalmente me mira, su expresión es una máscara de desapego. Se encoge de hombros con una frialdad que me congela el alma.

—Lo que todos queremos: seguridad y poder —responde con una indiferencia calculada. Sus ojos recorren el grupo de hombres de Angus, buscando aprobación—. Esos valores ya no los encuentro en el clan MacRae.

Angus se adelanta, interrumpiendo la conversación con una mirada de desprecio dirigida a Torin antes de centrarse completamente en mí. Sus ojos recorren mi figura, y puedo sentir su satisfacción ante mi evidente vulnerabilidad.

—Lástima, Sheena —dice con una sonrisa torcida—. Pero parece que aún tienes mucho que aprender sobre lealtad y supervivencia.

Alistair, que ha estado tenso junto a mí, da un paso adelante, colocando una mano protectora sobre mi brazo.

—No te la llevarás —declara con una firmeza que me sorprende.

Angus se ríe, un sonido áspero y sin humor.

—¿Y quién va a detenerme? ¿Tú? —burla con un tono de desprecio—. ¿O acaso crees que tu caballerosidad y palabras valen algo aquí? —responde él, desmontando de su caballo con la agilidad de quien no ha sido frenado por la pérdida de su mano, reemplazada por un gancho que brilla siniestramente bajo la luz solar filtrada.

Alistair se coloca discretamente frente a mí, su postura tensa y alerta. El resto de los hombres de Angus rodean la zona, cortando efectivamente cualquier ruta de escape fácil.

Angus se ríe, un sonido áspero que resuena a través del tranquilo ambiente del bosque.

—Bueno, ahora que estamos todos aquí, veamos cómo podemos beneficiarnos de esta pequeña reunión —dice, mientras se acerca, su gancho reluciente balanceándose peligrosamente cerca—, Primero, vamos a deshacernos de las moscas molestas.

Con una sonrisa cruel y calculadora, saca su espada con una rapidez que contradice la aparente desventaja de su gancho. En un movimiento fluido y letal, la hoja centellea bajo el sol y se clava con precisión en el cuerpo de Alistair.

El impacto me deja sin aliento. Alistair, con una expresión de sorpresa mezclada con dolor, se tambalea hacia atrás, su mano intenta inútilmente cubrir la herida de donde brota un río escarlata.

—¡No! —grito, mi voz se rompe entre la conmoción y el horror. Las lágrimas me empañan la vista mientras lo veo caer de rodillas al suelo, la vida abandonando sus ojos poco a poco.

Angus se ríe, disfrutando del tormento que su acción ha provocado, mientras los hombres que lo acompañan mantienen su formación, impidiendo cualquier intento de asistencia o escape.

Mi cuerpo tiembla, la adrenalina mezclada con un miedo paralizante. La realidad de mi situación se vuelve dolorosamente clara: estoy a merced de un hombre despiadado que no dudará en matar de nuevo.

Angus, disfrutando de su control sobre la situación, se vuelve hacia mí, su gancho reluciente apuntando ahora en mi dirección.

—Ahora, Sheena, hablemos de ti y de cómo puedes ser de utilidad. Tal vez no necesites acabar como tu amigo. —Su voz es helada, calculadora.

Angus mira a Torin con una mezcla de satisfacción y expectativa.

—Pero antes, vamos a darle realismo a este ataque —dice, dirigiéndose a Torin—. Necesito que sigas intercambiando información entre Malcolm y yo, así que tiene que parecer que has huido herido. ¿Hay algo que debas informarme antes?

Torin, claramente agobiado por el peso de sus acciones, levanta la vista hacia Angus, su expresión grave.

—El incendio fue un éxito. Nada pudo salvarse —dice con voz baja—. Pero ahora, con Sheena obligada a casarse con Jamie Fraser, eso fortalecerá a Caelan como laird de los MacRae. Eso no debe suceder. Si Sheena no se casa con Jamie, y sin la capacidad de enfrentar la deuda y la alianza con los Fraser, tu alianza con Malcolm será vista como la única solución viable. Tendrás el control y podrás eliminar a Caelan cuando Malcolm se convierta en laird.

Angus asiente lentamente, absorbiendo la información con una frialdad calculadora.

—Bien, eso es exactamente lo que necesitaba saber. Ahora, fingiremos que has sido atacado. Asegúrate de que parezca creíble y danos al menos dos días de ventaja antes de dar la alarma —dice, señalando con el gancho a otro de sus hombres, que se prepara para golpear a Torin.

No me sorprende del todo la revelación de Torin y lo lejos que puede llegar Malcolm para conseguir lo que quiere, pero eso no mengua el miedo y la rabia que se entrelazan en mi interior.

Angus se acerca con una sonrisa cruel. Extiende su gancho y lo desliza suavemente por mi cuello, la punta fría y metálica pincha mi piel, provocando que una línea de sangre surja y se deslice por mi escote.

Respiro hondo, recordando cada lección que Caelan me enseñó sobre defensa personal. Afianzo mis pies en la tierra, reúno toda mi fuerza y empujo a Angus hacia atrás con toda la energía que puedo reunir. Me lanzo a correr, esquivando a dos de sus hombres que intentan capturarme.

Pero entonces, justo cuando pienso que puedo escapar, un golpe repentino y brutal en la cabeza oscurece mi visión. El mundo gira peligrosamente y caigo al suelo, la oscuridad envolviéndome por completo mientras mi conciencia se desvanece.

En esos últimos momentos de lucidez, un pensamiento se forma en mi mente turbia: Caelan corre peligro.

Capítulo 35

Narrador Omnisciente



En el corazón de los frondosos bosques de Lovat, Caelan se mueve con la destreza de un cazador experimentado. La cuerda de su arco tensa, sus ojos fijos en el ciervo que pasta tranquilo entre los arbustos. Está a punto de soltar la flecha, cuando de repente, un grito rompe su concentración.

—¡Caelan! ¡Un mensajero! —La voz de Blair corta el aire, llevando consigo un tono de urgencia que desvía inmediatamente la atención de Caelan de su presa.

El ciervo, alertado, salta hacia la espesura y desaparece. Caelan, sin embargo, está ya completamente enfocado en el mensajero que corre hacia él. La preocupación por Sheena, quien partió hacia Cannich con Torin y Alistair, lo ha mantenido en vilo.

Dejando de lado su arco, se dirige rápidamente hacia el mensajero que llega en el rostro marcado la gravedad de su mensaje.

—¿Qué ha pasado? —demanda Caelan, agarrándolo por los hombros.

—Señor, fue una emboscada en Dog Falls... Angus MacDougall... —El mensajero lucha por

recuperar el aliento, pero esas palabras son suficientes para que Caelan sienta un golpe de adrenalina oscura. El nombre de MacDougall enciende un fuego de ira en su pecho.

—Continúa —presiona con voz tensa.

—Torin ha vuelto malherido. Nos contó... Alistair ha muerto y se han llevado a Sheena.

El mundo de Caelan parece detenerse por un momento, el aire se vuelve denso, casi irrespirable con el shock y la ira. En un instante, el bosque en torno a él se torna un mero telón de fondo borroso; siente como si una mano invisible le apretara el pecho, su corazón latiendo con una mezcla de dolor punzante y rabia incendiaria.

Imágenes de Sheena, vulnerable y sola, rodeada de enemigos, inundan su mente, cada una más aterradora que la anterior. Sabe de la brutalidad de Angus, de su falta de honor y de la crueldad con la que trata a sus prisioneros. El pensamiento de Sheena sufriendo bajo sus garras desata un rugido primal dentro de él, una necesidad de protegerla que supera todo lo demás.

Mientras se dirige hacia su caballo, Blair lo sigue, igualmente consternado.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta al notar la furia en el semblante de Caelan.

—Ir a buscarla. Ahora —responde él, con una determinación férrea.

—No te precipites. Reunamos un grupo de guerreros armados. También debemos hablar con Torin; quizás pueda decirnos algo sobre el camino que tomaron o si oyó algo sobre sus planes.

—Ella está en peligro cada segundo que pasa con él. —Caelan se sube al caballo de un salto, la urgencia palpable en cada movimiento—. Seré más rápido solo y llamaré menos la atención.

—¡Espera! —grita Jamie, corriendo hacia ellos—. Iré contigo.

—Podéis seguirme y tratar de alcanzarme más tarde, pero no esperaré a nadie, Fraser —dice Caelan con severidad, y tira de las riendas, poniéndose en camino a la velocidad del mismísimo diablo.

Caelan avanza en una carrera desenfrenada, su corazón latiendo al ritmo frenético de sus pensamientos. De repente, nota el sonido de otro caballo galopando detrás de él. Con una rápida ojeada sobre su hombro, identifica a Jamie Fraser acercándose a gran velocidad. Aunque la presencia de Jamie no le agrada en absoluto, Caelan sabe que no puede perder ni un segundo en confrontaciones; la urgencia de encontrar a Sheena eclipsa cualquier otra preocupación.

Sin reducir la velocidad, Caelan enfoca su energía en quemar distancia con Sheena, consciente de que Jamie puede ser útil o al menos no representar un estorbo en la misión de rescate.

La posibilidad de que Jamie no logre alcanzarlo es real, pero Caelan no tiene intención de

aminorar el paso para esperarlo. Con la determinación marcada en cada golpe de casco contra el suelo, Caelan sigue adelante, impulsado por un único propósito: salvar a Sheena.

Mientras la distancia entre los árboles se vuelve un borrón verde y marrón a su alrededor, Caelan permite que el instinto guíe su camino a través del terreno accidentado.

Jamie, a pesar de la distancia inicial, no se da por vencido. Su caballo, poderoso y resistente, recorta gradualmente la distancia, impulsado por la misma urgencia que lleva a Jamie a seguir a Caelan. Aunque no intercambian palabras, la presencia de Jamie se convierte en un eco constante del peligroso viaje que ambos están dispuestos a emprender.

El sol comienza a descender, proyectando largas sombras a través de los caminos del bosque, y el aire se llena con el frescor anticipado del anochecer.

La mente de Caelan repasa una y otra vez los posibles escenarios que podría estar enfrentando Sheena en ese momento, cada uno más oscuro y urgente que el anterior.

Finalmente, Caelan y Jamie alcanzan Dog Falls. Se detienen un momento, permitiendo a los caballos recuperar el aliento. Caelan se gira hacia Jamie, su mirada dura y evaluadora.

—Enciende una antorcha —ordena Caelan a Jamie con voz ronca, mientras busca en su alforja.

Con la luz temblorosa de la antorcha iluminando la escena, Caelan se agacha junto al cuerpo de Alistair, tristemente abandonado entre las hojas y la tierra húmeda. Examina con detenimiento el estado del cuerpo, buscando signos que le indiquen cuánto tiempo ha pasado desde su muerte. La rigidez de los músculos y la ausencia de insectos, comunes en la rápida descomposición en el ambiente húmedo del bosque, le sugieren que la muerte es reciente, probablemente poco más de dos días.

—No lleva mucho tiempo muerto —murmura Caelan, su voz cargada de dolor y rabia—. Ha ganado algo de tiempo, pero no demasiado.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Jamie, la antorcha en una mano y la otra aferrada a la empuñadura de su espada.

Caelan se levanta, endureciendo sus rasgos.

—El castillo Strome de los MacDougall está al norte de aquí, cerca de Dornie. Si se dirigen hacia allí, tienen que pasar por el puente sobre el río Carron. Podemos cortarles el paso si nos movemos rápido.

Consumido por la necesidad de actuar, se gira para preparar su caballo. Jamie, que ha estado observando el escenario con una mezcla de respeto y práctica, interviene.

—Deberíamos enterrar a Alistair antes de irnos —sugiere.

Caelan lo mira con impaciencia, sus ojos brillando con una determinación feroz.

—Si quieres quedarte a enterrarlo, hazlo, pero yo no puedo esperar. No hay tiempo.

—Caelan, es un asunto de honor —insiste Jamie, claramente en conflicto.

—Ese hombre ha muerto protegiendo a Sheena. El mayor honor que podemos rendirle ahora es asegurarnos de que su muerte no haya sido en vano —replica Caelan con severidad, montando su caballo en un fluido movimiento.

Jamie frunce el ceño, claramente dividido, pero la resolución en los ojos de Caelan es innegable. Con un suspiro resignado, decide unirse a Caelan.

—Está bien, pero regresaremos por él tan pronto como podamos —concede Jamie, subiéndose a su caballo con una última mirada hacia donde yace Alistair.

—Mis hombres lo llevarán de vuelta a GlenRae para que su familia le dé una sepultura digna. ¿Acaso piensas que somos unos bárbaros?

—Salvaje MacRae…, ¿no es ese tu apodo? —replica Jamie con una mueca irónica.

—Puedo ser un salvaje, aunque al menos no obligo a una mujer que pertenece a otro hombre en cuerpo y alma a ser mi esposa —responde Caelan con un tono áspero y directo.

Sin más palabras, espolea a su caballo hacia delante, lanzándose de nuevo a la carrera. Jamie, aunque irritado, sigue de cerca; ambos hombres están ahora unidos por la urgente necesidad de rescatar a Sheena, cada uno marcado por su propia carga de desconfianza y deber.

El puente que se alza sobre el río Carron, está cerca del Bosque Dornie. Este puente, una antigua construcción de piedra, marcada por el paso del tiempo, pero robusto, sirve como un acceso clave a través del rústico paisaje de las Highlands.

Al llegar al puente, un objeto solitario cuelga de una rama baja, oscilando suavemente con la brisa creciente. A medida que se acercan, la realidad de lo que es se aclara: es un trozo del vestido de Sheena, rasgado y abandonado, una visión que golpea a Caelan como un puñetazo.

—¡Maldición! —exclama Caelan, desmontando con brusquedad para arrancar el vestido de la rama. La tela entre sus manos solo sirve para avivar el fuego de su ira y su preocupación.

Jamie se detiene a su lado con una expresión sombría. Observa el vestido y luego mira hacia el horizonte.

—Esto podría ser una trampa. Deberíamos ser cautelosos —advierte con precaución, tratando de imponer algo de razón a la furia desbordante de Caelan.

—No tengo tiempo para cautelas —responde Caelan ásperamente—. Si Angus ha hecho algo para lastimarla...

—Entiende, MacRae, que precipitarnos puede jugar en nuestra contra —insiste Jamie, su paciencia tensándose ante la impulsividad de Caelan—. Si vamos a rescatarla, necesitamos

hacerlo con cabeza, no solo con rabia.

Entonces Caelan lo ve claramente, un detalle macabro que se revela bajo la luz crepuscular: manchas oscuras de sangre salpican la tela.

—Esto es sangre —dice Caelan, su voz ronca por la ira y el miedo, mostrando la prenda a Jamie.

Caelan aprieta los puños, luchando por mantener bajo control su temperamento. Sabe que enfrentarse a Jamie solo desvía su atención de lo más importante: salvar a Sheena.

—¡Muévete o quítate de en medio! —grita, haciendo un gesto hacia el puente.

Jamie, firme y resuelto, responde:

—Hemos avanzado por el camino desde Glenrae sin descanso. Los caballos están al límite, y nosotros también. Necesitamos descansar y trazar un plan.

—¿Y permitir que lleguen al castillo? ¿Quieres que cuando lleguemos ya no haya nada que podamos hacer? —responde Caelan con brusquedad y la fatiga y la frustración evidentes en su voz.

Los dos hombres se enfrentan bajo la tenue luz, la tensión palpable entre ellos. Jamie sostiene la mirada de Caelan, ambos conscientes de la gravedad de la situación, pero divididos en cómo proceder.

—Debemos ser estratégicos, no solo valientes —insiste Jamie, su voz baja pero firme.

Caelan, sin embargo, sacudido por el miedo a perder a Sheena, toma una decisión drástica.

—Descansa si quieres, pero yo no me detendré. Ella es lo primero.

Con esa determinación, Caelan espolea a su caballo, desapareciendo en la dirección del castillo Strome, dejando a Jamie atrás, quien, a regañadientes, sigue el ritmo marcado por Caelan.

Mientras Caelan avanza a toda velocidad, sus ojos rastrean incansablemente el terreno, buscando cualquier señal de Sheena o sus captores. El camino se curva y serpentea a través del paisaje escarpado, cada curva y cada sombra alimentando la tensión y la urgencia en su corazón.

Descubre un mechón de cabello castaño, un fragmento desgarrado de la realidad de Sheena, que se aferra a una espina baja. Su pulso se acelera al reconocerlo. Es un recuerdo tangible de la violencia que debe estar soportando.

Con cuidado, Caelan recoge el mechón, lo envuelve en un paño y lo guarda, un talismán de su promesa de rescatarla.

Más adelante descubren algo que los detiene en seco: una pequeña oreja humana, ensangrentada y cortada de forma tosca, descartada entre las hojas al borde del camino.

La visión de tal brutalidad sacude a Caelan hasta la médula. La ira y el terror se entremezclan en su expresión, dejando su rostro tenso y pálido.

Baja del caballo con rapidez, sus manos temblando al recoger la pequeña oreja ensangrentada del suelo. La náusea y la rabia lo inundan al sostener ese fragmento desgarrado de humanidad.

Jamie se acerca, su expresión sombría ante la vista.

—¿Es de ella? —pregunta afectado—. Tiene que serlo…

Caelan examina la oreja con detenimiento con angustia evidente en sus ojos. Aunque ha memorizado, besado y acariciado cada parte de Sheena, en ese trozo de carne y sangre no hay nada que pueda reconocer con certeza.

—Esto es una táctica de terror —interviene Jamie, intentando mantener la calma en la situación angustiosa—. Angus quiere quebrarnos, hacernos saber que tiene el control total. No debes permitir que te afecte.

Caelan cierra los ojos por un instante, tratando de controlar el torbellino de emociones que lo asalta. Al abrirlos de nuevo mira hacia el bosque de Dornie y algo ahí hace que su miedo crezca aún más.

—Démoslo alcance ya —responde con una voz ronca—. Vamos a darle caza. Le mostraré que ha elegido al enemigo equivocado. Él es la presa, no nosotros.

Capítulo 36



El frío cortante del aire se mezcla con el malestar palpitante que invade cada parte de mi cuerpo. Mis músculos están tensos y doloridos por la forma en que Angus me ha atado y me arrastra con él, montada en su caballo como si fuera un mero fardo de paja, sin ninguna consideración por mi bienestar. El galope irregular del caballo solo aumenta el dolor que recorre mi cuerpo magullado y casi desnudo.

Angus es brutal en su trato, cada tanto me golpea con la parte plana de su espada en la espalda o me jala del cabello para asegurarse de que sigo consciente y sufro en cada momento del viaje. Se desquita conmigo, vengándose por lo que Caelan le hizo a su mano. La mano que ahora termina en un gancho metálico que reluce maliciosamente cada vez que capta un rayo de sol.

—Si me tocas, te juro que te echo una maldición —le amenacé la primera noche que trató de levantarme el vestido, haciendo que se detuviera por un momento—. Una que hará que se te caiga eso que tanto valoras, y te aseguro que no habrá hierro ni encantamiento que lo reemplace.

Angus soltó una risotada cruel, pero algo en su mirada me dijo que mi amenaza, por absurda

que fuera, había encontrado un rinconcito de miedo en su supersticiosa mente. Desde entonces, se ha limitado a maltratarme sin llegar a más, aunque el terror y la humillación de mi situación no hacen más que aumentar y sé que llegará el momento en que la lujuria supere sus recelos.

Mientras cabalgamos, la proximidad al bosque de Dornie me envuelve en una sensación extraña. A pesar del pánico y el dolor, siento un cosquilleo en la piel, como si el aire cargado de leyendas y magia me reconociera. Susurros que no logro entender completamente flotan alrededor, llamándome por un nombre que resuena en el fondo de mi memoria, un nombre que no logro recordar.

Sé que esos susurros son parte de las leyendas del lugar, historias de personas que han desaparecido y han vuelto cambiadas, tocadas por el mundo de las hadas. Es absurdo, pero en mi estado de semiinconsciencia, no puedo evitar sentir que esos ojos invisibles que me observan podrían ser mi única esperanza de escapar de este infierno.

Respiro hondo, tratando de concentrarme en esos susurros, buscando en ellos una salida o al menos un consuelo para el alma que ahora mismo se siente tan desgarrada y perdida. Por un instante, entre el dolor y el miedo, me parece ver sombras moviéndose entre los árboles, figuras esquivas que me miran con curiosidad y compasión. No sé si son reales o productos de mi imaginación febril, pero por un momento, me permiten creer que no estoy sola.

La marcha finalmente se detiene, y sin ningún cuidado, Angus me tira del caballo. Caigo al suelo con un golpe seco, un dolor agudo recorre mi hombro al impactar contra la tierra dura. Intento contener un grito, pero un gemido escapa de mis labios, traicionando mi dolor.

Angus se ríe de manera brutal mientras se baja de su caballo y se acerca a donde estoy sobre el suelo. Su bota encuentra mi costado y da un empujón despectivo. Intento encogerme para protegerme, pero las cuerdas que atan mis manos a mi espalda limitan mis movimientos, haciendo cada intento dolorosamente inútil.

—Mirad, muchachos, nuestra valiente dama no es tan fuerte después de todo —dice con sorna, y los hombres a su alrededor sueltan carcajadas crueles, disfrutando de mi miseria.



Se sientan junto a una pequeña fogata que uno de ellos ha encendido, sacando pedazos de carne y pan de sus alforjas. La conversación gira en torno a fanfarronadas y crueles bromas sobre mí y lo que le esperará a Caelan cuando se encuentra con la espada de Angus.

Uno de los hombres, un tipo bajo y corpulento, con una barba enmarañada, se acerca arrastrando los pies hacia mí y desliza su mano por mi pierna en un gesto repugnante.

Me retuerzo, tratando de alejarme, pero las cuerdas cortan mi piel y mi espacio para moverme es limitado. Angus lo observa con una sonrisa torcida antes de patear al hombre para que se aleje.

—¿Quién te ha dicho que puedes tocarla? —gruñe Angus, su tono mezcla de burla y advertencia.

El hombre se encoge de hombros, con una sonrisa lasciva.

—Es la festividad de Beltane, Laird. Se supone que trae buena suerte —responde con voz ronca, su mirada se desliza nuevamente hacia mí—. Y una doncella como ella... podría ser un buen augurio. Además, con todo este lío, nos estamos perdiendo la celebración. Pensé que podríamos... compensar.

Angus lo mira con desprecio, pero no puede ocultar una ligera sonrisa ante la referencia. Luego, su expresión se endurece.

—No se te ocurra tocarla de nuevo. No vamos a romper ninguna tradición hoy —responde con tono gélido—. Si tanto ansías celebrar Beltane, busca otra manera de compensar tu pérdida, pero no aquí. Ahora, veamos si la dama tiene hambre —dice con una risa maliciosa.

Sin esperar respuesta, agarra un trozo de carne seca y lo sostiene frente a mi boca. Al ver mi renuencia a abrir, su paciencia se agota rápidamente y con un movimiento brusco, me sujeta la mandíbula, forzándome a abrir la boca para introducir el alimento. Mastico con dificultad, las lágrimas de humillación y dolor mezclándose con el sabor seco.

—Así es mejor. No querrás debilitarte, todavía podría encontrarte útil —murmura Angus, asegurándose de que cada palabra suene como una amenaza velada.

—Necesito orinar —le digo, aunque es lo más vergonzoso y humillante que jamás he tenido que admitir alguna vez.

Angus arquea una ceja al oír mi declaración, y una sonrisa burlona se dibuja en su rostro retorcido. Se cruza de brazos, evaluándome con diversión.

—Puedes hacértelo encima como hace Lorn, ¿verdad? —dice con una carcajada cruel.

—No es mi culpa que no pueda apuntar bien desde el caballo —se defiende Lorn, mostrando una sonrisa desdentada.

—Eso es porque la tienes muy pequeña y no te la encuentras —replica otro, provocando risas entre los hombres.

—Prefiero algo de privacidad para este tipo de actividades —digo, intentando mantener algo de dignidad.

—Oh, claro, la dama, hija de un conde —se mofa Angus, luego sin esperar mi respuesta, agarra bruscamente las cuerdas que atan mis manos y me arrastra hacia los arbustos cercanos. El dolor del tirón resuena agudo en mis muñecas, recordándome la crueldad de mi captor.

—Rápido —ordena Angus con una voz que no admite réplica sin quitarme los ojos de

encima.

Con mis manos todavía atadas, me las ingenio para levantar la camisa larga, la única prenda que me cubre ahora que Angus ha desechado mi vestido. Haciendo un esfuerzo por ignorar su mirada penetrante, me pongo en cuclillas, la incomodidad de la situación me abruma tanto como el frío que me cala los huesos.

Angus observa con una sonrisa lasciva que comienza a dibujarse en su rostro mientras se pasa la lengua por los labios. No puedo soportarlo. Antes incluso de terminar, me pongo en pie, sintiendo cómo un leve rastro de orina baja por mis muslos, pero él ya está sobre mí, su presencia amenazante.

—He esperado demasiado —dice, agarrándome por los hombros con fuerza—. Y me han dicho que ya le has entregado todo a Caelan MacRae.

Un pánico helado se apodera de mí mientras su agarre se tensa. Empujo contra su pecho, intentando ganar algo de espacio, pero él es inamovible.

—¡Déjame! —grito, la desesperación agudiza mi voz mientras lucho por liberarme.

Él sonríe, su rostro oscureciéndose con un deseo grotesco. Con un movimiento rápido me empuja sobre el suelo y caigo boca abajo.

Mi cara se clava en la tierra y las hojas mientras él tira de mi camisa, dejando mi espalda y parte de mi cintura al descubierto. Puedo sentir el frío aire de la noche contra mi piel, y cada toque de sus dedos es como una quemadura y su garfio una herida.

Luchando por respirar, utilizo mis piernas para intentar patearle, para empujarle, para hacer cualquier cosa que le aleje de mí.

—No... por favor —suplico, mi voz ahogada por el miedo y la humillación. Pero él solo se ríe, un sonido cruel que resuena en el silencio del bosque.

De repente, una oleada de rabia me invade, superando el miedo. Recojo todas mis fuerzas y, con un movimiento brusco, logro girarme un poco bajo él, enfrentándolo. Mis ojos encuentran los suyos, y en un acto de desesperación pura, lanzo un cabezazo contra su nariz.

El impacto lo sorprende, y puedo sentir cómo su agarre se afloja por el dolor. Su cabeza retrocede y aprovecho ese momento para darle una patada fuerte en los huevos.

Angus cae hacia un lado, jadeando y maldiciendo, y yo me arrastro rápidamente lejos de él.

Mientras me levanto, tambaleándome y tratando de mantener el equilibrio, veo una pequeña luz a lo lejos, entre los árboles que me atrae de una forma irresistible. Como si fuera lo que llevo buscando toda mi vida.

Freno en seco desconcertada.

«Me he vuelto loca o estoy en El señor de los anillos».

Pero es mi única esperanza, mi único camino hacia la seguridad. Sé que es mi forma de volver. Ignoro el dolor que recorre mi cuerpo, la sensación de mi camisa rota colgando de mí, y comienzo a correr hacia esa luz, cada paso impulsado por la urgencia y el terror.

La distancia entre Angus y yo crece, pero puedo oírlo levantarse, puedo sentir sus pasos pesados comenzando a perseguirme. No me atrevo a mirar atrás; en cambio, me concentro en la luz que ahora parece crecer, haciéndose más brillante y más cálida a medida que me acerco.

—Sigue corriendo —me digo a mí misma—. No te dejes atrapar.

La luz delante de mí pulsa con una urgencia que siento hasta en los huesos, un llamado que resuena con cada fibra de mi ser.

Detrás de mí se forma un tumulto de voces y lucha, unos gritos y alaridos me persiguen, pero yo sigo adelante, hasta que una voz familiar desgarra el aire.

—¡Sheena! —grita Caelan.

Me giro hacia él y lo veo parado allí, con los ojos abiertos y fijos en mí. Angus yace inmóvil a sus pies, un final abrupto a su crueldad. La mirada de Caelan su mirada se desplaza de mí a la luz que brilla detrás de mí.

Me quedo inmóvil, capturada en el limbo de su mirada y la promesa de esa luz. Él conoce la verdad, ve en mi indecisión la lucha entre quedarme o partir, y en su rostro se dibuja una mezcla de resignación y dolor. Pero no dice nada, no me pide que me quede. Solo espera, respeta mi elección.

—¡No soy la verdadera Sheena! —le grito desde la distancia que nos separa, queriendo que comprenda, que sepa que mi corazón se desgarra con cada palabra.

—Lo sé —responde él, con su voz llevando un peso de tristeza y aceptación.

—Ya no sé ni quién soy —confieso, la desesperación tiñendo cada sílaba, mientras la luz comienza a menguar.

—Eres quien elijas ser—dice Caelan suavemente, sus palabras un puente sobre el abismo entre nosotros—. Eso es lo que importa. No un nombre, ni de dónde vienes. Eres real para mí, ahora y siempre y te amo por todo lo que eres aquí, conmigo.

Las lágrimas se desbordan, marcando un camino caliente por mis mejillas. La luz comienza a encogerse, su brillo convirtiéndose en un portal que se estrecha con cada segundo que pasa. Sé que, si no actúo ahora, la oportunidad de volver podría desvanecerse para siempre. Pero la decisión es desgarradora.

—Y yo a ti, Caelan. Siempre te llevaré conmigo, en cualquier mundo al que pertenezca —digo, dando un paso hacia la luz.

La puerta iluminada detrás de mí parpadea, un recordatorio urgente de que el tiempo se agota. Mi mirada se fija en Caelan, buscando en él la fuerza para tomar una decisión. Él asiente levemente, como dándome permiso para hacer lo que necesite, incluso si eso significa dejarlo atrás.

—Recuérdame —susurro, entre sollozos, mientras doy un paso hacia la luz que lentamente se encoge.

—Siempre —responde él, su voz rota por la emoción.

Justo antes de entrar en el brillante resplandor que me promete un regreso a mi mundo, me vuelvo para verlo una última vez. Caelan, con su figura marcada por la batalla y el desgaste, aún se mantiene erguido, un guerrero hasta el final. Sus labios se mueven susurrando algo.

—¿Qué has dicho? —pregunto, retrasando mi partida con la esperanza de atrapar cada último fragmento de él.

—Que no te vayas —me dice él con una voz quebrada, sus ojos brillantes con lágrimas no derramadas—. Me prometí no suplicarte, pero... Solo quiero que sepas, que me rompe perderte.

La desesperación y el amor en su voz me golpean con una fuerza inesperada, rompiendo la barrera de mi resolución.

—Si me quedo… Tendré que casarme con Jamie Fraser y no podré estar contigo. —Mi voz tiembla, cada palabra una puñalada en mi corazón y luego recuerdo que debo decírselo todo—. Malcolm es un traidor. Ha estado pasando información a Angus a través de Torin. Los dos están implicados en la quema del cultivo. Serás Laird conmigo o sin mí, Caelan. Creo que vine para eso y ya he cumplido con mi papel aquí.

Él cierra los ojos, como si estuviera absorbiendo el dolor de esa realidad. Cuando los abre de nuevo, su mirada es una mezcla de amor y desesperación.

—Eres un hada, por el amor de Dios, nadie puede obligarte a casarte con un hombre torpe como Fraser. Solo tienes que hacer tu magia y... conseguir lo que quieres.

—No soy un hada. No tengo magia —le digo con ternura, tratando de hacerle entender la realidad.

—Claro que lo eres. Es evidente, mira bien a tu alrededor —insiste él, sus ojos brillando con una mezcla de esperanza y desesperación—. Todo en ti es diferente, Sheena. Has cambiado mi vida y la de todos a tu alrededor. Eso es magia.

Me detengo y observo. Las sombras del bosque parecen moverse con una vida propia, susurrando secretos antiguos y promesas de mundos más allá de la comprensión humana. La luz, que había comenzado a encogerse, parece brillar un poco más intensamente, como si respondiera a las palabras de Caelan.

—¿Lo ves? —dice Caelan, su voz cargada de emoción—. Este bosque, estas tierras... reconocen lo que eres. No puedes negarlo. Eres parte de algo mucho más grande, algo mágico.

Siento una corriente de energía a mi alrededor, una conexión con la tierra y los árboles, una sensación de pertenencia que nunca había experimentado. Pero, aun así, la realidad de mi situación pesa sobre mí.

—Incluso si fuera un hada, no puedo simplemente deshacerme de todos los problemas con un toque de magia. Hay cosas que no pueden cambiarse tan fácilmente.

Caelan da un paso más cerca, su mano se extiende para tomar la mía.

—No tienes que hacerlo. Solo tienes que quedarte conmigo. Juntos podemos enfrentar cualquier cosa. No importa cuánto tiempo tome, no importa cuán difícil sea. Si tengo que enfrentarme yo solo a todos los Fraser o a todo Escocia. No voy a renunciar a ti. Si te quedas, no dejaré que nadie nos separe.

La luz se reduce a un pequeño punto, casi desapareciendo. Mi corazón late con fuerza mientras me doy cuenta de la magnitud de mi decisión. Miro a Caelan, su amor y desesperación reflejados en sus ojos, y sé que mi hogar está con él.

Corro hacia él, lanzándome en sus brazos. La luz parpadea una última vez y desaparece, llevándose consigo la posibilidad de regresar, pero dejando un camino claro hacia el amor y la vida que he elegido.

Caelan me envuelve en sus brazos, su abrazo fuerte y protector. La sensación de seguridad y pertenencia me invade, sabiendo que, aunque haya renunciado a un mundo, he ganado otro donde el amor es más fuerte.

—No importa de dónde vengas, lo que importa es que estamos juntos —susurra contra mi cabello, su voz cargada de una promesa eterna.

Y mientras nos abrazamos en medio del bosque, rodeados por el misterio y la magia de las Highlands, sé que he encontrado donde realmente pertenezco.

Levanto la vista por encima del hombro de Caelan y me encuentro con la mirada asombrada de Jamie. Detrás de él, los cuerpos sin vida de los MacDougall yacen dispersos.

—¿Los has matado a todos? —le pregunto a Caelan, una mezcla de miedo y admiración en mi voz.

—Así parece —responde él, su voz baja y firme.

—¿El asombro en la cara de Jamie es porque ha visto al Salvaje MacRae en acción o porque es posible que haya visto magia? —indago, mientras la mano de Caelan sube por mi cuello y sus dedos encuentran suavemente mis dos orejas.

Oigo su suspiro de alivio antes de que hable, su aliento cálido contra mi cabello.

—Me importa muy poco lo que él piense o lo que sienta —dice Caelan, sus palabras vibrando con una seguridad que me envuelve en una calma reconfortante—. Lo importante es que estás a salvo, aquí conmigo. Siempre, por encima de todo —afirma él, afianzando el abrazo y dejando un beso suave en mi frente.

La luz del amanecer nos envuelve, tiñendo el momento de una calidez que contrasta con el frío que comenzaba a invadir el bosque.

Jamie se acerca lentamente, observando la escena con cautela, aún procesando los eventos recientes.

—Parece que hay mucho que no entiendo sobre este lugar... y sobre ambos —comenta, intentando disimular su desconcierto.

Caelan le lanza una mirada que no necesita palabras, una mezcla de advertencia y desafío.

—Y nunca lo entenderás, Fraser, porque no es asunto tuyo —responde con firmeza, protegiendo el espacio que compartimos.

Jamie asiente, aceptando la realidad de la situación, aunque su mirada aún lleva un rastro de inquietud. Se da la vuelta y se aleja, dejándonos solos en el crepúsculo que ahora nos cobija.

—¿Y ahora qué? —pregunto, buscando en los ojos de Caelan algún indicio de lo que viene después.

—Ahora, construimos una vida donde nadie pueda decidir por nosotros. Donde tu magia, sea cual sea, sea solo nuestra —declara él, decidido.

El bosque alrededor se queda en silencio, como si la naturaleza misma estuviera escuchando y aprobando su voto. Con Caelan a mi lado, siento que todo es posible, incluso en un mundo que sigue siendo un misterio para mí.

Capítulo 37



Después de un baño, que aquí en 1307 en Escocia consiste en sumergirse en una tina de madera llena de agua caliente llevada con cubos desde la gran cocina, me siento algo más limpia, aunque el cansancio y el dolor aún pesan sobre mí.

Han añadido hierbas al agua, intentando suavizar mis magulladuras con sus vapores medicinales. Me envuelvo en un grueso manto de lino, sintiendo cada músculo protestar por el mínimo esfuerzo.

Me arrastro hasta la cama y me dejo caer sobre ella, exhausta. Mientras el alivio del agua caliente se desvanece, la realidad de mis heridas se hace más presente. En este tiempo, una herida podría ser una sentencia de muerte, y soy dolorosamente consciente de ello. Las infecciones son frecuentes y las opciones para tratarlas limitadas.

Necesito alcohol para desinfectar.

Cierro los ojos un momento, deseando tener la fuerza para levantarme y cuidar mejor de mi salud, pero el cuerpo me pide descanso, implora por un momento de paz antes de enfrentar la

próxima tarea.

«Mañana» me digo a mí misma, *«mañana buscaré algo con qué limpiar estas heridas»*.

Pero por ahora, solo el sueño y el olvido temporal del dolor pueden ayudarme. Con esa última idea consoladora, me dejo llevar por la fatiga, esperando que el sueño sea suficiente para recuperar algo de fuerzas.



Siento una presencia a mi espalda, una calidez reconfortante que se desliza bajo las mantas y se acerca a mí. Caelan se tumba detrás de mí, su cuerpo grande y cálido se amolda a la curva de mi espalda. Su brazo se desliza bajo mi cuello, ofreciéndome una almohada improvisada y reconfortante, mientras su otra mano rodea mi cintura, atrayéndome aún más cerca de él. Sus piernas se enredan con las mías en un abrazo silencioso y perfecto, sus pies buscando los míos bajo las gruesas mantas, proporcionando calor y un consuelo suave.

El ritmo pausado y profundo de su respiración me acuna, y su pecho contra mi espalda es un escudo protector. Cada exhalación suya sopla ligeramente sobre mi cuello, dispersando el frío y llenándome de una serenidad que había olvidado que podía sentir. En este entrelazado de extremidades y aliento compartido, encuentro un oasis de paz en medio del torbellino de emociones y dolor físico que ha sido mi realidad reciente.

—¿Hiciste lo que te dije? —le pregunto, aún sin moverme, cómoda en su abrazo.

—Sí, he enviado a Blair a buscar a ese Fergus Monroy. No te preocupes —responde con una voz baja que vibra contra mi espalda.

—¿Y Malcolm? —insisto.

—Encerrado en la mazmorra junto a Torin —me responde con un tono que no deja lugar a dudas sobre el destino de ambos hombres.

—¿Han confesado todo? —Mi curiosidad no tiene fin, y necesito saber.

—Puede ser muy persuasivo cuando me lo propongo. —Sus palabras llevan un borde oscuro, un eco de la ferocidad que sé que posee.

«O sea que se lo ha sacado a golpes. Nada como un buen interrogatorio al estilo Caelan MacRae para hacer cantar a una piedra».

Caelan se tensa ligeramente detrás de mí, su respiración cambia, se hace más pesada, más medida. Siento su vacilación antes de que hable, su voz baja y seria vibrando contra mi piel.

—Sheena, necesito saber... Angus, ¿te hizo daño? —pregunta con cautela, su tono lleno de

preocupación y un temor subyacente que no logra esconder.

Respiro hondo, cerrando los ojos por un momento antes de responder. La pregunta trae un torrente de emociones, pero sé que es necesario aclarar las cosas, no solo para él, sino para mí también.

—No, no me tocó... Bueno, no de la manera que temes —comienzo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Le advertí que, si lo hacía, echaría sobre él una maldición que... Bueno, que le haría perder algo muy preciado para cualquier hombre. —Intento inyectar un toque de humor, aunque la situación haya sido cualquier cosa menos graciosa.

Caelan suelta un suspiro audible, su alivio palpable. Su brazo se tensa alrededor de mí, como si con ese gesto pudiera protegerme de todos los males pasados y futuros.

—¿Puedes hacer eso de verdad? —pregunta, con un tono que oscila entre la incredulidad y la diversión.

Río suavemente, encontrando algo de alivio en su curiosidad.

—No, no realmente —respondo, sintiendo cómo el ambiente se relaja un poco entre nosotros—. No puedo hacer que no funcione, pero sí… que lo haga —le digo moviendo mi culo contra él.

Caelan ríe, el sonido es cálido y lleno de cariño. Su mano se desliza por mi cadera, apretando ligeramente

—Sí, de eso estoy muy seguro, pero ahora estate quieta, Sheena. Tienes que descansar y yo también —dice, con voz baja y ronca cerca de mi oído.

Su aliento cálido en mi cuello me hace estremecer por razones que nada tienen que ver con el frío y su cuerpo reaccionando a mi fricción dicen lo contrario a sus palabras.

Me acomodo más cerca de él, ajustando mi cuerpo al suyo en una invitación silenciosa con mi cuerpo desnudo pegado al suyo.

Caelan responde al instante, el brazo que hacía de almohada rodeándome para atraerme completamente hacia él.

—Sheena… —dice él con voz ronca, marcando cada sílaba de mi nombre como si fuera un hechizo.

—¿No quieres? —le pregunto, necesitando escuchar sus deseos tanto como expresar los míos.

—¿Qué pregunta es esa? Siempre quiero contigo —responde, y su tono lleva un borde de urgencia. Pero luego añade, con una consideración que me conmueve—: Solo intentaba ser considerado, dadas las circunstancias.

—Pero es que yo lo necesito —insisto—. Quiero sentirme viva, saber que estoy a salvo aquí contigo y que puedo dejar atrás lo que ha ocurrido, aunque solo sea por un momento.

Caelan suspira, su pecho vibra contra mi espalda, y luego siento sus labios en mi hombro, un beso ligero pero cargado de emoción.

—Entonces hagamos eso, Sheena. Olvidemos todo lo demás y simplemente estemos juntos —dice, y su voz es una caricia que promete no solo placer, sino también consuelo y protección.

Su mano desciende con delicadeza por mi cadera, trazando un camino lento y seguro hacia mi muslo, elevando suavemente mi pierna sobre la suya para acercarme más a él.

Sus dedos se deslizan con una ternura exploradora a lo largo de mi sexo, acariciando con cuidado, asegurándose de que estoy preparada para él. Su tacto es reverente, como si cada roce fuera un acto de adoración.

—Ya estás tan mojada... —murmura, su voz teñida de un regocijo cálido.

—Las mujeres nos lubricamos cuando estamos excitadas para facilitar la penetración —le explico, entre jadeos, demasiado perdida en las sensaciones que sus dedos me provocan para ser realmente consciente de lo que estoy diciendo.

—Qué conveniente... y qué afortunado para mí que siempre estés tan dispuesta cuando estoy cerca, Sheena —responde, sus palabras son un susurro contra la piel de mi cuello mientras su erección presiona en mis nalgas con cada movimiento suave de sus caderas.

Sus labios trazan un camino hacia mi oreja, cada caricia amplificando el calor que se expande por mi cuerpo. Me arqueo hacia él, buscando la profundidad de su contacto.

—Tú también tienes tu parte de mérito —le digo y su siento su sonrisa en mi piel.

Moviendo su cuerpo, alinea su erección con mi entrada, introduciéndose despacio. La lentitud de su entrada me hace suspirar, cada milímetro que avanza es un estudio en control y anhelo. La manera en que se mueve es deliberada, calculada para prolongar el placer, para construirlo lenta pero inexorablemente.

—Siempre tan lista para mí... —murmura, con deseo mientras comienza a moverse con un ritmo medido y profundo que hace eco de los latidos acelerados de nuestros corazones.

Con cada embestida, me siento más anclada al momento, cada sensación un contrapunto perfecto a las sombras del miedo y el dolor que todavía se ciernen en algún rincón de mi mente. Su mano se desliza bajo mi abdomen, levantándome ligeramente para cambiar el ángulo de penetración, encontrando un nuevo nivel de profundidad que arranca un gemido de mis labios.

—¿Así? —pregunta, mientras su otra mano encuentra mi clítoris, iniciando un juego de caricias que promete no solo el alivio del placer físico, sino también la curación más íntima.

Asiento, incapaz de formular palabras, mientras él continúa su ataque doble, sus

movimientos convirtiéndose en una danza de amor que nos lleva a ambos hacia el borde del abismo.

Justo cuando siento que el mundo comienza a disolverse en un torbellino de sensaciones, Caelan se tensa detrás de mí, su agarre se aprieta y su ritmo se intensifica. Nos acercamos juntos al clímax, un paso tras otro en una escalada que promete romper todas las barreras restantes.

Con un último y profundo empuje, nos desplomamos en el pico del placer, nuestro aliento y energía mezclándose en una liberación que se siente tanto como una llegada a casa como un nuevo comienzo.

En el silencio que sigue, con Caelan aún unido a mí, ambos respiramos con la pesadez de quienes han recorrido un largo camino y finalmente han encontrado un refugio seguro.

—Cásate conmigo, Sheena —solicita él, besando suavemente mi hombro con un tono que transmite más que una simple pregunta, una necesidad.

Río suavemente, aunque el calor de su propuesta envía un nuevo tipo de escalofrío a través de mí.

—No puedes pedirme matrimonio justo después del sexo. Estás bajo el efecto de la oxitocina que hemos liberado —le digo, mi tono ligero pero lleno de cariño.

—Ah, la dichosa oxito lo que sea —replica él con una risa que resuena con autenticidad—. Pero en serio, Sheena, no es solo eso. Desde el momento en que Angus te secuestró, el miedo de perderte me consumió. Pensar en la posibilidad de no verte más... no he sentido más miedo y desesperación en mi vida Y luego esa luz... —Hace una pausa, como si buscara las palabras correctas—. No es solo por la magia que provocas durante el sexo. Es la necesidad real y profunda de asegurarme que eres mía, que estás a mi lado, siempre.

«Nota mental: cree soy yo la que provoco algún encantamiento durante nuestros encuentros… qué rico es. Y sé que debería dejarle muy claro que un matrimonio no me convierte en una posesión suya… en algún momento».

—¿Y los Fraser? —pregunto en cambio porque es el elefante en la habitación que no podemos ignorar ahora mismo.

Caelan se tensa ante mi pregunta, pero su mano sigue trazando círculos suaves sobre mi piel.

—Que les den a los Fraser y sus tácticas de manipulación —responde con un gruñido—. Modificaremos el trato, les ofreceremos más de esas técnicas de cultivo que saben muy bien que funcionan, o si hace falta, lucharemos contra ellos. Me da igual. Lo único que importa ahora eres tú, y que sigas a mi lado.

Su determinación es tan palpable como el calor de su cuerpo contra el mío.

—Caelan... —susurro, la magnitud de lo que propone, y lo que está dispuesto a enfrentar

por nosotros, cala hondo.

Él aprieta su abrazo, como si con ese gesto pudiera sellar su promesa, no solo a mí, sino al destino que nos espera.

—Sheena, no hay obstáculo que no esté dispuesto a superar por ti. Ni los Fraser, ni nadie en este mundo —afirma, su voz un murmullo firme contra mi oído.

—De acuerdo —respondo, mi corazón latiendo con fuerza bajo su mano.

De repente, Caelan me gira hacia él para mirarme directamente, y en el movimiento, mi hombro herido protesta con un dolor agudo.

—¡Ah! —exclamo, sorprendida por la punzada.

—Lo siento —se apresura a decir, su una expresión de culpa. Pero sus ojos brillan con una pregunta no formulada, reflejando su necesidad de confirmación—. ¿Es un sí? ¿Serás mi esposa? —pregunta, con un suave rugido de esperanza y urgencia.

—Sí, me he quedado para estar contigo —confirmo, dejando que mi decisión tome forma entre nosotros, un lazo que se refuerza con cada palabra.

—Es cierto. No tengo idea de qué he hecho para merecerlo, pero eres un regalo del mundo de las hadas para mí —dice Caelan, su tono lleno de asombro y gratitud.

—Caelan… más adelante necesitaremos hablar seriamente sobre tus tendencias posesivas —añado, intentando aligerar el tono de la conversación.

El responde con una sonrisa, consciente del desafío que implica mi personalidad independiente.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no era la verdadera Sheena? —le pregunto, curiosa.

—Desde el primer momento en que te vi tomando el mando y luchando codo a codo con los MacRae durante el asedio supe que no eras la misma Sheena —confiesa Caelan, su mirada intensa—. Y bueno… Luego algo más me lo confirmó muy claramente.

—¿Algo más? —pregunto, arqueando una ceja.

—Desde que sentí una... erec…, atracción inmediata al mirarte. Eso es algo que nunca hubiera ocurrido con la otra Sheena.

Reímos juntos, y entonces recuerdo algo que me ha estado inquietando.

—Hablando de miradas, parece que Jamie Fraser ahora me teme. Todo el camino desde Dornie parecía asustado. Es muy posible que él mismo evite casarse conmigo.

—¿Y eso… te disgusta? —me pregunta con cautela.

—Claro que no —respondo sorprendida.

—Es que hubo momentos en que parecías… muy cómoda con él, como en el castillo de los Fraser mientras bailabais o cuando trabajabais codo a codo en el invernadero y tú le sonreías fácilmente.

—Tú también bailaste con Moraq y parecíais muy compenetrados —le acuso, un poco a la defensiva.

—Solo bailé con ella para poder acercarme a ti y sacarte de los brazos de Jamie, pero tú te fuiste a beber con Blair y ella no me hacía más que preguntas sobre ti…

—¿Qué te preguntaba sobre mí? —inquiero, la curiosidad despertándose.

—Bueno, es algo que ella debería decirte, pero creo que le gustas.

—¿A Moraq? —digo extrañada.

—Sí —confirma él.

—Eso sí que es un giro impresionante de las circunstancias.

—A mí no me extraña que fascines a todo el mundo. Será doloroso para mí, pero lo superaré mientras sigas siendo mía.

—Caelan…

—Tendré que espantar a todos a base de ser un salvaje posesivo —dice con una sonrisa canalla antes de bajar su boca a uno de mis pezones—. Y también tendré que marcar mi territorio de otras maneras —añade, pasando su lengua por la punta que se endurece dolorosamente bajo su tacto.

—¿Y qué otras maneras tienes en mente? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme mientras mi cuerpo reacciona a su toque.

—Podría empezar con un cartel que diga «Propiedad de Caelan MacRae» —bromea, su aliento cálido contra mi piel—. O quizás un tatuaje… aunque prefiero dejarte mis marcas de otra forma y muy visibles… Algo que todos puedan ver y con lo que sepan que eres mía.

Me estremezco bajo sus caricias, mi cuerpo respondiendo a cada palabra, a cada gesto suyo. Caelan continúa con su broma, su voz ronca y cargada de deseo.

—¿Marcas? —respondo, mi voz temblorosa por la anticipación y el deseo.

—Sí, aquí, y aquí —susurra, mientras su boca se mueve de un pezón al otro, dejando un rastro de besos y mordiscos suaves—. Y por supuesto, aquí también —añade, mientras desliza su boca por mi abdomen.

—Eso suena… muy territorial —digo, tratando de mantener el control mientras mi cuerpo

se estremece bajo sus caricias.

—Y muy placentero —responde él, su sonrisa se puede sentir en su voz. Sus dedos trazan círculos suaves en mi muslo, acercándose cada vez más a mi centro—. O podría simplemente caminar a tu lado con una mano firmemente en tu trasero.

Me río, aunque mi cuerpo traiciona mi burla con un estremecimiento bajo sus caricias.

—Podrías atarme a tu cama también, para asegurarte de que no me escape —digo, jugando con la idea, mientras su boca sigue explorando mi piel.

—No me tientes, Sheena —advierte con su voz ronca ya sobre mi sexo, provocando vibraciones sobre mi clítoris.

—Caelan… —murmuro, mi respiración entrecortada, sintiendo cómo mi cuerpo se rinde por completo a su toque.

—Solo quiero asegurarme de que todos sepan lo afortunado que soy. Además, ¿quién se atrevería a desafiar al Salvaje MacRae cuando se trata de su mujer? Eres mía, Sheena, y yo soy tuyo. Para siempre —susurra, antes de capturar mi clítoris entre sus labios.

Me rindo a sus caricias y besos mientras mi cuerpo se arquea bajo su toque. Sus labios y su lengua exploran mi sexo con una pasión desenfrenada, cada caricia avivando el fuego que arde entre nosotros.

Sus manos se mueven también, sabiendo exactamente cómo tocarme para arrancar suspiros y gemidos de mis labios.

Y mientras nuestros cuerpos se unen una vez más, me pierdo en la sensación de su sexo dentro del mío, en la forma en que sus movimientos parecen diseñados para llevarme al borde una y otra vez. Cada beso, cada caricia, es una promesa silenciosa de su amor, una reafirmación de que, a pesar de todo, estamos juntos y siempre lo estaremos.

—Sheena, eres mi todo —murmura contra mi piel, su voz un susurro grave que resuena en mi alma—. Y siempre haré lo que sea necesario para mantenerte a mi lado.

—Espera —digo de repente, el pensamiento irrumpiendo en medio de nuestro éxtasis.

—¿Qué espere ahora? —me pregunta él, incrédulo, sin dejar de moverse, su mirada llena de deseo y confusión.

—Sé dónde está ese documento de El Viento del Norte. No lo tiene Fergus Monroy —le explico, recordando de repente dónde está. La memoria llega como un relámpago en la oscuridad, iluminando un rincón olvidado de mi mente—. Lo guardé dentro de uno de los jarrones rotos y viejos que Alana se empeñaba en marcar. Justo le quité la tela y metí el pergamino dentro. Estaba tan preocupada por lo que sí se podía vender que me olvidé de ese detalle.

—Sheena, concéntrate en esto primero, ¿quieres? —me pide Caelan con seriedad, su mirada intensa fija en la mía.

—Lo siento, es que... ya no puedo quitármelo de la cabeza —intento justificarme, pero él simplemente sonríe y se inclina para besarme.

—De acuerdo, vamos a por él —concede al final con una risa contenida—. Pero voy a tener que recorrer todo el castillo con una gran erección. No hay forma de que pueda disimular esto, Sheena.

Su comentario me hace reír, la tensión se desvanece momentáneamente mientras nos miramos con una complicidad renovada. Caelan me besa de nuevo, profundo y lleno de promesas, antes de ayudarnos a ambos a levantarnos de la cama para encontrar nuestra nueva salvación.

Epílogo



En la habitación solitaria de la madre de Sheena, bajo la penumbra que solo los gruesos muros de Glenrae podían ofrecer, descubrieron el documento crucial, escondido de manera descuidada dentro de un antiguo jarrón.

El papel, aunque frágil y descolorido por el tiempo, aún ostentaba la firma del Conde de Selkirk, encerrando en sus líneas el destino de una fortuna perdida y recién hallada para su esposa e hija.

La legalidad de su reclamación era indiscutible, a pesar de que la tierra y los títulos habían caído en manos de su tío, el hermano menor del Conde. Un abogado, un hombre de voz suave, pero de mente aguda los guio a través del entramado de leyes y derechos de sucesión que regían las tierras escocesas de 1307.

Los beneficios del barco eran reconocidos como herencia legítima de Sheena. Con los fondos necesarios en mano, ella propuso saldar las deudas de los MacRae.

Aunque Caelan al principio se mostró reacio, preocupado por preservar la independencia y el honor de los MacRae sin recurrir a la riqueza recién adquirida, la lógica y el corazón de

Sheena prevalecieron.

Las deudas se pagaron, liberando al clan de las obligaciones que les ataban a los Fraser. Con esto, el contrato de matrimonio con Jamie Fraser, ahora innecesario, se deshizo.

Jamie, por su parte, no ocultó su alivio. Los eventos recientes habían dejado una marca indeleble en su percepción de Sheena, quien, con su misteriosa aura y su extraña luz, lo había dejado profundamente afectado… y temeroso.

En cuanto a Malcolm, su destino fue tan oscuro como sus acciones. No solo contra Caelan y Sheena, también se ocupó de tramar la emboscada en la que murieron el antiguo Laird y la madre de Sheena.

Malcolm apareció muerto en su celda, con las circunstancias de su fallecimiento envueltas en misterio. Algunos susurraban sobre la justicia divina; otros, más cínicos, hablaban de teorías conspirativas sobre su muerte, dejando tras de sí un legado de misterio y especulaciones.

Blair, que nunca dejaba pasar una buena historia, dejó correr el rumor de que el espíritu de Malcolm vagaba por las mazmorras, creando una leyenda que perduraría para futuros cazadores de fantasmas. Con una sonrisa astuta, partió hacia Eilean Donan para reunirse con los Mackenzie, llevando consigo más historias sobre hadas que se volverían leyendas.

Con las tierras de los MacRae finalmente libres de deudas, Sheena se dedicó a aplicar sus avanzados conocimientos agrícolas, transformando las prácticas de cultivo y mejorando sustancialmente la vida de su gente. Sin embargo, con el tiempo, los recuerdos de su vida pasada y de cómo había adquirido esos conocimientos comenzaron a desvanecerse, hasta que se sintió plenamente parte de su entorno medieval.

Caelan respetó su olvido, creyendo que era voluntario.

La tranquilidad, sin embargo, fue interrumpida por la llegada de un mensajero con una misiva urgente de Robert Bruce. El mensaje era claro y directo: Bruce reclamaba la lealtad y el valor en combate de los MacRae para la inminente Batalla de Bannockburn. Era una llamada no solo a las armas, sino a defender la libertad de Escocia contra la opresión inglesa.

—Debo partir —explicó Caelan después de tenderle la carta a Sheena para que la leyera.

—Lo sé, y estaré a tu lado, como siempre —respondió ella, firme en su decisión de acompañarlo.

Caelan frunció el ceño, claramente preocupado por la idea de llevarla al campo de batalla.

—No, Sheena. Debes quedarte aquí, en el castillo. Es el lugar más seguro para ti mientras dure la batalla.

—Me has enseñado a defenderme, Caelan. No soy una dama que se queda atrás tejiendo y esperando noticias de su esposo. Puedo luchar, puedo ayudar —insistió ella, su tono igual de firme.

—Eso no tiene nada que ver con tu capacidad —replicó él, su voz elevándose ligeramente por la frustración—. Como tu esposo, es mi deber protegerte.

Sheena cruzó los brazos, su mirada chispeante con indignación.

—Ya hemos hablado de esto, Caelan. Ser mi esposo no te convierte en mi dueño.

Caelan pasó una mano por su cabello, claramente agitado.

—No saques esa carta, Sheena. No va a funcionar. No estoy tratando de poseerte, estoy tratando de protegerte.

—Protegerme no significa encerrarme. Necesito estar a tu lado, luchando por nuestro hogar, por nuestra liberta —exclamó ella con frustración.

—Eres mi corazón, mi vida. ¿Cómo esperas que me concentre en la batalla sabiendo que estás en peligro? —replicó él con igual convicción.

—Me has enseñado a ser fuerte, a no esconderme. Déjame usar lo que he aprendido.

Caelan observó a Sheena, la determinación en sus ojos era un reflejo de la mujer que es: valiente, feroz, indomable. Sabía que no podía ganar esta batalla, ni con argumentos ni con órdenes.

—Eres demasiado testaruda —susurró con una media sonrisa, aunque sus ojos reflejaban la tormenta de emociones que sentía.

—Y tú eres un necio si crees que me quedaré aquí sentada mientras tú luchas por nuestra libertad —le respondió, devolviéndole la sonrisa, intentando aligerar el tenso intercambio.

—¿No confías en mi capacidad para volver victorioso?

—Por supuesto que confío en ti. Eres mi héroe y los héroes siempre encuentran el camino de regreso a casa, después de ganar sus batallas —respondió Sheena con firmeza, pero con un brillo de admiración en sus ojos.

No le cabía la menor duda de que Caelan volvería, de que tendría un lugar de honor en la batalla junto a Robert Bruce y su leyenda como el salvaje MacRae se extendería mucho después junto a la historia de esa gran batalla.

Caelan miró hacia el suelo, luchando con su propia indecisión. Finalmente, levantó la vista, su rostro marcado por la resignación y el amor inquebrantable.

—Está bien —cedió finalmente, su voz suave—. Pero a la primera señal de peligro, prométeme que te pondrás a salvo.

—Lo prometo —dijo ella, aunque ambos saben que Sheena hará todo menos retroceder en un momento de peligro y que tampoco necesita su permiso para ir.

—Mi valiente Sheena, mi compañera en todo —susurró Caelan finalmente, su voz cargada de emoción mientras asiente lentamente.

«Juntos, entonces, en cada paso del camino».

¡Espera, no cierres el libro todavía! Tu valoración me importa muchísimo.
Yo y mis Highlanders te estaremos eternamente agradecidos si nos la das.
Para hacerlo fácilmente, escanea este código QR



Nota de la autora

¡Ay, Caelan! Cada vez que termino un libro creo que me he enamorado completamente del protagonista sin solución. ¡Mi amor único y verdadero, nenas!

Muchas me decís que os transporto al interior de la novela, que lo vivís de primera mano y creo que es porque yo también lo hago mientras las escribo, me enamoro, me caliento, lloro, me enfado... y me vuelvo a enamorar de ellos... ¡Ay, ellos! ¿Dónde se esconden, par favaaaaaaaaaa?

He pensado y reflexionado muy seriamente sobre esta esco-obsesión de mis esco-fanes por los Highlander y sí, lo voy a decir abiertamente: somos hadas o tenemos genes de ellas, y lo más probable es que alguna vez hayamos viajado, ya sea por piedras, luces, setas o lo que sea, al interior de un libro tras desearlo o al pasado.

Aunque, ojo, os arriesgáis a que no estén tan bien dotados y que la higiene no sea su prioridad.

Y lo que pasa es que nos hemos olvidado, pero nos sigue quedando ese anhelo en el corazón por nuestro laird... Algunas se quedaron y otras, como nosotras, nos sentimos tentadas por el café y la calefacción, los leggins, etc., jajajaja.

¿Qué? La teoría mola ¿verdad?

Bueno, a otra cosa menos loca.

¿Os he contado que en setiembre de este año (2024) me voy a Escocia unos días? Seguro que sí, pero es que me emociona mucho. Os mandaré fotos. Si veo a posibles protagonistas para mis libros, los retrataré (con permiso, of course, kind gentleman) y las subiré a mi Instagram para tener vuestra preciada e indispensable opinión sobre ellos.

Haré leyenda con mi recopilación de fotos de escoceses.

Hablando de leyendas. Escocia es un caldero hirviente de leyendas mágicas que hablan de estas criaturas esquivas y a veces maliciosas. Desde las verdes colinas de las Lowlands hasta los valles ocultos de las Highlands, cada arroyo y cada roca parece albergar historias que desafían la realidad.

Hablando de leyendas. Las **leyendas de las hadas** (nosotras) son especialmente ricas y variadas en Escocia. Se dice que estos seres etéreos habitan en los *sith* o *faery mounds*, colinas huecas donde celebran sus banquetes y consejos. Atraer la atención de las hadas puede ser tanto una bendición como una maldición. Por un lado, pueden otorgar dones de belleza, riqueza o habilidades inigualables; por otro, son conocidas por su tendencia a jugar con los mortales, llevándolos a su mundo, del cual puede ser imposible regresar y los cambian por otros, pero

también se sabe de aquellos que han vuelto y nunca han vuelto a ser los mismos.

Los días particulares, como **Samhain** o **Beltane**, eran momentos en que se creía que el velo entre nuestro mundo y el de las hadas era más delgado y permeable, permitiendo encuentros más fáciles (o más peligrosos) con estas criaturas.

En **Glenrae**, nuestra heroína Sheena experimenta algo de esta antigua magia, una conexión con un pasado místico que la envuelve y la transforma. Aunque la historia de Sheena podría ser una creación de mi pluma, las raíces de sus experiencias se hunden profundamente en el rico suelo de las leyendas escocesas, un recordatorio de que, en algún lugar entre el mito y la realidad, hay historias esperando ser contadas.

Una forma de explicar por qué acaba en el interior de una novela. Yo creo que tendrá genes de Hada (insisto, como nosotras) y de tanto desearlo, lo ha conseguido, pero también puede ser algún capricho de una reina hada. ¿Quién sabe?

Confío en vuestra imaginación y vuestra inteligencia para darle sentido a todo esto.

Hablando de eso, ¿de quién era la oreja que Caelan encontró? ¿Cómo creéis que llegó allí? Contadme vuestras locas ideas, niñas, seguro que se os ocurren cosas increíbles.

Hablemos de los MacRae. Los MacRae son una de las familias más fascinantes de la historia escocesa, con raíces profundamente arraigadas en las Highlands, especialmente en la región alrededor del lago Duich y Eilean Donan, uno de los castillos más icónicos y fotografiados de Escocia. Su historia está llena de lealtad, valor y, por supuesto, las inevitables tragedias que suelen acompañar a los clanes escoceses.

Su apodo “los salvaje MacRae” es verídico, refiriéndose a su reputación de valientes y leales guerreros, especialmente bajo los jefes de los clanes Mackenzie, con quienes tenían una alianza fuerte. Los MacRae jugaron un papel importante como guardianes del Castillo Eilean Donan, que era la fortaleza de los Mackenzie.

El Castillo Glenrae es un invento mío, pero está inspirado en la rica historia y la resonancia cultural de los MacRae y su relación con lugares históricos como Lovat donde estaban asentados.

Y hablemos de Caelan... (me encanta el nombre y eso que siempre lo escribo mal, pongo Calean y luego lo tengo que corregir, lo que es un rollazo) A ver, Caelan, joven, sí, más que ella. Impetuoso, apasionado, y sí, un poco más impulsivo que otros héroes que he escrito. ¿Pero quién puede resistirse a ese encanto rudo, esa lealtad férrea, y ese corazón que solo late por su dama?

Y seguro que te preguntarás, ¿cuántos años tiene este hombre? Nunca especifico la edad, solo ofrezco pinceladas que permitan a cada lectora imaginarlo a su gusto. Que Caelan tenga la edad que tú prefieras, querida lectora. Después de todo, escribo esta historia pensando en ti.

Y cómo me gusta que ahora esté de moda que ellos sean más jóvenes que ellas. Gracias, Anne Hathaway y a todas las mujeres fuertes que nos han mostrado que la edad es solo un número. Somos más conscientes que nunca de que la edad no tiene por qué ser una barrera para nada, mucho menos para el amor.

No especifico demasiado sobre la edad de Sheena y Caelan porque quiero que cada lectora se imagine a los personajes a su manera, haciendo la historia más personal y cercana a sus propios deseos y experiencias. Sheena podría ser una mujer de cuarenta y tantos en el cuerpo de Sheena o una joven de veinte, dependiendo de quien la imagine.

Y Caelan, aunque más joven, no es menos capaz de ser un líder y un protector formidable, su juventud aporta una frescura y una perspectiva única que complementa la sabiduría y la resiliencia de Sheena. Su pasión y su energía (y resistencia) se equilibran perfectamente con la experiencia y el temple de ella, creando una dinámica que, creo yo, es tanto poderosa como cautivadora.

Hablemos un momento del estiércol. Sí, ya sé que en la Edad Media sabían perfectamente que el estiércol era bueno para abonar los campos. Es una pequeña licencia que me he permitido para hacer la situación más divertida y añadir un toque de humor a la historia. Pero no dejo de preguntarme quién fue el primero que se le ocurrió y por qué... Vamos a ver… es que tiene mandanga la cosa.

Vivimos en un círculo: lo que viene de la tierra, vuelve a la tierra. Es curioso cómo incluso los conocimientos más básicos y antiguos pueden tener ese toque de asombro cuando los piensas en profundidad. Cosa que no quiero…

Sí, corramos un tupido velo.

Espero que esta novela os haya transportado a otro tiempo y lugar, os haya hecho suspirar, reír, y, sobre todo, enamoraros una vez más. Gracias por acompañarme en este viaje.

En la próxima novela de la misma serie… ¡Tachan! El villano será él, de esos tiranos, oscuros, de lo peor…, pero que irremediablemente nos atraen más que una polilla a la luz.

Y es que a veces, cuanto más oscuro es el enemigo, más irresistible se vuelve. ¿Quién no ama a un buen villano o al menos, a uno que acaba luchando contra su naturaleza por amor?

Esta vez, nuestra protagonista se enfrentará a un desafío de proporciones épicas, teniendo que lidiar con un tirano que, a pesar de su maldad, despierta en ella una pasión incontrolable.

Esta historia ya está en preventa y promete ser una de esas lecturas que os tendrán al borde del asiento. Para reservar vuestra copia, simplemente pasad por mi página de autora en Amazon o seguidme para no perderos las últimas noticias y novedades sobre su publicación. ¡Os aseguro que no querréis perdérosla!

Además, estará a un precio menor durante su preventa, así que aprovechad la rebaja veraniega, que luego tendrá el mismo precio que las demás.

Os dejo por aquí el QR para que podáis enlazar directamente



Y hasta aquí, chicas.

Quiero agradeceros por embarcaros en este viaje conmigo. Cada uno de vuestros comentarios, risas y lágrimas ha sido un recordatorio de por qué amo escribir. Tengo a las mejores lectoras del mundo. Tan alocadas como yo, jajajaja, y eso me encanta. El día que montemos todas juntas una fiesta, la liamos parda.

Os dejo con un abrazo virtual y un montón de miles y miles de gracias.

Se os quiere mucho,

Anne.

Agradecimientos

Aquí estoy, intentando encajar las piezas de gratitud que tengo dispersas por el corazón y la mente. Comenzaré soltándolo directo, sin rodeos: gracias. Pero no un gracias cualquiera, sino uno de esos que se sienten hasta en la punta de los pies, ¿sabéis? Cada vez que uno de mis libros sale al mundo, mi corazón se pone a mil, mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré conectar, si conseguiré arrancaros alguna que otra emoción.

Entonces llegáis vosotras, con vuestras palabras, vuestras risas compartidas a través de pantallas, vuestras lágrimas que se combinan con las mías, y de repente, todo cobra sentido. Me hacéis sentir como si hubiéramos ganado un maratón juntas, brazo con brazo, corazón con corazón.

A vosotras, que os habéis desvelado por seguir una página más, que habéis acogido a mis personajes como si fueran amigos de toda la vida, que os habéis emocionado, enfadado y reído en los momentos justos. ¿Y qué me decís de esa complicidad que surge de la nada, esa que nos hace soñar despiertas con aventuras en tierras lejanas, castillos en brumas y miradas que dicen más que mil palabras? Eso, eso es magia pura.

No puedo dejar de mencionar esos mensajes que me llegan, cada uno es como un abrazo, un café compartido, una confidencia entre amigas. Vuestra empatía, vuestro entusiasmo, vuestra capacidad de soñar conmigo, eso es lo que le da vida a este oficio de contar historias.

Así que, gracias, un millón de veces gracias. Vuestra pasión, vuestra entrega, vuestra fidelidad son el motor que me impulsa a seguir adelante, a seguir soñando, a seguir creando. Y sí, aunque a veces me pierda entre tanto personaje y tanta trama, sabed que siempre, siempre, encontraré el camino de vuelta a vosotras.

Con todo mi amor y una montaña de papeles por escribir, os mando un abrazo gigante, de esos que no se olvidan. Seguimos en este viaje juntas, y eso, queridas mías, es lo más grande que me llevo.

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

A mi club de las Hadas:

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: ¡Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escamez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Verónica Leiro, qué bonita es y que entusiasmo desborda.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero “mis chicas”:

Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, pilu_baca, Tere Reixach, Estefanía Cobo, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Pepi Armario, maría_ese_ce

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras.

Elena de Elenasinh_books porque ha sido precioso su entusiasmo y la forma en que me ha tenido en vilo con sus stories sobre Entre las páginas del tiempo.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento

y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Tu constante apoyo y amor por mis historias son como el abrazo cálido de un ser querido después de una larga jornada.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y

dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una “fuente” de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Lola, López Garcia, Ana Sofía Ribeiro, Rakel Córdoba, Inma Moraga, Emma, comgatigos, Iria García Blanco, Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Paqui Dede, Marisa Mengual, Inma Camino, Pepa Urea, Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, Aurora Gómez, Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramírez, Izaskun Rivas Hernández, Patricia López Alburquerque, Gloria Benítez Sody (a quién he adoptado), Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Verónica Leiro, Ruiz, Lau Soler, Silvia Gámez que ha tenido una idea genial y es la de crear un grupo de escoobsesas.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras

opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

Bibliografía

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History

Breve Historia de Escocia de Ana Barrera

LA MAGIA DE LAS RUNAS de Gebu Urdiz

Clanes escoceses y genealogía en Escocia | VisitScotland

Clan escocés - Wikipedia, la enciclopedia libre

La compleja historia escocesa y la lucha de sus clanes que se narra en la serie ‘Outlander’

(418) Pinterest

Clan Ross - Wikipedia

Conde de Ross - Wikipedia

Clan Ross - Wikipedia

Clan Chattan - Wikipedia, la enciclopedia libre

Clan Mackintosh - Wikipedia

Lago Moy - Wikipedia, la enciclopedia libre

Señor de las islas - Wikipedia

Domhnall Dubh - Wikipedia

Clan Sutherland HistoriayJefatura en disputa

Alecander Gordon, maestro de Sutherland Vida tempranayFinca Sutherland

La Isla de las Discusiones y la Isla de los Acuerdos: el peculiar modo escocés de resolver conflictos

Robert The Bruce, el auténtico "Braveheart" de Escocia

Marjorie Bruce - Wikipedia, la enciclopedia libre

Walter Estuardo (1296-1327) - Wikipedia, la enciclopedia libre

Isabella de Gloucester y Hertford - Wikipedia, la enciclopedia libre

Marjorie de Carrick - Wikipedia, la enciclopedia libre

Robert de Brus, sexto señor de Annandale La vidayFamilia

Marjorie, condesa de Carrick

En tierra de leyendas – OSCAR LARRAGA

Visita al Castillo de Floors, el castillo habitado más grande de Escocia | Mad About Travel, blog de viajes sobre Escocia

12 PUEBLOS MÁS BONITOS DE ESCOCIA ❤ La Cosmopolilla

Portree - Wikipedia, la enciclopedia libre

Euphemia I, condesa de Ross - Wikipedia, la enciclopedia libre

Castillo de Knock (Isla de Skye) - Wikipedia, la enciclopedia libre

Clan Donald - Wikipedia, la enciclopedia libre

Ruta por la isla de Skye - Itinerario de 2 días y consejos

La sexualidad en la época victoriana

La primera revolución sexual | Clionauta: Blog de Historia

Sexo seicentista y dieciochesco - Jot Down Cultural Magazine

Lady Julian: sexualidad y prostitución en un barco del siglo XVIII

'Harlots: Cortesanas', el negocio del sexo en el siglo XVIII

Así eran las prácticas sexuales más peculiares de la Historia

https://adublin.com/runas-celtas/

https://simbolosceltas.top/runas-celtas/

https://www.cadizdirecto.com/runas/significado-runas-vikingas-y-celtas/

https://entremitosyleyendas.com/c-nordicos/runas-celtas/

https://en.wikipedia.org/wiki/Appin_Murder

https://www.cienciasocultas.info/2013/01/las-runas-y-sus-origenes.html

https://lovelyscotland.com/robert-the-bruce-braveheart-escocia/

https://hmong.es/wiki/Robert_Bruce,_jure_uxoris_Earl_of_Carrick

https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/sexualidad-epoca-victoriana/20171203181816145989.html

https://lovelyscotland.com/que-ver-en-fort-william-escocia/

https://es.wikipedia.org/wiki/Fort_William

https://www.google.com/search?q=permear&oq=permear&aqs=chrome..69i57j0i512l3j46i175i199i512j0i512l5.1328899023j1j158

https://tallerdealseide.com/imbolc-fiesta-de-la-fertilidad

https://www.stewartsociety.org/history-of-the-stewarts.cfm?section=famous-stewarts&subcatid=18

http://www.1066.co.nz/Mosaic%20DVD/whoswho/text/Clan_Stewart_of_Appin[1].htm

https://www.stewartsociety.org/history-of-the-stewarts.cfm?section=famous-stewarts&subcatid=19&histid=462

https://www.worldhistory.org/trans/es/1-16998/torneos-medievales/

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-escocesas/7938-espada-escocesa-s-xviii.html

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-los-inmortales/12130-espada-mandoble-claymore-highlander-iii-larp.html

http://nobleyreal.blogspot.com/2011/08/el-clan-stewart.html

https://www.historicenvironment.scot/visit-a-place/places/inverlochy-castle/

https://www.loquis.com/es/loquis/1375807/Castillo+de+Tor

https://www.wildlochaber.com/fort-william/history/old-inverlochy-castle

https://es.wikipedia.org/wiki/Reino_de_Dalriada

https://en.wikipedia.org/wiki/Clan_Gregor

https://es.wikipedia.org/wiki/Kenneth_I_de_Escocia

https://es.wikipedia.org/wiki/%C3%81ed%C3%A1n_mac_Gabr%C3%A1in

https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_II_de_Inglaterra

https://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Dunbar

https://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Dunbar_(1650)

https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/carlos_ii_de_inglaterra.htm

https://es.wikipedia.org/wiki/Oliver_Cromwell

https://clan-cameron.org.au/tor-castle-lochaber-and-clan-cameron/

https://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Degsastan

https://clancunninghamintl.org/?page_id=31

https://www.rtve.es/noticias/20140706/cuando-se-invento-condon/967680.shtml

https://www.diariodelviajero.com/reino-unido/el-club-mas-sexual-de-escocia

https://es.wikipedia.org/wiki/Enrique_VIII_de_Inglaterra

https://mariamikhailova.com/2017/03/08/envidia-ley-del-espejo/

https://www.lavanguardia.com/historiayvida/edad-media/20200808/27110/xxxxx.html#:~:text=Pero%20la%20realidad%20era%20que,del%20vello

chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/462 sequence=1&isAllowed=y

http://www.ujaen.es/investiga/cts380/historia/siglo_xviii.htm

chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/42502/I sequence=1&isAllowed=y

https://www.bbc.com/mundo/noticias-44826996

https://en.wikipedia.org/wiki/Scottish_sword_dances

https://www.findmypast.co.uk/blog/history/jacobite-women-from-women-of-scotland

https://www.northcoast500.com/es/ver-hacer/patrimonio-hist%C3%B3rico/explorar-el-pa%C3%ADs-MacKay/

https://en.wikipedia.org/wiki/Battle_of_Solway_Moss

https://en.wikipedia.org/wiki/Castle_Varrich

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-los-inmortales/12130-espada-mandoble-claymore-highlander-iii-larp.html

https://www.loquis.com/es/loquis/1375807/Castillo+de+Tor

https://www.wildlochaber.com/fort-william/history/old-inverlochy-castle

https://masedimburgo.com/preparativos-viajar-lewis-harris-hebridas/

https://lovelyscotland.com/visitar-la-isla-de-lewis-y-harris-en-escocia-guia-completa/

https://en.wikipedia.org/wiki/Clan_Macdonald_of_Clanranald

https://madaboutravel.com/que-hacer-y-que-ver-en-la-isla-de-lewis-en-las-hebridas-de-escocia/

https://historia.nationalgeographic.com.es/a/encontradas-100-armas-dobladas-ritualmente-fuerte-celta_16738

https://www.uam.es/FyL/AyRitual-Sacrificio/1446787275521.htm?language=es&nodepath=Armas%20y%20Ritos%20de%20Sacrificio

George Gordon, quinto conde de Huntly BiografíayFuentes

María Setón

Reinas: Reinas - Los personajes de 'Reinas', comparados con sus retratos históricos reales

Clan Seton - Wikipedia, la enciclopedia libre

Alexander Seton, 1st Earl of Dunfermline - Wikipedia

George Seton, 7th Lord Seton - Wikipedia

María Seton - Wikipedia

Anne of Denmark - Wikipedia

Lord Darnley - Wikipedia

Henry Stuart, Lord Darnley - Wikipedia

Margarita Douglas - Wikipedia, la enciclopedia libre

Robert Seton, primer conde de Winton - Wikipedia

James VI and I - Wikipedia

Mary, Queen of Scots - Wikipedia

Clan Fraser of Lovat - Wikipedia

Esmé Estuardo (I duque de Lennox) - Wikipedia, la enciclopedia libre

Marie Pieris - Wikipedia, la enciclopedia libre

Margaret Douglas - Wikipedia

El medallón Lennox, una joya con auténtico misterio | Gold And Time

Carlos Estuardo, conde de Lennox - Wikipedia, la enciclopedia libre

Matthew Stewart, 4th Earl of Lennox - Wikipedia

Arabella Estuardo - Wikipedia, la enciclopedia libre

Aos Sí - Wikipedia

Aes Side - Wikipedia, la enciclopedia libre

Beaufort Castle, Scotland - Wikipedia

Beauly - Wikipedia, la enciclopedia libre

Marie Stewart, Countess of Mar - Wikipedia

The Hue and Cry After Cupid - Wikipedia

Ludovic Stewart, 2nd Duke of Lennox - Wikipedia

Kinneil House | Lead Public Body for Scotland's Historic Environment

Kinneil House - Wikipedia

William Ruthven, 1st Earl of Gowrie - Wikipedia

Great H of Scotland - Wikipedia

George Gordon, quinto conde de Huntly - Wikipedia

John Maitland, 1st Lord Maitland of Thirlestane - Wikipedia

William Maitland of Lethington - Wikipedia

Palacio de Holyrood - Wikipedia, la enciclopedia libre

Castillo de Edimburgo - Wikipedia, la enciclopedia libre

Jacobo, rey de Escocia y cazador de brujas | Vanity Fair

Reginald Scot - Wikipedia

La peste negra, la epidemia más mortífera

Escocia, fantasma a fantasma | Traveler

Incendio de Edimburgo - Wikipedia, la enciclopedia libre

Peste negra - Wikipedia, la enciclopedia libre

Epidemias de peste en España, en los siglos XVI y XVII - Lanza Digital

Las epidemias de peste del siglo XVI

Castillo de Stirling - Wikipedia, la enciclopedia libre

Historia del maquillaje - Siglos XVI, XVII y XVIII - Janire Viguri

Juicios de brujas de North Berwick - Wikipedia, la enciclopedia libre

Iglesia de Escocia - Wikipedia, la enciclopedia libre

Clan MacGregor - frwiki.wiki

María I de Escocia - Wikipedia, la enciclopedia libre

La cara oculta de Edimburgo: Peste y Mary Kings Close - www.todosobreviajes.net

Lady Arbella Stuart - Wikipedia

Caithness - Wikipedia

Clan Sinclair - Wikipedia

Henry St Clair, séptimo barón de Roslin - Wikipedia

Alexander III of Scotland - Wikipedia

William el Bravo, Señor de Douglas - Wikipedia, la enciclopedia libre

Escocia | Los Sinclair

Margaret of England - Wikipedia

Eduardo I de Inglaterra - Wikipedia, la enciclopedia libre

Roslin Castle - Wikipedia

Henry sinclair - frwiki.wiki

La verdad sobre el cinturón de castidad y otros mitos sexuales

La verdadera historia del cinturón de castidad | Placeres | S Moda | EL PAÍS

Cinturón de castidad - Wikipedia, la enciclopedia libre

El luto en la historia occidental - Funeraria Zaragoza - Servicios Funerarios Tempus

Felipe III de Francia - Wikipedia, la enciclopedia libre

María de Brabante - Wikipedia, la enciclopedia libre

Alejandro, Príncipe de Escocia - Wikipedia

Dunfermline Abbey - Wikipedia

Yolanda de Dreux, reina de Escocia - Wikipedia, la enciclopedia libre

Guerras de independencia de Escocia - Wikipedia, la enciclopedia libre

Andrew de Moray - Wikipedia, la enciclopedia libre

Robert the Bruce - Wikipedia

Duffus Castle - Wikipedia

William St. Clair, 6th Baron of Roslin - Wikipedia

Juan de Menteith - Wikipedia, la enciclopedia libre

William Wallace - Wikipedia, la enciclopedia libre

Alix, Duchess of Brittany - Wikipedia

El escándalo de las Bacanales en la República romana

El sexo en la Antigua Roma: Curiosidades

El sexo en Roma según Plinio el Viejo

Cocina erótica romana - Más Allá del Placer

¿Les gustaban realmente las orgías a los antiguos griegos y romanos? | Público

La sexualidad y el amor libre en la Grecia clásica

Batalla de Roslin - Wikipedia, la enciclopedia libre

Biografía



Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19 ¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con las grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.

Otras novelas de la autora



UNA ÁVIDA LECTORA DEL SIGLO XXI DE NOVELAS ROMÁNTICAS HISTÓRICAS, SE VE INESPERADAMENTE TRANSPORTADA AL INTERIOR DE LA NOVELA QUE ESTABA LEYENDO ANTES DE QUEDARSE DORMIDA, ENCONTRÁNDOSE EN EL CONVULSO MUNDO DE LOS HIGHLANDERS ESCOCESES DEL SIGLO XIV.

Ahora como Cora, en el papel de la esposa del Laird del Clan Matheson, aliado del Rey de Escocia, Robert Bruce, se encuentra responsable de supervisar al más temido villano de la historia, encarcelado en las oscuras mazmorras del Fuerte Matheson.

Keith, un guerrero del Clan MacNab, es conocido no solo por su ferocidad en combate, sino por ser cruel y despiadado. Lo que no imaginaba Cora era que su deslumbrante atractivo físico era un verdadero tormento para la vista.

Este hombre, cuñado de John III Comyn, señor de Badenoch, luchó contra los Bruce tras el asesinato de este. Después de la victoria de los Bruce en la Batalla de Bannockburn en 1314, las tierras de MacNab fueron confiscadas y él fue encerrado en el Fuerte Matheson.

Cora se encuentra en una decisiva encrucijada: debe liberar al prisionero y debe alejarlo de las tierras de su clan antes de que él consiga salvarse solo.

Sabe, gracias a su conocimiento de la historia, que si no lo libera, cuando él escape, matará a todos los Matheson presentes en el fuerte, incluida ella.

Mientras lidia con su deber y una creciente fascinación por este oscuro y complejo enemigo, Cora debe encontrar su camino entre la lealtad, el honor y... un prohibido deseo.